



La supervivencia  
es un juego  
demasiado peligroso

# EL MANANTIAL

ALEJANDRO CASTROGUER

Mayores de 18 años  
Contiene escenas de violencia

Lectulandia

Quince años después de la Noche del Desastre, solo quedan las ratas y la apuesta por la supervivencia (stop). La Enfermedad ha resultado peor que el mismísimo Diluvio bíblico (stop). Los vivos bastante tienen con conservar el pellejo (stop).

En un instituto medio abandonado en mitad de una ciudad fantasma sobreviven Abel y Verona (stop).

Eran unos críos cuando sucedió el Desastre (stop).

Quince años después se han convertido en dos verdaderos hijos de puta (stop).

Advertencia: Si eres sensible o impresionable, deja que sean otros los que lean por ti esta novela.

**El juego de la supervivencia los ha convertido en dos carniceros.**

**Lectulandia**

Alejandro Castroguer

# **El manantial**

ePub r1.0  
Zombie 01.02.15

Título original: *El manantial*  
Alejandro Castroguer, 2012

Editor digital: Zombie  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Fragmento traducido de la entrevista concedida  
por Alejandro Castroguer a la revista literaria  
*October Country*, n° 32, de febrero de 2012:

Parece innecesario decir que la violencia extrema practicada por los personajes de mi nueva novela es exclusiva de ellos. Sin embargo, como siempre habrá quien confunda el mensaje, insisto: son ellos los responsables de las torturas y salvajadas que practican, y no yo. Si se me ha de acusar de algún disparate... que sea el de prestarles voz. Personalmente, abomino de semejante grado de violencia.

De paso, aprovecho para alabar la valentía de la editorial Dolmen, que publicará en breve *El Manantial* sin ningún tipo de censura.

Respecto de la segunda cuestión, la de las referencias malsanas, cuando no abiertamente blasfemas, a la religión católica, decir en mi descargo que forma parte del juego metafórico con que perfilé a la pareja protagonista. Solo eso. Que nadie extraiga deducciones erróneas.

*No puedes matar sin infectarte.*

*Vacas, de Matthew Stokoe*

*Si el que sobrevive es el más cabrón, entonces estamos bien jodidos.*

*La fábrica de las avispas, de Iain Banks*

*Todo se paralizaba, salvo las moscas, que poco a poco ennegrecían a su  
Señor y daban a la masa de intestinos el aspecto de un montón de  
brillantes carbones.*

*El señor de las moscas, de William Golding*

*A veces nos despiertan los gritos que se escuchan de noche tras las  
ventanas con rejas. Anoche sonaban como si estuvieran degollando a un  
cerdo.*

*El lagarto en la Roca, de Antonio Calzado*

*¿Cara o cruz? La muerte solo es una apuesta.*

*La Guerra de la Doble Muerte II, de Alejandro Castroguer*

*A El lagarto en la Roca,  
para que algún día vea la luz editorial.  
Sin duda, su mala baba se lo merece.*

*Y a su autor, Antonio Calzado,  
por escribir, por escuchar, por ser.  
Por ser lo mejor que me ha pasado en la literatura.  
Por sus novelas y por esas charlas  
que compartiremos en el futuro.  
Gracias por tu amistad, hermano cordobés.*

ala norte 2a. planta = zona segura



plano del  
instituto

a  
l  
a  
  
o  
e  
s  
t  
e

ala norte 1a. planta = zona neutral



ala norte planta baja



a  
l  
a  
  
o  
e  
s  
t  
e



## **La noche del Desastre...**

POR FIN HA llegado la hora del cuento. Son las diez de la noche. La niña ha de hacer un sobreesfuerzo para ganar unos minutos a las primeras hebras de sueño y no dejarse vencer por el cansancio acumulado durante el día.

El primer requisito para que dé comienzo la lectura ya se cumple, que el vaso permanezca, vacío, sobre la mesita de noche, y que su contenido, veinte centilitros de leche bien caliente, haga ronronear de placer su estómago. Por añadidura, el segundo requisito también se da, que ella se arrebujé bajo las mantas y la sábana de franela, en busca de la posición ideal: las piernas estiradas, el pie derecho sobre el izquierdo, una mano aferrada al embozo y la otra abrazando a Ligorita, su muñeca de trapo y pelo color mandarina.

Así aguarda el instante mágico en que su padre abra el libro y perpetúe el ritual. Y es que, todas las noches, él lo demora como quien desentierra un tesoro, con un celo fuera de lo común. En realidad es una declaración de principios: el verdadero tesoro no es una colección de monedas o de joyas, sino ese puñado de cuentos. Y hoy no va a ser menos.

A diferencia de ella, Padre se acomoda sobre las mantas, nunca debajo de ellas; esta es una prerrogativa prohibida para un mero invitado al dormitorio como él, y reservada para la anfitriona del mismo. Es más, Padre ha atravesado el umbral porque ella le ha concedido el permiso necesario. Es lo que tiene ser la favorita de su progenitor, que se te consienten todos los caprichos; y desde luego Verona, a sus cinco años de edad, es consciente de esa posición de privilegio.

—Venga, papá, empieza.

El cuento elegido para esta noche es *El bosque de la autopista*. Narra las necesidades que padecen *Marcovaldo* y su familia cuando sobre la ciudad se abate el frío del invierno. Por lo visto se han quedado sin leña, o la han gastado toda demasiado deprisa, así que a *Marcovaldo* no le quedará más remedio que salir de casa para subsanar tal carencia.

Como de costumbre la voz de Padre se recrea en la sonoridad de las palabras, en la belleza de un adjetivo o un verbo bien elegido y mejor colocado. De fondo a sus palabras, y a las continuas preguntas de la oyente, suena en la radio que reposa sobre el escritorio un vals vienés, puesto de moda por el cine.

Al cabo de unos minutos la música se interrumpe, como si de pronto se hubiese caído dentro de un hoyo y solo quedara de ella el hueco de su ausencia.

—Sigue, papá. Está mejor así, sin música.

—Un momento, pequeña.

El hombre se levanta y mueve arriba y abajo el dial de la radio. ¿Qué demonios ocurre? Apenas un chasquido señala el cambio de una emisora a otra, pero en todas ellas encuentra lo mismo: un silencio más que sospechoso. Prueba a apagar la radio y a encenderla; funciona correctamente y sin embargo permanece callada.

Antes de que se disponga a regresar a la cama, desde el salón emerge una voz femenina. Pertenece a la mujer de Padre.

—La señal de televisión se ha ido. Vaya por Dios —se lamenta—. Como no vuelva pronto me perderé al *Supergente 86*. Dicen que hoy aparece Carol Burnett.

—Voy a ver —masculla el cabeza de familia. Le lanza un beso a la hija y abandona el dormitorio.

Antes de que se enfade, Padre está de vuelta; se tumba al lado de la princesa, abre el libro de cuentos y dice en voz baja:

—Qué cosa más rara. Ni la televisión ni la radio.

—Sigue, *por fa* —protesta ella—. La familia de *Marcovaldo* se va a morir de frío si no continúas pronto. Además, Ligorita se aburre y...

Aún no ha acabado la niña de poner voz a su hastío cuando se va la luz y el dormitorio queda a oscuras, los ojos brillando en la penumbra. Padre la tranquiliza: *venga, no pasa nada*. Basta con que coja sus manos entre las suyas.

—Papá, ¿a dónde vas otra vez? —protesta en cuanto siente que se incorpora de nuevo.

—Cariño, ve a ver si es cosa del bloque —es la esposa de Padre. De repente su sombra llena ahora el vano de la puerta. Por la cuenta que le trae se ha detenido en el umbral, deseosa de evitar la protesta airada de la anfitriona del dormitorio.

—Un momento, mujer, que miro por la ventana.

Allí permanece un par de minutos, oculto tras las cortinas, con medio cuerpo asomado al frío de octubre. Por fortuna para ellas el suministro eléctrico no se ha restablecido cuando Padre se decide a cerrar la ventana, ya que de esta manera son incapaces de descubrir la mueca que le desbarata el rostro.

—Mejor así, pequeña, ¿no crees? —dice con impostura mientras se tumba a su lado—, terminaremos el cuento a la luz de las velas.

Desmintiendo sus palabras, se escucha al otro lado del cristal una locura de sirenas de servicios de emergencia que van de un lado a otro de la ciudad, voces de gente que discute o pelea y chillidos de vecinos asustados. La noche suele ser peligrosa, pero no hasta ese extremo.

—Papá, ¿qué ocurre ahí afuera?

—Será mejor que la niña se duerma ya —interviene la esposa de Padre.

—¿Papá?

—No sé qué ocurre, princesa, ahora bajaré a ver —musita con preocupación apenas disimulable—. Parece que algunos han adelantado la noche de Halloween.

—¿Halloween? —La voz de la pequeña se ilumina de pura ilusión—. Este año me gustaría disfrazarme de *Miércoles Adams*.

—Será mejor que se duerma ya —insiste la sombra que se apoya sobre la jamba de la puerta.

—Princesa, todavía queda una semana —apunta Padre—. Pero no te preocupes por ello, ya habrá tiempo de hablarlo. Si te disfrazas de *Miércoles*, yo iré de *Tío*

*Fétido.*

Se inclina sobre ella y le regala un beso en la frente, que la niña desprecia limpiándose sin disimulo. Pero el gesto ha quedado en nada por culpa de la oscuridad.

*Ya se enterará mañana de lo que ocurre,* piensa para sí mientras la niña se esconde bajo las mantas, ajena a la inminencia del drama. A la proximidad del fin.

**Quince años después...**

# 1

ABEL INTERRUMPE LA búsqueda durante unos segundos. Necesita un respiro para proseguir cuanto antes. La ocasión merece la pena. Por eso mismo, y porque dispone de muy poco tiempo, desde el primer momento se ha empleado a fondo con la montaña de basura.

Preso de una sensación de asfixia, retira el pañuelo que protege su nariz. Pero será peor el remedio que la enfermedad: de inmediato el hedor que infecta el aula, y que tiene la calidez y la condición untuosa del semen, le violenta. Ha aspirado con tanta fuerza que la fetidez repta a través de las fosas nasales y llega a la garganta. Reprime una arcada a tiempo. Menos mal. Lo único que le falta es vomitar la merienda.

Al pie de la pirámide de desperdicios, aguarda un *vaso de fuego*. De lo contrario no vería nada allí dentro, ni tan siquiera los guantes, y la búsqueda se eternizaría. Y ello multiplicaría el peligro de un corte traicionero. En realidad un *vaso de fuego* no es más que una lata de refresco, abierta por su parte superior, donde arde un poco de leña. Gracias a él, igual que si fuera un candil, puede ver algo allí dentro.

Al principio estaba convencido de hallar algo de valor, pero minutos después ha perdido la esperanza; la realidad es un sumidero demasiado profundo, tanto que ha terminado por tragársela. Entre toda esa mierda, será imposible encontrar nada que valga la pena regalar.

... 415, 416, 417, 418...

A cambio, por ahora solo ha conseguido que el sudor recorra la espalda por debajo de la ropa, le ardan los músculos y que resople extenuado como un perro que huye a la carrera. Así que se merece un descanso, sentado en la cúspide de desperdicios, la cabeza a un palmo del techo del aula.

Devuelve el pañuelo a su posición original y respira a través de la tela. Sobre sus hombros, el silencio pesa igual que un cadáver o un saco de piedras. Salvo cuando resucitan los muertos y aúllan con desesperación, ese silencio ha fraguado durante los últimos quince años hasta hacerse acero, cemento y miedo pedregoso. En realidad es otro superviviente más, al menos tan vivo como Abel. A veces palpita más que el fruto rojo que alberga el muchacho en su pecho. Sería lógico afirmar que es el superviviente perfecto, pues no en vano después de que desaparezca el último Hombre, solamente quedará él, habitando a sus anchas la soledad de un mundo desierto.

El silencio hierve, bulle, repta alrededor del muchacho. Hasta es posible establecer un desafío entre ellos, entre el silencio y Abel: de un lado, una de las leyes máximas de la supervivencia, y de otro, su oficiante.

Le sudan las manos dentro de los guantes de motorista, así que se deshace de ellos durante un instante con objeto de secárselas contra el algodón de la sudadera. Luego se los vuelve a enfundar. Ante todo cabeza; sin la protección de los guantes sería una temeridad buscar a tientas entre toda esa porquería. Algo solo digno de un

loco. Debe extremar la precaución ante el filo dentado de una lata herrumbrosa o las puntas de un tenedor perdido. Herirse en ese foco de infección equivaldría a una sentencia de muerte.

Algo parecido a dejar de contar.

... 450, 451, 452, 453...

Sí, está bien, perder la cuenta a lo mejor no conllevaría indefectiblemente a la muerte, pero es un riesgo que debe evitar a toda costa, al igual que los cortes traicioneros.

Cuando se encerró en el aula 16, el *vertedero*, que es donde se amontonan los desperdicios acumulados durante años, Abel disponía de un margen suficiente: seiscientos segundos, diez minutos; exactamente lo que había acordado con Verona. De nada le valdría hacer trampa ahora, espaciar más la cuenta, por ejemplo. Por una parte, porque ella podría alarmarse y abandonar la inmunidad de la segunda planta, y por otra, porque se la estaría jugando él, y nadie más que él.

OK, la puerta del aula se halla defendida por dos pestillos y él cuenta con la salvaguarda de un machete del tamaño de un brazo y de un mazo de derribar paredes. Además, y por si esto no fuera bastante, dispone de la protección que le confiere la rabia que bulle en su hígado, que es otra arma, si cabe más mortífera que las otras, más incluso que la *Magnum* que le ha prestado a Verona.

Tal vez debido a ello, a la rabia acumulada, nunca le ha temblado el pulso cuando ha llegado la hora de luchar contra los infectados. *Ellos* o *yo*: un dilema demasiado sencillo para un tipo como Abel. En caso de peligro bastará con que la rabia le ayude a levantar el mazo —cabeza de acero, cinco kilos de peso— y dejarlo caer contra quien se atreva a importunarle.

Puré de sesos. No hay muerte más excitante; tanto es así que se le eriza el vello, se le acelera la sangre en la ingle y la polla se le hace de granito con solo recordar el crujido del cráneo. No hay sonido más bello. Se le hincha el vaquero, delatando la erección.

De acuerdo, él sabe cómo tratar a *esa* gente, pero tampoco ha de tentar a la providencia. Sería de tontos. Es por eso que no debe perder el hilo de la cuenta.

... 490, 491, 491, 493...

*Venga, gilipollas, date prisa. Tú puedes*, se alienta en silencio.

Solviantado por la cercanía del límite temporal impuesto, el de los seiscientos segundos, reanuda la búsqueda. Si no encuentra nada relevante en un par de minutos, tendrá que abandonar el *vertedero* y mañana no sabrá qué decirle a Verona, salvo poner cara de imbécil, encogerse de hombros y felicitarla por su decimonoveno cumpleaños. Bah, poca cosa para una mujer como quedan pocas.

*Por no decir ninguna*, añade su parte más pragmática.

De pronto, cuando ya piensa que se ha empleado en balde sobre la montaña de

basura, el guante derecho tropieza con algo. Un momento, hay algo digno de su atención. Tira un poco hacia arriba: es una empuñadura en forma de jota de la que nace una vara de metal. En el otro extremo de la misma encuentra lo que buscaba.

*Joder, si son costillas.*

... 515, 516, 517...

Por fortuna la suerte juega de su lado y ha hallado un esqueleto casi completo entre la montaña de basura; solamente faltan el cráneo y el brazo izquierdo. A saber si estarán en alguna parte, debajo de él, no muy lejos de donde permanece arrodillado. A lo mejor si dispusiese de más tiempo redoblaría el esfuerzo por encontrarlos, pero por ahora se conformará con lo que tiene.

... 540, 541, 542...

Entonces sucede lo imprevisto.

—Jodido *parado* —gruñe el muchacho, las palabras cortantes como escalpelos, mientras se apresura a descender de la pirámide de basura.

Es una sombra que se mueve en la periferia de círculo de luz impuesta por el *vaso de fuego*. Hay ocasiones en que *el sacrificio* no es del todo ejemplar y hoy sucede eso precisamente: que durante días sobrevive alguno de los muertos y le dan un susto en el momento más inoportuno. Aquí, sin embargo, no hay que consagrar la sangre ni el cuerpo de Cristo, nada de eso; basta con posar un beso en la cabeza del mazo, cinco kilos de acero ejemplarizante. Y luego pasaportarlo definitivamente.

A sus pies el cuerpo del infectado es una colección de fracturas y heridas, casi un coágulo de sangre, un aborto que se debate en la frontera de la Doble Muerte. No dispone de mucho tiempo.

Abel muerde un rosario de insultos. Rematar a ese cabrón no es ni tan siquiera un trabajo rutinario. Es menos que eso: acaso un auténtico engorro. Porque pasaportar a ese hijo de puta, en su estado, no le pone dura la polla.

—Pórtate bien —le pide al mazo.

Pero cambia de opinión de inmediato. Dado que la amenaza que supone el muerto es mínima, nada, apenas unos gruñidos y el espasmódico batir de la mandíbula, desestima el empleo del mazo ejemplarizante. Se impone hacer el menor ruido posible para no despertar a sus hermanos de desgracia que hibernan en la planta baja. Así que prefiere usar el tacón de la bota militar.

*Abrevia, me cago en la puta.* Lo apoya contra el rostro del desdichado, contra la pirámide de la nariz. Da un brinco para proyectar hacia arriba y luego hacia abajo todo el peso de su cuerpo. A pesar de que el tabique nasal se quiebra, ¡*crac!*, con un ruido similar al de un navío de madera que se estrella contra la costa, a Abel se le antoja poco premio. Él es un tipo exigente, con inquietudes de verdadero gourmet del sufrimiento.

Repite el intento, esta vez imprimiendo una mayor fuerza al impulso. Un cuajarón



de sangre gomosa como cemento fresco se desbarranca desde las orejas. Esta circunstancia concita, en menos tiempo del que tarda Abel en secarse el sudor de la frente, la atención de las ratas.

En cuanto se retira un par de pasos del cuerpo putrefacto, hace acto de presencia una rata del tamaño de un perro, verdadera emigrante en la desgracia: busca comida fuera de las fronteras de su *país*, un laberíntico intestino hecho de recodos y negruras. Como quien pide trabajo a la desesperada, el animal se acerca casi de puntillas, procurando molestar lo mínimo con su presencia. Olisquea el fluido que asoma a las orejas. Mueve, nerviosa, los bigotes. Cuando decide que la oferta es lo suficientemente tentadora como arriesgar la vida ante el humano que sostiene el mazo, adelanta los dientes. El bocado inicial es tan certero que termina por arrancar de cuajo la oreja derecha.

No ha de olvidar la cuenta atrás. Así que con objeto de abreviar, introduce el mango de madera del mazo en la cavidad bucal. Hace palanca con él hasta que, después de fracturar varios dientes, la mandíbula se descuelga del todo. Los gruñidos han cesado.

El silencio, solo roto por el mordisqueo atroz de las ratas, se acomoda de nuevo en el aula. Observa a Abel, sin quitarle ojo.

El muchacho regresa al esqueleto que ha encontrado entre la montaña de basura. Apoya la rodilla sobre la muñeca y luego fuerza el giro de la misma hacia un lado y hacia otro, cada vez con mayor urgencia. Cuando cree que la lucha contra la articulación acabará definitivamente con su templanza, un chasquido libera al fin el trofeo. Ya está, ya lo tiene. Es hora de marcharse.

De inmediato lo guarda en un bolsillo del pantalón. Más tarde encontrará el momento de separar los huesos uno a uno; solo debe fingir ante Verona, cogerse el vientre y salir durante un par de minutos de *la guarida*. Nada tan sencillo como engañarla.

Es ahora cuando recuerda el otro objeto, el que permanece enganchado a las costillas: esa vara de metal y esa empuñadura con forma de jota. Durante unos segundos baraja la posibilidad de olvidarse de ellas. Qué más da, tiene lo que buscaba, el regalo para *su* Verona.

Tras aplicar la lógica, obtiene la certidumbre de que el objeto en cuestión solamente puede ser un arma. ¿Qué otra cosa sino una suerte de lanza podría atravesar el costado del esqueleto de esa manera?

Desafía a su mente. En verdad no sabe cómo nombrar esa empuñadura y esa vara que, en el extremo contrario, presenta un verdadero nido de varillas, más estrechas que la central, retorcidas igual que si hubiesen de servir de nido a unos polluelos. El hecho de que las varillas se doblen por la mitad, y que entre las mismas queden restos de un tejido floreado de cualidad casi plástica, le tiene desconcertado. Aventura la posibilidad de que, desplegado el objeto, pueda ser un escudo, aun cuando la débil consistencia del tejido no aguantaría el más mínimo ataque.

Libera el arma de la trampa de las costillas por medio de un fuerte tirón. Justo en ese instante sucede algo: un ruido. Proviene del pasillo, al otro lado de la puerta. Aunque carece de lógica, apostaría que ha sonado próximo a *la guarida* y a los cuartos de baño de la segunda planta.

... 585, 586...

Abel apostaría que ha sido un portazo. Aún no ha reaccionado cuando, segundos después, recorre a toda velocidad los corredores del instituto un chillido casi animal. Y claro, en lo primero que piensa es en lo peor, en la eventualidad de que alguno de *ellos* haya despertado y esté dentro.

Es inútil continuar con la cuenta de los seiscientos segundos. Ahora hay que darse prisa y correr en busca de Verona por si precisa de su ayuda.

Desciende de la montaña. Por culpa de la precipitación, no distingue un alambre, tropieza con él y cae. De inmediato un agujonazo de hielo le atraviesa el muslo derecho, justo cuatro dedos por encima de la rodilla. Se muerde los labios para no gritar de dolor. Si lo hiciese, llamaría la atención de los infectados.

Mierda, la hostia puta.

Lo que le faltaba. Herido, le resultará más difícil regresar a *la guarida*. En la caída no ha podido apartar el arma que ha extraído del costado del esqueleto y se ha clavado una de esas jodidas varillas plegables. Se incorpora y de un fuerte tirón la extrae.

De inmediato el frío lacerante de la herida desaparece para dejar sitio al fuego. Ahora le arde el muslo y siente cómo se derrama la sangre lentamente. Pese a todo ha tenido la suerte de no pincharse una arteria. Durante un segundo recuerda las enseñanzas de Padre: *la sangre de una vena fluye de manera constante, mientras que la de una arteria lo hace a borbotones.*

Si antes albergaba alguna duda respecto de la utilidad del objeto encontrado, ahora, tras lo que ha hecho con su pierna, no le queda ninguna: debe de llevarlo de vuelta a la segunda planta. Seguro que les será de utilidad. Así que enhebra la empuñadura en la correa del pantalón y se aproxima paso a paso a la puerta del aula.

A un lado de la misma encuentra el machete, el mazo y el *vaso de fuego* en el mismo sitio donde los había dejado antes de enfrentarse a la pirámide de basura.

Tras descorrer los dos pestillos abre muy poco a poco: es fundamental no llamar la atención de los muertos.

Al otro lado aguarda una oscuridad poco acogedora. Durante unos segundos duda si sería conveniente o no apagar el *vaso de fuego*. Al final decide que sí, que será mejor; de lo contrario, en el caso de que la primera planta del instituto haya quedado *infectada*, la lumbre del vaso delataría su posición.

Ahora hay que esperar a que la oscuridad de dentro del aula y la del pasillo se igualen. Luego aprieta los dientes y abandona la seguridad del *vertedero*. Con el mazo por delante, dispuesto a descargar los cinco kilos que pesa su cabeza de acero contra el primer infeliz que se acerque, el muchacho avanza cojeando.

El pasillo del ala oeste cuenta con cuarenta metros de largo y cuatro de ancho. A él se abren ocho puertas a otras tantas aulas, cuatro a cada lado. De pronto le asalta una preocupación, ¿debe cerciorarse de la *limpieza* de todas las aulas para así desechar una posible invasión o, por el contrario, debe apresurarse para llegar cuanto antes al lado de su compañera? Aun a sabiendas de que se equivoca, de que el trabajo que no realice ahora lo tendrá que hacer luego, elige la segunda opción, volver junto a Verona.

Avanza por el centro del pasillo en dirección a las escaleras. Arrastra el pie derecho. A cada paso crece el calor y el dolor que palpitan en la herida.

El mazo. La empuñadura en forma de jota y el machete enhebrados en el cinturón. El sudor de las manos dentro de los guantes. El cerebro que se dispara en todas direcciones.

Hay un instante en que piensa que todo el empeño de la supervivencia es inútil, que la lucha que Verona y él mantienen desde hace quince años arderá como el papel en cuanto las circunstancias se confabulen en su contra; que, en definitiva, no hay más esperanza que la de una muerte rápida, y lo menos dolorosa posible.

Al pie de las escaleras se detiene por espacio de unos segundos. Aguza el oído. A su alrededor todo es silencio. Aunque siempre late la ofensa de la duda, apostaría diez cubos de agua o un kilo de carne de rata a que toda la primera planta está *desinfectada*. Eso sí, desde la planta baja asciende el gruñido de algunos de los muertos, de quienes arrastran los pies, se mueven a golpe de instinto y esperan pacientemente su oportunidad de acabar con la aventura de Abel y Verona.

El pulso de la carótida. El hueco abierto por el miedo en mitad del estómago. La necesidad de aire, como si se hubiesen secado los pulmones. El sudor helado de la espalda.

De repente le intimida la inmediatez del peligro. Bastaría con que los infectados rompiesen las barreras establecidas en la primera planta para que todo se fuese a la mierda. Y ahí está él, en mitad de esa penumbra. A su espalda se abre el pasillo del ala oeste y a su izquierda el del ala norte. Demasiados metros, tantos que un estremecimiento lo zarandea por dentro para que se dé prisa y corra a esconderse.

## 2

A TIENTAS, POR culpa de la ausencia de luz, Verona se aparta paso a paso del cuadrado de la ducha. Conviene tener cuidado: pocas cosas hay más peligrosas que un suelo resbaladizo. Bastaría un mal tropiezo, zas, y se habrá ido a la mierda todo el instinto de supervivencia.

Adelanta la puntera del pie derecho, verdadero zapador en mitad de la noche que reina en los lavabos. En cuanto halla la posición de las zapatillas respira algo aliviada. Una vez calzada, será más difícil resbalar.

... 390, 391, 392, 393...

*Bueno, todavía tengo algo de tiempo, se dice.*

Ha aprovechado la visita de Abel al *vertedero* del aula 16 para, con su consentimiento, siempre con su consentimiento, acercarse a la zona de los retretes. Ambos disponen del mismo margen, concertado de antemano: diez minutos, seiscientos segundos. Aunque siempre cabe la posibilidad de que uno pueda contar más rápido que el otro, son conscientes de que tampoco habrá demasiada diferencia de tiempo. No en vano han ensayado muchas veces juntos la cuenta y se compenetran bien.

... 405, 406, 407, 408...

Después de estrujar la esponja sobre el cuadrado de la ducha, Verona retira el cubo y lo deja al pie de los lavamanos. A la izquierda, apenas a un par de metros de donde se encuentra, intuye la forma del congelador horizontal, tipo arcón, que ellos conocen como la *bañera*. El *agua bendita* contenida en su interior aguarda al *muñeco* de turno. Hace demasiados meses que ningún cuerpo ocupa la *bañera*, lamentablemente para la pareja.

Lleva liada una toalla en torno al cuerpo, sujeta únicamente por la turgencia de los pechos. Gracias a la frescura del agua, experimenta la resurrección de su propio cuerpo, antes medio muerto por la suciedad y el cansancio acumulados; ahora arde por dentro con la intensidad de una hoguera. Habían transcurrido demasiados días desde la última vez y necesitaba el baño. De manera que, de alguna manera, ha resultado un regalo anticipado de cumpleaños.

Por fin se siente limpia, como nueva, igual que una pistola recién engrasada y puesta a punto. Se detiene unos segundos frente al espejo. No puede evitarlo; el trallazo del deseo es mucho más corpulento que esa idea que late en el último rincón de su cabeza a modo de alarma: *prudencia ante todo, Verona, prudencia.*

El recuerdo momentáneo del peligro que acecha ahí fuera se esfuma en cuanto deja caer la toalla a los pies y queda desnuda, con el único adorno del collar.

—Joder, no se ve una mierda —maldice en un susurro apenas audible.

Pese a ello, gracias la blancura de la piel, consigue vislumbrar el fulgor violáceo de su cuerpo, el volumen de los pechos, la mora de los pezones, el dibujo de las caderas y el triángulo oscuro en la confluencia de las piernas.

Le gustaría compararse con alguna muchacha de su edad, claro que sí; ante todo para saber si es tan bonita como piensa o para comprobar si Abel dice la verdad cuando le asegura que es preciosa. Vete tú a saber si el muy capullo la cambiaría por otra en el hipotético caso de que pudiese hacerlo. *Se habrá de conformar con lo que tiene, piensa, no le queda otra elección.*

Y es que concurre la desgracia de que ahí fuera, más allá de las fronteras del instituto, apenas queda nadie vivo. La noche del Desastre y los posteriores Años Críticos acabaron con todo. Eso contaba Padre. Pero aquello ocurrió hace muchísimo tiempo, tanto que ella no recuerda gran cosa; era una renacuaja cuando la diplomacia se arrumbó en favor de la guerra.

*Si sobrevive alguna muchacha bonita, piensa en un alarde de optimismo, estará escondida, en el mejor de los casos... o raptada, en el peor de ellos.* Bien mirado la muerte tampoco es una mala carta. Ella lo sabe, Abel también. Es mucho mejor que todo se vaya a la mierda que sufrir la desgracia de caer en manos de los enfermos.

Así que Abel habrá que conformarse con ella y Verona aceptar la verdad dictada por su propio cuerpo. Es lo que hay.

Se observa de arriba abajo: tampoco está tan mal lo que entrevé en el pantano oscuro del espejo. Todavía tiene un cuerpo apetecible, para nada diezmado por el hambre. Sí, de acuerdo, presenta unas piernas algo escuálidas, pero el resto es más que aprovechable. Y si no, que se lo pregunten a Abel.

... 430, 431, 432, 433...

Cuando se encuentra sola, lejos de la protección que le brinda su compañero, le da por recordar cómo eran los viejos tiempos, esos que murieron después de que ella cumpliera los cinco años de edad. Era demasiado pequeña entonces. Con suerte consigue rememorar el placer de la leche caliente y la imagen de aquella muñeca que tuvo, de nombre Ligorita y pelo color mandarina.

Lo malo de los recuerdos es que abres una puerta a través de la cual pueden colarse otros menos agradables. A ella le ocurre esto precisamente. A veces, cuando duerme, le asalta a traición al bulto agonizante de Padre, esa cara rota por el dolor y el penúltimo golpe de martillo. Antes del final aún tuvo fuerzas para decir en un hilo de voz, *Padrenuestro*. Su Cielo tan anhelado le cayó encima de golpe y murió aplastado.

Verona levanta los brazos para cogerse las manos por encima de la cabeza. Luego, sin mover los pies, contonea la cadera, seducida por la Verona doble del espejo y por la música que ronronea de placer en su cabeza, ese *The End* del grupo *The Doors*.

Al principio la cadencia del baile es lenta; irá creciendo poco a poco hasta que, al fin, con el paroxismo de los movimientos, despierte el animal que esconde dentro. De repente el deseo sofoca el cerebro y asfixia las ideas. Únicamente queda espacio para él. Tal vez el cuerpo reconoce el momento, ese momento, pues no en vano tras cada

baño ha jugado con Abel a *la llamada telefónica* y han terminado la noche follando entre risas y bocados.

Se detiene durante unos segundos y se recrea con el palpito del coño. No hay nada como eso.

Pese a la penumbra reinante en los lavabos, Verona alcanza a distinguir ese bulto más oscuro que reposa sobre la cerámica del lavamanos, y que no es otra cosa que la pistola. Únicamente cuando está lejos de Abel cuenta con *su* permiso para usarla. No es que se encuentre a mucha distancia de *la guarida*, apenas diez metros, pero en medio de un instituto abandonado y sumido por completo en la oscuridad, cualquier distancia por pequeña que sea se hace larga en virtud del miedo.

La muchacha mide la aproximación de la mano al milímetro, no tanto para no despertar a la *Magnum*, sino para evitar la delación del más mínimo ruido que solivianta a la noche. Llevar la cuenta y no hacer ruido, dos premisas vitales para regresar a tiempo y sin sobresaltos a *la guarida*.

Ahora abre las piernas, los pies separados por unos treinta centímetros, flexiona las rodillas para bajar un poco la cadera y permitir la expansión del sexo, libre momentáneamente de la cárcel de las piernas. El cuerpo hacia arriba y hacia abajo para, sin tocarse, alentar el incendio.

... 475, 476, 477...

Luego acerca el cañón de la *Magnum* al desfiladero del pubis. Como el contacto con el acero frío aviva las llamas, Verona no se conforma con jugar con la alfombra de vello, no, sería poco ambiciosa; busca las primeras brasas por muy escondidas que estén. El índice rastrea el deseo por muy oculto que se encuentre.

Cuanto más fuerte suena la canción de *The Doors* dentro de la cabeza, más crece el deseo.

De pronto sucede algo: se escucha un ruido al final del pasillo. Proviene del otro lado de la puerta.

... 530, 531...

Igual que una bomba que estallase en ese mismo segundo, todo el erotismo del instante explota hecho añicos. Ahora solo queda el miedo.

Ella juraría que ha sido un portazo. Unos segundos después se deja sentir un chillido casi animal. Es exactamente lo mismo que Abel ha escuchado en la primera planta, en otro extremo del instituto. Aunque cree poco factible que *ellos* hayan roto la frontera establecida en las escaleras a la altura del primer piso, tampoco hay que confiarse. De este exceso de celo en la seguridad ha dependido durante años la supervivencia dentro del instituto.

Ahora sí que la alarma que antes latía imperceptiblemente se hace audible con la fuerza de una tormenta: *prudencia, Verona*.

Abandona la masturbación y vuelve a liarse la toalla al cuerpo. Dentro del cubo

esconde la pistola. Luego avanza hacia la puerta, paso a paso. Cuando se encuentra tras ella, advierte que ha perdido la cuenta de los seiscientos segundos. ¿Por dónde iba? Tras morder un insulto se decide a comenzar una nueva. Se impone un margen de ciento veinte segundos para regresar a la protección de *la guarida*.

1,2,3,4...

Abre la puerta muy lentamente. Al otro lado aguarda la misma penumbra que reina en los baños. Como quiera que ya son casi quince años viviendo dentro del recinto, Verona conoce el escenario de sus miedos como la palma de la mano o como los cuentos de *Marcovaldo*: de memoria. Hasta con los ojos cerrados sería capaz de salvar los diez metros que le separan del aula 37, *la guarida*. Pero ahora ha de llevarlos abiertos por si acaso, por si tuviese que apretar el gatillo ante la primera sombra sospechosa. Lo malo es que el aula 37 se encuentra justo en la confluencia del ala norte y del ala oeste del instituto. Así que deberá estar atenta a lo que sucede delante de sus narices y a su espalda.

Cierra la puerta sin atreverse a salir todavía. Se concede una tregua y deja de contar. Tampoco es conveniente estresarse: mejor respirar hondo y pensar en lo que va a hacer a continuación. Es obvio que tiene dos opciones. La número uno: podría arrojar el cubo a la oscuridad del pasillo en espera de que el ruido alerte a quien quiera que se esconda agazapado en la penumbra. Y la número dos: podría avanzar descalza con objeto de evitar el roce de los zapatos; así a lo mejor tendría una posibilidad de escapar sin contratiempos.

Inspiración, espiración. Inspiración, espiración. *Vamos allá*, se dice para darse ánimos, *tampoco es la primera vez que te enfrentas a una situación similar*.

Como se ha decidido por la segunda opción, se descalza y guarda las zapatillas dentro del cubo, donde ya reposan la esponja y la pistola. A continuación abre de nuevo la puerta y comienza de nuevo la cuenta.

1,2,3,4...

Arrima la espalda a la pared y avanza lateralmente. De esta manera se siente más segura porque solamente tendrá que vigilar la penumbra a derecha y a izquierda, y no a su espalda. Adelanta la puntera del pie derecho y luego todo el resto de cuerpo, hasta dejar atrás el pie izquierdo. Ya solo queda adelantar este. Camina muy lentamente y controla la respiración para no delatar su posición. Lo primordial es llegar sana y salva. No importa el tiempo que invierta, aun cuando se haya impuesto ese margen de dos minutos para hacerlo.

Por delante, a modo de avanzadilla, lleva la mano derecha y la *Magnum*. Al primer hijo de puta que se le cruce en su camino lo rellenará de plomo.

Cuando está a mitad de camino, a cinco metros de los retretes y a otros cinco de la puerta de *la guarida*, le cruje la articulación del tobillo derecho. De inmediato se detiene. Aunque el chasquido ha resultado tan imperceptible como una cerilla que se

quebrase, a Verona se le antoja tan escandaloso como un cristal roto por una pedrada. Nerviosamente mueve a un lado y a otro la *Magnum*, a derecha e izquierda.

... 55, 56, 57...

Cuando se convence de que el único ruido que perturba el silencio del pasillo no es otro que el de su corazón, disparado por culpa de la angustia, se apresura a avanzar otro metro. Ya está frente a la puerta del aula 37. Ahora únicamente le resta salvar la distancia de cuatro metros que la separa de ella, aunque no es tan sencillo como parece. Para ello habrá de retirar la espalda de la pared y desprotegerla. Sin duda alguna es el momento más peligroso, si es verdad que se ha producido una invasión de la segunda planta.

Adelanta la pierna derecha, después tira del cuerpo y finalmente levanta el pie izquierdo. Toda la acción transcurre con la pausa propia un mimo. Ya ha dado cuenta del primer metro cuando sucede lo inesperado. Es un segundo tan solo y de repente se siente vencida, derrotada. Hay alguien a su espalda.

Está a punto de gritar cuando una mano ahoga su desesperación al taponarle la boca.



MENOS MAL QUE la nariz queda libre y consigue respirar por ella. Eso sí, lo hace con la intensidad de un condenado a muerte bajo la capucha. En una y en otro, en Verona y en el condenado a muerte, existe la misma necesidad de trascender el instante, de evadirse a otro lugar y a otro tiempo. Ella prueba suerte: se empeña en regresar al tiempo en que era niña y vivía en una casa de verdad y no dentro del instituto, y tenía un dormitorio que era como su reino porque no dejaba entrar a nadie sin su permiso. Aquello sí que era vida. Aún recuerda el vaso caliente de leche a última hora de la noche y la calidez que le prestaba al estómago. También a su muñeca de pelo color mandarina.

Pero la realidad es bien distinta, de modo que neutraliza por completo el despegue de la mente.

Esa mano sobre su boca.

Cuando la muchacha sospecha que todo está perdido, un pensamiento centellea dentro del cerebro: de pronto ha reconocido el olor. Con cada inspiración ansía reducir la velocidad de la sangre. El esfuerzo es tan constante que, poco a poco, lo consigue. Al mismo tiempo, dentro del pecho el corazón pisa el freno.

Menos mal, lo ha conseguido; ha estado al borde del colapso. Ahora se encuentra mucho mejor. Vale, tranquila, al parecer la cosa no es tan grave como ha imaginado en un principio: ninguno de los muertos ha atravesado la empalizada de muebles que defiende el primer piso del instituto. Mediante el olfato Verona reconoce que quien se le ha acercado por detrás y le tapa la boca no es un hambriento. Llevan demasiados años juntos como para equivocarse. De modo que puede tranquilizarse, al menos de momento.

—¿Te has acercado a la primera planta? —Es la voz de Abel, destilada en un susurro.

Acto seguido el joven retira la mano y la boca queda libre para que conteste. Verona respira hondo y se gira sobre los talones para reconocer el bulto de su compañero en mitad de la oscuridad del pasillo.

—Capullo, me has dado un susto de muerte —muerde la respuesta. Si tuviera arrestos, le escupiría; así expresaría su desprecio. Otra cosa es que la ausencia de luz le niegue esta oportunidad.

—¿Lo has hecho?

—Joder, Abel, no. No me he movido de aquí. He estado lavándome, como te dije.

—¿Y ese ruido?

—Creo que fue un portazo. Quién sabe, a lo mejor ha sido culpa de una racha de aire. El aula 32, ya sabes.

—¿Y el grito?

Ambos caminan en dirección a la entrada de *la guarida*. El juego de llaves tintinea en la oscuridad, en mitad del silencio, igual que la sirena de un barco en

mitad de la niebla. Verona maldice a Abel por hacer tanto ruido. Menos mal que ya están a salvo detrás de la puerta. Dentro del aula palpita la lumbre de un *vaso de fuego*.

—Ya sabes que los pasillos amplifican el más mínimo sonido —Verona ofrece una respuesta, aunque esté tan poco convencida de ella como el propio Abel—. Alguno de los *parados* se habrá puesto en pie por culpa del portazo, se ha acercado a la muralla del primer piso, ha gritado y ha parecido que estaba dentro.

La pareja denomina *parados* a los infectados, a los muertos, a quienes pueblan la planta baja del instituto, y no sin acierto. En verdad esos cuerpos pueden permanecer días enteros, incluso semanas, sin mover un solo músculo, sentados o tumbados en el suelo, a la espera del ruido que delate la presencia de un superviviente y de la consecuente resurrección del hambre y la rabia. Si estuviesen a todas horas caminando los llamarían de otra manera, pero ¿qué mejor definición que la que ellos emplean?

—Lo mismo tienes razón, cariño —admite el muchacho—. Pero no me fío. Quédate aquí dentro, voy a echar un vistazo abajo. Nunca está de más.

—Si quieres me visto rápido y te ayudo.

—No importa. Acabaré en un momento —Abel acerca la cara y le obsequia con un beso—. Nena, lo mismo tenemos hoy una *noche de euforia* sin haberla programado —bromea.

Ella está a punto de objetar que no es lo mismo divertirse sabiendo que el juego de la *noche de euforia* ha comenzado, que enfrentarse a la oscuridad y a una posible invasión sin conocer cuántos de esos hijoputas han penetrado en la zona neutral del primer piso. Es muy diferente. Porque en este caso no será él quien permanezca agazapado en las sombras a la espera de asestar el primer golpe, sino los infectados que pueblan el patio y la planta baja. Pero prefiere callarse y no contrariar al muchacho, que se despide con un segundo beso.

—Toma esto.

La mano de Verona se cierra sobre el mango en forma de jota del objeto encontrado en el *vertedero* y con el que se ha herido al caer sobre él.

—Cuenta hasta trescientos. Estaré aquí antes de cinco minutos.

Luego abre la puerta y sus pasos se alejan por el ala norte.

Dentro de la *guarida*, al caer la noche, siempre hay encendido un *vaso de fuego*. La oscuridad se retira a los extremos del aula. Si encendiesen cinco o seis más conseguirían, incluso, que huyese por debajo de la puerta. Pero tampoco es necesario ni coherente: hay que racionarlo todo, sin excepción. Esta es una de las máximas que rige el día a día de los dos supervivientes: el racionamiento. Hay que economizar el agua de la lluvia para regar el huerto y lavarse tan solo una vez por semana, igual que las dos balas de la *Magnum*, porque nunca se sabe qué sucederá mañana. También

hay que racionar la comida y hasta las palabras, si fuera necesario. Y por supuesto, también es imprescindible ahorrar leña. Sin observar tales medidas no habrían aguantado ni la mitad de la mitad de los años que llevan sobreviviendo en el instituto.

Lo que la pareja llama *la guarida* no es otra cosa que el aula número 37. Por descontado, no es un aula cualquiera, no; es la mejor situada de todo el instituto. ¿La razón? Que está emplazada justo en la confluencia de las alas norte y oeste del segundo piso. Precisamente debido a esta posición estratégica fue elegida por Padre.

Bien es verdad que antes incluso de la noche del Desastre, Padre siempre se había mostrado como un hombre pragmático. Pero desde que se refugiaron en el instituto había desarrollado un extraordinario y agudo sentido de la supervivencia. Lástima que lo único que no previese fuera su propio final. Mala suerte.

*Hay que tenerlo todo muy bien pensado*, decía a menudo mientras se llevaba el índice a la sien. *Sin cabeza no hay nada que hacer*. Tiene gracia que dijese aquello. Si hubiese sobrevivido a su propia muerte hasta él mismo se reiría de sus palabras.

Él fue quien eligió el instituto en el que viven desde entonces y también fue él quien, *a posteriori*, después de sopesarlo durante días, señaló el aula 37 como la ideal para albergar *la guarida*. Y no fue una decisión tomada a la ligera. La situación del aula 37 es ideal, justo en la confluencia de las dos alas del edificio.

Padre sostenía que, en el caso hipotético de sufrir una invasión de hambrientos, al menos ellos contarían con una dirección hacia la que huir. Si los muertos rompían la defensa del ala norte podrían escapar hacia el ala oeste, y viceversa. De haber elegido las aulas 29, 33 o 40, al mínimo contratiempo quedarían atrapados al final del ala en cuestión, convirtiéndose en auténticas ratoneras.

Pero Padre no se conformó con esto. También debía de ser la mejor protegida. Para conseguirlo los tres tuvieron que trabajar muy duro. Padre determinó que, a tal efecto, trasladarían hasta el aula 37 todos los muebles que encontraran en las clases más próximas: sillas, pupitres, armarios, estanterías y pizarras. Si era preciso deberían arrancar todas las puertas de las aulas del primer piso, que desde el comienzo se había convertido en la zona neutral del edificio. Y así se hizo.

Las aulas quedaron vacías en beneficio de la número 37. Todo aquel material, amontonado y claveteado contra las paredes, blindó la estancia. Además de funcionar como aislante térmico y acústico, todos aquellos muebles otorgaron la necesaria sensación de seguridad. Así fue posible conciliar el sueño con cierta tranquilidad. Que la llamasen *la guarida* tenía algo de sentido. Ninguna madriguera animal está tan protegida como esa simulación de hogar. Luego restaba adecuarla y equiparla con las cosas imprescindibles.

Padre pensó que solo existía una manera de conseguirlo: había que saquear la pequeña cafetería bar que hay junto a la caseta del conserje. Hasta ahí, todo perfecto. Era un buen plan, sin duda. Entonces, ¿cuál era el inconveniente que hacía dudar a Padre? Que ambas dependencias se encontraban en la planta baja, en el extremo del ala oeste, casi en la misma entrada del instituto. Ello comportaba un peligro más que

evidente, pues no en vano era territorio dominado por los muertos; era el mismo Infierno.

Aquellos sí que fueron días vividos al límite. Padre arriesgó la vida en aquel empeño. Mientras los niños llamaban la atención de los muertos desde la azotea, Padre aprovechó para bajar por las escaleras de ala oeste hasta la cafetería.

A la luz mínima del *vaso de fuego*, el aula 37 se muestra vagamente acogedora. Pese a ello nada tiene que ver con aquel dormitorio que únicamente perdura en la memoria de Verona. Aquí no hay ni rastro del escritorio, ni de estanterías abarrotadas de peluches, ni de la cama cubierta con una colcha floreada. Desde luego, nada que ver.

Mientras Verona barrunta el posible peligro que corre su compañero mientras inspecciona la primera planta para descartar una *invasión*, deslía la toalla, dobla el cuerpo por la cintura, deja caer la melena en dirección al suelo. Se la seca con esmero casi enfermizo. Lo único que le faltaba era pillar una pulmonía por una negligencia como dejarse húmedo el pelo.

De la última colada, recogida esa misma mañana del aula 32, elige una braga y un vaquero. Como hace tiempo que perdió el sujetador y además le ha resultado imposible conseguir otro, se lía sobre los pechos una tira de tela de cuarenta centímetros de ancho. Siempre bien fuerte; tres vueltas después ya tiene sujetador.

A continuación elige una de las camisas que usaba Padre. Está abotonada. Introduce los brazos dentro de las mangas y a continuación pasa la cabeza por la abertura superior. Encima se enfunda una sudadera. Se mira en el espejito de mano que hay puesto de pie en la última balda de la estantería que les sirve de alacena. En esta descansan, ordenados por tamaño, algunos platos y vasos.

Se peina frente al espejo. Cuando ha acabado, Verona lamenta que toda la ropa, después de lavarla a mano, acabe tan arrugada.

—Joder, mira qué fanteche —le confiesa a su doble del espejito.

Al lado del mismo, grapada sobre la madera, hay una ilustración tamaño folio. A juzgar por el corte dentado del borde izquierdo, se advierte que la hoja ha sido arrancada de mala manera de un libro de texto, desechado luego en el aula 38, denominada la biblioteca. Aquello fue capricho de Abel y no de ella; fue él quien decidió concederle a esa ilustración el privilegio de presidir aquel espacio de la alacena después de encontrarla un día de pura casualidad. Le gustó y punto.

Verona cabecea negando el recuerdo. *Que nada la oculte*, le había advertido el muchacho desde el primer día, *¿te queda claro?* Y en realidad a ella le daba absolutamente igual que lo hubiese puesto allí o pegado sobre el cristal de los lavabos. *Allá cada loco con su tema*, gruñía por lo bajo cada vez que veía a Abel detenerse frente a aquella ilustración del Sistema Solar: el Sol en el centro y el resto de planetas ordenados en virtud de su proximidad a aquel.

La muchacha regresa a la realidad de mano del espejo. Se regala un guiño antes

de preparar la cena, o algo que se le parezca... y es que escasea la carne. Las raciones de hoy son minúsculas, apenas del tamaño de una uva.

El límite de los cinco minutos impuestos por Abel se cumple justo en el instante en que alguien llama a la puerta de *la guarida*.

Dos golpes seguidos, silencio y un golpe final más fuerte que los anteriores.

OK, es la contraseña pactada. Nada que temer. Ninguno de los muertos tendría la capacidad de hacer algo semejante. Solo puede ser él. Retira un palmo el mueble que blinda la entrada.

—Todo está en orden —comenta Abel tan pronto como le es franqueado el paso—. Ningún *parado* ha cruzado la frontera. Debió ser una racha de aire.

El muchacho deja el mazo a un lado de la puerta y resopla con la intensidad propia de una ballena. Es uno de sus defectos: nunca ha sido un chico discreto. Conociéndole como le conoce, ella barrunta que el resoplido no es otra cosa que una argucia con que subrayar el esfuerzo que ha realizado en beneficio de la pareja. Porque a él le gusta que se le reconozca.

—Abel, ¿estás cojeando?

Ahora, a la lumbre del *vaso de fuego*, es evidente la cojera del muchacho.

—¿Quién, yo? —Un niño pillado en falta habría preguntado lo mismo, ¿*quién, yo?* A juzgar por el tono, ella intuye que algo le ha ocurrido, por mucho que lo niegue, que esa cojera no es producto de la causalidad de una mala postura o un mal gesto—. Bah, tonterías tuyas.

—¿No te habrás tropezado con ningún *parado*?

—Negativo.

—A ver, a ver... —Verona se arrodilla delante de él, señala con el índice la mancha de color petróleo que mancilla el vaquero a la altura del muslo derecho—. ¿Y esto? ¿Dónde, cómo te has herido?

Bufando de hastío, Abel se derrumba sobre la primera silla que encuentra. Gracias al *vaso de fuego* es visible el sudor de su frente. Un nuevo resoplido de ballena. Se echa hacia adelante, los codos sobre las rodillas. En un intento por deshacerse del marcaje de Verona, ventea el brazo para que se aleje.

—Déjame. ¿Qué hay de cenar? —Más que una pregunta es un desaire. Y al mismo tiempo, una defensa contra la mirada inquisitiva de la muchacha.

—Hasta que no respondas, nada.

El estómago de Abel gime de dolor con solo pensar en otro día de ayuno. Antes de responder, muerde un insulto para sus adentros. Cocinar la rabia en la caldera del estómago es una de sus especialidades.

El silencio responde por él.

—¿Cómo te has herido?

—De acuerdo, tú ganas. Sucedió en el *vertedero*. Tropecé y me herí con el arma

que te entregué antes. Por cierto, ¿dónde la has puesto?

—¿Arma?

—Sí, mujer, el objeto que te di.

Verona se lo acerca antes de que lo pida; lo deja entre sus piernas, el mango en forma de jota hacia arriba. Ambos se interrogan en silencio: ¿qué demonios será?, ¿para qué servirá? Por ahora no hay respuesta; es más, posiblemente nunca la encuentren. Es uno de esos utensilios anteriores a los Años Críticos, a la noche del Desastre, que se convierten en un verdadero enigma para ellos. No en vano eran muy pequeños cuando aquello ocurrió. De aquella civilización ahora tan solo quedan las ruinas, casi tan ajenas a sus vidas como pudiera serlo una civilización del planeta Marte.

Abel se esfuerza en devolver a su posición inicial todas y cada una de las varillas retorcidas. El ejercicio merece la pena, o eso cree en un principio... porque ahora es incapaz de descifrar el acertijo propuesto por el objeto-arma. Una vez extendidas, y partiendo del centro en forma radial, las varillas conforman un círculo de unos ochenta centímetros de diámetro.

—¿Qué coño es eso? —pregunta Verona, arrodillada junto a él. Para sí misma lamenta que Padre ya no esté con ellos: él les resolvería la duda; seguro que sabría decirles cómo se llama. Pero Verona permanece en silencio. Si a Abel le irrita que hable de Padre, será mejor quedarse calladita.

—Nena, nunca había visto nada igual.

—¿Y eso? —señala los trozos de tela, el estampado de flores. Después de que Abel haga por juntar todos los pedazos, igual que si fuera un *puzzle*, una idea surge en la cabeza de Verona—. Parece una suerte de escudo.

Él coge la empuñadura y se acerca el objeto al cuerpo, para a continuación simular que se esconde tras él, como si con ello se protegiese del ataque de algún infectado.

—Eso parece, nena, pero la tela es demasiado endeble. Además, ¿quién iba a decorar un escudo con estas flores?

Devuelto al suelo, ella lo recoge y lo levanta por encima de su cabeza. Sin que ninguno de los dos conozca este extremo, Verona se encuentra más cerca de hallar la verdadera utilidad del objeto.

—Dámelo, nena.

Sin mediar más explicación, Abel fuerza el giro de una de las varillas, a un lado y a otro, hasta que consigue arrancarla. La observa con detenimiento.

—Creo que nos servirán para defendernos de los parados. Mira lo que ha hecho con mi pierna.

—Déjame que te cure.

Tras buscar en los muebles que rodean *la guarida*, Verona se acerca con un cubo de agua, una esponja y una tira de tela parecida a la que utiliza a modo de sujetador, solo que esta es más estrecha.

—¿Qué hay de cenar? —Abel retoma la pregunta de antes, mientras se deshace del vaquero, estira la pierna y observa la cura que efectúa su compañera.

Primero hay que limpiar la herida con la esponja y un poco de agua, luego dejar que se seque y por último colocar una moneda sobre ella y liar el muslo con la tela.

—No te enfades, hombre.

—¿Quién se enfada?

—Pensé que...

—No pienses por mí, ¿de acuerdo? —la interrumpe sin templar el clamor de su desdén—. ¿Qué hay de cenar?

—He estado mirando en la despensa y...

—Desembucha, la situación tampoco puede ser tan grave, vamos digo yo.

—No te creas; he preparado el antepenúltimo trozo de carne —murmura Verona, que mantiene la cabeza gacha, sin atreverse a mirarle de frente, no vaya a pensar que se lo está echando en cara y semejante sospecha propicie el inicio de una discusión—. Mañana tendremos que ayunar de nuevo.

—Joder, la hostia puta. No lo entiendo. Habrá existido algún fallo en el racionamiento.

*La guarida* parece más inhóspita después de tal afirmación, y el silencio de la noche, más amenazador. Verona no sabe qué hacer con las manos, si seguir con el vendaje del muslo o intentar una caricia; tampoco a dónde mirar. Presiente el peso de los ojos de Abel sobre ella. Antes de que la pausa se haga más incómoda, se atreve a decir:

—A lo mejor simplemente hay que hacer las raciones más pequeñas —la voz es un murmullo. Teme cometer la imprudencia del día.

—Joder, joder —masculla el muchacho. Menos mal que la posterior mueca de dolor deja bien claro que el exabrupto no va dedicado a ella, sino a la labor de cura.

De repente los ojos del muchacho son dos puñales a punto de rasgar el vientre de *la guarida*. Bastaría un descuido para que saltase por los aires el inestable equilibrio que preside la convivencia. *Ya es bastante jodido sobrevivir en esa mierda de mundo como para aumentar los problemas*, piensa ella.

—¿Duele? No te preocupes, cariño, tendré cuidado —apunta Verona mientras hace un nudo con dos extremos de la tela.

Pero inmediatamente Abel se olvida del dolor, se rehace. Desencadenado el rencor, Abel es capaz de utilizar las palabras con la misma destreza con que maneja el mazo de derribar paredes en las *noches de euforia*: las deja caer sobre ella con toda la intensidad de la rabia, dispuesto a acabar con su mínima resistencia. A ella solo le resta asentir en silencio. Cualquier otra actuación sería contraproducente.

—Más duele el hambre, Verona, mucho más.

EL JUEGO COMIENZA con algo tan inocente como la tirada del dado. Nunca se sabe cuándo surgirá la ocasión de jugar, más bien es producto del azar. Como consecuencia de ello, la oferta está siempre ahí. El dado permanece sobre la mesa, presidiéndola desde su mismo centro; nadie ni nada le quitará su lugar de privilegio. Siempre en su sitio, recordándoles a ambos que disponen de esa opción con que matar el aburrimiento. Únicamente la proximidad incierta de una nueva noche de diversión que será percibida por uno de los dos jugadores gracias a la aceleración de la sangre, al palpito renacido de las sienes o al cosquilleo eléctrico de los dedos, permitirá el contacto. Es entonces cuando una mano se aproximará al dado con una liturgia propia del instante de la consagración de la sangre y cuerpo de Cristo.

Precisamente es lo que sucede en ese instante: Abel se ha atrevido a alcanzar el dado para esconderlo en el cuenco formado por las dos manos. Sopla sobre él con el propósito de conjurar a la suerte. Y es que desea ganar la tirada.

—¿Pares o nones? —Es la pregunta de siempre. La sonrisa que arruga la boca de Abel hacia un lado, también.

—¿Hoy? —El tono empleado por Verona es de hastío.

—Nena, es una noche como otra cualquiera.

—No, no lo es. Estás herido —objeta malhumorada—. Por favor, dejémoslo para mañana.

—Ya sabes las reglas: una vez que se ha cogido el dado nada podrá detener el juego.

—Venga, vale, en esta ocasión elijo pares —se muerde el labio, nerviosa; está preocupada por esa punzada que siente dentro de la cabeza.

Si sale par, gana. ¿Consecuencia?, será ella quien llevará el peso del juego: una perversa versión del escondite. Ojalá pierda. Aunque Abel está herido, prefiere perder: esta noche no está para demasiados alardes. Si por el contrario sale impar, gana él y, de paso, la fortuna le habrá hecho un favor a Verona.

Después de rodar sobre la mesa, el dado muestra en su cara superior tres puntos negros. El muchacho sonríe satisfecho porque él, a diferencia de Verona, carece de sus escrúpulos y tampoco se va a arredrar por una herida tan insignificante como la del muslo. En realidad le va la marcha y pretende apostar todo esta noche a doble o nada.

—A ver con qué nos encontramos hoy —comenta.

—Hombre, pues con lo mismo de siempre. De todas formas, los *parados* son todos iguales.

—Lo decía por la fuerza, por la ferocidad del tipo elegido.

—Menos mal que no me ha tocado —respira algo aliviada—. Esta noche me duele la cabeza.

—El infectado de la última noche no aguantó los primeros golpes. Era un



auténtico muerto.

En ese momento la conversación se ha convertido en dos monólogos que divergen en diferentes direcciones, como dos vías de tren que se dirigiesen una al norte y otra al sur.

—Es el inicio de la jaqueca, ya me tiene chafada. Ni te imaginas lo que es.

—De poder elegir contrincante, preferiría alguien que presentase más oposición.

—Espero que el juego acabe pronto, no me siento muy bien.

—Joder, un muerto que luche como un superviviente.

Verona decide callarse en vista de que cada uno habla de una cosa distinta. Y es entonces, al sentir el silencio de su compañera, cuando el muchacho redirige la conversación hacia sus quejas, hacia su incipiente dolor de cabeza.

—¿Jaqueca? OK, si quieres quédate aquí. En un momento dado podría hacerlo yo solito.

—Sabes que no, que en este juego se necesitan dos personas. Y mucho menos en tu estado, con la pierna herida.

Abel se ha acercado al arcón que ocupa una esquina del aula. Dentro, hecha un ovillo, está guardada la totalidad de la ropa de combate; porque ante todo se impone la precaución: una simple herida en el cuerpo a cuerpo con los enfermos podría resultar mortal. Ellos lo saben y por eso se tienen que de proteger debidamente.

Sobre los pantalones que lleva puestos, Abel se enfunda otros, una talla más grande. Siempre dos mejor que uno.

—Creo que será una gran noche —dice mirándola a los ojos.

Luego desecha el calzado deportivo en favor de unas botas militares con punta de acero. Remete los bajos de las perneras por dentro de las botas con objeto de que ni un solo centímetro de carne quede expuesto al contagio. Ata los cordones con fuerza. Después elige una gabardina larga, pero lo suficientemente flexible; de resultar un estorbo, nunca la habría cogido.

Una vez enfundado en el traje de combate se le escapa una sonrisa similar a la de un niño antes de que comience la función del circo. Ya solo le falta el saco de arpillera que le cubrirá la cabeza y que anudará al cuello con una cuerda, y los guantes de motorista. Sabe que pasará un poco de calor, y más aún cuando empiece lo bueno, el ejercicio de verdad, la lucha... pero está lejos de ser un temerario. Sí, de acuerdo, en su sano juicio no jugaría hoy porque se encuentra herido y le palpita de dolor el muslo. Sin embargo conoce sus límites y sabe a ciencia cierta que superará semejante contratiempo. Lo que nunca haría sería enfrentarse a uno de *ellos* sin la protección adecuada.

—Ahora te toca a ti, nena —la voz suena oscura bajo la tela. Los ojos apenas son visibles a pesar de que los agujeros practicados en la arpillera son lo suficientemente grandes.

Ella se decanta por la ropa de otras ocasiones: el mono integral que se enfunda sobre la ropa que lleva puesta y que se cierra a la espalda, las botas de nieve y el casco de policía con visera.

—Uff, qué calor tengo —se lamenta de inmediato. La bufanda, anudada dos veces, le protegerá el cuello. Finalmente alcanza los guantes.

—Ya he dicho que te quedes aquí.

Uno frente a otro parecen dos fantoches escapados de una fiesta de Halloween a deshora, cuando el alcohol se ha convertido en la única excusa para ir disfrazados de semejante guisa. Sin embargo están en su sano juicio, y no borrachos.

Se observan durante un segundo, ridículos ante la mirada del otro. Tal vez por ello, para anular esa sensación, se mofan de las manchas y salpicaduras oscuras que afean la ropa elegida de dentro del arcón. Ellas notifican el derramamiento de sangre de anteriores batallas.

—Cómo sangraba *Valor*. Después del primer mazazo la nariz se convirtió en un grifo —la voz de Abel suena oscura tras el saco. Se afana en la búsqueda de una prueba del martirio de *Valor* entre los restos de sangre que decoran su gabardina.

—Pero siguió luchando, el muy hijoputa, haciendo gala a su nombre —apunta Verona con determinación, como si pretendiese esconder la jaqueca en alguna gatera del cerebro y así olvidarse de ella.

—Alguien con sus cojones me gustaría encontrar esta noche, pero con más fuerza —se mira la gabardina. Está buscando algo entre las manchas de sangre.

—Tú cuídate la pierna.

—Aquí está —dice Abel cuando encuentra lo que buscaba. Se deshace del guante derecho para cogerlo. Es un trozo de hueso demasiado pequeño como para intentarlo con el guante puesto. Con la pinza del pulgar y del índice lo aproxima a su compañera.

El rastrojo del cuero cabelludo facilita a Verona la pista necesaria para descubrir a qué parte del cuerpo de *Valor* pertenece. Asqueada, retira la cara mientras el recuerdo le asalta a traición: esos golpes de mazo.

Antes de abandonar el aula, Verona guarda en la mochila de combate tres *vasos de fuego* apagados. Un cuarto vaso, el que ilumina ahora mismo *la guarida*, debe permanecer encendido para guiarles en el descenso a la planta de abajo.

Luego ofrenda a su compañero un beso tras retirar un palmo el mueble que defiende la puerta. Nunca se sabe qué sucederá una vez que ha sido convocada una *noche de euforia*.

—A por esos cabrones —murmura el muchacho. En cambio, ella permanece en silencio.

Verona va armada con unas tijeras de podar enormes y un poco de gasolina. Por su parte, él ha echado mano del mazo, marca *True Temper*, mango de madera de un

metro de largo y cabeza de acero de cinco kilos de peso. Descienden por escaleras del ala norte. Ya en la primera planta del instituto la cosa se pone más seria, aunque solamente sea por la proximidad silenciosa de los enfermos. Están ahí, aunque el silencio pretenda desmentir semejante certidumbre.

Por ahora no hay nada que temer, la primera planta es la zona neutral del edificio, la que separa el Infierno que es la planta baja, del Cielo de la segunda, la que se interpone entre unos y otros, entre los muertos y la pareja. Por este motivo se convierte en el lugar ideal para jugar.

Quien ha perdido la apuesta en la tirada del dado —en este caso Verona—, es quien ha de llamar la atención de los muertos. Sobrará con un par de berridos y unas patadas al vientre de los muebles, y la rabia despertará de inmediato. Por su parte, quien ha ganado —Abel— deberá camuflarse en la oscuridad de las aulas a la espera de que el *pasadizo* elija su víctima.

Después de encender los tres *vasos de fuego* y colocarlos a lo largo del ala oeste, Verona se adentra en la penumbra del ala norte guiada por el cuarto vaso. La luz del ala oeste queda a modo de reclamo para el enfermo que se habrá de enfrentar a Abel.

Nerviosa, se aproxima a la barrera de muebles que bloquea las escaleras del ala norte. Sabedora de que de su rapidez a la hora de seleccionar el adversario de Abel depende la fortuna del juego, le tiemblan las manos. Maldita sea, es lo que le faltaba después del pálpito inicial de la jaqueca.

Para llamar la atención de los infectados, se sube a un pupitre como paso previo a encaramarse a lo alto de una estantería. Después grita con toda la fuerza de los pulmones y arrea dos golpes con el mango de las tijeras a la madera, que retumban como truenos.

Antes de que tenga tiempo para maldecir su vida y ese maldito juego inventado por Abel, la muerte resucita: la penumbra de las escaleras se colma de sombras que ascienden camino de la primera planta, con más torpeza que rapidez, más lentos los cuerpos que el hedor untuoso que les precede. Este es de tal intensidad que mancha las paredes, se adhiere a la ropa de combate y supera la defensa de la visera del casco de policía y de la bufanda de Verona. Como ya contaba con ello, la muchacha reprime a tiempo una arcada.

En un par de minutos, una furia de brazos y de manos se alzan en su dirección. Esos ojos incendiados, esas bocas desencajadas. A pesar de que no es la primera vez que juega a la *noche de euforia*, le impresiona la cercanía de los muertos. ¿Quién se podría acostumbrar a ello? Tras reponerse del estremecimiento inicial, vuelve a gritar con objeto de espolearlos. Empuja uno de los muebles de la parte superior de la muralla defensiva, una cajonera que llena de exámenes y documentación variada pesa como un animal muerto, para así abrir el *pasadizo*, el hueco necesario que facilitará el paso de uno de los enfermos. Vuelve a gritar, a pesar de la jaqueca. En cuestión de segundos uno de los cuerpos se encarama a la frontera.

Aunque Verona es incapaz de distinguir este extremo, el hambriento que se

apresta a cruzar el *pasadizo* perteneció a la policía antes de la infección. Gracias al uniforme que viste, envilecido por la sangre seca, ella reconoce al muerto en cuestión: sin duda alguna es él. Ese tipo fue bautizado hace meses con el nombre de *Rencor*. Recuerda cómo, mientras jugaban al *bautismo* desde la azotea, *Rencor* había demostrado una habilidad especial para, una vez resucitado como consecuencia de los gritos de la pareja, recordar algún que otro desagravio perpetrado por otro infectado y posteriormente castigarlo.

Esta noche Abel y Verona han tenido suerte. Ya lo habían comentado con anterioridad desde la azotea: *Rencor* sería un excelente adversario contra el que jugar, ya no solamente por la crueldad demostrada para con el agraviador de turno, sino porque en un costado llevaba una cartuchera, a través de la cual asomaba la culata de una pistola. Por lo que parece hoy la pareja obtendrá doble premio: el infectado y su arma.

El cuerpo tropieza y cae sobre los otros infectados cuando ya había superado la mitad de la escalada. Se repone, lucha contra aquellos que se aprestan a robarle su oportunidad y vuelve a intentarlo. Si es preciso, trepará por encima de los otros. *Rencor* se aferra con fuerza a las esquinas de los muebles y lucha por pasar al otro lado. Desconoce por completo la suerte que le espera.

En cuanto el muerto atraviesa el *pasadizo* y se deja caer desde lo alto de la muralla, Verona grita en dirección al ala oeste:

—¡¡*Rencor*!!— para que Abel sepa exactamente a quién se enfrenta.

Luego cierra el hueco practicado en la muralla, devolviendo a su posición inicial el mueble. Esta ha sido la parte más sencilla de su cometido en la *noche de euforia*. Ahora le resta la más complicada: aplacar la ira de quienes no han sido elegidos. Es el momento de enseñarles quién manda allí, de castigar a los más pertinaces. Como no atenderán a razones, será necesario emplear la fuerza.

—Padrenuestro— masculla igual que hiciera su padre en el último momento.

Verona abre y cierra las tijeras casi sin mirar. Mejor así. El metal tropieza con la dureza propia de las falanges y se encela con la rabia de los que tratan de esquivarlo. Es una defensa desesperada, sin más objetivo que disuadir a los más tenaces.

Menos mal que siempre podría usar un poco de gasolina y prender fuego a un par de cabezas.

EL HAMBRIENTO SELECCIONADO avanza por el ala norte, en medio de grandes alaridos y golpes a las paredes, camino de la esquina que le conducirá al otro pasillo, al ala oeste. Todas las puertas fueron arrancadas de sus bisagras para blindar *la guarida*. De no ser así, Abel las dejaría abiertas; sería una traición a la limpieza del propio juego aguardar tras una puerta cerrada, y de este modo aparecer a traición por la espalda y derribar al invasor de un golpe de mazo sin que este pueda defenderse. Algo tan ruin solamente sería propio de un capullo. Además, ahí estriba la gracia del juego, en comprobar si el muerto es capaz de encontrarle por medio del olfato o de la pura intuición.

El infectado ya ha doblado la esquina. De momento *Rencor* desdeña la profundidad abisal de las aulas; se diría hipnotizado por la luz proveniente de los *vasos de fuego* y, al mismo tiempo, por su propia sombra, que se adelanta o se retrasa dependiendo de la cercanía o de la lejanía de la lumbre.

Al llegar al final del ala oeste el infectado se revuelve, enojado por no haber encontrado aún al superviviente. Grita, berrea, aúlla con la desesperación propia de un perro al que, en el último embate, se le ha escapado el gato delante de sus narices. Se golpea contra las paredes: emplea los puños, los hombros, la cabeza, los pies, inmune al dolor pero no a la rabia que le empuja a actuar de manera visceral. Los golpes retumban a lo largo de todo el corredor y alcanzan la barrera que cierra las escaleras de esa misma ala, encima de la que se agazapa Verona, que se ha trasladado hasta allí después de repeler el ataque de los hambrientos que se apostaban frente a la muralla del ala norte. Nunca se sabe si le hará falta ayuda a su compañero. Obviamente ha guardado la precaución de apagar su *vaso*. Aguarda el desenlace, expectante, tratando de confundirse con la oscuridad y con los muebles. Salvo caso de extrema gravedad, no entrará en juego; no por nada, sino porque luego no quiere oír los reproches de Abel.

En vista de que el superviviente no aparece, *Rencor* penetra finalmente en el aula 20. En algún lugar debe esconderse, o eso al menos le dicta el instinto. Deambula de un lado a otro en mitad de la oscuridad que habita entre las cuatro paredes. Si la clase estuviese llena de sillas tropezaría con ellas, pero no queda ni una sola en la primera planta. Durante los primeros meses de la supervivencia fueron reunidas y amontonadas en aula el 35 para cuando fuese necesario alimentar la lumbre de los *vasos*.

Al cabo de un rato, *Rencor* aparece de nuevo en el corredor central. Es entonces cuando descubre la figura de Abel, encapuchado, detenido entre las aulas 23 y 19, a una distancia de cuarenta metros. Por fin, ya ha descubierto a su adversario.

Furioso, el hambriento cabecea de un lado a otro; es una manera de avisar al otro

de la inminencia del ataque. Abre la boca, muestra el pozo de la garganta y aúlla con toda la fuerza de sus pulmones, como si pudiese escupirlos por la boca. Sí, lo que ve es real, y no fruto de su propio deseo.

Abel sostiene el mazo *True Temper* a media altura, ligeramente separado de la cadera.

El enfermo adelanta una pierna.

Abel le espolea con un grito.

*Rencor* responde a la provocación con un alarido animal, que rebota de un lado a otro del pasillo, igual que las bolas en el billar americano; aquí el desafío no es el de evitar la bola negra, sino acabar con la arrogancia del adversario.

Abel mueve arriba y abajo el mazo con objeto de fijar la atención del otro.

Un nuevo paso del infectado y otra nueva demostración del poderío de sus pulmones.

—¡Vamos, ven aquí! —grita Abel bajo el saco de arpillera.

En cuanto el enfermo emprende la carrera, Abel levanta el mazo por encima de la cabeza, los dos guantes sobre el mango. A modo de advertencia, durante un segundo siente el pálpito caliente de la herida tras la moneda y el vendaje, cuatro dedos por encima de la rodilla derecha. Pero nada ni nadie le robará este instante.

No hay prisa alguna: toda una vida cabe en ese compás de espera. Se lo juega todo a doble o nada. Ahí precisamente reside la excitación de juego: apostar quince años de supervivencia en apenas un minuto.

Mientras aprieta los dientes y tensa los músculos de los brazos, aguarda el instante exacto en que proyectar el golpe, ni demasiado pronto, ni demasiado tarde. Se enfrenta al momento más peligroso del juego; en el caso de errar, dispondrá de muy poco tiempo de reacción, tan poco que es probable que el otro se le eche encima. Entonces todo se habrá ido a tomar por culo. Sin embargo, y a pesar de ser plenamente consciente de ello, no se arredra.

*Un poquito más, acércate un poquito más, cabrón.*

Cuando *Rencor* se encuentra a un metro de distancia, Abel descarga el peso de su rabia y el del mazo contra él. Cinco kilos de acero multiplicado por diez. Desgraciadamente, una última torsión de cuello del muerto ha impedido que el golpe alcance el cráneo y por ende resulte devastador. La cabeza de la herramienta ha caído sobre la hombrera derecha del uniforme de policía. Un chasquido acompaña el impacto. Ha roto, desmigajado la clavícula y el omóplato derechos. De inmediato el brazo queda descolgado, inutilizado, como el de una marioneta a la que alguien hubiese cortado el hilo correspondiente. Aunque el mazazo no ha sido definitivo, el incendio de los ojos de *Rencor* se apaga al instante, antes incluso de que se enreden los tobillos, tropiece y caiga al suelo. En el impacto contra el mismo pierde dos incisivos que ruedan por el pasillo.

Sabedor de que la victoria se halla al alcance de su mano, Abel se acerca paso a paso, cojeando de la pierna derecha. Ralentiza el acercamiento; es el momento de

paladear la euforia del instante: él está allí de pie, y por el contrario el enfermo se retuerce en el suelo, empeñado en reaccionar tras el primer golpe. Se debate contra la torpeza de las piernas y la inutilidad de su brazo derecho, anulado tras la doble fractura.

—A ver si eres capaz de levantarte.

Antes de que lo consiga, el encapuchado neutralizará el empeño del hambriento. Da dos pasos hacia atrás y, a continuación, proyecta la pierna izquierda contra el cuerpo con la fuerza de diez tormentas, con la potencia telúrica de un terremoto.

Golpe. Fractura.

La patada hace diana en la sien a la velocidad de un meteorito que impactase contra la Tierra. La punta de acero de la bota estalla en el esfenoides y en el frontal y los hace añicos. El estropicio es similar al provocado por una piedra lanzada contra una ventana. La cabeza rebota, se bambolea como una piñata. El cuello cruje. Inmediatamente el cerebro queda convertido en papilla, y la poca conciencia que le quedaba después de la infección, naufraga.

Después de una patada como esa, ningún superviviente viviría para contarlo, ninguno. Pero un infectado es distinto: hay que matarlo por segunda vez, y no es tan sencillo. A pesar del derrame que le anega el cerebro, *Rencor* aún se afana por levantarse del suelo. Maldito hijo de puta.

Esta perseverancia espolea la excitación del joven. Sin duda alguna, no hay nada como una *noche de euforia*, no hay nada como el sacrificio de un enfermo. *Bueno, casi nada*, piensa con un deje de sorna.

Cuando advierte que las pupilas cancerosas reviven tras la desconexión sufrida hace unos segundos, Abel se apresura a pisarle la mano como quien apaga un cigarrillo contra el suelo. Nunca ha fumado, así que lo que de verdad le enardece es el crujido de las falanges, mucho más que el anhelo de un vicio no probado. Como se le antoja poco efectivo, cierra la mano del muerto en un puño y la pisa de nuevo. *Ahora sí. Jódete, cabrón.*

Ningún hueso ha de quedar ni quedará indemne. En esta ocasión el ejecutor es el talón de la bota. Abel vuelca todo el peso del cuerpo sobre él. Hará todo lo posible para que la mano acabe convertida en un *puzzle* irrecuperable. Los nudillos se fracturan contra la solería. Crujen igual que frutos secos.

Cinco o seis pisotones más tarde, el vigor de su ingle espolea a Abel. La electricidad que bulle en los testículos y que acelera la velocidad de la sangre, endurece el colgajo del pene. Al mismo tiempo contagia al resto del organismo: los intestinos, los músculos, los pulmones. Es el instante previo al advenimiento de la euforia, a la constatación de la victoria. Respira hondo. A través de los agujeros practicados en el saco, la esclerótica de los ojos de Abel refulge como el acero de un cuchillo.

Mientras el muerto trata de incorporarse doblándose por la cintura, su ejecutor le regala un golpe con la rodilla justo en la mandíbula. Obsequio de la casa. Dado que el

premio conseguido es menor —tan solo ha desencajado la mandíbula—, le propina otro rodillazo, este mucho más violento que el anterior.

Golpe. Fractura.

La mandíbula acaba rota por cinco puntos distintos. Las esquirlas de los dientes lancean la lengua y la sajar. Junto a una bocanada de sangre, el muerto escupe varios fragmentos de piezas dentales.

La excitación alcanza ahora una intensidad tan solo comparable a la del coito. Por lo tanto es lógico que la dureza del miembro, pura piedra, lo certifique. Sin embargo la gabardina que viste como ropa de combate disimula el monolito.

Del interior de la cartuchera, Abel arrebató la pistola al infectado. Observa el tambor, están todas las balas. ¡De puta madre! Hoy el premio será doble: la satisfacción de la pelea y el regalo de una nueva arma.

—Verona, dame las tijeras.

Dado que se solicita su intervención, la chica se aproxima. Desconfiada, no deja de girar la cabeza hacia atrás, no vaya a ser que los infectados vuelvan a la carga después de una pausa, y la pareja resulte sorprendida al final de la *noche de euforia*. Se verían en un verdadero aprieto.

—Acaba con él, por favor, y nos marchamos —la súplica de Verona es más perceptible en los ojos que en el tono de voz empleado.

—¿Cómo va esa jaqueca?

Verona cabecea sin dejar muy claro si ha mejorado o, si por el contrario, le duele más que antes.

—Lo que te hace falta es dormir ocho horas seguidas —sentencia Abel. Tiene razón: es el único remedio que conocen; ese, o que ella se provoque el vómito. No en vano carecen de pastillas con que combatir el dolor.

Los gruñidos de *Rencor* devuelven el protagonismo al juego. Después de morder un insulto, Abel le lanza un punterazo directo al costado, diez megatones de rabia estallan en el objetivo. El acero de la bota ha pulverizado tres costillas, reduciéndolas casi a polvo, y ha roto otras tres. De haberse empleado con mayor violencia, la puntera de la bota habría terminado ensartando el cuerpo. Las costillas fracturadas se hunden en la blandura del pulmón, se convierten en puñales que destrozan a *Rencor* por dentro.

Sin embargo el muerto únicamente se ha retorcido a causa de la fuerza del impacto, inmune por completo a la explosión del dolor a causa de la enfermedad, como esa Cúpula Genbaku de Hiroshima que permaneció erguida sobre sus cimientos aun cuando la bomba atómica estalló justo encima en 1945.

Abel está convencido de haberle roto algo por dentro, más allá de la defensa de las costillas, quién sabe si los pulmones. Con un poco de suerte se los habrá machacado. De inmediato imagina al enfermo respirando su propia sangre, escupiendo a partes



iguales muelas, trozos de lengua y pedazos sanguinolentos de los pulmones.

Coincidiendo con el borbotón negro que el muerto es incapaz de retener dentro de la boca, el muchacho se desabrocha la gabardina para que su compañera sea testigo de la erección inmisericorde, ni siquiera disimulable bajo la tela de los dos pantalones. Verona observa el frenesí de los ojos a través de los agujeros practicados en el saco de arpillera.

—Serás cabrón —apunta Verona tras lanzar una mirada al bulto de la entrepierna, no tanto en tono admonitorio como de admiración.

—Si tienes prisa, sube tú a *la guarida* —refunfuña algo molesto. Por lo que parece, no ha entendido el doble sentido del comentario de su compañera.

Esta le alcanza las tijeras. Luego da tres pasos hacia atrás. No desea participar en el *sacrificio*. Pero tampoco pretende subir sola. Así que adopta la postura más cómoda, la del espectador pasivo, ese que es capaz de asistir a las peores atrocidades sin mover un solo músculo.

Negando el latido de la herida bajo el vendaje, Abel se arrodilla junto a la mano sana, la que no ha sufrido el pisotón anterior. Acerca las tijeras. *Rencor*, tal vez presintiendo lo que va a ocurrir, se revuelve y alcanza el cuello de su gabardina. Tira de Abel hacia abajo con la intención de atraerlo hacia su boca.

El muchacho se desembaraza del agarre, se incorpora y alcanza el mazo. A menudo esos hijoputas son duros de pelar. Aunque en un principio pensaba conducirse de manera más comedida que en ocasiones anteriores, se decide a emplear la dureza habitual. Basta ya de contemplaciones, joder.

Los cinco kilos que pesa la cabeza de acero del mazo pulverizan la rótula derecha, y también parte del fémur y de la tibia. Los huesos, la sangre, los ligamentos y el tuétano se funden en una pulpa tan homogénea que es imposible de distinguir un elemento de otro. El impacto ha sacudido por completo el cuerpo caído.

Golpe. Fractura.

Para que sea una medida efectiva, procede de igual manera con la otra rodilla y luego con los codos, de tal manera que el muerto será ya incapaz de levantarse. Como el niño que, en la playa, se obstina en la destrucción de un castillo de arena, Abel se emplea a fondo. Una y otra vez hasta que pierde el resuello y le arden los brazos, hasta que la tela del uniforme de policía se funde con la carne macerada. Los pedazos de arena más resacos, esos que se obstinan en resistir, centran su obsesión. Uno, dos, tres mazazos, y si hace falta, de propina un cuarto y un quinto, hasta que los huesos se convierten literalmente en polvo, en harina. *Rencor* se merece un tratamiento especial, un *sacrificio* ejemplar.

Convencido de que al hambriento le resultará imposible ni tan siquiera incorporarse, desata la cuerda que lleva anudada al cuello y remanga el saco sobre la frente. A él le sobran el hisopo y el acetre, le basta con la saliva. Así que bendice al sujeto a *sacrificar* con un escupitajo. Hace diana en mitad del pecho, muy cerca del escudo de policía. Es la primera demostración de su desprecio redentor, la primera.

Con detenimiento, observa los ojos del enfermo, el ascenso gradual de las pupilas en busca del eclipse de los párpados, perdida ya la poca conciencia que le quedaba a *Rencor* después resultar infectado.

*Este muerto es un asco*, dice para sí. Se limpia el resto de saliva con la manga de la gabardina.

La inminencia de la doble muerte sobrevuela la escena, igual que un pájaro que, antes de morir de inanición y de tristeza, alguien hubiese liberado de su jaula. El contratiempo, claro está, es el escenario de semejante liberación: el pasillo del instituto, ya que este le deja poco espacio para sacudir las alas. Enseguida tropieza con el techo o, en el caso de internarse en las aulas, con la trampa invisible de las ventanas cerradas.

—Este jodido cabrón quiere ser *sacrificado* hasta el final —gruñe.

A pesar de que las hojas de las tijeras no están tan afiladas como desearía, Abel se dispone a seccionar el pulgar de la mano izquierda. Batalla con la dureza del hueso, abriendo y cerrando las tijeras tantas veces como haga falta para lograr el objetivo. En primer lugar las hojas arañan, luego muerden, y por último, cortan. Una vez que el pulgar ha sido separado del resto de la mano, lo pateo lejos de él. A la luz del *vaso de fuego* más cercano se le antoja que es una oruga increíblemente grande.

Ahora le toca el turno al índice. Abel es un torturador metódico que disfruta con cada detalle. Cuando ha deshojado por completo la margarita de la mano, termina por aburrirse del juego, entre otras cosas porque, inutilizadas las piernas y los brazos, y pulverizadas las rodillas y los codos, ya no le queda adversario.

Tras obsequiar al enfermo con dos patadas directas a la cabeza, que se bambolea sin resistencia alguna por parte del cuello, alardea de erección frente a Verona. Es más, busca trabajosamente debajo de los dos pantalones hasta que extrae el monolito de carne, el prepucio enrojecido de puro placer.

Se regala varias sacudidas, arriba y abajo, para que la muchacha sea testigo de la prodigiosa dureza de su polla.

—Te gusta, eh —no es una pregunta, sino una afirmación.

Luego le ofrece la posibilidad de practicarle una felación o de pasaportar al muerto al viaje final.

—Toma, nena.

Verona no sabe si se refiere al mazo o al pene erecto.

—Lo siento. No se me quita esta maldita jaqueca. Me subo a vomitar.

—Entonces, ¿esta noche no habrá *llamada telefónica*?

—Mañana.

La respuesta no deja lugar a dudas. A la inquina congénita que Abel profesa a los infectados, se suma ahora la rabia procedente de la negativa esgrimida por Verona. La caldera de la cabeza arde; bullen las ideas, a cada cual más explosiva. Antes de que estalle y esparza sus sesos en mitad del pasillo, el muchacho prefiere aliviar la tensión de forma radical.

Si Verona terminará vomitando su jaqueca sobre la taza de un retrete, él escupirá la mierda que le consume masturbándose. De modo que se arrodilla junto al infectado y se afana sobre la polla. Lástima que el muy cabrón haya perdido la conciencia y no sea capaz de lanzar ni tan siquiera una mísera dentellada en dirección al miembro.

La sangre se hace de fuego, y los testículos, lava incandescente. La erección es tan perfecta, tan placentera, que resulta casi dolorosa.

Apurará al máximo el orgasmo, retardándolo en lo posible, para, con el hisopo de la polla, conceder a *Rencor* la extremaunción. Aquí no hay óleo santificado un Jueves Santo, ni la señal de la cruz trazada tres veces sobre la frente y las dos manos; qué va, nada de eso, únicamente la salpicadura del semen, que fluye a borbotones, igual que cuando se apuñala una arteria.

Es la segunda muestra de desprecio de Abel, del desprecio más absoluto, ese que siente por todos y cada uno de los muertos.

Se incorpora sacudiéndose las rodilleras de los pantalones, guardándose la polla. Pero, aunque pueda parecer lo contrario, la rabia no ha desaparecido por completo con la descarga seminal. Ojalá fuese tan fácil. Él es capaz de almacenar tanta ira que podría prolongar el *sacrificio* durante semanas.

Sin embargo como hay que abreviar, se empleará a fondo. Con las tijeras de podar ataca el abdomen, donde abre un abismo. Afloran los intestinos con la urgencia de lo que a duras penas cabe dentro, y casi explotan hacia fuera. Hunde el guante derecho en las entrañas y tira de ellas hacia arriba. Después de efectuar un giro de muñeca, consigue arrancar unas cuantas. Gotea una sangre pastosa y negra como melaza. Las lanza bien lejos.

*Joder, el hijoputa huele peor por dentro que por fuera.*

Cuando lo ha eviscerado por completo, introduce la bota en el pozo sanguinolento de la barriga. Le agrada sentir el tacto de las vértebras bajo la suela. Poco le importa que la bota acabe hasta arriba llena de sangre; lo primordial es disfrutar con lo que se hace. Ahora prueba con el esternón: de un pisotón logra su objetivo, que cruja como un leño reseco.

Por último alcanza el mazo de derribar paredes. Posiblemente en ese último instante no es la cara de *Rencor* la que se encuentra a merced de su cólera, sino la de otro hombre. Descarga el peso de la cabeza de acero sobre el rostro.

La nariz y los pómulos desaparecen. Explotan los ojos. Semejante destrozo solo ha sido el producto del primer mazazo.

Golpe. Fractura.

Pero no es bastante. Ni la eyaculación ni eviscerar al enfermo contrarrestan su odio. Necesita borrar totalmente cualquier vestigio del recuerdo que le ha asaltado a traición. Golpea de nuevo. Desencaja la maza del cráneo. Insiste una y otra vez.

Cuando la cabeza no es más que una sandía reventada, cuando el pasillo ha quedado adornado con los pedazos de cerebro que han salido disparados a causa de la violencia de los golpes, cuando ni siquiera es visible la cabellera del muerto, más allá

de unos hierbajos de pelos aquí y allá, Abel procede a patear y a esparcir lo poco que ha quedado sobre los hombros.

Ahora sí que ha terminado. Sonríe satisfecho por el trabajo bien hecho. La satisfacción es casi tan grande cómo después del orgasmo.

## 6

HUMEDECE LA COMPRESA y la coloca sobre la frente de Verona. Procede con tanto mimo y dedicación que ella abre los ojos, apenas una rendija, deseosa de darle las gracias. Por si acaso Abel no la ha comprendido, coge una de sus manos y la aprieta entre las suyas. Como respuesta él le sonrío.

—Nena, ojalá estés mejor —añade.

Dado que no espera respuesta alguna, no le extraña lo más mínimo que la muchacha apueste por el silencio terapéutico.

—Ya verás como de aquí a media hora te recuperas —le anima.

Ambos saben que el mejor remedio contra la jaqueca, contra esa presión de la cabeza, es provocarse el vómito. Es una experiencia adquirida a lo largo de años. En ocasiones, cuando ella ha pretendido aliviar el dolor aumentando las horas de sueño o administrándose una ducha fría, solamente ha conseguido demorar la detonación final de la jaqueca, el que antecede al vómito espontáneo, como si el cuerpo contradijese en ese instante la voluntad por aguantar.

Nada más despedirse de Abel, Verona ha subido a los lavabos de la segunda planta y ha hundido dos dedos en la garganta. Nada más sencillo y efectivo. Ha vomitado como si le fuese en ello la vida. Ahora empieza a remitir el zumbido.

Tras humedecer la esponja, Abel refresca el rostro con la punta de la misma, y también el cuello y los labios de la paciente, que se ha refugiado bajo las mantas. Le dedica un beso en la mejilla antes de sentarse en una silla, dispuesto a valorar el estado de la herida de su muslo derecho. Retira la moneda y comprueba con satisfacción que ha dejado de sangrar. Procede a vendar de nuevo la pierna, eso sí, con la precaución de utilizar una nueva tira de tela. Luego se incorpora y observa la ilustración del Sistema Solar.

Se detiene un segundo en cada uno de los planetas, como ha hecho en tantas otras ocasiones. Ignorante por completo de las dificultades planteadas en la carrera espacial establecida entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, y de la imposibilidad de sobrevivir donde no hay oxígeno, se imagina cómo será la vida allí. Hasta se cuestiona si el Desastre que ha asolado la Tierra habrá hecho lo mismo con Marte o con Venus.

—Sería divertido viajar a través del Sistema Solar —apunta.

La Tierra es tan pequeña, tan poca cosa frente a la magnitud de Júpiter o del Sol, que Abel reprime una sonrisa. Algo parecido ocurre con *la guarida* respecto del resto del instituto, es apenas un planeta en la inmensidad del Sistema Solar.

—¿Cómo va tu herida? —Es Verona; la voz apenas alcanza el nivel de un susurro.

—Tú no hables y cúrate.

—Ya estoy mejor, gracias —se ha acodado sobre las colchonetas que hacen las veces de cama. Le mira con ternura, como si fuera el más adorable de los hombres. Sin embargo dos matices casi sin importancia contradicen tal apreciación: que en

realidad es el único con quien ha hecho el amor y que de adorable no le queda más que la fachada.

Aún retumban en sus oídos los golpes de maza, los tijeretazos y los puntapiés empleados en el *sacrificio de Rencor*.

—¿Y tu herida? —insiste.

—Por lo menos ha dejado de sangrar. La he vuelto a liar con una tela limpia.

—Bien hecho. Oye, Abel, ¿no te habrás enfadado por lo que te dije antes?

—¿A qué te refieres?

—Bueno, a cuando me preguntaste si esta noche jugaríamos a la *llamada telefónica*.

—No me he enfadado. Te entiendo —masculla, aunque el tono de voz, ensombrecido, indica lo contrario.

Media hora después Verona consigue sentarse sobre la cama. Se encuentra mejor. Se recoge el pelo en una cola de caballo. No hay más que verla para saber que ha sobrevivido a la trepidación de la jaqueca. Al menos ya tiene otra expresión.

El *vaso de fuego* permanece en el suelo, a un palmo de su mitad de la cama. Ella lo alimenta con un pequeño trozo de madera tan pronto como la lumbre mengua y amenaza con extinguirse.

—Ven aquí —ruega a su compañero. Acompaña la súplica con un gesto inequívoco, porque ¿de qué otra manera debería interpretarse que ella doble el embozo de las mantas para mostrarle su mitad de la cama?

Obedece sin mediar palabra. Cuando se acomoda junto a ella, Verona extrae de debajo de la almohada —su lugar favorito para esconderlo— un libro. A Abel no le hace falta ver la portada para saber que se trata de *Marcovaldo*, escrito por un tal Italo Calvino. Porque en realidad no es un libro cualquiera, como esos otros que hace diez años trasladaron desde la biblioteca de la planta baja hasta el aula 38; no es uno cualquiera, no, sino el Libro, en mayúsculas: El Libro de Padre y Verona.

—¿Quieres que te lea un poco?

Sin demasiada convicción, el joven cabecea en sentido afirmativo. ¿Qué otra alternativa le queda, decirle que no? Además tampoco hay gran cosa que hacer durante las horas previas al sueño.

Obviamente él es el primero en aceptar el hecho: este juego de *la vida de los otros* no es ni de lejos tan excitante como la *noche de euforia* o la *llamada telefónica*, ni tan siquiera tan divertido como el *bautismo*; pero a ella le gusta y accede con resignación. Habrá que tenerla contenta de vez en cuando. Aunque a veces sospecha que su predilección por este divertimento lleva implícito un mensaje oculto: la constatación de que Verona sabe leer y él no, más que nada porque él nunca quiso que le enseñasen ni Padre ni ella.

A lo mejor al pensar eso está buscando pruebas de la culpabilidad de Verona

donde no existe nada más que la sana intención de compartir los anhelos de otros hombres y mujeres, por mucho que estos sean ficticios.

—¿Te apetece visitar *El bosque de la autopista*?

Abel sonríe hacia fuera. Así oculta que le importa un carajo el infortunio de la familia *Marcovaldo*. A él lo que en verdad le apetecería sería hundir la mano en el desfiladero formado por las piernas de su pareja. Es consciente de que, al principio, ella renegaría de la aproximación con una protesta, pero cuando sus dedos alcanzasen el objetivo cambiaría de opinión y se entregaría al deseo renacido.

—Claro que sí, léeme un poquito —miente como un bellaco.

Perpetuando el ritual del juego, en primer lugar, ambos fantasean acerca de quién pudo ser ese Italo Calvino y de cómo alcanzó la muerte cuando la Enfermedad barrió la civilización de los hombres. A lo mejor el señor Calvino se encerró en la biblioteca particular de casa con objeto de defenderla de la indiferencia de familiares o amigos infectados.

—Imagínatelo al cabo de un par de días sin nada que comer —apunta Abel—, con el estómago vacío y la cabeza llena de historias.

—Sé dónde quieres ir a parar.

—Nena, imagina que un día apuesta por comerse *la vida de los otros*. Sería divertido, no digo que no, pero las hojas de un libro nunca llenarán el estómago.

—Nunca.

Abel propone entonces otra variante acerca del final del señor Calvino mucho más apasionante que la muerte de un hombre sin nada que comer. Soliviantado por el hambre y la tiranía del estómago, el señor Calvino adoptará una decisión trascendental para la supervivencia; de lo contrario no lo logrará.

—¿Empiezo con la lectura? —interviene Verona, sabedora de la innata crueldad de las historias fantaseadas por su compañero.

—Escucha, ahora viene lo bueno. El tipo decide cortarse un dedo, concretamente el meñique izquierdo, que no sirve para casi nada. Como se ha encerrado en la biblioteca, lejos de la cocina, no tiene ningún cuchillo a mano. Después de pensarlo durante dos cuentas de seiscientos segundos, encuentra la solución: se ayudará con el filo cortante del papel. Así que se pone a ello y arranca una página del libro que tiene a mano. Enseguida la hoja corta la piel. Si se esfuerza algo más, conseguirá hundirla en la carne, poco a poco. Es un trabajo que requiere paciencia.

—Déjalo ya, por favor.

—Lo malo será cuando llegue al hueso. Es demasiado duro y con la hoja únicamente le hará cosquillas. Entonces deberá acercarse al meñique sangrante al filo de la mesa. Si atina a la primera con el puñetazo se ahorrará mucho dolor inútil.

Y pese a que el crujido de la falange del escritor no suena dentro de *la guarida*, sí lo hace en el interior de la cabeza de Verona, que es mucho peor. No hay nada más terrible que la imaginación desatada.

Luego, siguiendo el ritual establecido, le tocará el turno a la lectura, a la materialización de unas vidas ajenas por completo al Desastre. El libro está compuesto por veinte relatos. Como cada uno corresponde a una estación del año — primavera, verano, otoño e invierno— hay cinco grupos de cuatro. El cuento elegido para esta noche es *El bosque de la autopista*, que concierne al invierno del segundo año.

A imitación de Padre, Verona abre el libro con cuidado de no dañar el lomo y procurando posar los dedos únicamente en los extremos de las páginas, con la devoción de un historiador frente a un incunable recién descubierto. El verdadero tesoro no es una colección de páginas miniadas hasta la exageración o repletas de una caligrafía barroca correspondiente a un texto único, sino ese libro que sostiene entre las manos y por el que ella sería capaz de dar la vida. Entre otras cosas porque su vida está allí dentro, adherida a cada uno de los veinte relatos.

*El bosque de la autopista* comienza con el repaso de las necesidades de la familia *Marcovaldo* cuando el invierno se derrumba sobre la ciudad. Se han quedado sin leña, o la han gastado toda demasiado deprisa, y la casa es una estepa siberiana, una auténtica nevera. Por una u otra razón —qué más da—, lo cierto es que a *Marcovaldo* no le quedará más remedio que salir de casa para subsanar tal carencia.

La lectura de Verona pretende recuperar la cadencia que, antaño, le imprimía Padre, descansando en las mismas palabras y levantando la voz en las mismas frases. Es así como Padre lo hacía y le gusta reproducir su estilo.

Abel se ha echado sobre su almohada, las manos detrás de la cabeza y los ojos rastrillando la penumbra del techo. Cuando Michelino, el hijo pequeño de *Marcovaldo*, decide salir al bosque acompañado de sus hermanos, interrumpe la narración tironeando de la manga a la lectora.

—¿Mar, caballos, bosque... qué son?

La pregunta era de esperar, atendiendo a la repetición milimétrica de los comportamientos. Abel entiende que esta es una de las pocas gracias que le encuentra a *la vida de los otros*: preguntar una y otra vez lo mismo, cuestiones para las que ella no tiene respuestas.

*¿Qué coño es el mar? ¿Y los caballos o el bosque?*

Cuando vivía, Padre les había ofrecido las contestaciones pertinentes; pero para una pareja como ellos, que llevan quince años encerrados en aquel instituto, es difícil imaginar algo que no han visto: una extensión infinita de agua salada, un mamífero de cuatro patas que puede ser montado por el hombre o un conjunto de árboles. Sobre todo porque semejantes respuestas remiten a otras tantas preguntas: ¿qué es algo infinito, un mamífero o un árbol?

En tiempos de Padre cada nueva definición remitía indefectiblemente a más palabras que necesitaban de más explicaciones. A menudo, el bucle interminable de preguntas y respuestas acababa con la paciencia de Padre, que terminaba por afirmar que, pasado el tiempo, conocerían el mar, los caballos y el bosque, una vez que todo



hubiese acabado y pudieran abandonar el instituto. Tras las palabras de Padre, el silencio de la noche dejaba paso a los anhelos de unos y de otros.

Como Verona prefiere atajar el tema, lanza una mirada a su compañero. Ellos se entienden sin hablar: le ha dicho en silencio que no tiene ni puta idea y él ha respondido que ya lo sabía. Por ahora todo sigue el guion preestablecido.

Por ahora.

La lectora retoma la aventura de los hijos de *Marcovaldo*. Por supuesto estos encuentran el bosque de la autopista. Una vez cargados de leña, regresarán al hogar.

—Padre lo hacía mejor —comenta de improviso Abel, sin reparar en que ha interrumpido el clímax del relato. Tal vez lo ha hecho porque sabe de memoria cómo acaba.

—Sin duda alguna —admite Verona, que prefiere soslayar lo inoportuno del comentario.

—Él revivía a los personajes. Con él parecían parte de la familia.

—Sin duda alguna —repite.

*Bah, ni caso, Verona. Alguna mosca le habrá picado*, dice para sí.

Verona se da la vuelta en la cama y le ofrece la espalda a su pareja. Mejor defenderse tras el silencio que reprocharle nada. Es cierto que su comportamiento durante la lectura ha dejado mucho que desear. Si se hubiese ahorrado la comparación con Padre todo habría ido como siempre, a las mil maravillas.

Ahora le toca a ella contraatacar, no con impertinencias, sino con el silencio. Es precisamente por ello por lo que Abel, a diferencia de otras noches, se muestra indeciso a la hora de acercarse por detrás y abrazarse a su espalda.

—Nena, ¿quieres que te cante *The End*?

La canción de *The Doors* era una de las favoritas de Padre, acaso la elegida de entre todas ellas, muy de moda justo antes del estallido de las hostilidades que desembocaron en el Desastre. La casualidad quiso que el elepé con *The End* fuera una de las pocas pertenencias que se salvara de la noche del Desastre. Durante un par de años estuvieron disfrutando de su música en un pequeño tocadiscos que, a tal efecto, habían encontrado en una de las aulas del instituto. Con idea de prolongar al máximo la vida de las pilas, Padre determinó que solamente podrían escuchar la canción una vez al mes. De modo que entre audición y audición ellos se conformaban con escuchársela cantar a él, siguiendo la letra gracias a la contraportada del elepé. Cuando se agotaron las pilas, empezaron a cantarla los tres juntos, imitando Verona y Abel las distintas partes instrumentales.

—¿Quieres? —insiste Abel.

Para atenuar el enfado de su compañera, se ofrece a cantarla en solitario. Es más, dado que ella no responde a la invitación, comienza a tararear la introducción. Pero enseguida, la respiración cada vez más intensa de la durmiente, le obliga a desistir del

empeño. Maldice en silencio a Verona.

Si acaso se reconforta pensando que mañana será otro día.

QUINCE AÑOS ATRÁS había existido una noche en que los habitantes de la Tierra creyeron que había llegado el fin y que no despertarían al día siguiente. El Fin, escrito con mayúsculas: *el fin de los elaborados planes*, como apunta la canción de *The Doors*, ese *fin de todo lo que se mantiene*.

Sin embargo estaba lejos de resultar tan fácil como un final catártico; no hubo declaraciones de mandatarios de las potencias mundiales, ni amenazas cruzadas, a pesar de la gravedad de los últimos movimientos de tropas efectuados por ambos bandos. En realidad las dos superpotencias ya habían tenido bastante desde lo de Cuba.

Con aquella madrugada infinita de rezos y de miedos a partes iguales, con la noche del Desastre dio comienzo aquella agonía que fue conocida como los Años Críticos. Nadie barruntó que el desenlace se prolongaría más allá de lo imaginable, ni que aquel horror pudiera pervivir durante tanto tiempo.

Los dos primeros síntomas que presagiaban la magnitud de la tragedia fueron el silencio repentino de la radio y la ceguera de la televisión. Ocurrió al mismo tiempo en las cuatro esquinas de la Tierra, sin excepción alguna. Durante aquellos minutos iniciales los humanos se miraron unos a otros. En todos bullía la misma pregunta formulada en silencio: *¿qué coño está pasando ahí afuera?*

Dado que la desconexión de la radio y la televisión fue tan democrática que afectó a todos por igual y al mismo tiempo, cada cual —ya fuese estadounidense o soviético, italiano o argentino, egipcio o chino— pensó que el problema era local y nunca mundial; que había afectado a su bloque de viviendas, al barrio o, en el peor de los casos, a la ciudad en la que vivía. Benditos ignorantes.

El ochenta por ciento de ellos ya estaba sentenciado y aún no lo sabían. En aquellos momentos de desconcierto, millones de aquellos premuertos afirmaron en voz alta, igual que oráculos a los que nadie consulta, *ya se arreglará el problema*. Pero el problema era infinitamente mayor, mucho más que aquella pequeñez de miras, como la inmensidad de una montaña frente a la insignificancia de una hormiga.

Los habitantes de la Tierra ignoraban por completo que nunca más volverían a funcionar los medios de comunicación. Es más, los niños que tuvieron la desgracia de nacer en el transcurso de aquella noche —y por ende también los que lo hicieron después— crecieron sin saber el significado de palabras como *radio* o *televisión*. Definían algo tan remoto como un dinosaurio o un homínido.

Pese a que el desconcierto inicial fue en aumento, lo peor estaba aún por llegar: en cuestión de minutos se interrumpió el suministro eléctrico y el planeta quedó tan a oscuras como la cara oculta de la Luna. Los más perspicaces apuntaron como origen de aquel apagón al disparate cometido por algún militar chiflado, y que aquella locura había desencadenado una reacción en cadena. Desde el conflicto de Cuba había más

interés en hacer acopio de misiles para ser lanzados contra el enemigo que ganas de entender al otro, quien quiera que fuese ese otro.

Los muertos ya se contaban por millones, aunque todavía respiraban y se debatían entre el escepticismo y el miedo latente: ya habían fallecido los que hablaban y los que escuchaban; los niños que se abrazaban a sus padres, asustados por la falta de luz, y los padres que mandaban a la cama a sus hijos, en previsión de algo mayor; los vecinos que salían a la calle a ver si encontraban en el cielo alguna llamarada atómica y los que escondían la cabeza entre las páginas del periódico de la mañana, el mismo que habían arrumbado horas antes tras exprimir las noticias preocupantes venidas del Este. También estaban muertos sin saberlo quienes telefoneaban a sus familiares más cercanos y amigos íntimos, y los que preferían no contestar a la urgencia de los timbrazos; los que salían de casa en busca de una patrulla de policía y los que aprovechaban la oscuridad para allanar casas ajenas.

Lo verdaderamente grave del asunto es qué demonios se haría con esos millones de muertos cuando cayesen al suelo, verdaderamente muertos. ¿Cuántos sobrevivirían? ¿Dónde se enterraría a tanto cuerpo sin vida?

Quince años después de aquella noche, amanece un nuevo día. Uno de aquellos niños que crecieron sin conocer el significado de palabras como *televisión* o *radio*, abandona la cama, ajeno por completo al grado de globalización que había alcanzado el mundo antes del Desastre. Aquello era el pasado, lo que se había perdido definitivamente.

Abel únicamente conoce su *país*: ese edificio de dos plantas y dos alas en forma de ele, el instituto en el que sobrevive desde hace una eternidad. Su verdadero *país*. Tampoco le hace falta más, ya que sus preocupaciones son más primarias que ver en la tele el primer boletín de noticias o escuchar un debate político en la radio mientras desayuna. Más que nada porque en la mayoría de ocasiones no tiene nada que llevarse a la boca cuando despierta.

El joven se incorpora y rápidamente le asalta el aguijonazo del dolor proveniente del muslo. Masculla un insulto. Pero nada ni nadie, ni siquiera la ausencia de desayuno, le fastidiará el día; joder, hoy es el cumpleaños de Verona.

Una vez de pie, Abel se despereza en silencio mientras cojea camino de la pizarra que conservan dentro *la guarida*. Esta se encuentra apoyada en el suelo y reposa sobre los muebles que rodean la estancia. Las tres cuartas partes del mar verde oscuro que es el encerado lo ocupa un calendario escrito en blanco. Como hace años que se agotó la provisión de tizas, Abel alcanza el trozo de escayola que las sustituye y tacha el día de ayer. Siempre así, hay que tachar la jornada ya vivida.

—Buenos días —saluda a Verona en cuanto advierte que esta abre los ojos.

—Buenos días.

—Feliz cumpleaños, nena —se sienta en el suelo y le regala un beso. Bien

pensado más que un beso es una caricia con los labios.

—Gracias —ella le devuelve el beso.

La muchacha podría fingir que ha olvidado que hoy es su cumpleaños, pero el calendario de la pizarra no deja lugar a la superchería, a la mentira. Son veinte años y sin embargo se le antojan más de cuarenta. Vivir así, bordeando la locura, rodeados de enfermos, es agotador. En verdad está cansada de levantarse una mañana y otra; a lo mejor no es mala idea la del suicidio.

Sin embargo sonrío con los músculos de la boca, igual que si estuviese frente al espejo del cuarto de baño en busca de la mácula de una caries. Poco importa que los ojos desmientan la alegría fingida.

Consciente de ello, Abel niega la evidencia y se muestra agradecido por la mueca practicada por los labios.

—Nena, esto es para ti —dice con torpeza, alargándole una cajita de cartón.

En realidad a él le gustaría ofrecerle algo de mayor envidia, por ejemplo un viaje por el Sistema Solar. Qué mejor regalo que poder escapar de allí rumbo a Júpiter o a Marte. Sin embargo existen dos inconvenientes para que piense en semejante viaje como el regalo ideal: uno, que fuera del *país*, más allá de la frontera de sus cuatro muros, no hay automóviles a la vista y, en el caso hipotético de haberlos, habría que rezar a Italo Calvino y al Dios de Padre para que, tras quince años de abandono, funcionasen. Y dos, y no menos importante, que no sabría conducir uno aun en el caso de que el primer supuesto se cumpliera. Ni siquiera sabe para qué sirve el embrague, el freno de mano o el volante. Pese a todo sería fabuloso poder escapar en dirección al Sistema Solar. Con su vistoso colorido, Júpiter se le antoja un lugar estupendo para vivir.

Verona sacude la cajita. Dentro suena algo parecido a un conjunto de piedrecitas.

—A ver, a ver —dice con la pasión con que de pequeña se levantaba la mañana de Navidad. Otra cosa es que la Enfermedad también hubiese acabado con Santa Claus y el ritual de dejar regalos en casa de los niños cada veinticinco de diciembre.

Las falanges mondas que Abel encontró ayer en el *vertedero* del aula 16 aguardan una respuesta. Ella no sabe qué decir.

—¿Te gustan?

La destinataria del presente se encoge de hombros, aunque debería mostrar otra actitud. Si persiste en esa desgana Abel podría enfadarse.

—Es que no sé qué utilidad darle —se atreve a decir. Tiene una falange frente a los ojos. La observa con detenimiento.

—Nena, como piezas de un nuevo collar. Con la barrena y mucho cuidado, haces un agujero en el centro y luego unes los huesos con hilo.

—Muchas gracias.

—¿No te gusta?

—Sí, solo que me ha sorprendido.

—Felicidades. ¡Veinte años ya!

Durante unos segundos se abrazan y de pronto ambos obtienen la ilusión de que nada de lo ocurrido en los últimos quince años ha sucedido de verdad, que todo ha sido un mal sueño: la marcha de casa, los primeros días de vagabundeo, la conquista del instituto a los enfermos e incluso el ajusticiamiento de Padre.

Pero el vacío del estómago despertará del ensueño a Verona, que se queja con amargura.

—Tengo hambre —de camino aprovecha para neutralizar la aproximación de los labios de su compañero.

*Así cualquiera se anima a pedir algo más, joder*, piensa Abel.

El comentario de Verona ha nacido de la convicción misma de que los víveres escasean y de que se verán obligados una mañana más a prescindir del desayuno. Después de la queja a él solamente le quedan dos opciones: secundarla u obviarla. Se decanta por esta segunda posibilidad. De modo que sonrío mientras le acaricia cariñosamente las manos.

—Ya es hora de que cambies de collar —comenta a la espera de reconducir la conversación hacia terrenos menos pantanosos. El tema de la falta de comida es arena movediza; cuanto más piensas en ello, más te hundes y más negro ves el panorama. Así que es mejor eludir la trampa.

—Me gusta este —le enseña el collar de lana trenzada que le rodea el cuello, ennegrecido por el tiempo y el uso.

—Ya, pero ese se lo regalaste a Padre, y luego él te lo regaló a ti.

—Sí, claro...

Antes de que diga nada más, actúa. Ahora el beso que Abel le regala no es una simple caricia como el de antes, sino una violación en toda regla. Ella pretende apartarse y prolongar el lamento ante la escasez de comida, pero él le rodea el cuello con las manos y le impide la huida. La lengua invasora no encuentra más colaboración en ella que una oquedad húmeda. Penetra y se retira a la velocidad de un émbolo. Cuando Abel ya sospecha que no encontrará mayor colaboración que la resistencia pacífica, al final obtiene premio tanta pasión unidireccional. Verona abre más la boca y activa la lengua para que se enrede con la de su compañero. Mientras culebream, la respiración se dispara, igual que las manos, que se empeñan en reconocer cada ángulo del rostro del joven y la redondez de la cabeza. Atrapa el flequillo en un arrebato de pasión.

Al separar los labios, las miradas arden. Abel aprovecha la pausa e introduce la mano derecha por debajo de la sudadera y la camisa de Padre que viste su compañera. Busca de la calidez de los pechos, una vez libres de la tira de tela que le sirve de sujetador. Verona se tumba con objeto de facilitar el trabajo de modelado. Los dedos reconocen la turgencia, la ductilidad de la carne, el tierno calor que desprenden. El índice se demora en el pezón, rozándolo apenas, consciente de que si porfía abandonará la laxitud inicial y crecerá.

—Vamos a dejarlo para luego.

Consciente de que el ardor de su compañero no se detendrá ante nada, es mejor neutralizarlo cuanto antes. Pero él no atiende a razones y continúa jugando con el pezón. Incluso se atreve a hundir la cabeza bajo la ropa y excitarlo con la humedad de la lengua.

—Basta, por favor.

—Es tu cumpleaños, nena —apunta como si fuese una verdad universal que una jornada como esa debe empezar con un polvo de escándalo.

Sofoca la nueva protesta de Verona con otro beso. Ella responde igual que antes, con la misma pasión, aunque no debería si lo que desea es frenar la fogosidad del otro.

—Dejémoslo para luego —objeta a destiempo.

—Uno rápido —suplica Abel, que de inmediato se arrepiente del comentario, no por el hecho en sí, sino por el tono implorante que ha adoptado. Sobre todo porque él está en su derecho de apropiarse de lo que es suyo. Y el cuerpo de Verona es de su propiedad.

—Luego, por favor. Todavía sangro un poco.

—Ya son cinco días.

—Esta noche, ¿de acuerdo?

—¿Antes jugaremos a la *llamada telefónica*?

Basta con un simple movimiento de cabeza.

—¿Te gusta entonces el regalo?

A Verona, después de resistirse, no le queda más remedio que fingir un entusiasmo que no siente. Ante todo porque el collar de lana trenzada que luce ahora mismo al cuello significa mucho para ella. Piensa en darle a este otra utilidad: dándole doble vuelta, podría anudarlo a la muñeca y que le sirviese de pulsera. Todo es probarlo.

NINGUNO DE LOS dos ha oído jamás esa palabra, y en caso contrario, de haberlo hecho, no serían capaces de adjudicarle un significado concreto, algo similar a lo que les ocurre con muchos de los términos encontrados en los relatos de *Marcovaldo*.

Sea como fuere, independientemente de este detalle, lo cierto es que el recinto del instituto se ha terminado convirtiendo en una auténtica *prisión* —sí, esta es la palabra—, donde de una parte las circunstancias y los años, y de otra, el afán de supervivencia, les han condenado a malvivir. Prisión... o cárcel, dos conceptos inexistentes en su vocabulario.

Desde el mismo momento en que Padre y ellos se instalaron en el instituto, las aulas de la planta baja, el patio y el corredor que parten de la mismísima puerta de entrada han estado defendidos por una horda de cuerpos que hiberna cuando carece de estímulos sonoros o visuales. En ese estado de latente espera y ahorro máximo de energía, los hambrientos —o *parados* como Abel y Verona los llaman— resultan del todo inofensivos, más cercanos a la muerte definitiva que a la muerte en vida, hasta que algo los despierta, los resucita. Tan pronto como esto ocurre, la rabia les empuja, sin ser conscientes de ello, a propagar la Enfermedad.

Los enfermos son demasiados; se cuentan por cientos, tal vez miles. Sin que puedan sospecharlo Abel y Verona, los muertos cumplen el mismo cometido que las alambradas, erizadas de púas, que rodean las prisiones, o que las torretas donde, cuando aún había criminales a los que castigar, hacían guardia tipos de escasos escrúpulos y envidiable puntería. Sin saberlo los muertos impiden la salida de quienes están dentro, sin saberlo han condenado a cadena perpetua a Abel y a Verona.

La pareja desconoce si en otros *países* de la ciudad, en otros edificios —ya sean colegios, institutos, universidades, museos o supermercados— se repite la misma situación. Aunque tampoco les importa demasiado. De alguna manera se conforman con la condena impuesta por las circunstancias, con independencia de que desconozcan otro tipo de vida con que comparar la suya. Consecuentemente el agravio es inconcebible.

Tan solo hay una cuestión de importancia capital: ellos siguen vivos, lo que ya es todo un milagro en sí mismo.

En sus estrechos esquemas mentales, los diez mil metros cuadrados del instituto conforman su *país* y el aula 37, su hogar, *la guarida*. Nada más básico ni más simple. Otras consideraciones más sutiles no tienen cabida en el ejercicio de la supervivencia.

Después de que Abel le haya entregado el regalo de cumpleaños a Verona, ambos han subido a la azotea, preparados para trabajar sobre el huerto. No en vano hay que prodigarle cuidados si desean que sea lo más productivo posible.

Antes de nada hay que encender la fogata y echar a volar la cometa. Siempre hay



que pensar en positivo: aún quedarán supervivientes que sean capaces de ver esas señales desde bien lejos y acudan en ayuda de la pareja. La esperanza es lo último que se pierde.

Verona se afana sobre los restos del fuego del día anterior, alimentando las primeras brasas con algunas hojas de libros de texto. Mientras tanto, Abel prueba a volar la cometa, pero la ausencia de viento hace inútil su empeño.

—Hoy es imposible volarla —certifica.

Como todos los días, la segunda tarea consiste en acercarse a los barreños y a los cubos que colman la mitad de la azotea. Si han tenido suerte y el cielo ha sido generoso durante la pasada noche, podrán llenar la regadera con agua de lluvia. En caso contrario uno de ellos tendrá que bajar al aula 33 que es donde almacenan el agua recogida gracias a otras noches de tormenta para abastecer el huerto.

Inalterables al desaliento y a la insignificancia de unas hortalizas esmirriadas, los dos jóvenes proceden tal y como les enseñó Padre: regar con justeza el huerto, máxime si la tierra aún está húmeda después de la última tormenta, y arrancar los brotes malos.

Abel se arrodilla entre los surcos del huerto y observa con minuciosidad cada fruto. Dado que la extensión de terreno no es demasiado grande, si acaso presenta una superficie de sesenta metros cuadrados, tienen tiempo más que de sobra para cuidar cada acción, cada detalle.

Verona se acerca en cuanto Abel reclama su atención. Entre ambos deciden si la patata objeto de valoración está lista para ser recogida o al menos retirada antes de que se pudra. Seguramente es debido a la falta de abono enriquecido con minerales por lo que las hortalizas no crecen con la vitalidad requerida. Mustias, o tristemente pequeñas. Es lo que hay. Tampoco pueden andar quejándose a todas horas.

En vano han tratado de mejorar la calidad de la tierra abonándola con sus propias heces, secadas al sol en la otra esquina de la azotea. Incluso han probado con las entrañas de alguno de los adversarios *sacrificados* por Abel en las distintas *noches de euforia*. Aunque nunca han dado el resultado deseado y se han dado por vencidos. Como último recurso siempre cuentan con la técnica que Padre les enseñara en su día: abonar el huerto con sangre seca y polvo de hueso.

Las hortalizas elegidas se apartan en un cubo, que permanece lo suficientemente lejos del rectángulo de tierra para que ninguno de los dos se deje arrastrar por el hambre. Verona es la encargada de trasladarlas hasta allí bajo la atenta mirada de Abel. Cuando se encuentra de pie junto al cubo, es consciente de que dispone únicamente de unos segundos para darles un buen bocado. Pero en tal caso ella, y nadie más que ella, sería la responsable del estallido de ira de su pareja.

Una hora más tarde se conceden un descanso, bien apartados eso sí de las piezas recolectadas. El mejor método de evitar la tentación es no teniéndola delante.

—Estoy agotada —susurra Verona, que se encamina hacia el parapeto que bordea la azotea.

—Yo igual, nena —confiesa el muchacho, que se esfuerza en disimular la cojera de su pierna derecha.

Estas pausas tienen por objeto economizar fuerzas, sin duda alguna diezmadas por el ayuno forzoso. En un *país* como ese instituto y en unos tiempos como los que les ha tocado vivir, tampoco es tan fácil encontrar comida... y cuando por fortuna se dispone de algunas provisiones hay que racionarlas más allá de cualquier debilidad. Es por ello por lo que es vital no emplearse a fondo sobre los brotes y frutos del huerto, y descansar unos minutos por cada hora trabajada.

—¿Por qué no jugamos al *bautismo*?

El nacimiento de semejante juego tuvo lugar hace un par de años, en mitad de uno de aquellos descansos terapéuticos. Aquel día, acodados sobre las defensas de la azotea, cuando ya se habían aburrido de clasificar toda clase de nubes y de fantasear acerca de la utilidad de los edificios que quedaban al alcance de la vista, Abel y Verona optaron por una diversión diferente, menos excitante que la *noche de euforia* y que la *llamada telefónica*, por supuesto, pero mucho más que mirar nubes y edificios en ruinas.

En aquella ocasión, a diferencia de otras, fue Verona quien eligió el nombre del juego: el *bautismo*. Seguramente en ese preciso instante se acordó de Padre, de aquello que les había contado en cierta ocasión. Les había explicado que ambos fueron bautizados de muy pequeñitos, hacía mucho tiempo. Como quiera que una palabra tan poco usual precisaba de la pertinente explicación, Padre les hizo saber que el *bautismo* era el primer sacramento de la religión cristiana. Según sus palabras consistía básicamente en una ceremonia en la cual un sacerdote vertía agua sobre la cabeza de un bebé mientras decía su nombre.

En realidad ellos desconocían el significado de palabras tales como sacramento, ceremonia y sacerdote; pero obviaron aquel pormenor y se centraron en lo verdaderamente sustantivo: verter agua sobre la cabeza de un bebé para luego decir su nombre. Ciertamente sonaba de lo más original.

De tal modo que aquella idea fue fermentando durante días en la cabeza de Verona hasta que una mañana explotó con la fuerza de una eyaculación. Como desde el primer momento ella había descartado la desfachatez de gastar ni tan siquiera una sola gota de agua en semejante entretenimiento, apuntó una variante: sería más divertido utilizar la saliva.

—¿Jugamos entonces? —pregunta Verona que regresa al presente de la mañana de su vigésimo cumpleaños.

—Vale, como quieras —refunfuña Abel. Podría haber dicho un exabrupto, *¿a qué coño quieres que juguemos si a ti no te apetece follar y aquí no hay nada que hacer*

*salvo comerse las uñas?* Y sin embargo ha decidido mostrarse comprensivo para con los deseos de la muchacha.

—Será divertido —apunta esta.

Eso ya lo sabe él, pero prefiere acoplarse entre sus piernas y dar rienda suelta al deseo. Aún perdura el enfado experimentado en *la guarida* a causa del rechazo de Verona.

—Primero vamos a resucitarlos —recuerda a Abel.

Bastará con que, asomados al parapeto de la azotea, griten en dirección al patio. Enseguida despertarán los muertos. Así sucede: los que resucitan en primer lugar gruñen su desventura mientras se ponen en pie. Tropezan con los que aún hibernan. A causa de ello se multiplicarán por dos o por tres los que regresen a la muerte en vida. De modo que en apenas un minuto hay más de cien hambrientos deambulando por el patio del instituto, las miradas levantadas en dirección a la azotea y a esos supervivientes que les espolean con sus gritos.

—Aún quedan muchos —suscribe Verona con la certeza de que son relativamente una minoría los muertos que han sido bautizados.

El muchacho carraspea y busca en la garganta la mucosidad necesaria con que concederle mayor consistencia a la saliva bautismal. Luego la amasa con la lengua mientras aguarda el momento exacto en que uno de los pobladores *no cristianizado* del patio se detenga justo debajo.

—Mira, ese de los zapatos blancos —le indica Verona.

—¿Cuál?

—Ese de los zapatos blancos y la corbata roja, el que se nos escapó por poco el otro día. ¿Lo recuerdas?

Verona bate los brazos a un lado y a otro con objeto de llamar la atención del hambriento en cuestión.

—Ya lo tengo. En cuanto se detenga le doy de pleno.

—¿Has visto cómo sigue rehuendo la cercanía de los demás?

¡Ahora, ya está debajo de él! Abel deja caer el escupitajo y observa el descenso atención. Hace una mueca de desagrado cuando el enfermo se tambalea y esquiva la saliva bautismal sin pretenderlo en el último segundo. Ha eludido la *bendición*.

—La hostia puta, joder. La puta madre que lo parió —gruñe. La retahíla de insultos es una manera como otra cualquiera de vomitar toda la rabia que acumula desde esta mañana.

—Eres un jodido malhablado.

—Lástima, nena. No soy tan listo como tú.

—¿Qué nombre has pensado ponerle?

Él hace una señal para que espere, para que no sea tan impaciente, mientras recarga la boca con nueva munición. Luego se desplaza unos metros en busca del muerto de los zapatos blancos. Cuando lo tiene a tiro guiña un ojo a su compañera.

Ahora sí, tocado y bautizado, justo en la frente, sobre el flequillo. La saliva

bendice la ceja izquierda y se despeña sobre el pómulo.

—Te bautizo como *Miedo*.

—¿Miedo? ¿Y eso?

—¿No has visto cómo se separa de los demás?

—De acuerdo, pero suena mejor *Solitario*.

—El que bautiza elige el nombre, recuerda la regla número uno.

—Tú ganas. *Miedo*, bienvenido a casa.

Después de un silencio más que prudente, ella hace un sándwich con la mano derecha de Abel y las suyas. Hasta que el muchacho no le responde con una mueca de complicidad es incapaz de abordar la pregunta que le ronda la cabeza desde que han subido a la azotea.

—¿No te habrás enfadado antes?

—¿Cuándo? —pregunta sin dejar por ello de observar al recién bautizado de los zapatos blancos.

—Pues antes, cuando te he pedido que dejásemos el sexo para luego.

El joven prefiere regresar al huerto antes que responder.

A veces nada es lo que parece y el subconsciente te juega una mala pasada. En ocasiones, en mitad de la calle uno cree reconocer a un viandante. Le detienes y cuando os miráis a los ojos esa intuición que has tenido se hace añicos. Es el momento de disculparse.

Otras veces te dejas embaucar por la promesa de un título, convencido de que la película te llama desde el mismo cartel anunciador, como si el director la hubiese dirigido para ti. Es más, es posible que si te mueves a un lado o a otro, los ojos del actor o la actriz te sigan desde el fondo del cartel. Es lo que andabas buscando desde hace semanas, un film que colme tus expectativas cinematográficas; pero una hora después solo queda la constatación del dinero mal invertido.

Es esto, más o menos, lo que le sucede a Abel: de repente detiene los prismáticos en un punto determinado de la avenida que corre a la espalda del instituto. Entre los contenedores volcados y los árboles renacidos de sus cenizas, ha creído ver una sombra donde no debería haber más que asfalto cuarteado por culpa de la vegetación que, voluntariosa, se empecina en reconquistar su antiguo lugar de privilegio, cuando las calles carecían de aceras y asfalto, siglos atrás.

Rastrea la zona con los prismáticos a derecha e izquierda. Por lo visto la sombra únicamente ha atravesado su imaginación. Al restregarse con saña los ojos, llama la atención de Verona.

—¿Te sucede algo?

Durante un segundo Abel piensa en decirle que no, que tan solo tiene fatigada la vista. Si al final se decide a contarle la verdad es porque, siempre, cuatro ojos ven más que dos.

—A ver, déjame *las gafas de lejos* —exige Verona.

Por el tono empleado, por la decisión con que se lleva los prismáticos a la cara, se diría que es la muchacha capaz de encontrar un pozo de agua en mitad del desierto.

—Estaba ahí delante —el comentario de Abel es tan vago como inútil.

¿*Ahí, dónde?* Insiste en que era una sombra, sin añadir ninguna otra explicación, más que nada porque es incapaz de explicarse.

Cuando Verona le devuelve los prismáticos, Abel solo tiene que mirarla a los ojos para saber lo que piensa. El escepticismo de su pareja ofende su orgullo. Porque él juraría que había algo o alguien allí abajo. Así que es natural que insista.

—¿Vienes a jugar de nuevo al *bautismo*? —le insta la muchacha desde la otra esquina de la azotea, cansada de la imaginación de su compañero—. Ojalá esa mujer de la chaqueta a cuadros se ponga a tiro. La bautizaría *Alegría*. Lo digo por la mueca de la boca, parece que sonríe.

—Calla —Abel levanta la mano pidiéndole silencio—. Ahí está, joder, claro que sí. Apostaría a que es un animal: un perro grande o un gato enorme, fuera de lo común.

Verona abandona el juego irredento del *bautismo* y regresa junto a Abel.

De pronto la sombra vuelve a moverse tras los contenedores volcados. Aunque ninguno se atreve a materializar la idea que atraviesa sus mentes a la velocidad del relámpago, ambos han obtenido la misma certeza.

—Déjame otra vez *las gafas de lejos* —el tono de Verona es imperativo. La sangre se le acelera en cuanto encuentra al animal del otro lado de las lentes—. Joder, tienes razón... Pero eso no es... un animal. ¡La hostia puta!

De inmediato la esperanza prende en los corazones y los estómagos de la pareja despiertan.

NO ES UN perro de gran tamaño ni un gato fuera de lo común. Tampoco es un enfermo como los que pueblan el patio y la planta baja del instituto.

No hace falta ser Sherlock Holmes para advertir la diferencia. Ese cuerpo no se tambalea como un bolo a punto de caer. Qué va. Elige los puntos muertos existentes tras los obstáculos que jalonan la avenida para avanzar con precaución, doblado por la cintura y trazando eses sin parar, como si pretendiese ofrecer el mínimo blanco posible a un arma de fuego.

Con independencia de ese indudable rasgo de humanidad a Abel y Verona les llama la atención que, cada vez que se detiene, emerge un sonido desde detrás del obstáculo elegido como defensa. El sonido es similar al susurro del viento cuando acaricia los árboles o silba a través de alguna ventana entreabierta. La única diferencia es que se pliega y se expande siguiendo un patrón. Está lejos, por lo tanto, de resultar un hecho fortuito de la naturaleza. Es evidente que esconde una intención que de momento se les escapa a los jóvenes.

—¿Qué es eso? —Abel manifiesta en voz alta la pregunta que bulle en su cabeza.

Desde que hace más de trece años se agotaran las últimas pilas y semejante contratiempo les dejase sin música, sin poder utilizar el tocadiscos, no han oído nada similar. Así que la sorpresa es mayúscula. Guarecidos tras el parapeto de la azotea, aguzan el oído en busca de alguna respuesta.

La melodía es tan limpia como la primera luz de la mañana, pero también habla en un idioma incomprensible de lugares remotos e inaccesibles.

—Ni idea —responde Verona. De pronto sonrío: ha caído en la cuenta de que ese sonido, de manera fortuita, es su segundo regalo de cumpleaños. No todos los días ocurre algo tan extraordinario.

—Nena, parece música.

—Eso parece —la respuesta de la muchacha es sincera. La melodía que llega fragmentada desde la avenida nada tiene que ver, ni por estilo ni por sonoridad, con *The End* que cantan alguna que otra noche. De ahí la duda que les confunde. Pero qué otra cosa puede ser sino no es música.

Abel adelanta la *Magnum*. No, no es un enfermo, eso está claro. Ninguno de ellos hace otra cosa que perseguir supervivientes y aullar cuando les duele el estómago.

Nunca se sabe qué puede ocurrir. No es la primera vez que tratan con supervivientes. De hecho estos pueden ser tan peligrosos o más incluso que los infectados. Así que no está de más el concurso de la pistola por si necesita su mediación.

—Si quieres bajo a *la guarida* a por la pistola de *Rencor*.

—Calla, nena, ya no hay tiempo.

A medida que la sombra se aproxima lo hace también la música. Al cabo de un rato la sombra se deja ver al fin: sale a mitad del asfalto con los brazos por encima de

la cabeza. Es una actitud en absoluto beligerante, más bien al contrario; pretende dejar claro que no tiene nada que ocultar.

—Necesito ayuda —es la voz de un hombre, recia como la de Padre. Ha elevado el tono lo justo para que lo escuchen ellos, pero cuidando de no gritar en demasía no vaya a ser que atraiga sobre sí la atención de los muertos que pueblan las calles de la ciudad.

Abel exige silencio a su compañera, el índice sobre los labios. Hay que esperar, debe de saber mucho más acerca del extranjero antes de asomar la cabeza. La precipitación no es buena consejera. Ellos nada tienen que perder. Es el otro quien está en clara desventaja.

—Por favor, ayudadme. Sé que estáis ahí. Os llevo observando desde hace un rato.

—¿Qué querrá? —pregunta Verona en un susurro, deseosa de conocer la opinión de su compañero. En ocasiones como esta acostumbra a dejar la iniciativa a Abel, que se muestra más cómodo que ella llevando el mando. Poco importa que él sea un año y medio menor que ella.

—Ni idea... pero seguro que no querrá servirnos el almuerzo —bromea.

—Chicos, ya siento a esos cabrones. Se acercan, joder. —A pesar de la proximidad del peligro, la voz del extranjero se muestra inalterable. No hay ni rastro de emoción en ella. Solo es la constatación de que cada vez le queda menos tiempo para acceder al interior del instituto—. Os puedo contar muchas cosas. Os podría...

—¿Vas armado? —Abel ha asomado la cabeza para lanzar la pregunta, nada, apenas un segundo; lo justo para ver que sigue con los brazos arriba en actitud pacífica.

El extranjero hace un gesto para que baje la voz. Teme que el número de infectados que se aproximan a su posición aumente de manera alarmante.

—Nada, ni siquiera sé usar armas.

Verona cabecea de manera negativa. Hay algo que no le gusta, lo detecta en el ambiente. A lo mejor ha sufrido una premonición y ha entrevisto todo lo que sucederá de aquí a unas horas. A lo mejor es eso y experimenta un miedo prematuro. Sea como fuere no está convencida del beneficio de socorrer al superviviente, y así se lo hace saber a su pareja. Se muestra nerviosa, preocupada.

—No te preocupes. En cuanto suba le registro.

—Pero ¿le vas a dejar subir? Dile que se vaya, por favor.

Los muertos les han oído porque ya se han orientado; han localizado el objetivo y se acercan. Dentro de poco habrá cientos de ellos rodeando al forastero. Él lo sabe. Abel y Verona también.

A cada segundo que pasa le queda menos margen a Abel para decidir si le facilita al extranjero la entrada al país o si, por el contrario, le deja a merced de su suerte y

que se las arregle él solito.

—¿Estás infectado? —Abel asoma la cabeza para comprobar que el tipo aún permanece con los brazos en alto, y vuelve a guarecerse detrás del parapeto.

—Estoy limpio.

—Seguro que estará hambriento, Abel —el comentario de Verona no obtiene el eco deseado. Su compañero lo ha obviado, ahogado en un mar de dudas.

Abel podría preguntarle cómo podrá demostrar que está limpio. Sobrevivir fuera del *país* no es nada fácil. Y Abel lo sabe por propia experiencia. Aunque desde que falleciera Padre únicamente se ha atrevido a internarse dos veces en el extranjero, ese terreno que hay más allá de la frontera del instituto, le ha sido más que suficiente. En ambas incursiones no encontró nada de valor y sí demasiados muertos que despertaban al menor ruido. Ahí afuera la vida es difícil, más jodida que afrontar una *noche de euforia* sin un arma con que defenderse.

—Bueno, si estás limpio lo decidiremos nosotros —apunta.

—Por amor de Dios, cada vez están más cerca.

Y es verdad. Los hambrientos se aproximan acelerando el paso, gritando como si les fuese la muerte en ello.

—¿Qué era esa música?

—Dejadme subir, joder. Luego os explico.

Tras un rápido vistazo Abel se percata de la gravedad de la situación. En el caso de dilatar demasiado la decisión ya no habrá superviviente a quien socorrer. A este le separan apenas cincuenta metros de los primeros enfermos. El coro de lamentos y gruñidos crece exponencialmente en intensidad conforme se hallan más cerca la presa.

—Joder, Abel, seguro que habrá que darle de comer —Verona se muestra nerviosa. Lo zarandea de un brazo para que le atienda.

—Podríamos hacer lo que ya hemos hecho.

—¿No habrás pensado que...?

Para qué responder al miedo de la muchacha. Abel se pone manos a la obra antes de que ella manifieste su completo rechazo al plan que ha ideado. Arroja la soga de nudos, la misma que usó cuando abandonó el *país* por dos veces. Invita a subir por ella al extranjero.

Mientras tanto Verona se queja con amargura: que si no es buena idea, que si puede estar infectado, que están muy escasos de fuerzas y el forastero podría adueñarse de la situación a poco que se descuiden...

—Nena, déjalo de mi cuenta. Tenemos la *Magnum*.

—OK, todo tuyo —bufa, malhumorada.

—Una cosa, nena, no hagas más preguntas de las necesarias. Cuanto menos sepamos de él mejor, ¿entendido?

Esa necesidad de evitar en lo posible el trato con el forastero y así restarle toda la humanidad posible, esa estrategia de mantenerse inmunes a las penas que pueda



contar el otro, certifica que Verona estaba en lo cierto. No puede ser, otra vez no. Un muñeco no, joder. Por muy desesperada que sea la situación, por muy acuciante que sea el hambre... otra vez no.

Cuando el extranjero ha conseguido trepar metro y medio de la cuerda, le abandonan las fuerzas. Está tan débil que le es imposible avanzar más. Echa un vistazo a su alrededor. Por desgracia todavía no ha ascendido lo suficiente para estar fuera de peligro. Si no hace algo, y rapidito, servirá de desayuno a los infectados.

El extranjero grita con toda la fuerza de sus pulmones, ya hay poco que perder. Maldice su suerte. Llama la atención de Abel y Verona. Necesita que le ayuden y lo icen, que se den prisa o estará perdido.

—No me hagáis esto —llora de rabia y de impotencia.

Los muchachos atienden la llamada de socorro. Verona se lamenta en silencio y piensa aún en cómo quitar de la cabeza a Abel que haga del tipo un *muñeco*.

La pareja apoya sus zapatos en el parapeto de la azotea y tira de la soga, ganando cada centímetro a la fuerza de la gravedad con gran esfuerzo. Las palmas de las manos arden con la fricción, igual que los músculos de los brazos con la tirantez provocada por el peso del cuerpo. Los dedos parecen a punto desencajarse y el dolor, que barrena cada articulación, circula a toda velocidad hasta estrellarse contra el cerebro. Al mismo tiempo los muslos y las pantorrillas se hacen de gelatina. La verdad es que no aguantarán mucho más.

—Un poco más —Abel anima a su compañera, mordidas las palabras por el sobreesfuerzo.

En cuanto el extranjero consigue aferrarse al muro, la intensidad del dolor decrece. Pueden incluso aliviar la presión soportada por las mandíbulas, justo antes de que los dientes se rompan unos contra otros.

—Gracias. Os debo la vida —son las primeras palabras del extranjero.

El hombre aparenta cincuenta años, aunque es posible que tenga bastantes menos, tal vez cuarenta. Sin duda alguna la supervivencia le ha envejecido prematuramente. Luce una melena recogida en una cola de caballo y barba algo descuidada. Viste rebeca de lana muy gruesa y pantalones vaqueros, ajustados en los muslos y acampanados a la altura de los tobillos. Toda la ropa se halla muy gastada y ayuna de limpieza. Sobre el hombro derecho carga con una mochila que, a simple vista, parece medio vacía. De su interior extrae una flauta de madera. La presenta a sus benefactores.

—Con esto es con lo que hago música.

—Deja eso en el suelo.

—Es solamente una...

—¡Joder, que lo dejes en el suelo te digo!

El visitante obedece en previsión de males mayores.

—Desnúdate. —Para reafirmar su postura Abel adelanta la pistola y arruga el entrecejo. De momento dejarán las buenas maneras para más adelante. Ahora conviene no descuidar ningún detalle.

—¿Y eso?

—Necesito comprobar que no tienes ninguna herida. Al mínimo rasguño te tiramos abajo —el empleo del tuteo no obedece a ninguna estrategia predeterminada, sino a la falta de costumbre. Nunca han tenido la oportunidad de conocer a demasiada gente y menos aún de emplear semejante fórmula de cortesía.

El extranjero observa a Verona, que sin embargo no le devuelve la mirada. La muchacha tiene los ojos abiertos, pero no le está viendo. En vista de la natural reticencia del forastero a desnudarse delante de ella, Verona se da la vuelta.

—No lo creo necesario, chavales —objeta el recién llegado a pesar de todo.

—Como quieras, extranjero.

La *Magnum* y la posibilidad de que la pareja lo devuelvan a la calle abortan el intento de sublevación del músico. O accede a la petición del joven, o se habrá acabado para siempre su aventura.

Abel realiza la inspección del cuerpo con una minuciosidad ajena al olor acre que este despide. De arriba a abajo busca a conciencia entre el cabello, en las orejas y las fosas nasales, y entre la barba. Después le obliga a extender los brazos en cruz para repasar las axilas. Luego observa el pecho, la espalda, el ombligo y el vello púbico.

—Tío, abre bien las piernas.

Con la punta de la *Magnum* Abel rastrea los testículos desoyendo las quejas del forastero. No piensa dejar ni un solo centímetro de piel por registrar, por mucho que el otro se lamente. La inspección ocular desciende a lo largo de las piernas y se detiene en los huecos entre los dedos de los pies y las uñas.

—Me llamo Debisí, Clod Debisí. ¿Y vosotros?

Por último le toca al culo. Exige al forastero que se dé la vuelta y doble el espinazo.

—Ni hablar.

—Tú mismo, extranjero.

Después de pensárselo dos veces, Debisí accede. Igual que antes el muchacho se sirve del cañón de la *Magnum* para rastrear los alrededores del ano. Todo OK. Luego de gastar una broma al recién llegado acerca de la blancura de su trasero, el improvisado inspector observa con detenimiento los brazos, las manos y las uñas.

—Está limpio —comenta al terminar en dirección a Verona, que continúa de espalda a la escena.

—Pues que se vista —bufa.

—Gracias. Ya os dije que no estaba infectado —interviene el extranjero. Mientras se enfunda la ropa observa con detenimiento a la pareja, atento a cada detalle,

deseoso de conocer algo más a sus anfitriones, algo más de la relación existente entre ellos—. Me llamo Debisí, Clod Debisí. ¿Y vosotros? Sois muy jóvenes. ¿Qué edad tenéis? ¿Cómo os llamáis?

Los dos muchachos se miran, decididos a permanecer en silencio, a mantenerse firmes en su decisión de no intimar con el visitante. Si uno le toma demasiado cariño a la gallina o al cerdo difícilmente lo sacrificará. Que diga lo que quiera, pero ellos han de perseverar en su idea inicial. Cuanto menos sepan de él, mejor.

Eso no es óbice para conocer a quién están tratando. De modo que después de la exhaustiva inspección es necesario investigar entre sus pertenencias.

—Nena, mira a ver qué lleva dentro de la mochila —ordena Abel.

Antes de que se arrodille sobre ella, el forastero se adelanta y la alcanza de las asas. Lógicamente el gesto es interpretado como abiertamente hostil y el dueño de la pistola la adelanta mientras le dedica una retahíla de insultos.

—Tranquilo, chaval. No llevo nada dentro de importancia. Nada, solo un mapa de carreteras, un puñado de fotos y algún utensilio de aseo.

—¡Suéltala, tío, no quiero jueguecitos!

—Espera, escúchame. No me importa enseñároslo todo, de verdad...

—Déjalo, confiemos en él —le interrumpe Verona, cuya intervención alivia de momento la tensión.

El hombre introduce la mano en la mochila muy despacio. Desea evitar a toda costa que duden de él y de sus intenciones pacíficas. Les muestra en primer lugar una colección de fotografías que la pareja desecha sin dedicarle ni un segundo de más, y después unas tijeras pequeñas, un peine y un cepillo de dientes. Mediante un gesto Abel conmina a Verona a retirar las tijeras.

—Por favor, me hacen falta. Con ellas me recorto la barba y el cabello.

—Te las devolveremos después. Comprenderás que debemos ser precavidos. No te conocemos y es lógico...

—OK, os entiendo.

El forastero les tiende la mano. El gesto es tan inútil como su intento anterior por conocer el nombre de sus anfitriones.

—Lógico que no confiéis en mí, pero dadme un par de horas. Ya veréis luego. Bueno, como os decía me llamo Clod Debisí. Tengo cuarenta años. Llevo los últimos cinco andando de aquí para allá. ¿Habéis salido fuera? No os imagináis cómo está todo. Un desastre, de verdad. Apenas he podido quedarme más de un mes en el mismo sitio. Los infectados están por todas partes.

En contra de lo esperado, la cháchara no desactiva la actitud defensiva de los dos jóvenes. Así que será mejor callarse y ver qué es lo que tienen que decir ellos.

El único gesto amistoso que obtiene de sus anfitriones, más allá de la sonrisa mínima que le dedica a modo de bienvenida la muchacha, es que el joven recoja del suelo la flauta y la deposite sobre su mano extendida, después de comprobar que es completamente inofensiva.

—Esto te lo podemos devolver. No es ninguna arma. Así que quédatela.

—No te creas —le rebate el visitante. Luego sonrío de oreja a oreja con objeto de que entienda que lo que dirá a continuación es simplemente una broma; tampoco quiere malos entendidos—. Acordaos de lo que hizo el flautista de Hamelin. Fue él quien venció a la plaga de ratas.

Tras el silencio que se cierne en ese instante sobre los tres se escucha el lamento de la horda de cuerpos, rabiosos por haber quedado en ayunas. Menos mal que están acostumbrados a oírlos y ni siquiera interfiere en la conversación. Mientras estén lejos pueden aullar durante siglos sin que ninguno les haga el menor caso. Al final se cansarán y buscarán un lugar donde hibernar hasta que un nuevo estímulo les resucite.

—¿No conocéis la historia del flautista de Hamelin?

—Déjate de historias, tío, recoge tus cosas y...

—Si queréis os la cuento.

A punto de estallar de rabia ante la incontinencia verbal del otro, Abel arruga el entrecejo y amaga con lanzarle una patada a la mochila. Ya está cansado de oírle.

—Es normal, sois muy jóvenes —insiste el muy capullo mientras se rasca la barba—. ¿Qué edad teníais cuando tuvo lugar el inicio de la Epidemia? ¿De dónde sois?

—¿Qué era lo que tocabas antes? —Verona interviene decidida a eludir la batería de preguntas formulando ella una. A Abel le gustaría que guardase silencio, seguro, y lo sabe, pero ha preferido atajar de esa manera la curiosidad del recién llegado.

*Recuerda, Verona: si uno toma demasiado cariño a una gallina o a un cerdo, difícilmente lo sacrificará. Es la voz de la conciencia de la muchacha. Con la comida no se intima.*

SOBRE EL PLATO de cada uno hay media zanahoria cruda y dos trocitos de patata asada que Verona ha cocinado con anterioridad sobre el *vaso de fuego*, armada de la paciencia de un ajedrecista. Dado que los utensilios de cocina quedaron desterrados hace años, los tres comen con la única ayuda de las manos.

Con evidente cuidado Verona come por el lado derecho. Así evita las muelas picadas del lado contrario; solo faltaba que ahora le atacase el dolor de muelas que padece desde hace años y que le importuna de vez en cuando. Por su parte Abel observa de hito en hito al extranjero y este finge no darse cuenta.

El silencio es un invitado más a la mesa, que preside el dado que da inicio a las *noches de euforia*. Ninguno de los comensales se atreve a decir la primera palabra. Gracias a ello, a través de las paredes y de los muebles que las defienden, son perfectamente audibles los últimos gritos de los hambrientos más inagotables, de aquellos que aún resisten despiertos. El resto ya hiberna en espera de una mejor ocasión. De alguna manera es el contrapunto ideal al sonido mínimo producido por quienes almuerzan, del mismo modo que lo es el hilo musical de un ascensor para quienes solo se atreven a hablar del tiempo con los vecinos.

El señor Debisí termina de almorzar antes que sus anfitriones. Estos apuran cada bocado con la lentitud propia, casi matemática, propia de quien no tiene nada mejor que hacer. Cuanto más tarden en almorzar menos tiempo les separará de la próxima comida. Así de sencillo.

El visitante aprovecha la espera y les da las gracias por haber compartido una parte de sus víveres con él. Luego alcanza del interior de la mochila su flauta de madera.

—¿Habíais visto antes una flauta?

Debisí siente la necesidad de corresponder a la amabilidad de la pareja con la mejor de sus habilidades: tocar la flauta. Con anterioridad a los Años Críticos se ganaba la vida dando conciertos. La música barroca y el repertorio francés de principios del siglo xx eran sus especialidades.

Sin embargo la única respuesta que obtiene a cambio es la mirada huraña del muchacho, casi una puñalada, mientras mordisquea un trozo de patata con la parsimonia con que un roedor atacaría la cáscara de un fruto seco.

—Lo que tocaba antes era esto —apunta, obviando la indiferencia con que ha sido recibida su pregunta.

Después de mirar a Verona sopla sobre la embocadura. El sonido liviano, ingrávido, se eleva sobre sus cabezas. Lástima que el techo del aula intercepte la ascensión de las notas. El sol de una mañana primaveral y los extraños lugares que evoca la música se adueñan de la estancia.

Abel se inmuniza mascando un par de insultos, pero Verona ha sido infectada por

la belleza del instante, tanto que le sabe a muy poco la interpretación del forastero cuando este la interrumpe después de un par de frases. Durante un segundo ella ha imaginado que las notas musicales hablaban del frío que asola la ciudad de *Marcovaldo* y de las praderas en las que pacen las vacas de uno de los cuentos del libro. Allá arriba, en el monte, el viento ha de sonar casi igual que el aliento de la flauta del señor Debisí.

—¿Cómo se titula? —pregunta intrigada después de acabar con su media zanahoria.

—*Syrinx*.

La mirada de la muchacha centellea al escuchar una palabra tan exótica. *Syrinx*, esa música de diabólica belleza, es su segundo regalo de cumpleaños, no le cabe duda. A pesar de ello permanece en silencio para no contrariar a Abel, que la observa de reojo. Le conoce de sobra y sabe de su enfado.

Por supuesto es la primera vez que Verona y Abel oyen semejante palabra; no en vano Padre nunca la utilizó. Hasta es probable, aventura ella en un ejercicio de sinceridad, que él ni siquiera la conociese. Tampoco va a cometer el error de pensar que Padre era el hombre más sabio de entre los que sobrevivieron al Desastre.

—*Syrinx* era una ninfa —apunta Debisí—. Su historia comienza cuando se encuentra casualmente, triste casualidad, con el dios Pan en el monte Liceo. Sucedió hace tanto tiempo que las montañas y bosques donde transcurrió la historia ahora no son más que el recuerdo de un recuerdo. Además, por aquel entonces ni siquiera existían los libros tal como los conocemos hoy, así que la historia se transmitió oralmente de generación en generación.

De repente a Verona la voz del extranjero le recuerda lejanamente a la de Padre, tal vez no tanto en el tono como en la entonación con que cuenta las cosas, en esa pasión innata del buen orador.

Y la memoria de Verona viaja durante una décima de segundo al reinado de su infancia. Lo que daría por volver a contar solo cuatro o cinco años y tener a Padre tumbado a su lado, en la cama. Lo que daría por sentir de nuevo la calidez de la leche caliente en el estómago o por escuchar aquellas músicas antiguas que tanto gustaban a su progenitor. Porque esas cosas nunca se olvidan.

Verona esconde toda esa añoranza tras una mueca de escepticismo, pero por dentro le escuece la herida reabierta de los recuerdos.

—Cuentan que la belleza de la ninfa era incomparable y que el dios se enamoró de inmediato. Durante días se dedicó a perseguirla allá donde iba, igual que si fuese su sombra. En una de aquellas ocasiones, desesperada tras días de asedio, ella terminó lanzándose al río Ladón. Pero tampoco era tan fácil escapar de un dios tan testarudo como Pan. Cuando se sintió acorralada nuevamente, *Syrinx* pidió ayuda a sus hermanas las ninfas, que la convirtieron en un cañaveral. Desconsolado, el dios

Pan solamente consiguió abrazarla bajo aquella forma. Y dicen que el ruido del viento susurrando entre el cañaveral que acunaba entre sus brazos le prestó aquella idea. Así fue como posteriormente inventaría un instrumento llamado la flauta de pan.

El silencio de los oyentes anima al visitante a culminar la historia de *Syrinx*. Narra las circunstancias que confluyeron en la composición de aquella música que ha tocado anteriormente con la flauta y que, por supuesto, llevaba el nombre de la ninfa en su honor.

—Dicen que mi tatarabuelo, su autor, la compuso pensando en que esta, y no otra, fue la última canción que interpretó el dios Pan antes de fallecer. Supuestamente seguía añorando aquella ninfa que escapó de su pasión aun a costa de sacrificar su apariencia humana.

Después de escucharle Verona está convencida de que Debisí es un hombre mucho más interesante de lo que había pensado en un principio. Tras esa barba medio canosa y esos ojos oscuros, huidizos como cucarachas, se esconde un tipo que merece la pena. Si tuviese tiempo de conocerle más a fondo...

Es por ello por lo que cambia una mirada con su pareja, para que entienda su cambio de postura: ella le daría un voto de confianza al forastero.

—Es de suponer que mi tatarabuelo quiso expresar con su música el susurro del viento al atravesar el cañaveral en que se había convertido la ninfa.

Aunque Abel arde en deseos de mandarle callar y Verona, por su parte, de preguntarle qué demonios es un cañaveral, ambos permanecen en silencio: uno a la espera de encontrar la excusa ideal con que justificar lo que piensa hacer en cuanto se confíe el flautista, y la otra por ver si cuenta alguna otra cosa que sea al menos tan interesante como la historia de *Syrinx*.

—Ya no hay ríos, ni cañaverales por supuesto —lamenta el músico—. Chicos, llevo años vagabundeando, tantos que he desgastado diez suelas como estas —levanta una de las zapatillas deportivas para que observen la suela. En realidad es un fragmento de una rueda de automóvil—. Y nunca me he tropezado con ni un solo río. Todos se han secado.

—Señor Debi... —Verona duda, no vaya a ser que diga mal su nombre.

—Debisí, acentuada la última *i*.

Verona mastica por el lado derecho el último pedacito de patata antes de manifestar que le ha encantado la historia de *Syrinx*. Lo dice tal como lo siente, de corazón.

—Me alegro.

—¿De dónde proviene tu nombre?

La pregunta de Verona recibe la recriminación silenciosa de Abel. Ha olvidado, o eso parece, la prohibición de intimar demasiado con el extranjero. Pero ella no la ha olvidado. Es más, desea que le quede claro a Abel que ha cambiado de opinión y que le gustaría que él también lo hiciese. Podrían aguardar un par de días antes de tomar

la decisión final.

—Es de ascendencia francesa —aclara el forastero, que asiste al diálogo silencioso establecido entre la pareja. Es obvio que no entiende lo que sucede, pero sabe que algo se cuece entre ellos. *Que sea lo que Dios quiera*, dice para sí. Pero ante todo ha de mantener la compostura.

—¿Ascendencia francesa? ¿Qué quiere decir con eso? —cuestiona la muchacha, aunque en realidad le gustaría disponer un rato a solas con él para preguntarle acerca del significado de la palabra cañaveral.

—Proviene de Francia.

Pero la aclaración deja igual de desorientada a su interlocutora. Sin embargo Verona cabecea como si le hubiese servido de algo. Francia, cañaveral, antepasado, río... nada de esto tiene significado alguno para ella. En verdad, para ninguno de los dos. Pero tampoco va a desenmascarar su falta de vocabulario o de vivencias. Más allá de las experiencias obtenidas gracias a la supervivencia dentro del instituto, solo queda el desierto de la ignorancia más absoluta. Aunque solamente fuera por eso, Padre nunca debió de morir tan pronto... y el recién llegado se merece que le conmuten la pena.

—He de agradeceros antes de nada, primero —interviene de nuevo el flautista—, que me hayáis salvado de los muertos, ya que sin vuestra ayuda habría tenido que huir de nuevo. Y segundo, aunque me repita, que hayáis compartido vuestra comida con un desconocido como yo. Eso habla muy bien de vuestra generosidad.

—Tonterías —gruñe Abel después de rebañar el plato con la lengua en un acto que desagrada profundamente a su compañera, sobre todo porque nunca antes lo ha hecho.

—Gracias a ti por contarnos esa historia de la ninfa —manifiesta Verona después de llevarse la mano a la mejilla izquierda, soliviantada por el despertar del dolor de muelas.

—Gilipolleces.

Quién sabe si lo que sucederá a continuación sucede porque sí, porque Verona se deja llevar por las buenas vibraciones que emana el invitado, inconsciente del rumbo que tomará la reunión, o porque pretende enfadar aún más a Abel. Lo cierto es que desoye las advertencias de su compañero y se presenta al músico en un acto desafiante sin precedentes.

—Yo soy Verona *Marcovaldo*. Y él es Abel, Abel *Marcovaldo*.

¿Por qué demonios ha mentido al extranjero al darle un apellido diferente al de Padre? Más allá de este detalle sin importancia, lo sustancial es que ha facilitado sus nombres al señor Debisí, y gracias a ello consigue el objetivo de enfadar aún más a Abel, que se incorpora malhumorado.

—¿A dónde vas? —Verona también está molesta, más que nada por la actitud infantil de su compañero.

—A por el postre —ladra.



—¿Qué hay de postre? —El tono empleado por el forastero es franco, no hay actitud defensiva en él. Tampoco puede prever el siguiente movimiento del muchacho, ni siquiera la respuesta enigmática que le brinda antes del final:

—Un poco de carne extranjera.

Es lo último que oye el señor Debisí antes de que un relámpago de dolor y fuego le atraviese el hombro y provoque la desconexión de la mente. De repente se hace de noche y solo siente que se hunde en su seno, empujado por la punzada que palpita a través de la herida.

—¿Abel y Verona *Marcovaldo*? Eres gilipollas.

Del señor Debisí solo queda el rastro incierto de la sangre derramada, apenas una mancha rojiza en el suelo, producto del afán de Verona por borrar la realidad y el charco de sangre. Aunque se ha esforzado con la bayeta todavía permanece ese borrón indefinido. Pero ahora mismo la pareja está centrada en otro menester; ya podrán limpiarla luego o al día siguiente con un poco de agua.

Desoyendo el insulto que le ha dedicado su compañero, Verona se arrodilla y vuelca sobre el suelo el contenido de la mochila del extranjero. Como Debisí les había asegurado en la azotea no hay gran cosa de interés, por lo menos a primera vista: un mapa de carreteras, un puñado de fotos, unas tijeras, un peine y un cepillo de dientes. De una patada Abel aparta una muda de ropa sucia.

—*Marcovaldo* suena más elegante que el apellido de Padre, ¿no crees? —dice ella al cabo de un rato. Más que una aclaración es una disculpa, aunque no pone mucho empeño en que lo parezca.

—Tienes razón, pero no me parece ético para con él —contraataca después de sentarse en el suelo a su lado.

—¿Bromeas? —Verona alcanza las tijeras. Es el objeto de mayor utilidad que llevaba encima el forastero.

—¿Me ves cara de chiste? —Su tono, levemente agrio, alerta a la muchacha. O debería. Ya son muchos años conviviendo como para saber cuándo no ha de llevarle la contraria. Quizá, de manera masoquista, disfruta con la cercanía del peligro; eso o es una inconsciente kamikaze, como aquellos aviadores japoneses que sacrificaban sus vidas contra la cubierta de los portaaviones yanquis.

—No, no tienes cara de chiste, Abel. Pero tampoco te pongas así.

El muchacho inspecciona del derecho y del revés la mochila; rastrea cada cremallera, cada bolsillo. Al cabo de un rato su meticulosidad obtiene premio.

—Joder, joder, mira lo que escondía... —le muestra a Verona en la palma de la mano una navaja. La hoja tiene por lo menos cinco dedos de largo—. ¿A saber quién es el señor Debisí? El muy capullo.

—No parece mal tipo. Y es inteligente.

—Eres una jodida sentimental, ¿lo sabías?

—¿Te puedo pedir un favor? Déjame la flauta de Debisí. Como regalo de cumpleaños.

—¿Acaso no has tenido suficiente con los huesos para hacerte el collar?

—Sí, claro —ella le regala un beso, pero tan a destiempo que resulta inoportuno. Abel se ha percatado de que con ello pretendía ganar su favor.

El joven sopla por la embocadura del instrumento. El sonido que, en manos del extranjero es similar al arrullo del viento, en las de él se asemeja a una caterva de gatos en celo, algo tan poco armónico que duele el oído.

—Déjalo, que te va a oír.

—Que le follen —masculla antes de invocar de nuevo el maullido de los mininos.

—Por favor, te va a oír.

—Que te follen. Debisí podrá oírme, pero no podrá hablar —rubrica la crueldad de la frase con una no menos sangrante carcajada.

Abel le alcanza la flauta. Por ahora le concede permiso para que la guarde. Tampoco tiene que contrariar en demasía a Verona si quiere conseguir de ella, cuando anochezca, que jueguen a la *llamada telefónica*. Eso sí, ya veremos si le arrebatara la flauta luego. A lo mejor la necesita para cuando interroguen al forastero. Si han compartido almuerzo con él es para algo más que escucharle tocar esa porquería de música.

Verona trata de encontrar la postura ideal de los dedos sobre los orificios del instrumento. Sonríe, mucho más que cuando Abel le entregó la cajita de cartón con la colección de huesos. No puede ser, la muy puta. Aunque cuenta hasta diez en previsión de males peores, el enfado se le escapa a Abel antes de que pueda evitarlo. Le hierve la sangre y nada parece capaz de rebajar la temperatura de la misma.

—Te repito que eres una jodida sentimental.

—Y tú, un chico demasiado duro. Y un capullo. Lo lógico es que Debisí escondiese algún arma con que defenderse ahí afuera. No te pongas así. Nosotros tenemos el mazo, el machete, las tijeras de podar, la *Magnum*, la pistola de *Rencor*...

Antes de que la discusión se interne por derroteros más peligrosos Verona se parapeta tras el silencio. Luego pretende reafirmar su condición de sentimental con un cálido beso en los labios de Abel, pero este se aparta.

—Que no me ponga así, nena, ¿así cómo?, ¿qué pretendes decir con eso?

—Hijo, eres tan susceptible... No se te puede decir nada —apunta. Del puñado de fotografías ha alcanzado una instantánea en que se ven a dos niñas casi idénticas, como dos gotas de agua. Ni siquiera se diferencian en la ropa porque hasta visten iguales.

—Desembucha.

—Por favor, Abel, dejemos el asunto y listo —hace amago de incorporarse, pero el muchacho la retiene a su lado. Ha empleado la fuerza justa para que entienda que

precisa de una explicación, sí o sí, y que no la dejará marchar en tanto no la obtenga.

—¿A qué te referías cuando has dicho que bromeaba?

—No lo he dicho, joder, solo te lo preguntaba —después de una pausa pretende cambiar de tema—. ¿Has visto lo parecidas que son estas niñas? ¿Serán las hijas del señor Debisí?

—OK, tú siempre tienes la razón, solamente lo preguntabas.

—¿El qué? —Ella trata de neutralizar la incipiente ira de su compañero fingiendo que ha olvidado el tema de discusión mientras observa con atención la instantánea de las dos mellizas.

—¿Por qué decías que bromeaba, nena?

—Y dale, que no lo decía, que solo te...

No le da tiempo a terminar la frase cuando le estalla una bofetada en plena mejilla. Así, visto y no visto, sin mediar advertencia previa. Aún no ha reaccionado, cuando un picor caliente nace debajo de la piel castigada, culebreando en cada terminación nerviosa. A este dolor se une el de las muelas picadas, reactivado de alguna manera tras el impacto.

—Lo siento, cariño —es ella, y no él, la que se disculpa. Se esfuerza por contener las lágrimas.

—¿Por qué decías que bromeaba?

—Por nada especial; solo que me pareció irónico que dijese que no fue ético que cambiara el apellido ante el extranjero. Más que nada por la muerte de Padre.

A cambio de la sinceridad, de desvelar la razón de su escepticismo anterior, recibe una segunda bofetada. Ella la esquiva en parte, aunque a causa de ello le alcanza en el cuello. Esta es más fuerte aún que la anterior.

La piel enrojece enseguida, los dedos quedan marcados sobre ella. Sin embargo, aunque podría dar por bien empleado el segundo guantazo, Abel no piensa dejar sin castigo que ella haya tratado de evitar la bofetada. Así que se retira un poco para ganar algo de distancia e impulso para el puñetazo.

Proyecta el brazo. Le golpea en el hombro, clavando los nudillos con objeto de infligir el mayor dolor posible.

—¡Olvídate de eso, zorra! —le grita a un palmo de la cara, igual que si estuviese sorda—. ¡Olvídate de Padre!

LA IDEA HA surgido de repente, con la misma espontaneidad con que se inician las *noches de euforia*. Igual que existe ese instante en que el dado invoca a Verona o a Abel para que alguno lo coja entre sus manos y pruebe fortuna, se sucede otro en el que uno de ellos señala con un golpe de cabeza el tubo de plástico que comunica *la guarida* con la azotea. Es así de simple. Los juegos hay que practicarlos cuando de verdad apetecen y no por obligación. No existe premeditación alguna, ni en esta ocasión, ni en ninguna de las precedentes. En esos instantes preliminares las palabras se convierten en un estorbo. Por lo tanto es lógico que se haga el silencio alrededor de los jugadores: solamente hablan los ojos y el deseo que se escapa a través de ellos con la fuerza de un torrente.

Esta noche ha sido Verona quien ha cabeceado en dirección al tubo. A Abel le ha bastado con descubrir la picardía inherente al golpe de pestañas para que se levante y se dirija a la puerta de *la guarida*. Por si no ha quedado clara la predisposición de ella al juego, le silba antes de salir. Abel se vuelve a tiempo de ver cómo le despide con un beso que ella sopla sobre la palma de la mano.

El muchacho sube a la azotea pensando que esa jornada ha sido una de las más completas de las últimas semanas: nada más despertarse le entregó el regalo de cumpleaños a su compañera, luego tuvo lugar la aparición del señor Debisí, compartieron almuerzo con él y, al final de la tarde, ha habido tiempo para la agresión y el saqueo de su mochila. Qué más puede pedir. Bueno, tal vez lo que se le ha ocurrido a Verona. Ese juego será la guinda del pastel.

Una vez arriba Abel encuentra el otro terminal del tubo a pesar de la oscuridad. No es de extrañar, conoce su ubicación de memoria. Aparta la bola de papel que lo taponaba. Se sienta al lado, busca la postura más cómoda posible. A saber cuánto tiempo se prolongará el divertimento. Todo depende de la inspiración de ambos.

—Nena, ¿estás ahí? —La voz de Abel suena algo hueca a través del tubo.

—Claro, te estaba esperando —por supuesto las palabras de Verona suenan tan huecas como las de él; es lo que tiene comunicarse a través de semejante invento. Pero ya se han acostumbrado después de jugar tantas veces a la *llamada telefónica*—. Abel, cuánto tiempo.

De pronto el muchacho tiene una idea y la vomita a la misma velocidad que cruza por su cabeza.

—¿Qué piensas del señor Debisí?

—No sabría qué decirte. Vete tú a saber. Hoy en día nadie se fía de nadie.

—Nena, ¿crees que le gustaría jugar a esto?

—¿Cómo que a esto? —El enfado de ella es más que evidente. Las palabras se endurecen, se hacen de piedra—. El juego solo es para nosotros.

—Ya lo sé, cariño, pero imagínate por un segundo que le permitiésemos tomar parte en él, que sube aquí a la azotea y nos cuenta su vida hasta llegar a nuestro *país*.

En tal caso le propondríamos un trato: lo dejaremos marchar... siempre y cuando se preste al juego. Su libertad dependería de lo que nos contase.

—No me gusta.

—Imagina que estamos los dos ahí abajo, en la cama, y que nos excitamos con lo que nos cuenta él desde aquí arriba. A lo mejor se deja y podemos preguntarle por sus relaciones con mujeres. Quién sabe, podría resultar divertido.

—Eres un enfermo, que lo sepas.

—¿Entonces qué?

—Nada, no me gusta, Abel.

—Vale, de acuerdo. Por hoy tú ganas.

—Ya te he dicho que no me gusta, joder.

—De acuerdo, olvídale.

Antes de que Abel invente otras variantes, Verona inicia el juego. Utiliza una de las frases habituales.

—Buenas noches, Abel, te estaba esperando. Cuánto tiempo.

—Lo mismo he pensado yo, que hace demasiados días que no hablamos.

—Tío, ¿cómo te va la vida?

—La supervivencia es un trabajo demasiado duro, nena. Hay que cuidar el huerto, procurarse algo de carne, vigilar a esa gente de ahí afuera... Bueno, qué te voy a contar que tú no sepas.

Bajo la tímida luz de la noche sin luna, el muchacho observa en la otra esquina de la terraza el huerto: una verdadera obra de arte que deben a Padre, en particular a su tesón, al empeño que puso en darles lo mejor. ¡La de horas que invirtió allá arriba al principio de todo! Sí, como era de esperar ellos le habían ayudado... pero la mayor parte del mérito de aquel pedazo de tierra era suyo. Fue un hombre tan recto y tan trabajador que Abel, maliciosamente, sonrío al acordarse de su trágica muerte. Seguramente aquel final carece de gracia, lo sabe, y a pesar de ello él se la encuentra. Aflora una sonrisa en la esquina de la boca.

Por desgracia, cuando piensa recrearse en los detalles, la voz de Verona al otro lado del tubo le guía de vuelta al presente.

—... aquí tampoco es fácil, ¿sabes? Cada vez hay más *parados*. Es que no se van a morir de una puta vez. Es que ya no...

—Olvídate de ellos —Abel interrumpe el discurso de su pareja—. No estamos aquí para contarnos penas. ¿Sabes una cosa?

—Dime lo que quieras.

El juego en cuestión consiste en imitar otro que Verona había conocido cuando ella era pequeña. Por supuesto era una diversión propia de los años anteriores al Gran Desastre. Se lo había visto practicar a Padre en numerosas ocasiones, así como a otras personas mayores: ellos lo denominaban *llamada telefónica*. En esos tiempos pretéritos el juego daba comienzo con unos timbrazos provenientes de un aparato que dormía en el salón de casa, igual que si fuera un invitado inesperado que se ha de

conformar con descabezar el sueño en el sofá. Lo gracioso del asunto es que, siendo completamente imprevisible, a veces comenzaba de madrugada, y aunque su progenitor siempre protestaba cuando otro jugador interrumpía su descanso, lo cierto es que al final acababa jugando. De poco importaba el malhumor.

La simulación que practican ellos es algo burda, pero les divierte. Aunque *diversión* no sería la palabra exacta a aplicar a este caso; ante todo les excita. Y es que la falsa lejanía entre ambos interlocutores hace más apetecible el cuerpo del otro.

—Pues eso, nena, deseaba que anocheciera para poder hablarte...

—¿Sí? Cuenta, cuenta.

—... para poder tocarte, para follar juntos...

—Yo también he esperado ansiosa tu *llamada telefónica*, noche tras noche.

—Cómo me gusta que estés siempre disponible, pequeña. Eres única. Me encanta follar contigo.

—Nunca nadie me había hecho sentir así, ¿sabes?, tan deseada... no sé —el sabor de las palabras es agrio. Bien es verdad que tiene demasiadas cuentas pendientes que saldar con Abel, pero en beneficio del juego prefiere olvidarse de ellas, al menos de momento.

—...

—A lo mejor pensarás que soy una tonta.

—En estos tiempos tampoco quedan muchos hombres a los que conocer.

—Ya te digo, con toda esa mierda de ahí afuera.

—Tengo una duda: en el caso de quedar supervivientes, ¿me cambiarías por otro?

—¿Y tú por otra?

Abel sonríe ante la habilidad innata de Verona para no perder el control sobre el juego. Y eso le excita aún más.

—Me vuelves loco, ¿sabes? —Fuerza una risa algo estentórea que rueda en dirección al aula 37 con el ímpetu de un alud de piedras—. Qué raro me suena decirte esto, no sabes cuánto. Mi imaginación se dispara cada vez que estoy contigo.

—Te echaba de menos, me siento tan sola. Algún día deberíamos encontrarnos.

—Yo a ti también te echo de menos... Oye.

—¿Qué?

—Vamos a empezar, nena.

—Estaba esperando a que lo dijese.

—Desnúdate.

—¿Ya?

—¿No estabas deseando que empezase? Estamos aquí para eso.

—¿No quieres que hablemos un poco antes?

La mar arbolada de la sangre ha terminado por despertar el deseo de la pareja. En cuestión de segundos le tocará el turno a la resurrección de los cuerpos.

—La verdad es que no, Verona. Me apetece lo otro.

—Impaciente —le regaña ella; el cascabeleo de una risa asciende a través del

tubo. Ambos saben que es ahora cuando de verdad empieza el juego.

—Imagina que ya estamos juntos, nena, que nos hemos encontrado en algún escondrijo.

—De acuerdo.

—Ahora quítate la ropa y cuéntame.

Como suele ocurrir Abel asume el rol dominante mientras ella finge sumisión, sobre todo porque es consciente de que, adoptando semejante actitud, aumenta exponencialmente el frenesí de su compañero.

—Ya voy, que no tienes paciencia.

—Desbrocha el pantalón, nena. Después baja la braga y cuéntame. Seguro que ya estás húmeda.

Verona, que se ha tumbado en la cama, aparta a un lado el tubo durante unos segundos y se revuelve bajo la manta. Levanta la cadera, enhebra los pulgares en los elásticos de la braga y tira de ella poco a poco hacia abajo. Permite que la caricia de la tela le arranque un suspiro del rincón más profundo del pecho, ese al que llega solamente cuando juegan a la *llamada telefónica*.

Se mueve un poco, a izquierda y a derecha, a fin de ayudar a que la braga ceda. Por supuesto apenas separa las piernas para disfrutar del beso de los elásticos reconociendo centímetro a centímetro, poro a poro, vello a vello, el contorno de las piernas. Levanta una pierna y luego la otra, disfrutando en todo momento del deseo latente de su coño. Este palpita lo mismo que un animal que está a punto de despertar de la hibernación. Una vez que ha quedado completamente desnuda bajo la manta alcanza de nuevo el tubo.

—Mucho, muchísimo, solo escucharte me excita... Estoy preparada para que me comas. ¿Sabes lo que me gustaría?

—Dispara.

—Probar algo distinto, no sé...

—Dispara —masculla nervioso.

—¿Qué te parece probar algo nuevo?

—Dispara, cariño.

La insistencia de Abel en utilizar un verbo tan inapropiado como ese, durante un segundo aviva el rescoldo de ira que Verona esconde muy dentro. No obstante sonrío. O pergeña una mueca que se le antoja a una sonrisa. Piensa en lo divertido que sería tenerlo desnudo en la cama, a su lado, esperando el instante en que ella, abierta de piernas, se siente sobre su polla y sorprenderle con la *Magnum* y un disparo a bocajarro, sin mediar palabra. Menuda cara se le quedaría.

—¿Estás ahí? ¿De qué te ríes?

—Me apetece hacerlo en los lavabos.

—¿Esa es la novedad?

—...

—Eres una guarra, ¿lo sabías?

—Me gusta follar... y de paso experimentar.

—OK, déjame a mí. Imagínate que, en vez de encontrarnos en cualquier otro lugar, nos citamos aquí mismo y que elegimos los lavabos de la planta de abajo, a unos metros del patio central, ¿qué te parece?

—Un poco peligroso, ¿no? Yo no me atrevería a tanto.

—Ahí está lo excitante. Hemos pasado por encima de los enfermos sin hacer ruido y accedemos a la zona de los lavabos. Atrancamos la puerta con el pestillo. Como no creo que se venga abajo a las primeras de cambio, la golpeo con los puños para despertar a los hambrientos. Aun así dispondremos del tiempo necesario.

—Eres un enfermo, Abel —apunta Verona, que se demora con el tacto de los pechos antes de descender a profundidades más arriesgadas.

—Ya estamos desnudos, ¿vale? Sin decirte nada, solo mirándonos a través del espejo, intuyes lo que quiero. Me acerco a ti por detrás. Mientras tanto finges que te estás secando con una toalla, después de lavarte. Te acaricio el pelo, las mejillas, los ojos... Reconozco tu boca con los dedos. Huelo tu piel, sintiendo cómo te agitas cada segundo que pasa. Soy consciente de que deseas que devore hasta el último pedazo de tu cuerpo. Pero antes necesito respirar tu respiración.

—Jodido, cómo sabes lo que me gusta.

—Te entran las prisas. Me coges de la mano y tratas de darme la vuelta para que me arrodille delante de ti, que abrevie y me apreste a cenar. No lo consigues. Me detengo oliendo tu cuerpo de cerca. Permanezco detrás. Giro un poco tu cabeza para repasar con mis labios el dibujo del mentón y así verte sonreír.

—Excitada, busco tu boca con la mía.

En el mismo instante en que Verona echa la cabeza hacia atrás sobre la almohada y vuelve a levantar la cadera favoreciendo así el roce del vello púbico con la manta, Abel descorre la cremallera del pantalón. La diversión aumenta, tanto como el tamaño y dureza de su polla. Se unta un poco de saliva. El prepucio brilla en mitad de la noche.

—Estoy desnuda en la cama. La vagina ha despertado —se ríe— y me llama.

—Calla, no mientas. Seguimos en los lavabos de la planta baja —Abel desea reconducir la conversación al terreno de la fantasía. Ya habrá tiempo cuando baje de la azotea de compartir el deseo—. Al otro lado de la puerta se revuelven los hambrientos. Me gusta saborear la saliva de tu boca.

—Nos damos la vuelta y nos abrazamos.

—De acuerdo, nos abrazamos. Tú siempre tan romántica. Tratas de prolongar el instante... cuando lo que de verdad quieres es justo lo contrario, que abrevie el trance y me cuele dentro de ti para sacártelo todo.

—Todo, todo...

—Vaciarlo, que escupas esa mierda, ese miedo que tienes a los de ahí afuera. Que te quede claro que si aún sobrevivimos es porque nos lo merecemos. No pienses en los que quedaron atrás. A buen seguro ellos no eran dignos de la supervivencia.



Abel hace una pausa. Aplica el oído al tubo en espera de oír algún gemido de su compañera. Por ahora nada, no son lo suficientemente intensos como para que lleguen hasta arriba.

Deseoso por precipitar el desenlace, el muchacho utiliza una de sus bazas más importantes: hacer uso de la letra de *The End* para potenciar la intensidad de la mentira. Siempre ha dado resultado.

—Quiero que no queden más ruinas romanas de dolor en esa mina que escondes.

—Vacíame.

—Pero para eso tienes que restregarte contra mí. Ya sientes vivo tu sexo, capaz de comer solo.

—Continúa, Abel.

—Dar de beber al sediento. Me encanta tu olor. Sigue la autopista del oeste, *baby*. Monta la serpiente.

La nueva referencia a la canción del grupo *The Doors* explota en los oídos de Verona con la fuerza de una bomba atómica. De inmediato hunde la mano entre las piernas. Busca la humedad con un frenesí agónico, como si el mundo se fuese a acabar en cuestión de segundos y ansiase el orgasmo por encima de todas las cosas. Expertos, los dedos índice y corazón se demoran, avivan el ritmo, reconocen cada forma, conscientes de su habilidad.

—Abel, ¿estás caliente? —pregunta después de llevarse a los labios los dedos y probar el fluido vaginal.

—Calla. Nena, buscas la postura, sentada sobre el filo del lavamanos, y luego te ofreces a mí separando las rodillas.

—Antes necesito besarte de nuevo en la boca, recuperar de alguna manera la respiración. A qué tanta prisa. Siento el calor de tus labios en los míos y el deseo que tienes de morderme. Esquivo el ataque con un golpe de cuello. Antes necesito que se rocen, que se calienten...

—Déjame comer, Verona.

—Como quieras —claudica algo resignada ante la urgencia de su compañero. Desconoce si ha sido lo suficiente explícita con el tono de voz empleado como para que él se haya percatado de su malestar.

—El fluido brota con fuerza. Acercó la cabeza, adelanto la lengua y bebo. Pero intuyo que solo me das una mínima parte de lo que escondes. Yo quiero lo de dentro. Vente conmigo a la parte trasera del autobús y verás. Nos conducirá hasta el lago.

—Ojalá pudiésemos desaparecer de este mundo...

—Nena, usemos la *Magnum* y la pistola de *Rencor* y abrámonos paso entre los hambrientos. Escapemos de este país de mierda.

Las palabras se tornan borrosas por culpa de la explosión de la lujuria.

—¿A dónde vamos?

—Al autobús azul al que cantaba Jim Morrison, ¿qué te parece?

—De acuerdo, salgamos de los lavabos.

—¿Vamos?

—Cuando tú quieras.

—En cuanto ceda la puerta, nena, aprieto el gatillo. Más rápido que el viento. Le abro un pozo en la cara al primer hijoputa que asoma la jeta. Imagínate desnuda y llena de salpicaduras de sangre y restos de carne. Ese olor. Y a ti que se te ocurre tocarte en busca de esas manchas. La yema de los dedos reconocen la sustancia caliente. Te excita el contacto con la misma y reconoces tu cuerpo de la misma manera que si te lo hubieses untado con esperma. Lo que pasa es que nunca conseguiré expulsar tal cantidad de líquido.

—Venga, corramos.

Abel y Verona se conceden un breve descanso en el juego erótico al imaginarse la huida del que ha sido su hogar durante quince años, sabedores de que luego vendrá lo realmente excitante, el contacto cuerpo a cuerpo. Arden los cuerpos mientras esperan.

—En la puerta de instituto aguarda el autobús azul —fantasea Abel. Su determinación rueda tubo abajo en busca de la receptora de la misma—. Subo después de ti a tiempo de salvar el culo. Los muertos se apelotonan contra el cristal de la puerta. Esta se ha cerrado en el último segundo. Nos enseñan sus jodidos dientes. Si tuviese a mi alcance las tijeras de podar se las hundiría en la boca al primero que se pusiese a mi alcance. Bastaría con un golpe de muñeca para que el acero quebrase un par de dientes, partiera el paladar y se hundiese en la garganta. Ya solo quedaría girar la muñeca y destrozar así todos los tejidos que encontrase a su paso.

—Le suplico al conductor que arranque —murmura Verona.

—Pago dos billetes. ¿Cuál es la última parada?, le pregunto al cabrón que se sienta frente al volante. No contesta. Me gustaría borrarle de un codazo la cara de gilipollas que le tocó en desgracia al nacer. Imagina que es el señor Debisí, que tiene su rostro.

—Déjalo, no te ha hecho nada. Además así tendremos un espectador. Seguro que no nos quita ojo por el espejo.

—Nena, poco importa que el muy hijoputa no haya querido decirme cuál es la última parada. En realidad sé cómo se llama.

—Abel, déjalo en paz.

—Todo dentro del autobús es azul, hasta los asientos. Te guío camino de la parte trasera.

—Me coges de la muñeca, me besas la palma de la mano... los dedos, y luego los conduces hacia abajo...

—¿Sabes cómo se llama?

—Dejo que guíes la mano hacia el pene —Verona se desentiende de la pregunta sin importarle nada más. Hay veces en que también a ella le gusta llevar la iniciativa—. Me enseñas cómo hacerlo, como si temieses que no supiera o se me hubiese olvidado..., tu mano sobre mi mano, arriba y abajo, suavemente, como cuando Padre

me enseñaba a escribir. Él también me cogía la mano, mis dedos cerrados en torno al lápiz.

—La última parada se llama *Muerte*.

—Subo con delicadeza la mano y luego bajo de un tirón. Cuando estoy abajo cierro el puño un poco; cuando llego arriba giro levemente la muñeca, amasando los borbotones de tu sangre, levantando una tormenta en tus ojos, que de repente se vuelven azules.

—Sí...

—Estamos aquí juntos para olvidarlo todo.

—Nena, me muero de ganas. No habrá mañana. Solo hoy, porque hoy será el fin. Recuerda que hemos subido al bus y que no nos bajaremos hasta el final. Me siento en el suelo y te animo a venir conmigo. ¿Cómo estás?

—Empapada, Abel.

—Es agradable el tacto del suelo del autobús. Te invito a que te tumbes aquí, a mi lado. Abre las piernas. Ha llegado la hora del sacrificio.

Verona desea que Abel baje de la azotea de una vez, que deje a un lado la fantasía del juego y regrese a la realidad: que se le entregue de verdad bajo la manta. De pronto duda. A lo mejor es contraproducente. A saber cómo reaccionará Abel. Sin embargo al final se decide a afrontar con valentía su propio miedo.

—¿Por qué no te vienes para abajo?

—¿No quieres acabar lo que hemos empezado?

—Acabémoslo aquí. Es más divertido.

Enseguida el tono que adopta el muchacho pone a la defensiva a Verona. Ya sabe cómo se las gasta y tampoco desea provocar una discusión.

—¿Ya no te gusta jugar a la *llamada telefónica*?

—No es eso, hombre. Sabes que sí.

—¿Entonces?

Abel se ha abrochado la cremallera y ya no juega. Ahora es un témpano de hielo dispuesto a embestir la más mínima flaqueza.

—Venga, seguimos por donde íbamos. Estábamos en el autobús azul.

—Déjalo. No me apetece. He regresado al instituto a pie.

A pesar de la negativa, a través del tubo emergen los gemidos de su compañera, cada vez más atronadores.

LA BARRENA BIEN vertical, no vaya a ser que la punta salga por el lugar equivocado y termine por estropear el hueso en el último momento. Entonces cualquiera soporta luego a Abel... Verona trabaja en silencio bajo la luz primera de la mañana mientras el joven duerme igual que un bendito. Es en estas ocasiones cuando se engaña a sí misma: todavía le quiere, todavía merece la pena luchar juntos, todavía forman una pareja.

Por supuesto la realidad que conforman las vejaciones y los golpes cobrados cuando Abel se enfada es adulterada por la estrechez de la supervivencia, por esa obligación de resistir juntos dentro del *país*. ¿Quién sabe lo que encontraría fuera si se atreviese a cruzar la frontera, a dejar atrás los muros del instituto?

Y es que todavía le duelen las dos bofetadas y el puñetazo recibidos ayer mientras comprobaban el contenido de la mochila de Debisí. Pero le duelen no tanto en el plano físico. Tiene el cuerpo curtido a base de sufrir necesidades de todo tipo. Es un dolor más profundo, para nada superficial, pegado a los huesos, inherente a la rabia.

Mientras trabaja se hace una promesa a sí misma: la próxima vez que se atreva a pegarle le machacará los huevos con el mazo, o se los cortará con las tijeras de podar. Ya se ha cansado. Y es que también está lo otro, ese impulso que siente Abel por ir más allá de las fantasías que inventa durante el juego de la *llamada telefónica*, por dedicarle todo tipo de insultos cuando follan en *la guarida*. Lejos quedan ya aquellas veces en que él la besaba sin medida y arremetía contra su cadera con la delicadeza del que busca una conjunción superior a la de dos cuerpos entrelazados. Después de tantos años se ha convertido en sexo sin más, ejercicio físico al que Abel únicamente encuentra placer —aparte de la eyaculación— si la menosprecia con un rosario de mezquindades.

*Ayer fue un día intenso, demasiado*, piensa para sí: el trabajo realizado a primera hora sobre el huerto, la aparición del señor Debisí, el almuerzo para tres, la *llamada telefónica*... Tiene gracia que encima coincidiese con su vigésimo cumpleaños. O en realidad no tiene ninguna.

Después de más de diez minutos de paciente labor, la punta de la barrena asoma por el otro extremo del hueso. Bingo, ya tiene acabado el primero de ellos. Ahora solamente le restan los otros ocho.

—Buenos días, nena.

La sonrisa de Abel acompaña sus palabras. Ella le devuelve el cumplido, aunque no debería. *Que le den por culo*. El muchacho se restriega los ojos con saña. Sabe que a ella le disgusta que lo haga, pero para qué va a decirle que se hará daño si él va a seguir a lo suyo, haciendo caso omiso a la recomendación. Que le jodan, a ver si así es capaz de alcanzar el cerebro.

—Nena, ¿cómo está el *muñeco*? —pregunta al cabo de un rato. Tiene los ojos enrojecidos, por supuesto.

—No he ido a verle desde anoche.

—Hagámosle una visita a ver qué se cuenta —apunta mientras se acerca por detrás—. ¿Qué estás haciendo?

Ella le enseña el orificio practicado en el hueso. El muchacho la obsequia con un par de besos a lo largo del cuello. La delicadeza del gesto desmiente los malos pensamientos que ella ha cocinado con anterioridad en el horno de la cabeza.

—¿Te duele la pierna? —pregunta sin dejar de trabajar en el segundo hueso.

—No, qué va. Parece que mejora.

Él la abraza por detrás y luego, para sorpresa de Verona, le regala un masaje en la espalda. Las manos trabajan con mimo en busca de las posibles contracturas musculares. Al principio ella se muestra reacia y mantiene silencio, pero de inmediato claudica y guía sus manos con la palabra, *un poquito más abajo, por favor; ahora a la derecha*.

Los pulgares amasan las zonas doloridas en pos de su neutralización. Aunque lo parezca, Abel no pretende obtener nada a cambio, ni siquiera sexo; simplemente lo hace por el gusto de mostrarse amable y atento. Diferente es que ella todavía recele de sus intenciones, porque en realidad siempre lo hace.

Abel y Verona se acercan a visitar al extranjero, que descansa en el aula 35, conocida como la *iglesia*. Ahí está Debisí. Tiene las manos atadas a la espalda con una soga, y esta a su vez se encuentra anudada a las patas de un pupitre. Está sentado en el suelo.

Bajo la gruesa rebeca —la suya— que le cubre la cabeza, destaca la corpulencia de su respiración. La pareja juraría que el desgraciado se ha quedado dormido. Le compadecen, qué bueno que haya conciliado el sueño; sobre todo porque seguramente ha pasado una noche de perros a causa del dolor del hombro, el miedo y la humedad de la orina.

Ella preferiría regresar a *la guarida* y seguir barrenando los huesos, dejar a su compañero y al *muñeco* a solas. ¿Qué necesidad tiene de participar en la representación? En el caso de que los gritos sobrepasen el límite de lo tolerable incluso podría subir a la azotea con la excusa de regar el huerto. Sería preferible, sin duda; mejor eso que estar allí, detrás de Abel, porque de inmediato se le oscurecerá el ánimo y le sabrá la boca a tierra de cementerio.

Pero ahí está ella, de pie, sin hacer nada por detener a su compañero: solamente contempla la escena mientras aguarda el momento de interpretar su papel, tal como han acordado de antemano. Diferente es que Verona esté conforme con el rol que le ha tocado en suerte.

Abel se aproxima paso a paso al invitado, haciendo el mínimo ruido posible, y le despierta con la delicadeza de una madre que vela por el estado de salud de su hijo griposo.

—Buenos días, señor Debisí —dice después de quitarle la rebeca que le cubre la

cabeza—. Lo siento... pero ya es hora de despertar.

En cuanto el forastero abre los ojos Abel le libera de la mordaza. Debió hacer amago de vomitar, pero al final se conforma con toser simplemente. La pareja le concede el tiempo necesario para lubricar la boca y encontrar las palabras necesarias con que defenderse. Con un golpe de cabeza aparta la melena hacia la izquierda.

—Dejad que me vaya, por favor.

—No olvides que fuera está *esa* gente, ya sabes —responde Abel. Completa la advertencia imitando la cara descajada de los muertos.

—Me buscaré la vida lejos de aquí... pero dejad que me marche.

—De acuerdo. En cuanto respondas a unas preguntas podrás irte —apunta el joven. Debió asiente con un golpe de cabeza, satisfecho con la propuesta—. Antes de continuar, quiero que sepas que me arrepiento de haberte apuñalado anoche. No sabes cuánto.

—Hijo de puta —masculla el *muñeco* sin pensarlo dos veces. Le ha salido del estómago y no ha podido evitarlo.

—Espero que sepas perdonarme, me puse muy nervioso con la historia de la puñetera ninfa esa y el dios de los cojones.

Ambos se miran a los ojos durante unos segundos, el extranjero en busca del menor vestigio de burla y el muchacho en pos de ese perdón que demanda antes de proseguir.

—De verdad que lo siento.

El silencio se apodera de la *iglesia*. La partida queda en tablas porque ninguno encuentra lo que busca en los ojos del otro. *Lástima de oportunidad perdida*, piensa Abel para sí. *Si Debió elige la postura beligerante, él sabrá lo que hace*.

—Bueno, que sepas que lo siento —se disculpa de nuevo. Ahora gira la cabeza en dirección a su compañera—. Verona, ¿qué opinas?

La mirada que Abel intercambia con ella es lo suficientemente explicativa: por su propio bien, y si no desea lamentarlo luego, ha de tomar parte en la representación.

—¿No le dejarás marchar ahora? —pregunta después de comprender que será mejor cumplir el pacto. Pero tan pronto como ha intervenido le duelen las palabras y la cobardía. Según su parecer, el señor Debió no merece semejante trato.

—Nena, si colabora, ¿por qué no?

Perfecto: Abel sigue el guion preestablecido. Así ella disfrutará de la ocasión de reafirmarse en su rol.

—El hijoputa podría regresar con más gente.

Abel se vuelve entonces hacia el extranjero. ¿Tiene algo que decir al respecto? Es innecesario que crucen palabra alguna porque se han entendido sin abrir la boca: ellos son hombres y, por lo tanto, saben lo que hacen. Es evidente que Verona no tiene ni puta idea, y no solo eso, como mujer su opinión no cuenta para nada, menos que un voto en blanco.

—Prometo que si me liberáis no volveré jamás —el forastero obvia la presencia

de la muchacha y se centra en él, en virtud de la complicidad recién alcanzada con Abel.

—¿Lo ves, tonta?

—Acabemos cuanto antes —interviene Verona, deseosa de forzar la escena para regresar pronto a *la guarida*. Luego da unos pasos hacia atrás. Por ahora ya ha tenido bastante. La boca es la tumba donde ha enterrado la poca dignidad que le quedaba.

Tras pedir permiso al invitado, Abel le recoge la melena en una cola y deshace el vendaje compresivo que cubre la herida de su hombro. A simple vista tampoco es tan profunda ni ha sangrado tanto, pero hay que extremar el cuidado o por lo menos aparentarlo. Limpia con delicadeza la sangre seca de los bordes del navajazo.

—Nena, ahora nuestro amigo contestará unas preguntas y asunto concluido, ¿de acuerdo?

—¿No se habrá infectado la herida? —pregunta el músico.

—Para nada, hombre, confía en mí.

Una vez concluido el ardid de la cura, Abel se incorpora y le muestra la fotografía en blanco y negro de las dos mellizas. La ha extraído de uno de los bolsillos del pantalón vaquero. Por desgracia, y como era de temer, la instantánea se ha doblado por tres esquinas.

—Vaya, lo siento —dice al señalar los dobleces—. No era mi intención.

—No te preocupes, hombre.

—Vaya, ha debido arrugarse ahora mismo, al arrodillarme para curarte. Antes no estaba así, te lo juro.

—Tampoco tiene tanta importancia —el extranjero se esfuerza por sonreír... pero le resulta imposible. Lo que consigue en cambio es la mueca maléfica de un títere. Es gracioso, desconoce lo cerca que está de convertirse en eso precisamente, en un títere, para mayor regocijo de la pareja.

—Claro que importa, Debisí, a mí me jodería muchísimo.

—No importa, de verdad.

—OK. Me alegro de que te lo tomes así. ¿Conoces a estas niñas?

—Por supuesto, son mis hijas.

—Muy guapas, la verdad. ¿Cómo se llaman, si no es mucho preguntar?

—Laura y Gilda. Laura es la del vestido largo, y Gilda la del corto.

—¿Y esta mujer? —dice adelantando otra fotografía.

—Helen, mi esposa. El próximo mes de noviembre cumpliríamos veinticinco años juntos.

—Imposible —interviene Verona, siguiendo a pies juntillas el guion preestablecido. Pasea nerviosa de un lado a otro, inquieta por la inminencia del juego de la *evangelización*. Lo que no figura en el guion es su deseo de marcharse de allí a las primeras de cambio, antes de que corra la sangre del *muñeco*.

—Nena, ¿qué quieres decir?

—Nada, que *esas* no son sus hijas —aclara. Luego se acuclilla junto al invitado

—. ¿Pero es que no ves que no se parecen en nada a ti?

Sorprendido por la intervención de la joven, Debisí abre exageradamente los ojos. No da crédito a lo que oye. *¿Cómo no va a saber quiénes son? Menuda gilipollez.* Otra cosa es que se parezcan físicamente a la madre.

—A lo mejor son hijas de tu esposa, que no digo que no, pero no tuyas. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Cariño, estás siendo muy injusta con nuestro invitado.

Verona coge de la barba al flautista y le obliga a mirarla.

—¿Dónde están?, ¿las has abandonado?

—Ellas no lo consiguieron —manifiesta Debisí en un tono neutro, desprovisto de sentimiento. La respuesta precisa de poca traducción. Expresa mucho más por lo que calla que por lo que dice. Pero aun así no será suficiente para el rol que representa la muchacha.

—¿Murieron?

Debisí responde con un golpe afirmativo de cabeza.

—¿Las viste morir? ¿Sí? Cuéntanos entonces cómo ocurrió todo.

En esta ocasión, el visitante mueve la cabeza en sentido negativo. Preferiría no hablar de ello, es evidente. Si puede evitarlo lo hará.

—¿Las niñas fueron devoradas por los muertos? Cuéntale a Abel cómo murieron.

El silencio consiguiente concede una breve tregua al invitado. Verona y Debisí se miden con los ojos. ¿Hasta dónde está dispuesto a llegar cada uno para reafirmar su postura? Mientras tanto, unos pasos más atrás, Abel contiene su furia rodeando a los otros dos actores del drama, impaciente como una pantera en la jaula, deseoso de saltar al ruedo del circo.

Verona aprovecha la cercanía al reo para mirarle directamente a los ojos. Necesita que comprenda que su actuación no es nada más que eso, un rol que le desagrade interpretar. *Lo siento de veras*, se repite para sí, con la esperanza de que Debisí lea la disculpa en el fondo de sus pupilas. Pero comunicarse con la sola ayuda de la mirada acarrea un inconveniente, que se presta fácilmente a equívocos. Y por la mueca de desprecio que le dedica el músico es evidente que no ha recibido el mensaje de manera correcta. Si tuviese un segundo a solas con él... podría explicárselo todo.

—Ya sé dónde quieres ir a parar, Verona —interviene Abel cuando el silencio se hace incómodo—. Ella quiere saber si te comiste sus cadáveres, ¿no?

—Eso es.

—Murieron hace casi diez años, de malnutrición.

—¿Te comiste sus cadáveres?

—Tenían escorbuto —puntualiza el forastero—, no sé si sabéis lo que es.

—No has respondido a la duda de mi compañera.

—Nunca haría una cosa semejante, joder.

—Cuéntale entonces a ella cómo murieron.

Seguramente es más dolorosa la exhumación de los recuerdos que arriesgarse a



un golpe traicionero. O eso piensa equivocadamente el *muñeco*. Por ahora prefiere asumir el riesgo antes que dejarse llevar por el remordimiento. Que las tres, tanto sus hijas como su mujer, se consumieran por culpa de la malnutrición y él no pudiese ayudarlas, es un lastre demasiado pesado, y cuando lo recuerda se hunde sin remedio en la impotencia.

—Por favor... —el tono de voz de Verona es ahora más amistoso que antes.

Debisí podría desafiar a la pareja, pero no es idiota. Tampoco hay que tentar al destino con una actitud arrogante. De modo que esconde la mirada entre las manos con la esperanza de que se compadezcan de él. Por desgracia desconoce que no es la primera vez que Abel se emplea a fondo en la *evangelización* de un *muñeco*. El muchacho tiene experiencia y sabe hacer daño. Si Debisí lo sospechase, a buen seguro que colaboraría. Además, siempre cabría la posibilidad de inventar una historia adaptada al gusto de la pareja. Qué más da lo que cuente si nunca podrán contrastarla con la verdad.

—OK, tío, te creía más listo —ladra Abel, que apenas consigue disimular el enfado.

Deposita las dos fotografías en el suelo lo suficientemente cerca de Debisí como para que las vea, pero convenientemente lejos como para que no las alcance con las piernas. Parte de la gracia del tormento estriba en que estén ahí: Laura, Gilda y Helen como testigos de la sesión. A continuación el *evangelizador* extrae del bolsillo trasero del pantalón la navaja que el forastero escondía en la mochila. Se la alcanza a su compañera.

—¿La reconoces?

Verona extrae la hoja y se la muestra para ver si la identifica, aunque las cachas burdeos y las iniciales CB dejan poco lugar a la duda.

Tras la acusación silenciosa de la que es objeto, Debisí cuenta con dos posibilidades únicamente: reconocer el error de mantenerla oculta cuando debió enseñarla o negar la mayor, que nunca la ha visto. Una tercera opción es el silencio, dejar que transcurra el tiempo. Es probable que en otras circunstancias supiese qué decir, qué postura adoptar en beneficio propio, pero se encuentra perdido, enredado en el miedo, tanto que teme dar el paso equivocado en la dirección incorrecta.

—No sé —se apresura a responder cuando la joven aproxima la navaja peligrosamente a la mejilla. Es consciente de la situación y de que ese *no sé* es una manera bastante burda de ganar unos segundos. Qué otra cosa puede hacer.

—Confiesa, la escondías dentro de la mochila, ¿no?

La acusación ahora sí es firme, tanto que le deja sin margen de maniobra. El forastero traga saliva mientras Verona entrega la navaja a su compañero. Luego rodea el pupitre, levanta la tapadera del mismo y alcanza algo de su interior.

—¿Qué vais a hacerme?

—Responde a la pregunta antes de que Verona se ponga más nerviosa.

¿Reconoces la navaja, sí o no? —interviene Abel. Aunque en verdad a él le gustaría saber lo mismo: ¿qué piensa hacer su compañera al desatar al *muñeco* del pupitre? Pero se mantiene a la expectativa: no hay que concederle la más mínima ventaja al otro.

Verona desata las manos del forastero para acto seguido atárselas por delante. Dada la proximidad de Abel ella no se atreve a mirar a los ojos a Debisí e intentar una nueva comunicación en silencio. Es demasiado arriesgado, y encima ahora él tiene en su poder la navaja.

—Puede ser —murmura Debisí.

Verona adelanta el lápiz encontrado en el interior del pupitre. Luego pregunta:

—¿Cómo has dicho que se llamaban las hijas de tu mujer?

—Laura y Gilda.

—Nena, nuestro invitado ha dicho que son sus hijas... y punto. No le des más vueltas al asunto.

—Estoy cansado —murmura el invitado.

La muchacha humedece la punta del lápiz con la lengua. Sobre la uña del dedo pulgar derecho procede a escribir una *ele* mayúscula. La repasa varias veces antes de continuar con la siguiente letra y uña. Pese a que lo intenta, el forastero nada puede hacer por disimular el temblor de sus manos. No se fía de ninguno de los dos, de ninguno. A saber qué estarán tramando.

—Tranquilo, hombre, esto no te dolerá —la muchacha le dedica una sonrisa sin abandonar su labor.

—Déjale, Verona, no ves que te tiene miedo.

—Joder, nadie se ha muerto por tan poca cosa.

—Un momento, acabo de recordar algo —rumia Abel. Retrocede unos pasos, guarda la navaja y a continuación abandona el aula a toda prisa.

Sin perder un solo segundo, Verona ruega silencio al forastero. Basta con un simple gesto: el índice sobre los labios. Será mejor que escuche lo que tiene que decirle. No hay tiempo que perder.

—Trataré de ayudarte, confía en mí —dice en un hilo de voz—. Ni te imaginas de lo que es capaz mi compañero. Colabora con él, por favor, y gana todo el tiempo que puedas. ¿Entendido?

Sin embargo en la cabeza de Debisí semejante declaración se antoja una trampa. ¿Qué gana ella al arriesgarse a ayudarlo? Así que es lógico que no se fíe de ella. Por mucho que bucee en la oscuridad de sus ojos no encontrará la confirmación de su inocencia o la huella de su culpabilidad. ¿Y si después de agradecerle la ayuda y pedirle consejo va con el cuento al otro? ¿No es de recibo que confíe en ninguno de los dos? Es más, por ahora quien se muestra más inestable es Verona... así que es demasiado arriesgado permitir que ella tome el mando.

—Vale, entiendo que dudes de mí, pero recuerda quién te apuñaló ayer. No tenemos mucho tiempo, joder.

—Libérame. Lo demás, corre de mi cuenta.

—¿Y si te vence? En ese caso estaré...

Antes de atreverse a desanudar la soga que lo ata al pupitre Verona presiente a su espalda la figura de Abel, detenido en el vano de la puerta. Cierra los ojos durante un segundo. Le gustaría rezarle al Dios de Padre, pero no sabe hacerlo. Joder, si ha oído algo, nada ni nadie la salvará.

Un escalofrío le atraviesa la espalda. Le palpita la sien. No le queda más remedio que actuar con rapidez; es lo que tiene la supervivencia: o ella o el otro. Así que abofetea del derecho y del revés la cara del *muñeco*. Por si no hubiera sido suficiente, con objeto de disipar cualquier duda le escupe a la cara.

—Nena, deja tranquilo al señor Debisí.

—¿Qué sabrás tú? —protesta antes de reanudar el trabajo con el lápiz. Ahora le toca el turno a la erre mayúscula de Laura—. Me ha pedido que le libere, el muy cabrón —retuerce las palabras. Cuánto más creíble sea, tanto mejor. E indignarse de semejante manera refuerza su interpretación.

—Ese lenguaje, por favor. Si te escuchara Padre...

El grado de cinismo alcanzado por Abel sobrepasa el entendimiento de su compañera, que le mira extrañada. Ahora el muchacho se aproxima portando el arma que él mismo encontrara antes de ayer en el *vertedero*, la del mango en forma de jota. La deposita en el suelo a un palmo de los pies del extranjero. A su lado coloca un puñado de varillas plegables y parte del tejido floreado que las unía. Con un poco de suerte el extranjero podrá explicarle de qué coño se trata y qué utilidad tenía antes de la llegada de los Años Críticos.

—¿Sabes qué tipo de arma es esta?

Le sorprende la mirada que le lanza el forastero, antes de que este arrugue el entrecejo. Debisí se muestra sorprendido y no se molesta en disimularlo.

—Joder, eso no es ninguna arma.

Abel dialoga en silencio con Verona y luego con Debisí, antes de retornar a los ojos de su compañera. La respuesta de Sancho Panza que aseguraba que no eran gigantes aquellos molinos de viento sorprendió menos a don Quijote. La respuesta del extranjero les ha descolocado por completo. Esto sí que es cosa de hechicería. ¿Cómo que no es un arma?

—De estas —Abel alcanza una de las varillas—, había lo menos diez.

¿Bromea el muchacho? ¿Qué pretende conseguir otorgándole una utilidad diferente a algo tan inofensivo? Pero la atención de la pareja confluye sobre él. O son unos actores consumados y le están tomando el pelo, o de verdad no saben qué es ese objeto tan vulgar.

DESPUÉS DE HACER un alto con el lápiz, Verona toma la palabra:

—¿Para qué sirve entonces si no es un arma?

—¿Qué obtendré a cambio si os lo digo?

Un compás de silencio pesado se abre en ese instante. Así formulada, la cuestión es casi una ofensa: él es el invitado, el *muñeco*, y las decisiones quedan exclusivamente para los anfitriones. Se eternizaría el silencio de no mediar la propuesta de la muchacha:

—Te devolveremos las fotografías, ¿qué te parece?

—No. Os lo digo si dejáis que me marche —es la propuesta de Debisí.

—Es imposible... por lo menos por ahora —sostiene Abel—, los *parados* te atraparán en cuanto pongas un pie fuera y despierten.

—Ese será mi problema, como lo ha sido durante todos estos años.

—Sería un suicidio, tío, no lo permitiré.

Cinco minutos después Debisí claudica, sabedor de que por ese camino, exigiendo la libertad a cambio de su información, no conseguirá nada. Mueve negativamente la cabeza.

—A ver, de acuerdo. Eso no es un arma —dice al fin—, es un paraguas.

—¿Un... qué?

—Un paraguas. Sirve o servía —puntualiza Debisí al ver el estado en que se encuentra— para guarecerse debajo en caso de lluvia.

—¿Cuando llueve? —Abel se muestra incrédulo—. Menuda tontería.

—Antes las cosas eran diferentes, ¿sabéis?, aunque ahora resulte difícil creerlo. En estos tiempos la lluvia es una auténtica bendición. Sin ella moriríamos de sed. Pero antes del Desastre había agua corriente en las casas.

—¿Agua corriente?

—Eso lo recuerdo perfectamente —apunta la muchacha—. Salía por los grifos.

—Exacto. Corría a través de las tuberías y brotaba de los grifos.

—Me acuerdo de eso, había hasta agua caliente —puntualiza Verona—. Sin embargo los grifos que hay en el *país*, en los cuartos de baño, están completamente secos.

—Lógico, sin luz eléctrica los motores no pueden mover el agua y hacerla salir por ellos.

—Curioso —murmura el joven.

—Antes del Desastre, la lluvia era una verdadera molestia —el forastero se ha animado a continuar—. Si ibas al trabajo, por ejemplo, o acudías a una fiesta o a un compromiso social y te sorprendía la lluvia, utilizabas el paraguas para no llegar empapado.

—Había pensado al ver las varillas que era un arma.

—Otra cosa es que puedas utilizarla como tal, pero es un simple paraguas. Y

propio de mujeres.

—Como decía Padre —comenta Abel—, nunca está de más aprender algo nuevo.

Verona regresa a su tarea de escribir los nombres de las hijas de Debisí sobre las uñas de este. Debería marcharse ya, antes de que comience lo verdaderamente desagradable, pero tiene miedo a equivocarse y desencadenar la ira de su compañero. Así que las manos van por una parte y la cabeza por otra, enredada en cientos de posibles excusas que esgrimir a la hora de abandonar la *iglesia*. En tanto no encuentre una salida al laberinto de ideas agachará la mirada y se centrará en la *ele* de Gilda.

—De acuerdo, este paraguas no es ninguna arma. Pero esto sí que dijiste que lo era —dice Abel al mostrarle la flauta de madera.

—Exactamente no fue así.

La muchacha maldice en silencio la impertinencia del forastero. Ya son ganas de discutir... A veces siente la mirada del *muñeco* sobre sí, pero no se atreve a enfrentar sus ojos. ¿Qué podrá decirle después de haberle abofeteado y escupido con anterioridad para salvar el pellejo?, ¿cómo va a confiar de nuevo en ella? Quizás si estuviese en su lugar tampoco confiaría en una muchacha que se muestra tan inestable como ella. Seguramente ha perdido para siempre la oportunidad de ayudar al extranjero y, de paso, ayudarse a sí misma a vencer a Abel.

—¿Cómo fue entonces? —pregunta el joven.

—Tampoco tiene importancia.

—Hablaste de un flautista y unas ratas.

—OK, del flautista de Hamelin.

—Como prefieras. Aquí mandas tú, Debisí. Cuéntanos su historia. A Verona le apasionan los cuentos, desde muy pequeña. Seguro que le encanta.

—Prefiero que toque algo para nosotros —interviene la dibujante.

—Nena, pero si a ti te gustaba que Padre leyese cuentos...

—Ahora me apetecería escuchar algo de música —murmura alzando el lápiz.

—No le hagas caso, hombre. Háblanos de esa historia de las ratas.

—Ocurrió hace mucho tiempo en un pueblo, muy lejos de aquí —mira a la anfitriona como si necesitase también de su permiso, y no solo el del muchacho—. La población de ratas había llegado a ser tan numerosa que los habitantes del pueblo estaban desesperados.

—Desesperados, ¿por qué?, ¿por las ratas?

—Toca para mí, por favor —insiste Verona, hastiada por la pantomima elaborada por su compañero.

—Ni caso.

—Las ratas transmiten todo tipo de enfermedades, ¿sabes? Eran un verdadero peligro.

—Menuda tontería, extranjero. Sin las ratas habríamos muerto de hambre hace mucho tiempo.

Debisí entiende lo que ha querido decir el joven, aunque no puede evitar que el

estómago se le revuelva, incómodo. Pese a que experimenta un asco repentino tampoco se va a arrepentir de todo lo que ha hecho por sobrevivir. Porque él también ha comido carne de rata. Mejor eso que comerse los cadáveres de sus hijas o el de su mujer, como ha insinuado con anterioridad la pareja.

—Antes de los Años Críticos había toda clase de alimentos, de tal manera que nadie se comía a las ratas. A lo mejor no lo recordáis. Sois demasiado jóvenes.

A Verona le duelen las palabras y le ofenden el recuerdo de aquellas comidas y el hambre que despierta de inmediato. Y es que llevan demasiados días racionando la comida como para admitir, así, de buenas a primeras, semejante tortura de conversación. Así que se decide a insistir en la línea propuesta con anterioridad: sería más conveniente que Debisí interpretase algo con la flauta. A ver si con un poco de suerte, y ante tanta insistencia, Abel se enfada y la expulsa de la *iglesia*. Sería realmente fabuloso.

—Nena, qué cansina eres —rumia su compañero—. Ya tuvimos bastante ayer.

El forastero les observa atentamente: primero a uno, luego a la otra, deseoso de descubrir quién de los dos manda sobre la otra mitad de la pareja. Es consciente de que si se equivoca al elegir, las consecuencias serán imprevisibles. Está a merced de ellos y de un repentino brote de rabia. Y él lo único que desea es abandonar el instituto cuanto antes. O no, quién sabe.

A lo mejor tampoco hay tanta prisa: en caso de liberarse y vencer a los jóvenes podría vivir allí, por lo menos mientras la comida no se pudriera. En primer lugar se daría un festín de lujo con el cadáver de Abel y luego disfrutaría del cuerpo de Verona, hundiéndose a golpe de cadera entre sus piernas. Cuánto tiempo hace que no abraza a una mujer... A juzgar por lo que ve la anfitriona tiene un cuerpo apetecible a pesar de su delgadez.

Luego podría comérsela poco a poco, por partes: empezar con los brazos y seguir con las piernas. Así, dejando el tronco para el final, prolongaría al máximo el uso y disfrute de su coño, calentito como el cuerpo de una rata.

—Toca algo para mí —Verona arrebató la flauta a su compañero y se la entrega al invitado.

—Si no le desatas, nena, no podrá —apunta Abel, masticando la rabia.

—¿Puedo hacerlo? —pregunta ella, los dedos ya sobre el nudo de la soga. ¿Debe interpretar el silencio de su compañero antes de continuar?, ¿le está dando permiso para liberarle o por el contrario se lo está denegando... y haciéndola responsable de lo que ocurra a continuación? Se ha equivocado tantas veces al desentrañar su mutismo que le importa bien poco errar una vez más.

Desata el nudo sin quitar ojo a Abel por si acaso se decidiera a emplear la navaja. Con él nunca se sabe. Una vez libre el flautista, el desafío ya está lanzado.

—Será solo un poquito —aclara la anfitriona con objeto de aliviar en parte la tensión que late dentro de la *iglesia*. O quién sabe si lo hace justamente para todo lo contrario, para que el capullo de Abel estalle y se precipiten los hechos—. Por favor.

Debisí se lleva la embocadura del instrumento a los labios. Antes de comenzar pide permiso con una mirada al muchacho, que se mantiene hierático, casi una estatua de bronce. Nada, ni el más mínimo gesto. Los segundos transcurren sin más mérito que un silencio de funeral. La sangre se acelera.

Cuando advierte la señal de Verona para que empiece, Debisí sopla sobre el instrumento. La obra es la misma de ayer, *Syrinx*. Las primeras notas, ingravidas, se elevan hacia el techo.

Antes de que la melodía hipnotice a la joven, Abel sale en su rescate: adelanta un par de pasos en dirección al forastero y, con la palma de la mano, golpea violentamente la flauta, de abajo hacia arriba. La embocadura se estrella contra el obstáculo de los dientes. A pesar del dolor infligido y de la sangre que colorea las encías, no ha conseguido su verdadero objetivo: partirle una pieza dental. El *evangelizador* se lamenta por ello, ya le hubiese gustado.

Verona queda sin respuesta, atrapada en su miedo. Qué puede decir o hacer. Se siente culpable, pues no en vano si el forastero hubiese hecho caso a Abel nada de eso habría ocurrido. Pero tampoco moverá un solo dedo en favor de él.

La regla de oro de la supervivencia es el oportunismo, hacer lo correcto en todo momento; y ahora lo que le conviene es canalizar la rabia de ambos bien lejos de ella, que ni siquiera le roce.

—¡Jodida puta! —Ladra Abel para colmo de su desgracia. Por mucho que haya intentado hacerse invisible, no ha dado resultado—. A lo mejor te gustaría follarte a Debisí.

—La culpa ha sido mía —reconoce el músico. Aparta de inmediato la flauta a un lado. Necesita que a la mayor brevedad posible entienda su deseo de colaborar.

Enojado, Abel camina de un lado a otro de la *iglesia* mientras sopesa la oportunidad de comenzar ya la *evangelización* del forastero, sin más demora. Solo será entonces cuando Debisí descubrirá que es él, Abel, quien manda allí.

Por descontado Verona se merece su propio castigo, eso piensa Abel, diferente al del extranjero, eso sí, más sutil, menos violento. Por ahora le es imposible prescindir de ella, por lo menos hasta que no encuentre una nueva compañera con que compartir *las noches de la euforia*, el *bautismo* o las *llamadas telefónicas*. Hasta entonces seguirá aguantando ese empeño de ella por tocarle a veces los cojones. Que tampoco hay que ser tan jodidamente retorcida. Ya pensará en algo refinado.

—Verona, deja eso para otro momento —el *evangelizador* se refiere a la escritura de las uñas—, y ponle al corriente de *la vida de los otros*.

—No podemos compartir a *Marcovaldo* con un extranjero —objeta.

—En tu circunstancia yo obedecería —la voz de su compañero se ha oscurecido, igual que la letra de *The End* cuando se dice aquello de que *el asesino se levantó antes del amanecer*.

—¿Ahora? ¿Quieres que le lea ahora?

Hay un instante en que Abel duda. Tal vez por eso se defiende tras la sonrisa: es

su manera de ganar algo de tiempo. Está procesando la idea que ha tenido en ese mismo instante.

Después de atar de nuevo a Debisí al pupitre, Abel hace una señal a su compañera para que salga fuera. Los dos abandonan la *iglesia*. Es conveniente que el invitado desconozca por completo lo que trama.

—Yo me quedaré en la *iglesia* con Debisí —comienza Abel la explicación de su plan—. Tú harás el trabajo en el huerto. Cuando el sol alcance su punto más alto, cambiamos de turno: yo subo a la azotea y tú te vienes a hacerle compañía al *muñeco*. Tráete entonces el libro, ¿de acuerdo?

—Y le leo, OK, ¿hasta cuándo? No entiendo dónde quieres ir a parar.

—Pretendo que no duerma en todo el día. Hazme caso, será más divertido que *evangelizarlo* directamente.

El muchacho le explica que si hacen turnos y se compenentran al llegar la noche —o a lo largo de ella—, Debisí suplicará que le dejen descansar un rato. Es entonces cuando será un placer escucharle.

—Me duelen las muelas —objeta Verona, irritada por la perspectiva de pasarse horas enteras leyendo al forastero.

—Tampoco será para tanto, quejica.

—Tengo hambre —murmura. Ha cambiado de táctica en vista del escaso efecto que ha tenido su anterior lamento.

Ahora la queja es sincera: llevan demasiados días comiendo lo mínimo, apenas unos trozos de patata y media zanahoria, y en el mejor de los casos, unos gramos de carne de rata. Sospecha que su estómago se ha convertido en un pozo negro donde a poco que se descuide caerá para no salir jamás.

—Nena, mañana a mediodía comeremos, seguro —le promete. Pero lo hace por decir algo; en realidad desconoce cuántas horas gastarán en *evangelizar* a Debisí a través de un método tan lento como el propuesto. En el peor de los casos cabe la posibilidad de que se prolongue más allá de veinticuatro horas. Toda una eternidad.

A mediodía, después de bregar con el huerto, Verona regresa a la *iglesia*. Por supuesto, y tal como le había sugerido Abel, lleva consigo el libro. Eso no quita que continúe enfadada por el hecho de utilizar a *Marcovaldo* en un juego tan sucio. Obedecerá en previsión de males mayores, pero no porque le agrade la perspectiva de estar leyéndole al forastero un par de horas seguidas.

Cuando accede al aula Abel relata al invitado cómo despejaron de infectados toda la primera planta del *país* para habilitarla como zona neutral entre el infierno del patio central y el cielo de la segunda planta.

—Por descontado —apunta para concluir—, todo fue idea de Padre.

—Aquí me tienes —dice Verona. Adelanta el libro.

Abel se acerca a ella y le roba un beso. A Verona no le apetece, tiene mal sabor de



boca; pero antes de que tenga tiempo de apartarse, siente la lengua de su compañero dentro su boca, violándola. Consciente de que será mucho más placentero si colabora, responde con idéntica intensidad: muerde los labios de Abel y luego hunde su lengua en la boca de él.

A qué negarlo. Hay un punto de exhibicionismo en la pasión con que se besan delante del invitado.

—Ya está bien —protesta Verona al descubrir que Abel adelanta de nuevo la cara, cada vez más excitado. Bajo la tela del vaquero ya es perceptible la turgencia de la polla. Es el momento de parar o de lo contrario la pasión se desbordará y acabarán rodando por el suelo sin reparar en Debisí.

Después de interesarse por el huerto Abel la conmina a empezar la lectura cuanto antes. Le hace entrega de la *Magnum*. Según manifiesta regresará luego, a la caída de la tarde; va a comer un poco de patata asada y se echará a dormir un rato.

Tan pronto como retumba el portazo en el aula de al lado, en *la guarida*, Debisí toma la palabra para demandar su liberación. Mira a Verona a los ojos, qué mejor defensa que un buen ataque. Cuanto menos tiempo disponga la anfitriona para pensar, mejor que mejor. O eso piensa el músico.

—Por favor, suéltame. No volveréis a verme.

Pero ella hunde la mirada entre las páginas del libro y hace oídos sordos. Va a lo suyo. No se arriesgará a enfadar a su compañero.

—*Setas en la ciudad* —lee el título del primer cuento.

—Verona, seguro que no eres como él —murmura.

Lejos de hacer efecto, ella eleva la voz. Necesita imponerse al lloro del forastero. Aunque realmente está hecha un verdadero lío. Si contase con el valor necesario sería ella quien escaparía del *país*. Lo que sucede es que lleva quince años sin poner un pie fuera y no sabe si será capaz de sobrevivir en el extranjero ni hacia dónde escapar. Con algo de fortuna se alejaría de allí, incluso podría salir de la ciudad. Pero luego... ¿qué?

—Déjame escapar. A cambio te regalo la flauta. Pero no me hagas esto, por favor.

—¿Qué no te haga qué? —pregunta en voz baja—. Mira, tío, ya has visto lo que hemos conseguido antes. Por poco me descubre y te aseguro que Abel no se detiene ante nada. Sé de lo que hablo. Créeme.

—Por eso mismo. Entiendo tu miedo. No te pido que lo hagas ahora. Dejemos que se duerma y luego me liberas.

—No puedo hacerle eso a Abel. Él es todo lo que tengo, ¿sabes? Además, el pobre ya tiene bastante con aguantar mis cambios de humor. Sin su ayuda seguramente yo no estaría aquí hablando contigo. Habría muerto hace años. Abel defiende la frontera del primer piso, caza ratas, trabaja en el huerto...

Verona se atreve a mirarle a la cara. El instante dura un segundo, pero parece una eternidad. Debisí, que es bastante mayor que ella y tiene más experiencia, la comprende: una cosa es lo que dice y otra muy diferente lo que piensa. Tan encendida

defensa de Abel esconde, en cambio, una desesperada necesidad de recibir ayuda. Lo que sucede es que el miedo la atenaza y se defiende. Comprensible.

Debisí se ha percatado del detalle: dispondrá de otra oportunidad cuando la joven flaquee. De manera que será mejor esperar a que llegue ese momento. Por ahora se conforma con sonreír y dejarla hacer.

Tan pronto como ella reanuda la lectura, *Marcovaldo* toma vida de nuevo. Los hongos que este ha encontrado camino del trabajo son demasiado vulnerables. Han crecido en un pedazo de tierra entre la acera y el asfalto. Es la razón por la que *Marcovaldo* prefiere no desvelar su paradero, ni siquiera a su familia. Es su secreto y no dirá nada a nadie hasta que no estén listos para ser recogidos. Gracias a una oportuna noche de lluvia, a la mañana siguiente las setas han crecido. Lo malo, para desgracia de quienes las ingieren, es que después de todo resultan venenosas. El asunto no irá a mayores porque en el hospital les lavarán el estómago a tiempo.

—¿Quién te enseñó a leer? —interviene el invitado aprovechando el final del cuento.

—Mi padre.

—¿Abel sabe leer?

La lectora se defiende tras el silencio. No es necesario ni oportuno cargar ahora contra la cabezonería de su compañero por no aprender. Él nunca quiso y Padre no fue capaz de hacerle cambiar de opinión.

—Tu padre estaría orgulloso de tener una hija como tú —apunta. El elogio al adversario es un comodín demasiado fácil de utilizar cuando el otro lleva mejores cartas que uno. Pero tampoco dispone de muchas más opciones, así que lo arriesga todo a una estrategia tan obvia.

—Que conste que de Abel también lo estaba —contraataca Verona. El invitado no tiene que saber que miente, por lo menos que miente en parte. Padre siempre se había mostrado orgulloso de los dos y de cómo habían afrontado la supervivencia durante los Años Críticos. Eso fue justo antes de su muerte.

Aquel orgullo dejó paso a la extrañeza y luego al miedo. Verona recuerda los ojos de su progenitor. Es más, a veces sueña con ellos y con el final de sus días. Y siempre que sucede, despierta soliviantada por el crujido definitivo.

—Un momento, ¿Abel es tu hermano? —En la mente de Debisí aún perdura la imagen de esos besos que han intercambiado antes de separarse.

—*De vacaciones en un banco* —Verona lee el título del segundo cuento. Desoye la impertinente pregunta del *muñeco*. Tampoco es un tema sobre el que le agrade hablar y además pertenece a su intimidad.

—Nunca lo habría imaginado.

—*De vacaciones en un banco* —repite el título.

—¿Cómo es eso de follarse a tu hermano?

—¿Te puedo hacer unas preguntas? —Verona trata desesperadamente de cambiar el rumbo de la conversación, puesto que lo de follarse a Abel es su problema.

El invitado se encoge de hombros y aunque no dice que sí, tampoco se niega.  
—¿Me podrías explicar qué es un tranvía? ¿Y un barrendero? ¿Y un caballo?

DESPUÉS DE OCHO horas la resistencia de Debisí ha llegado al límite escuchando las preguntas que Abel le formula de continuo y las historias de *Marcovaldo* que le lee la muchacha. Hora tras hora, siempre lo mismo. Cuando menos esa es su impresión, que ya no puede más. En distintas tandas la pareja ha compartido la primera fase de la *evangelización*. Ellos están frescos y él, agotado, hambriento.

Hace tan solo diez minutos que ha regresado la muchacha con el libro de los cojones. Ya está aburrido de *Marcovaldo* para aquí, *Marcovaldo* para allá. De verse en la tesitura de tener que elegir a uno de los dos componentes de la pareja, la prefiere a ella, cómo no. Es menos sádica que su compañero, novio, hermano, o lo que sea. Cuando le acompaña Verona, al menos no tiene que oír las bestialidades que le cuenta Abel, esas que practica con los enfermos cuando juega con ellos a la *noche de euforia*.

Pero al cabo de unos minutos está en las mismas que antes: agotado física y psicológicamente, y la cháchara de la lectora es una navaja que se hunde en su oído y una barrena que le taladra la cabeza. No puede soportarlo más. Con que le permitiesen descansar durante dos o tres horas tendría suficiente.

—Por favor —suplica Debisí en un hilo de voz, al borde del llanto—, por favor.

Inmune al dolor ajeno Verona lee sin descanso, un cuento tras otro. Las estaciones descritas en cada uno de ellos se suceden ininterrumpidamente y con ellas los años sin que, para regocijo del *muñeco*, *Marcovaldo* tenga un mal tropiezo y se desnude o fallezca por culpa de un infarto, el muy cabrón.

Sin embargo lo más duro, incluso más que la propia lectura en sí, es la tanda de preguntas que le formula. Lo que necesitaría en realidad sería un descanso, y no ese *qué es esto y aquello, ¿qué es un tranvía?, ¿y un caballo?*

Por si Debisí no tuviera bastante, le arden las muñecas por culpa del roce de la sogá y también la herida del hombro, producto del navajazo que le propinó Abel la noche anterior. Eso sin mencionar el dolor de las piernas, dormidas hace tanto tiempo que parecen medio muertas. Son dos sacos de arena sobre los que carece de control.

—Por favor —repite el extranjero, agotado.

Media hora después la voz de la chavala ha perdido parte de su propiedad lacerante para convertirse casi en una anestesia. Así que, a falta de otra novedad, el forastero se deja acunar dentro del sopor como si se arrebujase dentro de una cama, bajo las mantas y en pleno invierno. Cuando más a gusto se encuentra, cuando las palabras ya se han convertido en una música lejana que apenas le roza, siente un golpe mínimo. Está calculado en su justeza para sacarlo de debajo de las mantas imaginarias y devolverlo a la *iglesia*.

Ha sido Verona quien le ha golpeado con la puntera del zapato. Así que el *muñeco* regresa de bruces al presente cuando ya empezaba a fantasear con la posibilidad de que en la cama encontrase a Helen, su mujer. A causa del punterazo despierta un

hormigueo doloroso dentro de las piernas, que reptaba por debajo de los muslos camino de la cadera.

Abre exageradamente los ojos para demostrar que sigue despierto. Distingue un bulto borroso a un metro de él. Las ideas se le desordenan. Es tal el grado de desorientación mental que sufre que, por un momento, cree que Verona es su esposa y que le está invitando a abandonar la cama para acudir al trabajo o para bajar a la perra a la calle. Ha desandado el camino de los últimos quince años, y ni siquiera ha caído en la cuenta.

—Helen, déjame un poquito más —suplica el extranjero con la misma vehemencia de los días laborables, cuando pretendía prolongar durante quince minutos más el placer de sumergirse en la cama. En un acto reflejo busca el despertador con la mano derecha. Pero no puede moverla: está esposada junto a su otra mano. ¿Por qué lo habrá esposado su mujer?

—No te duermas, cabrón, maldito hijo de puta.

—Solo unos minutos —desoye los insultos, a medio camino entre la realidad y la fantasía elaborada por la duermevela.

—A Abel no le gustará. Tú no le conoces.

¿Quién es Abel? ¿El vecino, un compañero de trabajo, su cuñado? No recuerda a ningún hombre que se llame así... bueno, espera un segundo. Sí, claro que lo conoce. *Joder, me cago en la puta madre que lo parió.*

Debió se desespera al aterrizar de golpe en su propio cuerpo y en el presente de su martirio. Sigue amarrado al pupitre. Aunque siente ganas de llorar se contiene. Tiene que evitar a toda costa que ella disfrute con sus lágrimas. Es lo único que le faltaba, proporcionarle un placer extra. Pero verdaderamente se encuentra al límite.

—¿Qué es una autopista? ¿Y un periódico? —pregunta Verona, deseosa de poner remedio a su ignorancia.

Durante unos minutos el forastero se sobrepone al cansancio y al sueño por mediación de la rabia que mastica en silencio, como quien brega con un trozo de carne más duro de lo normal. Parpadea varias veces seguidas y luego bosteza.

En ese instante Abel penetra en la *iglesia*. Se acerca por detrás a su pareja y le regala un beso en la base del cuello.

La piel de Verona se eriza al instante. Abel sabe que le produce escalofríos, se lo ha dicho cientos de veces y, joder, a pesar de ello continúa haciéndolo. Ella le devuelve el beso, pero en los labios.

—¿Qué haces aquí?

—Se me ha ocurrido una idea —dice tirando de ella hacia afuera—. Juguemos a *halloween*.

Verona cierra el libro y se deja querer. Para una vez que ni le duelen las muelas ni tiene jaqueca, lo suyo sería aprovechar el momento. Podrían acercarse a *la guarida* y follar durante un rato. La última vez que jugaron a la *llamada telefónica*, concretamente anteayer, la cosa no acabó bien por culpa del enfado de Abel. Es hora

de resarcirse.

Si no quieren dejar que el músico se duerma, podrían desnudarse y hacerlo allí en la *iglesia*, delante de él. Pero Abel tiene otros planes para ella y el invitado.

—Nena, amordaza a Debisí.

—Olvídate de él y dedícame un rato —se lamenta la lectora.

—Haz lo que te digo.

Verona pide perdón al forastero con la mirada. Después hunde el calcetín en la boca y anuda el pañuelo a la altura de la nuca. Tan pronto como el *muñeco* está amordazado, Abel se acerca y le propina un puñetazo en el pecho, los nudillos por delante, clavados sobre el esternón. El grito del músico queda anulado por efecto de la mordaza.

—Si dejamos que se duerma ahora —explica Abel después de recetarle un segundo golpe—, el trabajo realizado no habrá valido de nada.

Metódicamente despliega una de las varillas del paraguas y la clava de un golpe en el muslo derecho del invitado, casi a la misma altura donde él resultó herido en el *vertedero* del aula 16. La punta ha rozado el fémur y ha terminado saliendo por la cara posterior del muslo.

La mirada del extranjero se disloca, suda copiosamente. Mueve la cabeza de un lado al otro en un intento por negar la realidad, con la desesperación propia de quien ya está infinitamente cansado y desea que lo dejen en paz. Sin embargo Abel ha desplegado una segunda varilla.

—No, por favor —la voz del forastero está rota por el dolor.

—Tranquilo, extranjero, sé lo que hago.

Aún resuena el grito de Debisí por el ala oeste cuando los dos jóvenes se introducen en el aula 34. Allí, en unas cajas de cartón se esconde un verdadero tesoro. Sin lo que albergan en su interior sería imposible divertirse con el juego de *halloween*. Además, para disfrutar al máximo del mismo, se necesita a un tercer jugador: el *muñeco*.

En ocasiones han complementado el juego con un buen polvo y han retozado en la cama sin quitarse el disfraz. O se han buscado y encontrado a lo largo de toda la segunda planta del instituto. Pero la variante más satisfactoria de esta diversión es la del tercer jugador.

Después de bregar durante un rato con la maraña de ropa que hay dentro de las cajas, cuando Verona ya piensa que sería más provechoso regresar junto al invitado, encuentra lo que buscaba. Justo lo que buscaba. Tira de la tela hacia arriba mientras los ojos quedan hipnotizados por la negrura de la prenda. Ahí está. Sonríe para sí misma, satisfecha.

Por su parte Abel ya se ha disfrazado: viste uniforme oscuro y casco metálico, coronado por la leyenda *fireman*. Observa cada botón y cada línea de la chaqueta, maravillado.

Seguramente la pareja exprimiría todo el sabor del juego si supiesen qué demonios representa cada disfraz, pero Padre nunca consistió que sacasen la ropa de las cajas del aula 34. Así que solamente fue después de su muerte cuando gozaron de la libertad necesaria: revolvieron la ropa, dejándose seducir por los tejidos y los diseños. Sin el conocimiento de Padre, el verdadero significado de aquella ropa se les escapaba. Aunque nunca les ha importado demasiado semejante desventaja. La cuestión es disfrazarse.

—¿Qué te parece, cariño? —pregunta Verona, que ha escondido sus formas bajo el hábito de monja de color negro que ha elegido.

De no ser porque cada ropa y sus distintos complementos están numerados, a Abel y Verona les resultaría imposible emparejarlos. A buen seguro habrían combinado la chaqueta de un frac con los pantalones blancos de un marinero, o las zapatillas y mallas de una bailarina con una camisa a cuadros de leñador.

—Nena, ¿sabes que me gustas mucho con ese *halloween*?

Tras varios minutos Verona encuentra los complementos del hábito: la toca blanca que le cubre ahora la frente, el manto negro que cae a lo largo de la espalda y el colgante con la aparatosa cruz de madera. Ya está dispuesta y preparada para divertirse un buen rato. A pesar de la delgadez y la cara demacrada Verona resulta una monja de lo más atractiva. De acuerdo, necesitaría lavarse la cara para mostrarse más radiante, pero el bombero que tiene a su lado apenas repara en un detalle tan insignificante. A Abel ya le arde el cuerpo por dentro. Y es que es verla disfrazada así y de inmediato le asalta el recuerdo de los gemidos de Verona cuando hacen el amor, el hábito remangado sobre la cintura, el triángulo del vello púbico arado por los dedos y la capilla de la vagina envilecida por los escupitajos lubricantes, preparatorios para la profanación definitiva.

Quizás se han entretenido más de lo necesario en el aula 34, quizá no han calculado el grado de cansancio del forastero. Pero lo cierto es que cuando regresan a la *iglesia* Debisí se ha dormido. O eso esperan, que solamente se haya dormido. Sería una putada que se hubiese muerto. Por una parte Verona lamentaría la oportunidad perdida de que al liberar al extranjero, este la ayudase a huir y así abandonar de una vez por todas a su pareja. Y por otra, Abel lloraría la ocasión perdida de *evangelizar* durante más tiempo al músico.

Aguzan el oído y observan con atención. Joder, sí, el *muñeco* respira. Menos mal, únicamente se ha quedado dormido. Sonríen en silencio. Por supuesto al invitado más le valdría haberse muerto.

Con parsimonia, midiendo cada paso, Abel se aproxima a su víctima. Tiene todo el tiempo del mundo. De esta manera evitará que un ruido traicionero la despierte a destiempo. Quiere disfrutar al máximo la maldad que se le ha ocurrido.

Cuando está a un palmo de la cabeza del invitado, sonrío a la monja y sacude la

mano en un gesto inequívoco: *ya verás, ya verás*, parece decir. A continuación hincha los pulmones al máximo. *Has de esforzarte, Abel*. Un poco más.

Las costillas se dilatan para dar cabida al mayor volumen de oxígeno. Luego grita con todas sus fuerzas sobre el embudo de la oreja.

El despertar del durmiente resulta casi doloroso. El regocijo del bombero es directamente proporcional al espanto del otro. Únicamente hay que observar esos ojos, aterrorizados, mirando a un lado y a otro, a punto de salirse de las órbitas, para acabar rodando por el suelo muertos de la risa.

La angustia y la desorientación de Debisí buscan a su alrededor una respuesta coherente mientras el cerebro se despierta a marchas forzadas, arrastrado por el dolor del tímpano. ¿Qué ha sido eso? Piensa en la horda de muertos. Sospecha que los tiene de nuevo pisándole los talones y trata de huir. Pero cómo va a correr si las piernas son dos sacos de arena. Las tiene completamente dormidas; o más que dormidas, medio muertas. Seguidamente cae en la cuenta de que se enfrenta a un peligro, si cabe, aún mayor que el de los infectados: Abel y Verona.

Comprueba que la mordaza se ha empapado de sangre. Piensa en algún tipo de hemorragia interna. A juzgar por la cantidad de sangre sospecha que no es culpa del golpe que recibiera anteriormente en los dientes con la embocadura de la flauta, sino producto de los dos puñetazos que el muchacho le propinó en el pecho.

Al principio la tela del calcetín era áspera, tanto que temió que le secaría el paladar y la lengua, que moriría marchito por dentro como una flor que se arruga por la falta de agua. Ahora la sensación es mucho más angustiada. Hinchada por la sangre, a Debisí se le antoja que es una segunda lengua que hubiese anidado dentro de la boca, con la diferencia de que es el triple de grande que la suya. Para colmo de males el sabor de la sangre le provoca arcadas. Si no consigue reprimirlas a tiempo a lo mejor termina vomitando por la nariz.

Cuando el dolor del tímpano martillea el cerebro, un temblor le asalta a traición. Joder, lo que le faltaba ahora. Y es que en ningún caso pretende conceder ninguna ventaja a ese hijoputa de Abel, sabedor de que no ha de derrumbarse, de que ha de mantenerse firme si pretende arredrar al chaval. Se mofará de él si descubre el temblor que le ataca las manos.

De un tirón Abel extrae las dos varillas que ha clavado antes en los muslos. Un redondel de sangre crece alrededor del centro de la herida, manchando los vaqueros. Luego le retira la mordaza.

—Como te has dormido, hemos venido a castigarte.

Es en ese instante cuando Debisí repara en los disfraces de bombero y de monja. A duras penas logra reprimir una sonrisa. Nunca ha visto nada igual. Sin la figura paterna los dos chavales carecen de límites y, debido a ello, son capaces de hacer cualquier cosa con tal de combatir el aburrimiento. Debisí sospecha que esas vidas encerradas entre los pasillos y las aulas del instituto precisan de la dosis necesaria de adrenalina cada cierto tiempo para escapar al tedio diario. Si pensase en ello durante



un segundo les tendría compasión, e incluso llegaría a comprenderles, acaso justificarles. Pero en realidad, la supervivencia es egoísta. *Que los follen, joder.* Además, el cansancio que ha acumulado en las últimas horas pesa sobre sí tanto como la inmensidad de un océano. Pero sí, en cierta manera, los chavales son dignos de compasión.

Abel adelanta las tijeras de podar mientras asegura al forastero que no le va a doler, que tampoco vaya a pensar mal. En realidad todo eso lo hacen pensando en él.

—Solo será un pelado y un afeitado higiénicos —anuncia antes de alcanzar la cola de pelo con la mano izquierda.

De dos certeros tijeretazos Debisí es desposeído de la melena. Abel la muestra triunfante a su compañera. Luego la arroja al suelo. Lo que realmente le duele al forastero no es que piensen por él, ni siquiera que todo ese pelo que conservaba sin cortar desde la muerte de sus hijas yazca a un par de metros. No, lo que le aflige son las risas que cruza la pareja, los comentarios despectivos que los dos dedican a la fotografía de Helen, su esposa, y que el muchacho se limpie la suela de los zapatos sobre el animal muerto que es su cabellera.

—Ahora hasta podría pasar por un hombre —ladra el *evangelizador* y se lleva la mano a los huevos. A continuación acerca las tijeras a la barba. Le desposee de buena parte de ella—. Así está mucho mejor: antes, con tanto pelo, parecía un animal y no una persona.

Con objeto de que Debisí disponga de la posibilidad de manifestar su postura o quejarse tanto como crea oportuno, Abel lo libera de la mordaza.

—Tengo sueño —es lo primero que dice el músico—, por favor, dejadme dormir un rato.

La sangre que anega su boca se desbarranca por la comisura de los labios.

—Acabaremos en breve, te lo prometo. Luego dormirás cuanto quieras.

Verona arrebatata las tijeras a Abel. Las acerca a los tobillos del prisionero. En vano este trata de mover los dos sacos de arena que tiene por extremidades.

—Shhh, estate quieto, hombre —le riñe.

—Chicos, dejad que me vaya, por favor.

Con las tijeras de podar abre de abajo arriba las perneras de los pantalones hasta llegar al límite de la correa, que también corta. Adiós a los vaqueros acampanados que han acompañado al extranjero desde que los tomara prestados de una tienda hace casi dos años y seis ciudades al norte. En tiempos como estos pueden escasear los víveres, incluso el agua; pero siempre habrá ropa a la completa disposición de los supervivientes. Basta con encontrar la tienda adecuada.

Las piernas y la ingle de Debisí, llenas de vello, han quedado al descubierto, y con ello los dos cráteres sanguinolentos excavados por sendas varillas del paraguas. Después de la hemorragia inicial ahora apenas sangran. Por fortuna para el extranjero

no han afectado a ningún vaso importante.

—No te muevas —le advierte Verona—. Será peor.

Como en un primer momento se ha temido lo peor, Debisí observa con agrado que Verona está lejos de atacarle y que únicamente se dispone a limpiar las heridas con un trapo limpio. Es un gesto de agradecer. Del bolsillo trasero de los pantalones la muchacha extrae dos monedas y se las muestra. De inmediato las reconoce: son monedas de curso legal, o al menos lo eran antes del Desastre. Durante un segundo se flagela pensando que, quince años atrás, él tan solo contaba veinticinco primaveras. Nada más que veinticinco. La vida era, en aquella época, cuando menos tan dulce como una tarta de queso. Un pensamiento lleva al otro, y este segundo a un tercero, de modo que el hilvanado de los mismos le guía hasta la imagen de su esposa, afanada en la cocina, arremangada hasta los codos. Helen preparaba tarta de queso cada vez que se acercaba una celebración, ya fuese el cumpleaños de las niñas o el aniversario de boda. En ese instante Debisí recupera el olor de sus manos y el de su cuello cuando la besaba por la espalda.

—A ver si se empalma el muy cabrón —es la voz de Abel. La reprimenda va dirigida contra ella y no contra él.

La casualidad o, quién sabe si el torrente de los recuerdos convocados, esa imagen de su mujer tumbada a su lado en la cama, el olor de su sudor mezclado con el del tabaco, terminan despertando la sangre de su entrepierna cuando en realidad debería permanecer empantanada en las piernas. De esa manera el bulto bajo el calzoncillo crece alarmantemente. La cercanía al mismo de las manos de Verona, que en ese instante coloca las monedas sobre el orificio de las heridas y se esfuerza en vendarle las piernas, le excita. En vano se esfuerza por reprimirse.

—Serás cabrón —ruge Abel antes de castigar la deslealtad de su miembro con dos bofetadas, una en cada mejilla.

—Lo siento, chico.

—Déjale en paz —interviene la muchacha.

—Por edad, Verona podría ser tu hija, capullo. No la mires así.

*Tiene gracia*, piensa Debisí en cuanto se sobrepone al escozor de las mejillas y a la vergüenza que le inflige la dureza imprevista de su polla. Tiene gracia —es casi un chiste— que quien le eche en cara su actitud sea él, Abel, que se folla a Verona a sabiendas de que es su hermana. Aun así, de momento será más prudente permanecer calladito, aunque la rabia que le trepida en el estómago es un volcán que amenaza con la inminencia de una erupción. Lástima que no disponga de la oportunidad necesaria para liberar ese magma que le consume.

Precipitadamente, y sin mediar explicación, Abel abandona la *iglesia*. Verona y el prisionero escuchan cómo no muy lejos de allí el muchacho rompe una ventana. Al cabo de un minuto regresa. Trae un puñado de cristales en el cuenco formado por las manos.

—Cariño, ¿qué piensas hacer?

De antemano ella teme la nueva ocurrencia de su pareja. Lo conoce demasiado bien. La respuesta del joven se hace de rogar. Abel machaca los cristales con el tacón de la bota con objeto de fragmentarlos todavía más.

—Vete a descansar, Abel, que yo me quedo con el forastero jugando a *la vida de los otros* —es un intento a la desesperada de Verona por anticiparse a la nueva maquinación de su compañero.

Nada, da el mismo resultado que hablar con una pared o con alguno de los muertos del patio. Abel recoge el calcetín que con anterioridad ha servido para amordazar al invitado. Lo rellena con los cristales y luego ordena a Debisí que abra la boca.

Como ha previsto, el extranjero se resiste. Así que le regala un codazo a la altura del oído derecho. Aunque el mensaje es indiscutible el *evangelizador* aventura una explicación.

—Será mejor que colabores. De lo contrario Verona te arrancará los dientes.

Para seguir con la función y no verse sorprendida en un renuncio por Abel, la interpelada muestra su cara más agresiva: arruga el entrecejo y afila la mirada. Menuda función de teatro. Lo que diga el escenógrafo va a misa. Ella es una simple actriz en este drama.

Ante la negativa del músico a abrir la boca el muchacho le clava la navaja de las cachas rojas en el tobillo. Nada, visto y no visto. El grito del *muñeco* rebota a un lado y a otro del aula. A poco que el torturador gire la muñeca y la hoja rasgue el hueso, multiplicando así por mil el dolor causado por la nueva herida, la resistencia del otro se viene abajo.

Antes de que al chaval se le ocurra alguna otra barbaridad el reo abre la boca, circunstancia que aquel aprovecha para introducir el calcetín erizado de cristales. Apenas cabe dentro debido a su tamaño, de modo que a poco que apriete la mandíbula se cortará.

Abel ata el pañuelo. Cuida de que el nudo quede bien fuerte detrás de la nuca. Ya está listo. Ahora sí que no se quejará más.

—Mira que eres cafre. ¿Esta mañana no pretendías *evangelizarlo* por medio del cansancio y de la falta de sueño?

—Eso era esta mañana.

—Acaba con él entonces. Ya me he aburrido de todo esto —apunta. En realidad es un farol, una carta a doble o nada. Podría salirle mal y que Abel haciéndole caso abreviara el trance, que es justo todo lo contrario de lo que desea.

—Si todavía queda lo más excitante —objeta el chaval—. Mira, ya verás.

—Quiero irme a *la guarida*, tengo cosas que hacer. Por favor.

—Antes me dijiste que hoy no te dolían las muelas, ni la cabeza... así que, si no te importa, te quedas con nosotros —sugiere. Cuanto más dulce es el tono empleado, más amenazador suena—. Además, nena, al *muñeco* le gusta que estés aquí, ¿a que sí?

Debisí afirma con un golpe de cabeza. Qué otra opción le queda. A saber lo que le ocurrirá si hace lo contrario.

De pronto, cuando Verona teme que procederá de manera similar a otras *evangelizaciones*, que lloverán los golpes sobre el prisionero sin mediar palabra, Abel se divierte con los prolegómenos e introduce una variante en el juego. Nada de esto estaba en el guion previsto.

—Te concedo una oportunidad de escapar —le informa al *muñeco*. Con las tijeras de podar corta la soga justo por la mitad—. Te regalo una ventaja de ciento veinte segundos. Después iré a por ti. Eres libre.

Pero las piernas del flautista, ya sea por el dolor de las heridas, por el cansancio o porque llevan dormidas desde hace siglos se niegan a responder. Le es imposible ponerse de pie por mucho que lo intente.

1,2,3,4,5...

Los segundos juegan en su contra. Abel procede a contar siguiendo un ritmo implacable, ni muy deprisa, ni demasiado lento, tal como acostumbra a hacer. La sonrisa que asoma a la comisura de los labios le delata. Está divirtiéndose, está jugando con el *muñeco*.

... 41, 42, 43, 44, 45...

Verona no sabe qué hacer. El forastero se debate entre un desesperado intento por mover las piernas y las ganas de llorar. Vuelca el cuerpo hacia un lado y empieza a arrastrarse con la ayuda de los brazos.

... 76, 77, 78, 79, 80...

Verona observa a Abel, y este a su vez al *muñeco*. El margen para escapar es cada vez más pequeño. Resulta patético asistir al intento de huida de Debisí. El cementerio en el que se han convertido sus dos piernas le impide avanzar con mayor rapidez. Así no lo conseguirá.

... 101, 102, 103, 144, 105...

Es demasiado tarde cuando la sangre comienza a vivificar los músculos, las articulaciones, las piernas. Lamentablemente el tiempo se ha consumido.

... 116,117,118,119,120.

Verona mira a su compañero, que adelanta un paso en dirección al reo. Sacude la cabeza y arruga el entrecejo de manera preocupante. A saber qué ideas bullen en el interior de esa cabeza.

Abel anuda una de las mitades de la soga en torno al puño derecho, cerrado sobre sí mismo. La otra mitad de la soga la utiliza para atar la izquierda a la pata del pupitre. Luego alcanza el mazo *True Temper* que suele utilizar con probada destreza en las *noches de euforia*. Con la ayuda de la bota pisa la mano derecha. Se escupe en las manos y aferra con fuerza el mazo.

—Acaba pronto —ruega la muchacha.

Los ojos del prisionero se dislocan al comprender la intención del *evangelizador*. Abel levanta la herramienta por encima de la cabeza. Debisí suda copiosamente y

niega con la cabeza. Si tuviese suerte, el corazón se le griparía y caería fulminado a causa de un infarto. Con la mirada demanda la ayuda de Verona, que en ese momento agacha la cabeza y vuelve la cara. Ya sabe lo que ocurrirá a continuación.

Debisí escucha el frenesí de la sangre, el eco de su propio cuerpo, mientras se encomienda a ese Dios en quien nunca creyó. Rezaría el Padrenuestro si se acordase de él. No sabe si volver él también la cara o mirar directamente al muchacho a la espera de la oportuna clemencia. A poco que apriete la mandíbula se clava los cristales de la mordaza.

Ajeno a la angustia de uno y a la reprobación de otra, Abel sigue adelante con su plan: ajusta el movimiento, la trayectoria del mazo para que el golpe percuta sobre los nudillos. Bajo los cinco kilos de peso de la cabeza de acero, proyectados con toda la potencia de su rabia, los huesos se quiebran con la facilidad del cristal. Múltiples fracturas abiertas dejan completamente inutilizada la mano. La descarga de dolor atraviesa a toda velocidad la base del cráneo.

En un acto reflejo el *muñeco* aprieta la mandíbula. Los cristales asoman sus aristas por entre la tela del calcetín y se convierten en otro tormento más: roturan el paladar, escarban en las encías, arañan los dientes. Gritaría si pudiese... si no lo impidiese la mordaza. La garganta casi se le raja del esfuerzo invertido inútilmente en vencerla.

Aunque Debisí sospecha que no soportará otro golpe igual está muy equivocado. Porque eso es tan solo el principio del fin... y ese primer golpe no es más que un aviso. Nada más.

Se encienden todas las alarmas. Ya no resiste más, piensa el extranjero, desea rendirse definitivamente. Sin embargo el cuerpo le niega la dignidad de morir con entereza. La corpulencia del dolor le hace perder el control: se vuelve a orinar encima. Ahora, sin la defensa de los vaqueros es más evidente el charco de color amarillento debajo de sus piernas. Lo que en circunstancias normales no sería otra cosa que una prueba más del advenimiento del final, ahora se convierte en algo agradable: al menos el líquido está caliente y huele de forma diferente a la sangre.

—Por favor, Abel —suplica la monja Verona.

Antes de que el reo consiga rehacerse, cae el segundo mazazo. Ya no queda ningún hueso de la mano que quebrar: están todos desmigajados. La entereza del extranjero es un edificio en plena demolición, se viene abajo, no al dictado de grúas y excavadoras, sino al del mazo de derribar paredes.

Por un instante pierde la vista y hasta la conciencia. Los ojos han quedado en blanco. Las pupilas se han eclipsado por el infierno que ha hecho saltar por los aires todo el sistema nervioso.

¿Dónde está? ¿Quién es él en realidad? Ese cuerpo no es el suyo, sino el de un *muñeco*. Es más, esa masa de carne, similar a la de una hamburguesa cruda, no es su mano. No puede serlo porque es incapaz de moverla. Será la cena, una succulenta hamburguesa bañada en *ketchup*. Pero el engaño de la mente dura menos que un

parpadeo. De pronto es capaz de contestar las preguntas de antes: está en ese maldito instituto y él es un pobre desgraciado en manos de la pareja de jóvenes.

Igual que ha ocurrido con anterioridad, cuando ha visto las dos monedas de curso legal que Verona ha empleado para taponar las heridas de los muslos, se acuerda de su mujer e hijas. Es lógico.

*—Helen, ya no puedo más. Encierra a las mellizas. No quiero verlas.*

*Sería más deseable que recordase a Helen afanada en la cocina, preparando una tarta con que celebrar el aniversario de boda. Pero no es así: están sentados en el suelo de la cocina, uno a cada lado del frigorífico. Este enseña sus tripas vacías, las baldas desiertas. Debisí no ve a Helen, por culpa de la puerta abierta del electrodoméstico, dado que se interpone entre ambos. Le estorba y se decide a cerrarla.*

El portazo en su mente coincide con el tercer golpe de *True Temper*. Un verdadero terremoto. Le dolería menos la pisada imprevista de un elefante. Muerde el calcetín sin importarle los cristales, el destrozo que le causa en el interior de la boca. Varios cristales atraviesan el cielo del paladar y otros tantos se estrellan contra la barrera de los dientes. Mientras tanto, el corazón se dispara a mil por hora, al límite mismo de la resistencia humana. Como le ha sucedido con anterioridad, la conciencia parpadea, va y viene, como una bombilla a punto de fundirse.

Sangre, solo queda la sangre. Las ideas se licuan en su cerebro igual que un helado al sol. Debisí naufraga sin saber a dónde aferrarse. Los huesos, puro polvo de escayola, se han fundido con la carne y con la soga. Todo es una pulpa sanguinolenta, más parecida a una *pizza* que alguien hubiese pisoteado que a una mano. Esta prácticamente ha desaparecido.

*—Helen, ya no puedo más. Encierra a las mellizas. No quiero verlas. Sus cuerpos esqueléticos, sus ojos. Helen, se nos mueren.*

*En el recuerdo Debisí se ha levantado, avanza con dificultad por la casa. Entra en el dormitorio de las niñas. Parece que duermen plácidamente a primera hora de la mañana. Como no puede engañar a la realidad cierra de golpe la puerta.*

Ha explotado el cuarto mazazo. Con el impacto, pedazos de carne, sangre y polvo de huesos salen despedidos y manchan el uniforme del bombero y el hábito de monja.

La poca resistencia de la pulpa resultante tras los tres golpes de mazo anteriores posibilita que la cabeza de acero impacte directamente contra la solería, que se quiebra con el impacto.

Desencajada, la mirada del invitado roza la cruz de madera que completa el disfraz de Verona y que pende de su pecho. *Es momento de arrepentirse, Debisí*, se recrimina a sí mismo. Pero la luz de la conciencia le abandona por momentos sin concederle margen a nada más, salvo sentir cómo es incapaz de retener las heces

dentro de los intestinos.

¿Qué diría su esposa si le viese en semejante estado? Sin duda alguna le regañaría si le viese cagado igual que un bebé, barrunta en mitad del oleaje. Pero se hunde. Por fortuna vuelve a salir a flote. Y se hunde de nuevo, un poco más abajo, y consigue remontar y regresar a la superficie de la conciencia.

*—Helen, ya no puedo más. Habrá que sacarlas de la cama y enterrarlas en el jardín antes de que sea demasiado tarde.*

*Debisí carga al hombro con el cuerpo inane de Laura, después con el de Gilda. Ahí en medio, tumbadas sobre el césped, parece que estuviesen tomando el sol, como gustaban de hacer en verano.*

*—Acaba de una vez.*

*No sabe qué diablos pretende Helen al decirle eso. A resguardo por la valla de madera que rodea el jardín tampoco hay tanta prisa. Además, las mellizas no despertarán, ni siquiera en mitad de la muerte. Hace días que anuló tal eventualidad con un certero golpe de destornillador en la nuca.*

*—Acaba de una vez.*

*Habrá que cavar bien hondo para que los muertos no las encuentren.*

*—Acaba de una vez.*

Ahora no es la voz de Helen la que le conmina a abreviar el trance del entierro de las mellizas, sino la de Verona. Es su voz, la de ella, la que le indica al reo el camino hacia la superficie con la cualidad de un faro en mitad de la niebla.

*—Se ha cagado encima, nena. Qué tío más patético.*

Una lágrima asoma por la esquina del ojo. A pesar de las manchas de sangre la lágrima consigue abrirse paso mejilla abajo. Si pudiese Debisí borraría su rastro con el dorso de la mano, por lo menos para robarle a Abel la ocasión de mofarse de su debilidad. Pero es imposible que lo haga: tiene la mano izquierda amarrada al pupitre y la derecha hecha papilla.

*—Mira cómo se ha puesto. Joder, qué peste.*

Menos mal que el extranjero es incapaz de enfocar la mirada. Así evitará ser testigo de cómo, con una mueca de asco, Abel se limpia las salpicaduras de sangre del rostro para acto seguido hundir una mano en las heces.

Por si no hubiese tenido suficiente castigo con el pelado y afeitado degradantes, con las indiscretas preguntas acerca de las muertes de Helen y las niñas, con la farsa de la cuenta de los ciento veinte segundos, ahora Abel pretende multiplicar por mil la humillación al restregarle la mierda por la cara, por el pelo.

Debisí cierra los ojos antes de que sea demasiado tarde. A lo mejor, de no haberlo hecho —quién sabe—, Abel se habría conformado con eso, con restregársela por el rostro. El hecho de cerrar los ojos ha sido un acto reflejo. Y ello le ha condenado a la humillación definitiva. El muchacho se afana en que las heces taponen la chimenea

de la nariz. A causa de ello, el hedor le abofetea sin piedad y alcanza el tuétano de los huesos.

Sin embargo, es tal el grado de desesperación de Debisí que agradece, al igual que sucediera antes con la orina, que el olor untuoso de la mierda anule el ferruginoso de la sangre. Algo es algo.

—Acaba con él, por favor —es lo último que escucha de boca de la monja Verona, antes de descansar en el fondo del océano de su cordura. Por fin reposa, acurrucado igual que un niño indefenso, sobre la arena imaginaria de la inconsciencia.



EL NAÚFRAGO DE la mente regresa por donde ha venido. Lo primero es la desorientación: ¿dónde está? ¿Cuántos años o siglos lleva perdido? Después vendrá la constatación de que la garganta y el estómago forman parte del mismo desierto: *necesito un buche de agua*. Por el amor de Dios, todo por un buche de agua.

La luz que presiente más allá de la negrura acogedora impuesta por los párpados, cerrados como persianas metálicas, le anima a continuar hacia adelante. Da igual que desconozca hacia dónde se dirige. Pero pronto tropieza con una enorme piedra: el dolor. La mano, joder. Todo el dolor converge al final del brazo. Lucha por dominar la tormenta que se desata en cuanto hace amago de moverse. Pero ¿a dónde va si no puede huir? Por mucho que lo intente es incapaz de mover los sacos de arena que tiene por piernas.

De pronto se descubre sucio, sentado sobre sus propias heces y orina. Y luego recuerda a los dos anfitriones: uno vestido de bombero, la otra de monja. Y como si se pudiesen materializar sus miedos, escucha pasos que se aproximan a su posición. Cuando abre los ojos allí está Verona, enfundada aún en el hábito.

Por fortuna ella le ha quitado la mordaza y puede mover la lengua. Más complicado resultará que articule palabra alguna. En cuanto lo intenta y abre la boca, por la comisura de los labios fluye la sangre. Juraría que es sangre. Es eso o que está escupiendo los pulmones directamente por la boca.

—Buenos días —dice la monja de mentira. Trae algo sobre el hábito que, a tal efecto, ha recogido a la altura de la cadera. Se acuclilla a su lado. Con una de las mangas del hábito, le limpia el rostro de restos sanguinolentos, sudor y heces—. ¿Cómo estás?

Si Debisí pudiera moverse, la mataría. Aunque no sea otra cosa más que un ejercicio de sadismo que no conduce a nada, el músico imagina que las piernas le responden y que golpea con la rodilla la espalda de la hermana Verona. Que esta cae y empieza a llorar, y que cuando pretende incorporarse, le regala un nuevo rodillazo, en esta ocasión en plena cara. Que le rompe la nariz. El grifo abierto de sangre subrayaría su triunfo. Pero la sangre no es de ella, sino de él. Se desbarranca barbilla abajo en cuanto hace el más mínimo intento por hablar.

—Shhh, no hables. Te ayudaré a comer.

Debisí niega con la cabeza. No es comida lo que le apetece. Cuando logra reponerse al dolor de las encías y del paladar, regurgita una palabra apenas entendible: *agua*. Menos mal que la muchacha le ha entendido.

Cuando regresa a la habitación, la monja trae un vaso de plástico. El agua roza los labios y se desliza por el sumidero de la garganta. De inmediato el forastero siente que renace por dentro. Es un placer indescriptible para un náufrago como él.

—Bebe poco a poco, o te sentará mal.

Saciada la sed, se atreve a levantar la mirada en dirección a la hermana Verona. Lamentablemente se encuentra tan débil que está a su merced. Solo le resta desear que sea más rápida que su compañero a la hora de acabar con él.

—Antes voy a limpiarte —explica mientras le hace entrega la cruz de madera de su disfraz. Los ojos de Debisí le miran agradecidos.

La primera misión de Verona ha de ser quitarle el calzoncillo. De debajo del hábito extrae la navaja de las cachas rojas. Ante el temor de una nueva agresión, el prisionero vuelve la cara hacia el lado contrario y comienza a temblar.

—Descuida, no te haré daño.

Retira el calzoncillo. Hace tiempo que perdió la vergüenza y ver a un hombre desnudo tampoco tiene tanta importancia para ella. Por otra parte, el miembro del reo tampoco difiere gran cosa del de Abel y del de otros *muñecos* que ha tenido ocasión de desnudar durante el proceso de *evangelización*.

—No se lo tengas en cuenta a Abel —se disculpa—. Mira, todavía no ha roto las fotografías de tus hijas ni la de tu mujer. Hubo un momento ayer en que creí que lo haría, fíjate.

Verona empuja el cuerpo del extranjero a un lado y se afana en recoger las heces y en secar el suelo con unos periódicos viejos.

—En ocasiones le entiendo —continúa diciendo—, a Abel digo. Ni te imaginas lo que hemos pasado juntos aquí dentro. Era un renacuajo cuando todo sucedió, ¿sabes?, y eso debe haberle trastornado.

Luego, con extremo cuidado, Verona le vuelve boca abajo y le limpia el trasero y las piernas.

—Así estás mucho mejor —admite antes de girarlo de nuevo—. ¿Dónde va a parar?

—Grrr... gra... a... cias —murmura Debisí con dificultad.

—Sobrevivimos durante años los tres juntos: Padre y nosotros dos. Por mi parte siempre he intentado molestarle lo mínimo y aunque le comprendo, mis sentimientos cambiaron cuando...

Verona se detiene antes de que sea demasiado tarde. Tampoco ha de llevar la sinceridad hasta el extremo de contar lo que desea silenciar. Se apresura a cubrir la desnudez del invitado enfundándole una falda a cuadros de reminiscencia escocesa que ha elegido del interior de las cajas de los disfraces. Aunque Debisí lo tomará por una humillación más, una de tantas, no es esa la intención de la muchacha. Solamente ha apostado por la comodidad, nada más.

Cuando Debisí engulle el último trozo de patata, agradece a su benefactora la ayuda recibida con una mirada y le devuelve la cruz de madera. Aunque la deglución ha resultado en extremo dolorosa por culpa de las heridas de la boca, Debisí necesitaba

comer y beber un poco. Así que es normal que ahora se encuentre algo mejor. Bueno, eso siempre y cuando se olvide el dolor de la mano, o de lo queda de ella después de que Abel se la haya triturado con el mazo.

—Espero que sepas comprenderme —susurra la muchacha al oído del reo—. Si pudiese te salvaría. Pero tendrás que hacerlo tú solo, por tu propia cuenta.

Contradiendo sus propias palabras, en cuestión de segundos le desata la mano izquierda del pupitre y le da unos masajes a lo largo de las piernas buscando en lo posible reactivar el riego sanguíneo. Debisí no entiende dónde quiere ir a parar la chavala ni qué pretende de él. Lo lógico es que, mientras no le demuestre lo contrario, desconfíe de sus verdaderas intenciones: ¿y si es un ardid con que divertirse a lo grande en compañía de su hermano? No sería de extrañar que este aguardase tras la puerta del aula, dispuesto a aparecer en cuanto sea oportuno.

—¿Me permites una pregunta? —dice Verona. Ahora se empeña en flexionar las rodillas del prisionero, primero una y luego la otra. Debisí asiente con un gesto de la cabeza—. ¿Qué significa la palabra *cañaver*?

El invitado la mira atónito. *A qué viene eso ahora, piensa. ¿Se estará burlando de mí?*

—Sí, hombre, no pongas esa cara. La empleaste cuando nos contabas la historia de *Syrinx*. Dijiste que el dios convirtió a la ninfa en un cañaver. O eso creo recordar.

La respuesta del extranjero no es más que un engrudo de vocales y consonantes, esquivas de dientes y sangre mezclada con saliva. Por supuesto totalmente ininteligible. Su esfuerzo por hacerse entender resulta en vano. Cuando comprende que no llegará a conseguirlo, se señala la boca.

—Te comprendo. No hables entonces —le limpia los labios y le regala un beso casto en la mejilla—. ¿Sabes una cosa? Estoy dispuesta a hacer un trato contigo. Si yo te ayudo, tú me ayudas, ¿qué te parece?

El *muñeco* asiente. Está completamente de acuerdo, faltaría más.

—Necesito que me ayudes a acabar con Abel. No es mal tío, pero cuando se enfada es un verdadero hijo de puta. Si yo te contara... Por supuesto estaré sentenciada si se entera de que te estoy ayudando. Tú asumes la culpa de todo, ¿de acuerdo? Que te quede claro que te negaré llegado el caso de que todo salga mal.

En un gesto de buena voluntad Verona limpia las fotos de las niñas y de la mujer del invitado, mancilladas con la sangre de él.

De repente escucha pasos detrás de ella. Únicamente puede ser él.

—Nena, ¿qué haces intimando con la comida? Recuerda lo que decía Padre: con la comida no se juega.

Sin el menor miramiento Abel aparta a Verona de un empujón. La monja rueda por el suelo a tiempo de contemplar la primera patada del *evangelizador*, que alcanza al forastero en un costado. Ha hecho blanco a la altura del riñón.

De inmediato Debisí se encoge hacia ese lado y abre la boca en busca de aire. Sus labios vuelven a escupir esa especie de papilla compuesta de sangre, saliva, algún

fragmento de cristal o de dientes, y pedazos de encías. Consciente de que el tiempo se le acaba, suspira y pide a Dios, mirando la cruz que pende del pecho de la monja, que el muchacho abrevie el trance mediante el concurso de la pistola. En verdad le haría un favor. Ojalá.

Pero su anhelo dista mucho del plan que el joven ha ideado para él.

—Macerar, ¿recuerdas? —la pregunta del joven no coge por sorpresa a Verona, ya que no es la primera vez que la emplea durante el juego de la *evangelización*. Ya ha macerado a varios *muñecos*.

Dado que la posibilidad de una huida es del todo punto improbable, lo que hace a continuación no tiene otro objeto que la maldad misma: Abel levanta el mazo y golpea sin piedad la rodilla izquierda del prisionero. Bastaría con un golpe para inutilizarla por completo. No haría falta repetir el castigo. Pero Abel es incapaz de parar una vez que empieza. Así que le administra tres mazazos más. El destrozo es tal que prácticamente la pierna ha quedado dividida por la mitad, separado el fémur de la tibia y el peroné, desaparecida la rótula.

Cuando Debisí quiere darse cuenta, la conciencia ha abandonado de nuevo su cuerpo.

Diez horas después, cuando la *iglesia* empieza a sumirse en sombras a causa de la caída de la tarde, cuando ya es aconsejable la utilización del pertinente *vaso de fuego*, es retomada la *evangelización* justo en el punto donde fue interrumpida esa misma mañana. Abel abofetea al invitado para que despierte. Por descontado la pareja sigue jugando a *halloween*. Y es que no se desharán de los disfraces hasta que todo haya acabado.

En cuanto el *muñeco* abre los ojos, el muchacho recuerda a su pareja:

—Siempre macerar.

Se agacha sobre los restos de la que fuera mano derecha del músico. Elige uno de esos restos, lo ensarta en la navaja y lo acerca a la lumbre del vaso. Un agradable olor a carne asada viola la *iglesia*. Crepita la carne sobre el fuego. El forastero y la monja apartan la mirada tan pronto como comprenden lo que sucederá a continuación.

No es difícil imaginarlo a tenor del ruido que hace el muchacho al masticar. Hace una pausa. Escupe una uña y una esquirla de hueso antes de proseguir con la degustación. A Verona se le hace la boca agua y le ruge el estómago. Al prisionero también.

—La carne macerada es más suave —concluye mientras se chupa los dedos y se esfuerza en eructar. Se golpea el pecho hasta conseguir el objetivo.

—Nena, ¿te apetece merendar?

Tras una breve pausa Abel reanuda los golpes sobre el prisionero, en esta ocasión valiéndose de las botas militares —las de puntera de acero— que calza en las *noches de euforia*. Anima a su compañera a que compartan el placer por macerar la carne. Al

principio se muestra reacia, pero luego se decide a participar, no vaya a despertar el monstruo que anida dentro de su pareja. Por su propio bien no puede ni debe quedarse al margen.

Aunadas ambas voluntades, sobre el cuerpo exánime del extranjero llueven las patadas con la intensidad de una granizada. Verona y Abel comparten objetivo y el *muñeco*, en su indefensión, se sumerge una vez más en la negrura de la inconsciencia. Los punterazos del muchacho buscan los ojos. De resultas de esta fijación, los arcos superciliares acaban triturados y el derrame interior ennegrece los ojos. De sobra sabe que el dolor que nace en esa zona es inigualable.

La cabeza baila a un lado y a otro, desencuadrado el cuello. Luego Abel patea la barbilla, una, dos veces, hasta que escucha el crujido de la mandíbula y el rostro se le deforma. De propina le lanza un rechazazo a la nariz.

—¿No se nos habrá muerto? —pregunta cínicamente—. Nena, despiértalo.

Hay un instante en que el mazo queda al alcance de Verona. Durante un segundo piensa en atacar con él a su pareja. Tal vez, con un poco de suerte le acertará en la cabeza o en la espalda en caso de errar el golpe. De acertarle, escaparía sola. Es más, hace días que tiene el convencimiento de que ha llegado el momento de intentarlo por libre. El deseo de hacerlo y las motivaciones están ahí, agazapadas. Pero lo que le falta es el valor necesario para intentarlo, sabedora de que si algo sale mal será imposible dar marcha atrás y ella se habrá convertido, después de todo, en el próximo *muñeco*. Le produce escalofríos pensar en la *evangelización* que le aguardaría.

—Joder, qué hijoputa —maldice Abel, incapaz de hacer que el prisionero vuelva en sí—. Casi no tiene pulso.

*Mejor será conservar lo poco que tiene*, piensa Verona, y *buscar otra ocasión*. En cuestión de segundos siente sobre sí el peso de los ojos de Abel. Parece preguntarle qué hace. Por fortuna para ella las lágrimas quedan encubiertas por la sangre y el sudor del rostro.

—¿A dónde te habías ido? —pregunta el muchacho, que conoce de sobra a su pareja y sabe de su inventiva.

—A ninguna parte. Estaba aquí —miente.

—Aún vive el *muñeco*. Terminemos con él.

Resignada, suspira por dentro antes de reanudar las patadas. ¿Qué otra cosa puede hacer salvo sobrevivir por encima de cualquier otra consideración? Lanza una patada al costado del músico. Le arden las piernas y le duelen los dedos de los pies. Es demasiado esfuerzo con lo débil que se encuentra. Necesitaría un descanso si no desea que esa punzada minúscula que se esconde en el interior de la cabeza crezca y le joda lo que resta de día. Aun así persevera en el esfuerzo y propina otro punterazo a las costillas. Estas ya no ofrecen la resistencia del principio.

—Que lo vas a matar, joder —le regaña Abel. Se acuclilla sobre el prisionero y le toma el pulso en el cuello. Mueve la cabeza en sentido negativo. No puede ser. Pero es lo que hay. No hay nada que hacer—. Ya se ha ido, nena —apunta con un deje de

tristeza en la voz. Observa al *muñeco*. Le sorprende encontrar una media sonrisa en la comisura de los labios.

—Nena, pásame entonces las tijeras de podar.

Ahora hay que proceder con rapidez si desean evitar la transformación.

El corte en mitad del abdomen es tan certero que de inmediato las tripas brotan para quedar al descubierto. Es fundamental eviscerar al cadáver. Una vez conseguido Abel acerca varias latas al cuello y pincha la carótida con la navaja. La sangre fluye a través de la herida. Con un poco de suerte conseguirá llenar un par de ellas. Verona es la encargada de retirarlas. Luego habrá que poner a secar la sangre.

—Y ahora hay que cortarle la cabeza. Dame el machete —solicita de nuevo la ayuda de su compañera.

Abel empuña el arma con las dos manos, levanta los brazos y descarga sobre el cuello toda la furia que aún conserva dentro. Serán necesarios dos machetazos para separar la cabeza. Tras la decapitación resulta del todo punto imposible que resucite el cuerpo. Abre una de las ventanas de la *iglesia* y profiere un grito que retumba en el silencio del patio. En cuestión de un par de minutos los enfermos despiertan. Una segunda voz les orienta hacia el superviviente que les grita. Se aproximan a la vertical de la ventana como una manada de perros que espera que el dueño se acerque con las sobras de la comida.

Cuando Abel determina que ya hay suficientes muertos arroja la cabeza al vacío. Lo mismo hace después con las tripas. Nada de eso les servirá a Verona y a Abel, y sin embargo los muertos se entretendrán un rato devorando los restos y royendo los huesos. Entre tanto Verona le coloca a Debisí la cruz de madera perteneciente a su *halloween* entre las manos. A continuación recoge del suelo las fotografías.

—Son guapas —dice en voz baja, ajena por completo a la presencia del *evangelizador*.

—Eres una sentimental, ¿sabes?, una jodida sentimental. Y por eso me gustas.

—Pienso en lo bonito que debe de ser.

—¿A qué te refieres? —pregunta sin dejar de desnudar al *muñeco*. Ahora lo necesitan completamente desnudo.

—Pues a formar parte de una familia como la de Debisí —acaricia los rostros de Laura y Gilda.

—Nosotros también lo somos —apostilla Abel. Después retira del cadáver la falda que Verona le había puesto al forastero después de limpiarlo de heces y orina.

Ella niega con la cabeza. Se ha deshecho de la toca blanca que le cubría la frente y del manto negro. Ya es momento de dejar el disfraz. Cuando menos por respeto al fallecido. No es pertinente vestir el disfraz estando presente el cadáver del invitado.

—Bueno, lo fuimos —rectifica Abel—. Qué tiempos aquellos.

—Ni siquiera eso —Verona se desembaraza del hábito negro—. Nunca lo fuimos

y tú lo sabes. Por lo menos no como la familia de Debisí.

—Lo que yo digo, una sentimental —rubrica el comentario con una sonrisa nada natural, casi estrangulada—. Ahora ve por delante y ábreme la puerta del cuarto de baño.

Abel arrastra el cuerpo tirando de los pies. Como era de esperar las manchas de sangre sirven de deslizante y el esfuerzo es más llevadero.

—¿Te ayudo a llevarlo hasta el *agua bendita*? —Verona se ofrece a colaborar, aunque para ello haya de obviar que ese pálpito que siente, dentro de la cabeza, ha crecido y que ganará en intensidad si carga con el cadáver.

—Te lo agradezco, pero puedo yo solo. Tú ábreme la puerta y luego pon a secar la sangre.

Ha caído la noche sobre el instituto hace un par de horas. En *la guarida* bailan las sombras de la pareja gracias a la lumbre del *vaso de fuego*. Están cansados, muy cansados, casi al borde de la extenuación. Sin lugar a dudas hoy ha sido un día duro. Y es que después de *evangelizar* y sacrificar a Debisí, y su posterior traslado hasta los lavabos, han tenido que hundir su cuerpo en el *agua bendita* del congelador horizontal. En realidad el *agua bendita* no es otra cosa que salmuera donde conservan la carne. De lo contrario el cuerpo se pudriría en apenas unos días y dejaría de ser comestible. La salmuera es el mejor método para conservar la carne macerada. Ya lo han comprobado con otros *muñecos* en ocasiones anteriores: es capaz de mantenerla comestible durante un par de meses al menos.

—Nena, ¿cómo estás ahora? —pregunta Abel en un hilo de voz.

Desea molestar lo mínimo a su compañera, que yace en la cama con una compresa fría sobre la frente. Para su satisfacción Verona sonrío como prueba de que se encuentra mucho mejor, sobre todo después de haberse forzado el vómito.

—Me alegra saberlo. Por cierto la cena ha sido fabulosa —reconoce aun a sabiendas de que ella ha ayunado por culpa de la jaqueca—. Hace meses que no comía tan bien.

Todavía perdura el sabor de la carne dentro de la boca de Abel. Es la ventaja que tiene la carne macerada, que está más jugosa y más blanda. Con la ayuda de la lengua busca algún pedacito rebelde perdido entre los dientes.

—Cántame *The End*.

—Te canto siempre y cuando me hagas el acompañamiento. Si quieres, podemos esperar a que desaparezca el dolor de cabeza.

—OK, ya casi no me duele.

Como parte del ritual Abel se sienta justo detrás de su pareja y la rodea con los brazos. Para ellos la canción entonada por Jim Morrison es más que una canción: es una crónica del drama que viven desde hace quince años. Además, cada vez que la entonan recuerdan a Padre y aquellas primeras ocasiones en que todavía no se habían

agotado las pilas y funcionaba el tocadiscos. Lo que darían porque todo fuese como al principio. Ahora solamente les quedan los recuerdos: el de Padre y los que ellos asocian a la canción.

—Apaga el vaso —apunta Verona.

Después del soplado de Abel *la guarida* queda a oscuras. Los ojos brillan en la oscuridad. El cansancio acumulado durante el día se acuesta sobre los cuerpos. Pero aún disponen del tiempo suficiente para entonar ese himno.

Verona comienza tarareando el tema de la guitarra. Se demora en las primeras notas ingravidas al mismo tiempo que bate palmas suavemente, como si se tratase de la batería. Cuando llega el turno de la letra Abel canta imitando a Jim Morrison. Subraya con una inflexión de voz el *hermosa amiga y mi única amiga* de la letra. Es su manera de dedicarle, una vez más, el *The End* a la mujer de su vida. Todo por y para ella. Necesita que Verona lo sepa, o que no lo olvide. Por eso le regala, mientras canta, un masaje en la espalda, más cariñoso que efectivo.

Cuando el imitador de Morrison llega a la altura del texto donde se dice lo de *montar a la serpiente*, se recrea en cada una de las notas, retorciéndolas y estirándolas a conciencia. Sin embargo a Abel le faltan kilómetros, le falta mucha vida gastada en garitos de mala muerte y carreteras que no conducen a ninguna parte, ni siquiera al oeste. Le falta experiencia y vivencias como para conferirle toda la verdad de la que es capaz el vocalista de *The Doors*. Suple tal carencia con exceso de mala hostia, que de eso tiene para mil canciones más.

—*The west is the best* —corea Verona, olvidada ya por completo la jaqueca y la *evangelización* de Debisí.

La conjunción entre ambos es más que notable. Al menos se divierten y se olvidan de todo mientras entonan la canción: ¿qué más da lo que ocurra mañana?

Lo natural, lo que ha ocurrido siempre, lo que ha sucedido en anteriores ocasiones, es que la canción llegue hasta el final, hasta el acorde conclusivo. Es cierto que han existido otras interpretaciones en que la llamada del deseo la ha interrumpido aquí y allá. Pero esta noche no será el ardor de ambos el que detendrá la interpretación. Es algo más serio, bastante más serio. Enseguida es perceptible por el tono empleado por Abel al hablar:

—¿Sabes una cosa, nena?

—Terminemos la canción.

—Déjame que te diga una cosa. He observado la herida del muslo —explica con un tono premonitorio—, la que me hice hace tres días en el *vertedero*, ¿recuerdas? Tiene mala pinta. Además, me arde por dentro, como si se me estuviese quemando la sangre.

Verona cesa de batir palmas y permanece en silencio. La noche interna de Abel es el preludio de la tragedia. Sí, definitivamente la canción de *The Doors* tiene la razón, toda la razón: ese es el fin.



**Tres meses después...**

LAS ESES DE la carretera conforman un paisaje común, vulgar hasta el extremo de lo soportable. Tampoco ayudan a mejorarlo el raquitismo de los árboles deshojados o los postes sobre los que se columpia el tendido eléctrico, idénticos a otros vistos con anterioridad, kilómetros atrás. Si acaso lo único insólito es ese color grisáceo que lo mancilla todo, hasta el mismo oxígeno.

De pronto le asalta una duda, ¿dónde demonios están? ¿Acaso han abandonado por fin el país? ¿Cuánto tiempo llevan viajando? Hay un trozo de vida que ha perdido en un abrir y cerrar de ojos. Así que decide que, en tanto no resuelva el enigma, se dejará llevar.

Verona se gira sobre el asiento, hacia la izquierda. El que conduce es su compañero. Extraña paradoja, más que nada porque desconocía semejante habilidad en él.

El *Pontiac Lemans* circula a una velocidad moderada. Después de una curva a derecha, el automóvil abandona la carretera y afronta una cuesta terriza.

—Nunca he entendido lo del cambio de hora —manifiesta Verona—, vamos, lo de retrasarla o adelantarla.

Ahora que observa con atención al conductor se percata de un detalle desconcertante: ¿por qué usa gafas si él nunca ha tenido necesidad de ellas?

—Lo que más me jode de esto, nena, es que sería más fácil llevarle el cementerio a casa.

Verona se atusa la cabellera, desordenada por el viento que penetra a través de la ventanilla bajada. Disimula su inquietud como solo ella sabe; tampoco hay necesidad de soliviantar a su acompañante.

El *Pontiac* se detiene al final del trayecto. Después de subir el cristal con la manivela, Verona abandona el coche. Casualmente, y gracias a ese exceso de celo por abreviar el trance de la visita al camposanto, a esa prisa con la que se acerca a las tumbas, ella no será testigo de lo que ocurre dentro del vehículo: de repente la señal de la radio reaparece.

¡Milagro de milagros! Pero vuelve a perderse en cuestión de un segundo. A pesar de la brevedad del instante, a Abel le sorprende el hecho, más que nada porque desde ayer por la noche todas las emisoras de radio permanecen mudas y no se ha vuelto a saber nada de ellas. De modo que es casi un milagro lo que ha ocurrido.

Los pasos crujen por culpa de las hojas caídas, grises como sus manos, como el aliento, el cabello, los ojos. Cuando Verona encuentra la tumba que anda buscando, aguarda a que su compañero llegue a su lado. Ahora que le observa desde cierta distancia, ya no solo son las gafas lo que le hacen diferente: es también ese traje oscuro, la camisa blanca y la corbata. Si él nunca ha vestido traje, ¿a qué coño juega hoy?

Al llegar su lado Abel comenta la repentina aparición y desaparición de la señal

de radio. Luego, cambiando de tema, se queja del robo de la cruz de flores con que adornaron el año pasado la tumba.

—Todos los años nos vemos en la obligación de comprar una nueva —gruñe. Es una excusa más con que lamentar el viaje realizado.

—Las flores se marchitan —apunta ella a modo de descargo, sin saber con exactitud qué significa el verbo *marchitar*—. Las habrá tirado el enterrador, tampoco hay que ser tan susceptible.

Sin que nada lo anuncie previamente en el cielo parpadea un relámpago. Acto seguido explota sobre el lugar el retumbo de un trueno.

*Menuda mala suerte*, piensa Verona, no ya porque les llueva, que tampoco es tan grave; lo que lamenta es no recordar si esa mañana vaciaron los barreños y cubos de la azotea. Sería un auténtico desperdicio no aprovechar esa lluvia.

A cien metros de allí, entre las tumbas, aparece un cuerpo. Se tambalea al avanzar. Es una sombra larga que se sostiene con dificultad sobre las piernas. Hasta el momento la pareja no ha reparado en él. Hasta el momento.

Tal vez porque hace frío, Abel se enfunda los guantes de motorista que usa cada vez que juega a la *noche de euforia*. Y guarda las manos bajo las axilas.

—Nena, no es obligatorio ir a la *iglesia* —apunta, sin que tenga demasiado sentido lo que dice. Ninguno de los dos entiende el comentario.

En ese instante Abel levanta la vista y distingue allá arriba, en el cielo, unos aviones. Porque eso de allí arriba solo pueden ser aviones, y no una bandada de pájaros. Son enormes. Y es que a pesar de volar a gran altura, son perceptibles al ojo humano. Se lo hace notar a Verona. Son aviones, de eso no hay duda. A partir de este convencimiento, la pareja baraja la idea de que a lo mejor el trueno y el relámpago de antes no han sido tales.

Al bajar la vista a ras de tierra los muchachos reparan en la presencia de la sombra tambaleante. Está tan cerca que se oye hasta el rugido de sus tripas. Trae el rostro y el traje mancillados por la tierra oscura, como si acabase de revolcarse en ella o salir del interior de una tumba.

*Mejor será evitar problemas*, piensan los dos mientras se retiran. Además, está ese hedor que despide, más intenso aún que el del *vertedero* del aula 16.

—Malditos *parados*, están por todas partes —gruñe el muchacho, que lanza dos patadas a las hojas del suelo. Es consciente de que ha sido el rugido del motor del *Pontiac* el que ha despertado al muerto.

Este se abalanza sobre Verona. Abel corre en su ayuda. De inmediato comienza la lucha entre el resucitado y el muchacho: entrelazan los brazos en busca del mejor agarre, como en un combate de judo. Se tambalean. Vencido por el peso del atacante, Abel tropieza y cae. Su cabeza roza la esquina una lápida, que ha esquivado apenas por unos centímetros. De haber caído sobre ella, *kaput*.

Mientras luchan Verona enreda sin querer sus zapatos en una raíz. El traspíe no ha sido fortuito... sobre todo porque eso que asoma entre la tierra dista mucho de ser una raíz. Además, no hay ningún árbol lo suficientemente cerca. Todo es una planicie de hierba grisácea, hojas secas que lleva y trae el viento, y mármoles funerarios.

A poco que escarbe entre la hierba Verona descubrirá la verdad: es el mango del mazo *True Temper* que Abel utiliza en las *noches de euforia*, o uno del mismo modelo.

Tan pronto como se le presenta la oportunidad, en cuanto el forcejeo entre Abel y el resucitado se lo permite, Verona alcanza el mazo a su pareja.

—Ven aquí, jodido cabrón —ladra Abel, los guantes de motorista sobre el mango de madera. Extrañamente todo es demasiado similar a una *noche de euforia*. Sí, es cierto que falta el resto de la ropa de combate: la gabardina larga, el segundo pantalón, las botas militares con la punta de acero y el saco de arpillera sobre la cabeza. Pero está lo sustantivo, el mazo.

El primer golpe alcanza al muerto en el hombro. A causa de ello tropieza y cae. El hijoputa queda boca abajo y a merced del mazo del joven. Como no dispone de demasiado tiempo ni tiene ganas de *evangelizarle*, lo despachará con rapidez; nada de la deleitación de los golpes medidos y estudiados. Bastará con dirigir el mazazo contra la coronilla. Verona, que no ha observado la precaución de alejarse lo suficiente, es alcanzada por la metralla de huesos y masa encefálica.

Abel golpea repetidamente la cabeza, que retumba igual que un trueno. Un momento... ¿o es la tormenta que se avecina la que suena al mismo tiempo que descarga el *True Temper* sobre el cráneo? Es algo verdaderamente singular, extraño. El muchacho nunca ha obtenido esa sensación cuando se ha ensañado con un *muñeco*.

—Son explosiones —concluye Verona para terminar de confundirle—. Mira el horizonte.

Los aviones se dirigen hacia la linde del cielo, sin variar el rumbo, camino de las llamaradas que se distinguen a lo lejos. Es una sensación tan desasosegante, esa conjunción entre los mazazos y las explosiones, que Abel hace una pausa y mira a su compañera. Esta ha levantado el brazo y disparado el índice, señalando el escuadrón de aeronaves.

Antes de que pueda reaccionar, el chaval siente un bocado de fuego en torno al tobillo derecho. Milagrosamente, y a pesar de que tiene media cabeza machacada, el enfermo se ha revuelto y sus dientes arañan el hueso. Menos mal que Abel se aparta a tiempo, de lo contrario habría perdido la bola del tobillo.

—¿Habremos entrado en guerra? —pregunta Verona. La voz surge de su garganta sin que comprenda el verdadero significado de lo que ha dicho: algo así como un *muñeco* ventrílocuo que habla por delegación de su dueño y artífice.

Abel se emplea a fondo y, ahora sí, golpea sin piedad la cabeza del hambriento, una y otra vez, y otra; tantas veces como sean necesarias para que la masa encefálica

riegue la hierba y se extienda sobre las hojas secas. Para concluir con el escarmiento, propina unos punterazos a los restos, que quedan esparcidos en tres metros a la redonda.

Cuando Verona se atreve a darle la vuelta al cadáver, Abel y ella se percatan del error. Ese cuerpo no es el de un resucitado, sino el de Padre. Así que, de inmediato, Verona sugiere la resurrección. Cuanto antes la realicen, mejor resultará. Entre ambos recogen uno a uno los pedazos esparcidos de cráneo y los grumos masa encefálica, todo dentro de una bolsa de papel.

—No hay que perder los nervios —confiesa Verona, aunque por dentro está hecha un flan. Con objeto de ocultar el temblor de las manos, las mete en el bolsillo de su abrigo. Un momento, dentro hay algo: es una tarjeta. En ella se lee un nombre, *Doctor Arvo Hawthorne*, y debajo, una extraña profesión, *Reconstructor de cadáveres*. En una tercera línea se facilita una dirección. No está muy lejos de allí, en el mismo estado de Pensilvania. ¿Pensilvania?, ¿dónde está eso?

Redoblando el paso, la pareja regresa al *Pontiac Lemans*. El cadáver de Padre y los restos de su cabeza, recogidos en la bolsa de papel, descansan en el asiento trasero.

Abel pisa el acelerador y las ruedas giran furiosas sobre la hierba. Ahora conduce a mayor velocidad que en el viaje de ida. Siempre el camino de vuelta es peor, más cansino. Pero es que además apremia la resurrección de Padre. Las mismas manos que tiempo atrás habían sostenido el libro de *Marcovaldo*, ahora aferran la bolsa de papel para que, en una curva traicionera, el puzle de la cabeza no se derrame sobre la alfombrilla del coche.

La dirección que toma la carretera, por desgracia, acerca el automóvil al destino que persiguen esos aviones que vuelan a gran altura. Pero qué pueden hacer. Necesitan recuperar a Padre cuanto antes y ese doctor Hawthorne es su única posibilidad, donde quiera que esté.

Veinte kilómetros más adelante algo cruza en diagonal el cielo, en dirección a la tierra.

—Es un avión —aventura Verona.

Joder, es verdad, es un bombardero. Si el avión no varía el rumbo, se estrellará contra el suelo tan solo a varios centenares de metros a la izquierda de la carretera.

—¿Qué hace ese cabrón? ¿Por qué no levanta el vuelo?

Nada evita la colisión. El impacto es tan violento que tiembla la tierra. A causa de ello, Abel se ve en la obligación de aferrar con fuerza el volante si no quiere perder el control del coche y sufrir un accidente.

—La hostia. Nunca había visto llover aviones —dice sin dejar de pisar a fondo el

acelerador—. Por si acaso, saca el paraguas por la ventanilla.

Verona obedece aun a sabiendas de que el lamentable estado en que se encuentra el paraguas lo hace inservible: las varillas retorcidas y el tejido floreado hecho jirones. Ni en el mejor de los casos serviría frente a una lluvia convencional. Así que, ¿qué podrá hacer contra el peso de esos bombarderos? Lo mejor será deshacerse de él arrojándolo a la cuneta. Eso hace la joven.

Un segundo avión se estrella contra la tierra, esta vez demasiado cerca de la carretera, demasiado cerca del automóvil. La explosión dispara fragmentos del fuselaje en todas direcciones a toda velocidad, con tan mala suerte que uno, del tamaño de una bola de béisbol, impacta contra la rueda trasera derecha del *Pontiac*. De inmediato, el coche pierde estabilidad y se estrella contra un pino blanco americano, típico del estado de Pensilvania.

Antes incluso de que el cristal delantero, producto de la colisión, se derrumbe sobre Abel y Verona, en cuestión de una décima de segundo, un fulgor blanquecino se extiende desde el horizonte. Es tan intenso que, inmediatamente, todo se vuelve luz: los aviones que se precipitan a tierra, el cielo, las marcas negras que trazan una ese sobre el asfalto, el pino al que se ha abrazado el *Pontiac*, los ojos de la pareja. Hasta el dolor de los huesos, rotos por culpa del accidente, se hace luz.

... 5,4,3,2,1,0, abre los ojos. La dulce mentira del sueño estalla en mil pedazos. Verona despierta. Seguidamente percibe la velocidad de la sangre, el motor acelerado del corazón. De pronto teme que la pesadilla se atreva a cruzar la linde de la vigilia, igual que si fuese una sombra de la que le resultase imposible deshacerse cuando en realidad debería quedar atrás. Algo desorientada, se pregunta a dónde han ido a parar el coche, el cadáver de Padre, la bolsa de papel, el pino americano y los bombarderos *kamikazes*.

Respira hondo, se incorpora sobre el codo derecho. Se mueve extremando el cuidado, no vaya a ser que despierte a Abel, que duerme a su lado. Por ahora, de momento, bastará con cambiar de postura.

Verona aguza el oído: afuera está lloviendo. La intensidad del aguacero se deja sentir a pesar de la barrera de muebles que defiende *la guarida*. A lo lejos retumban unos truenos, que ruedan a lo largo del vientre de la noche.

Se seca el sudor de la frente. La imagen del cráneo machacado de Padre continúa ahí, enquistada dentro de su cabeza, no ya con la deformación propia de la pesadilla, sino con la rotundidad del recuerdo. ¿Cómo luchar contra la memoria? De un mal sueño se puede despertar, pero ¿y de los recuerdos?

Por mucho que Verona lo niegue, ahí dentro, en un rincón oscuro de la memoria, permanecen el charco de agua en mitad del suelo de los lavabos, el cuerpo desnudo de Padre, la toalla en el lavamanos y las zapatillas al lado de la puerta. Sin duda alguna es el escenario de la desgracia.

En ese instante recuerda cómo Padre se había acercado a los baños a darse una ducha. Al salir del cuadrado de cerámica resbaló, con tan mala suerte que la cabeza impactó de lleno contra el suelo. Así de caro pagó su error: dejar demasiado lejos las zapatillas y apresurar el paso para alcanzarlas.

En el recuerdo su progenitor aún tiene los ojos abiertos, aunque inertes. Ocurrió hace cinco años. Un hilillo de sangre manaba de la oreja izquierda y goteaba sobre el blanco de la solería. Sobraban las palabras: el accidente doméstico era tan grave que se hacía innecesaria ninguna explicación. Mantenía el pulso, pero no reaccionaba a ningún estímulo.

Venciendo el pudor de ver desnudo a Padre, Verona ayudó a Abel con el traslado de su cuerpo. Sería mejor atenderlo en *la guarida*. Lamentablemente ahora no está soñando. Hay demasiado dolor y demasiada verdad en los detalles como para ser producto de un sueño. Aquí no hay mazos enterrados en la hierba, ni bombarderos que se precipitan a la tierra. Es la exhumación de los recuerdos, y justamente los peores que ella conserva.

Se sucedieron los días y la situación del moribundo no mejoraba. Los cuidados que le prodigaban a Padre eran baldíos. Los adolescentes Verona y Abel carecían de los conocimientos médicos necesarios como para saber que había entrado en coma. Respiraba, sí, de acuerdo, pero con eso no bastaba; no ingería alimentos a pesar de los esfuerzos de la pareja. Como consecuencia el pulso se fue debilitando.

Antes de que el cuerpo no fuese otra cosa más que un desperdicio inútil, llegó ese instante que ella tanto había temido. Abel puso voz al miedo que Verona albergaba desde hacía varias jornadas. Daba igual que fuese una propuesta de lo más lúcida.

—Nena, a él le gustaría que lo hiciésemos —finalizó el muchacho—, te lo aseguro.

Con exquisita habilidad Abel había sugerido lo que haría él con el cuerpo de Padre sin decirlo exactamente. Es obvio que ella le entendió, era innecesaria la traducción. Por otra parte, lo lógico, lo humano, era abreviar la agonía del moribundo. Pero era su padre... y se comportaba de manera egoísta.

—Nena, él lo haría.

—De acuerdo —claudicó Verona al cabo de un puñado de horas—, si me prometes que después lo enterraremos en el *vertedero*.

Era la dulce mentira de quien se negaba a oír y a ver, la técnica del avestruz que esconde la cabeza en un agujero, bajo la tierra.

Cinco años después Verona aún recuerda el bulto agonizante de Padre, esa cara rota por el dolor, el penúltimo golpe de mazo. Pero sucedió algo inesperado. Antes de ser sacrificado por Abel, en la misma décima de segundo en que la cabeza de acero del *True Temper* se precipitaba sobre el objetivo, el moribundo regresó del coma y aún tuvo fuerzas para decir en un hilo de voz, *Padrenuestro*. O eso cree recordar ella. Y es que a día de hoy no está tan segura de que dijese nada; si acaso abrió los ojos y la miró por última vez.

Su Cielo tan anhelado le cayó encima de golpe y murió aplastado.

Durante los dos primeros días que siguieron a la muerte de Padre, Verona se negó a comer nada. Quería morir. Sin él nada tenía sentido. Luego, y a duras penas, consintió en probar las hortalizas: algo de patata y zanahoria. Sin embargo no era bastante, era una dieta en exceso pobre. Fue al cabo de una semana cuando, vencida por el hambre, retomó la dieta habitual, que incluía además pedazos de carne asada de rata. Había perdido muchos kilos durante el ayuno, tantos que se encontraba muy débil y apenas pudo colaborar en las distintas tareas diarias.

En cambio, Abel había engordado durante aquellas jornadas, saciado hasta el hartazgo con la variante introducida en los almuerzos y las cenas. Era la primera vez que se atrevía a llegar tan lejos, pero no sería la última. La carne de Padre era realmente sabrosa, mucho más que la de las consabidas ratas, esta más áspera y dura.

Ella no podía perdonar a Abel lo que había hecho con el cuerpo de Padre. Así que la distancia que se abrió entre los adolescentes se hizo sideral, como si ella viviese en una punta del Sistema Solar y él en la otra. Se cruzaban sin mirarse. Un silencio de cementerio cayó sobre sus hombros.

Al principio el muchacho aceptó su caprichoso comportamiento con resignación, pues de alguna manera comprendía su recelo. En realidad él nunca pensó que sería capaz de comer carne humana. Bueno, ¿quién haría algo semejante? Él desde luego no, habría dicho semanas atrás.

Bajo la tormenta, bajo los truenos y el fulgor de los relámpagos yace el edificio del instituto. En sus tripas, en los corredores y aulas de la planta baja los muertos despiertan por culpa del retumbo de los truenos. Los hambrientos abren los ojos en mitad de la madrugada, se incorporan y se pasean por el patio bajo el aguacero. Incluso los hay que se atreven a acercarse a las barreras defensivas de la primera planta.

Dentro de *la guarida* Abel duerme ajeno a todo. A su lado Verona permanece despierta por culpa de la pesadilla del *Pontiac* y los aviones *kamikazes*. Baraja la idea de abandonar la cama muy despacito, midiendo cada movimiento; avanzar a gatas y recoger el mazo *evangelizador*. De acertar con el primer golpe, todo se habrá acabado. Pero si el joven despierta y se percata de su intención, estará perdida. Igual que Padre.

Ha imaginado tantas veces la muerte de Abel... A poco que lo piense, la sentencia es irrevocable: merece morir de la misma manera que Padre, despertar de repente para un segundo después sentir cómo el cielo se le viene encima y lo aplasta. Sería lo justo.

*Verona, no hay que perder la cabeza*, le reconviene su parte más prudente. Ya



*habrá ocasión.*

ABEL PADECE OTRA de sus crisis. Tanto Verona como él desconocen que, con anterioridad al Desastre, existía una vacuna contra la enfermedad que él contrajo hace tres meses en el *vertedero* al herirse en el muslo. Por aquel entonces bastaba con una secuencia de inyecciones para que el tétanos no fuese otra cosa que el recuerdo de una desafortunada caída. En sus circunstancias y dadas las carencias médicas de toda clase que sufren, es como enfrentarse a una horda de muertos empuñando un tenedor.

Ajena al desaliento Verona se esfuerza en bajarle a su compañero la fiebre con compresas húmedas, en darle de comer cuando se le cierra la garganta y tiene dificultades para tragar, o en luchar contra los espasmos musculares que le desbaratan el cuerpo cada cierto tiempo.

Aunque con ocasión de esas crisis podría abandonarle o, incluso, pasaportarlo de un mazazo, a Verona le repugna la idea de aprovecharse de la enfermedad. Además duda, recela. ¿Qué hará una vez que haya puesto un pie en la calle?, ¿a dónde irá? Quizá lleva tanto tiempo acostumbrada a que sean otros quienes tomen las decisiones por ella —antes fue Padre, y ahora es Abel—, que ahora se muestra indecisa.

En los instantes de mayor lucidez, cuando la imagen de Padre —decapitado y sumergido en la salmuera— le enferma el ánimo, por el contrario piensa que esa, y no otra, es la verdadera venganza que se merece Abel: que muera poco a poco por culpa del tétanos, que nada ni nadie acelere la agonía.

Han pasado tres meses desde que el joven resultase herido con las varillas del paraguas. En el transcurso de ese tiempo han tenido lugar cincuenta y dos *noches de euforia*, treinta y cinco *llamadas telefónicas*, seguidas, a su vez, de otros tantos encuentros sexuales. Además han sido *bautizados* veintiocho nuevos resucitados y se han completado tres calendarios mensuales en la pizarra de *la guarida*.

De Clod Debisí, el último *muñeco*, ya no quedan trozos sumergidos en el *agua bendita* de la *bañera*. Toda su carne ha sido aprovechada por la pareja, toda, hasta el último gramo. Los restos digeridos y defecados ya forman parte del abono que fertiliza la tierra del huerto.

Verona se acerca a la pizarra y tacha un nuevo día en el calendario. Abel se ha dormido. Ahora toca trabajar. De poco sirve que se queje. Sabe que tendrá que cargar en solitario con todo el trabajo del día. Qué otro remedio le queda. Lo que no haga ella, nadie lo hará.

Una vez en la azotea inspira profundamente, los brazos en cruz. La mañana huele a resurrección, como si el mundo volviese a nacer de nuevo tras la tormenta nocturna. Mira hacia arriba. Encuentra un cielo azul radiante.

Después del aguacero de esta pasada madrugada tiene trabajo extra. Los barreños y cubos que pueblan una parte de la azotea rebosan de agua. Se arrodilla sobre un cubo y bebe. El agua está muy fresca, tanto que le duelen los dientes, especialmente esas muelas que tiene picadas por culpa de la falta de higiene bucal.

La primera tarea será proceder al traslado de los cubos y los barreños. Así que coge el primero de ellos. Como se encuentra algo débil avanza muy poco a poco en dirección al cuadrado abierto en el suelo.

Una vez abajo, dobla la esquina que une el ala norte con la oeste. Tras varios descansos ha llegado a la última aula de la derecha, la número 33. Dentro descansan diez bidones metálicos. Estos fueron encontrados por Padre en una de aquellas incursiones a la planta baja que llevó a cabo días después de que se establecieran en el instituto. Los descubrió mientras se afanaba en desvalijar el bar del instituto en busca de víveres. Los bidones se encontraban al pie de las escaleras del ala oeste.

Verona recuerda cómo Padre desechó, en un primer momento, su recuperación: pesaban bastante y él solo no podía subirlos escaleras arriba, ni tan siquiera arrastrándolos. Siete años después, cuando Abel y Verona contaban con diez y doce años respectivamente, Padre se decidió a recuperar aquellos diez bidones. Mientras Verona, desde la azotea, concitaba la atención de los muertos hacia el ala norte, Padre y Abel se afanaban en trasladar el primer bidón.

*Qué tiempos aquellos, piensa con algo de añoranza.*

Con el mayor de los cuidados Verona vierte el contenido del primer cubo sobre el bidón número uno. Están numerados para facilitar el control de la antigüedad del agua.

Una hora después, con los dos últimos barreños llena la garrafa que hay en *la guarida* y el cubo que descansa en el plato de la ducha. Comprueba que el congelador horizontal tenga el nivel óptimo de *agua bendita*, ni mucha ni poca. Por su color verduzco, la disolución de la salmuera parece una laguna estancada. Obviamente la *bañera* está vetada a Abel y Verona, es de uso exclusivo para la carne macerada de los *muñecos*.

La utilización de la salmuera también fue idea de Padre. Gracias a ella se preserva durante mayor tiempo la carne, mucho más que con cualquier otro medio que ellos tengan a su alcance. Mientras Padre vivió solamente se había utilizado para los cadáveres de ratas. La solución es de treinta gramos de sal por cada litro de agua, o lo que es lo mismo, tres kilos de sal por los cien litros de la *bañera*.

A Verona le duele recordar que, habiendo sido Padre quien inventase semejante recurso de emergencia, precisamente él fuese el primer cadáver humano en acabar sumergido en el agua verdinosa. Su imagen, decapitada, acompañada por un par de ratas, aún pervive en su memoria.

Con sumo cuidado penetra en *la guarida* en busca de un *vaso de fuego*. No quiere despertar a Abel.

—¿Padre? —Es la voz del muchacho, desorientada en mitad del sueño.

A Verona le gustaría abandonar, a un mismo tiempo, el *país* y a Abel, pero de momento se niega a afrontar tal decisión. Duda de todo. A veces piensa que si

podiese arrebatarle la *Magnum* abreviaría el trance. Y un segundo después que es mejor que la enfermedad macere su cuerpo, nada de una muerte instantánea.

—¿Padre?

—Descansa. Luego vengo a hacerte compañía.

Se adentra en la *biblioteca*, el aula número 38. Ahí es donde hace años almacenaron sin orden ni concierto los libros de texto y las novelas de toda condición que habían encontrado en la primera y segunda planta del instituto. De regreso a la azotea Verona lleva un manual de matemáticas bajo el brazo y el *vaso de fuego*.

Retira el plástico, húmedo por la lluvia, que cubre los restos de la fogata del día anterior. Añade algo de leña nueva y un par de hojas del manual sacrificado. Inmediatamente el fuego toma cuerpo y gana en altura.

Ojalá el humo se eleve lo suficiente como para llamar la atención de algún extranjero, si es que queda alguien ahí afuera. Durante los primeros días o incluso durante las primeras semanas tras la noche del Desastre, tal empeño hubiese resultado completamente inútil: había demasiados edificios y restos de automóviles ardiendo como para que cumplierse su misión con entera eficacia. Ahora, quince años después, ya nada arde en lo que alcanzan las *gafas de lejos*. Verona sabe que una columna de humo como esa no tiene que pasar inadvertida a nadie que se encuentre en varios kilómetros a la redonda.

Sin el concurso de un nuevo y futuro *muñeco* que acuda a la llamada, las posibilidades de supervivencia de la pareja se reducen con el transcurso de los meses. Una dieta que exclusivamente se componga de hortalizas —patatas y zanahorias— y carne de rata —cuando consigue cazar una— es tan pobre como incompleta. Es por ello por lo que la *bañera* ha de recibir a un nuevo inquilino. Y bien pronto, o lo van a pasar mal.

Para reforzar el fingido mensaje de socorro de la columna de humo, y puesto que ha amanecido un día estupendo y no hay riesgo de tormenta, Verona alcanza la cometa y la echa a volar. El extremo de la cuerda lo ata a un cascote para fijar su posición y así desentenderse de ella. Dado que la tela es de color naranja y que cabecea entre rachas de aire a cincuenta metros de altura, será visible desde bien lejos. A saber desde qué distancia.

Siguiendo la secuencia diaria de labores ahora le toca el turno al huerto. Verona recoge las hortalizas que ya están listas. Le espera el aula 29. Se hace acompañar del *vaso de fuego* porque dentro todo está a oscuras. Esa penumbra es vital para que las hortalizas se conserven en perfecto estado. Con las de hoy hace un pequeño montón y las oculta bajo una hoja de periódico. Luego revisa una a una las más antiguas. Hay que estar atenta a los brotes para que no se pudran. Si encuentra alguno lo arrancará de un pellizco.

De regreso a la azotea ahora le toca el turno al abono. En una esquina del ala

norte, la que se encuentra lo más lejos posible del huerto, permanece el retrete de día. Solo se sirven de las tazas de cerámica de la segunda planta cuando cae la noche, siempre y cuando observen la precaución de retirar a la mañana siguiente las heces del retrete. No pueden permitirse que el hedor de las deposiciones infecte el lugar, máxime cuando hay un *muñeco* sumergido en la *bañera*.

Las heces pasan a una caja de madera agujereada a modo de un palomar, donde se secan durante días gracias a los orificios que permiten el flujo del aire. Están dispuestas en distintas baldas, arriba las más antiguas, que son las que habrán de utilizar en primer lugar; abajo, las más frescas. Ahí dentro están lo suficientemente protegidas de la lluvia como para despreocuparse de ellas cuando se cierne una tormenta sobre el *país*.

Verona desmenuza las deposiciones más antiguas con las manos y abona con ellas el huerto. Cuida de repartirlas milimétricamente por toda su extensión.

Hace una pausa. Acodada sobre el muro que rodea la azotea, observa el patio del instituto. El silencio es su inquilino más notable. Si se asoma un poco y gana el suficiente ángulo de visión, descubrirá las piernas de decenas de hambrientos que se guarecen del sol del mismo modo que lo hacen cuando llueve, escondiéndose bajo los aleros, sentados sobre su desidia, sobre su falta de iniciativa. Si nada los alertase o no hubiese truenos que los resucitasen, serían capaces de permanecer en ese estado de hibernación durante semanas, meses o incluso años. Quizá sea esa la clave por la que ellos, los hambrientos, continúen ahí afuera, a la espera de un descuido de la pareja de supervivientes.

Esta mañana Verona no siente demasiadas ganas de jugar al *bautismo*, en parte porque como tal divertimento solo tiene gracia cuando se compite contra un rival por ver quién alcanza a más muertos con los escupitajos *sacramentales*. Sin Abel no tiene sentido despertar a los resucitados de un grito. Así que permanece callada, pensativa. Durante la pausa en las labores matutinas se acuerda de Ligorita, su muñeca de color mandarina, aquella con la que compartía cama y sueños.

Minutos después desciende al *cementerio*, o lo que es lo mismo, el aula 30, donde guardan, convenientemente separados, los huesos de los *enfermos* caídos bajo el peso del mazo en las distintas *noches de euforia* y los de los distintos *muñecos*. Esta separación obedece a una única causa: evitar en la medida de lo posible la Enfermedad que ha asolado la Tierra. A buen seguro que aún infecta los restos óseos de los hambrientos. De primeras machacarán los huesos de los *muñecos*, siempre que esto sea posible. En caso contrario, se utilizarán los huesos de los enfermos.

A diferencia del aula contigua, la número 29 —donde se conserva a oscuras la producción de hortalizas—, aquí entra el sol a raudales. Verona elige un fémur y dos tibias. Pertenecen al penúltimo *muñeco*, el señor Giráldez. Los huesos, ya mondos, de Debisí aguardan su turno en una esquina. Con la ayuda del *True Temper* los machaca

sobre una doble hoja de periódico. Ha de ser muy metódica en la operación. Si no quedan reducidos a polvo, no servirán para nada.

En la esquina contraria del aula descansa un conjunto de fiambreras llenas de sangre. Están expuestas a la luz del sol. Las últimas provisiones aún están algo frescas. Es lógico, Verona desangró a la última rata hace tres días. Así que la dejará para la siguiente semana. Ya volverá entonces.

De regreso a la azotea, rocía el huerto con el polvo blanquecino de los huesos. Padre siempre sostuvo que era un excelente complemento al abono proporcionado por las heces. Además, decía su progenitor, en caso de añadirse sangre seca a la tierra se le aportará hierro, y la cosecha mejorará notablemente.

En el aula 32 Verona procede al lavado de la ropa acumulada durante el último mes. Como la pareja aprovecha al máximo cada pantalón, cada sudadera, cada par de calcetines, tampoco hay demasiada ropa acumulada. Cambiarse más a menudo comportaría un mayor gasto de agua, inconcebible a todas luces, y un mayor derroche de energías en el lavado.

Donde más empeño pone, donde más tiempo invierte, es en la ropa interior y en las tiras de tela que usa a modo de compresas desde que tiene la menstruación. Menudo susto se llevó aquel primer día. Menos mal que Padre aún vivía y supo explicárselo. A pesar de sus palabras, ella nunca ha entendido esa absurda periodicidad. Y mucho menos después de aquello que le sucedió.

Después de tender la colada sobre los cordeles que hay en el aula, echa un vistazo a *la guarida*: Abel sigue dormido. Menos mal. Así aprovechará para calentar un poco de agua en la azotea. Luego se regala en los aseos de la segunda planta una ducha. Antes templela el agua con la del cubo de agua fría que había llenado con anterioridad. Al finalizar, se seca el pelo a conciencia.

*Una pulmonía acaba con uno, tenlo en cuenta, princesa*, decía Padre.

Se peina frente al espejo. Aunque trata de obviar la acusación lanzada por el cristal, es tan evidente que al final la acepta: está más delgada que semanas atrás. El cuerpo comienza a acusar la falta de proteínas, grasas y minerales proporcionados por la carne. Para remediarlo esa tarde tendrá que ir a cazar alguna rata. Sin las últimas provisiones del señor Debisí, no le queda otra solución.

A media tarde se encierra en el aula 40. Allí no hay nada de interés, salvo cuatro paredes y la bicicleta que usara Padre en alguna que otra incursión en el extranjero. Al ser el medio de transporte más silencioso le permitió burlar la inactividad de los enfermos sin tan siquiera concitar su atención. De esa manera, montado sobre ella, abandonaba el *país* durante unas horas cada vez que escaseaba el alimento en el instituto. De regreso Padre casi siempre traía semillas con que renovar el huerto y

distintas provisiones robadas aquí y allá: sal, algunas conservas, leche en polvo. Como era de temer las incursiones terminaron por esquilmar las reservas de los barrios colindantes. De modo que si quería encontrar algo de provecho, tendría que alejarse más. Por supuesto el peligro se incrementaba proporcionalmente a la distancia recorrida. Así que Padre decidió jubilar la bicicleta. Desde entonces se dedicó a la caza de ratas y a mirarla, de cuando en cuando, con algo de añoranza.

Como era de suponer, las ruedas están completamente desinfladas. A medida que la enfermedad de Abel se ha ido agravado, la posibilidad de escapar del *país* montado sobre la bicicleta es cada vez más real. Pero antes ha de solucionar un problema.

—Si me hubieses enseñado a montar en ella, Padre... —se lamenta a media voz.

Verona aún sigue lamentando tal circunstancia cuando abandona el aula 40 y se adentra la 34, que es donde esconden las cajas con los disfraces.

—Echo de menos cuando te enfadabas con nosotros, ¿sabes?

Hace más de una semana que Abel y ella no han vuelto a jugar con ellos. El hábito de monja todavía presenta restos de sangre del último martirio, el del señor Debisí. Es por ello por lo que acostumbra a evitarlo. Por una parte lamenta la suerte corrida por el flautista, y de otra, entiende que su sacrificio fue necesario para la supervivencia. Seguramente, de no haberse comido al músico, ahora la pareja estaría aquejada por el escorbuto y la desnutrición.

*Era él o nosotros*, piensa mientras se enfunda el hábito de monja sobre la ropa que lleva puesta. Le gusta ese disfraz. Con él su delgadez extrema queda disimulada bajo la simpleza de formas y la negrura del tejido. Desecha hoy la toca blanca y el manto negro. Le bastará con el colgante del que pende la cruz de madera.

Para Abel elige el *halloween* de pistolero del Oeste. A ver si despierta, se encuentra mejor y juegan un rato. Que lleva todo el día trabajando y le apetece divertirse.

Se tumba junto al convaleciente, que por fin ha despertado. Recibe de él una mirada cariñosa; Verona no sabe si es por el hábito que lleva puesto, por el disfraz de pistolero que le alcanza o porque se alegra de verla, como ese perro que observa con displicencia al amo que le profesa tantas atenciones. Podría preguntarle a qué se debe esa mirada, pero a lo mejor Abel se enfada. Con él cualquiera sabe.

Un poco de lectura no le hará mal. De manera que alcanza el ejemplar de *Marcovaldo* y lo abre por el cuento de hoy, el cuarto verano, *Luna y Gnac*.

Verona lucha por mantener los ojos abiertos, extenuada por completo a causa del exceso de trabajo. Curiosamente es su propia voz la que la adormece. Aún no ha anochecido en el exterior cuando el sueño amenaza con vencer la última resistencia: ese dolor de muelas que permanece latente en el fondo de la boca. Además, el parpadeo hipnótico del anuncio luminoso, Gnac-Gnac, el mismo que en el cuento impide que la familia *Marcovaldo* disfrute de la luna en toda su plenitud, hace el

resto. Lo mismo que el cansancio que cementa su cuerpo.

Por fortuna, en esta ocasión, el sueño es un desierto oscuro que la acoge sin sobresaltos. Menos mal. Ya ha tenido bastante con la pesadilla de esta mañana, la del cementerio y los aviones *kamikazes*. Ahora todo es placentero, eternamente gozoso. A consecuencia de esa placidez se le antoja que duerme durante siglos, con una avaricia sin medida mientras se arrebujaba bajo las mantas. Nada debería interrumpir un descanso tan merecido y reparador.

—Verona.

En ese instante, su cuerpo comienza a temblar por culpa de una fuerza exterior.

—Vamos, Verona —es una voz que la llama desde más allá de la frontera del sueño.

Nada debería interrumpir un descanso tan merecido.

No debería, pero sucede.

Y es ahora.



TAN PRONTO COMO recupera la conciencia de lo que sucede a su alrededor, Verona abre los ojos y distingue el rostro de Abel. Este se ha incorporado sobre un codo y la observa desde bien cerca. Juguetea con el collar que hizo con los huesos que él le regalara para su último cumpleaños.

—Perdona, me he dormido —se disculpa Verona. En realidad ella no quería dormirse, pero el sueño la ha doblegado. Reanuda la lectura en cuanto toma posesión del cuerpo y desenreda la lengua, trabada por el sueño.

—Nena, déjalo.

—¿El qué? —pregunta, aunque presupone que se refiere a la lectura, pero así ganará algo de tiempo. Tampoco está de más.

—Me apetece otra cosa —dice sin soltar el collar. Engancha el índice en él y tira de ella hacia arriba.

Verona obedece por temor a que se rompa y Abel enfurezca. El muchacho le planta un beso en los labios. El beso y la mirada consiguiente conforman un mensaje fácilmente traducible.

—Prefiero descansar hoy —objeta, deseosa de que la entienda.

—Esta noche prescindiremos de la *llamada telefónica* —apunta metiendo la mano por debajo del hábito de monja y de la pernera del pantalón.

—Estás enfermo, Abel —hoy no es ninguna broma, ni ninguna alusión a su obsesión por el sexo. Es la jodida realidad: desde que se hiriese en la pierna su estado de salud ha empeorado preocupantemente.

—Estaba enfermo, pero ahora ya se me ha pasado y estoy mejor.

¿Qué puede decir? Verona se siente acorralada, sin escapatoria posible. Si tuviese el don de la adivinación y previese lo que sucederá a continuación, elegiría otra estrategia: a lo mejor levantarse con la excusa de preparar la cena o fingir que le urge ir al baño. Pero permanece allí, inmóvil, igual que una presa a la espera del zarpazo final del depredador. Si acaso, consigue reunir el valor necesario para ocultar el rostro tras el libro.

—Olvídate de *Marcovaldo*, cariño. Hoy no quiero jugar a *la vida de los otros*. Eres más cansina que Padre.

—Tienes que descansar —discrepa. Mueve la pierna con idea de deshacerse de la mano que, centímetro a centímetro, bajo el pantalón ya ha alcanzado la pantorrilla—. Ya follaremos cuando te hayas recuperado.

—Deja eso de una puta vez.

De acuerdo, le hará caso, será lo mejor: aparta el libro a un lado. Ella no lo sabe, pero poco importa ya. Es demasiado tarde. Ha prendido la primera llama de la rabia que consume a Abel y ahora el fuego se propaga con rapidez.

—He escogido para ti este *halloween* —dice alcanzándole el disfraz de pistolero. Pero Abel se lo arrebató de un manotazo y lo arroja lejos de la cama.

—Coño, nena, ya se me ha pasado la fiebre. Así que no te librarás así como así. Además, la culpa fue tuya.

—¿Mía? No entiendo a qué te refieres —pregunta. En realidad debería quedarse calladita porque está arriesgando demasiado.

—Llevabas días diciéndolo, lo menos una semana antes del cumpleaños: me gustaría que me regalases algo especial —Abel se burla de ella imitando su tono de voz.

Después de remangar el hábito negro de la monja Verona hasta la cintura, se arrodilla entre las piernas. La fe que profesa a ese cuerpo va más allá de la preocupación inherente a su estado de salud. El creyente ha de anteponer la fe a las vicisitudes personales.

—Aquí dentro, en este *país* de mierda, no hay nada especial que regalar, nada. Joder. Pero te hice caso y me decidí a buscar algo que mereciera la pena en el *vertedero*. Y mira, aquí me tienes. Bastaron un tropiezo y una mala caída.

—Eso tiene gracia.

—¿¡Cómo!?

Debería explicarle que no tiene gracia que la culpabilice a ella de la caída y de la posterior infección de la herida. Debería decírselo... pero apuesta por abreviar la discusión.

—Nada, Abel, déjalo. Es una tontería.

—Encontrémonos en la parte trasera del autobús azul —la referencia al *The End* es casi una señal de alarma.

La muchacha así lo entiende: ya sabe de antemano lo que acontece cada vez que su compañero invoca la canción de Jim Morrison.

Los dedos de Abel luchan con el botón del vaquero de ella y tiran de la cremallera hacia abajo. La función está a punto de empezar.

—No, por favor —se resiste.

Abel silencia la queja con un beso. La lengua penetra en la boca a la fuerza después de vencer la resistencia de los dientes. Hay una décima de segundo en que Verona baraja la posibilidad de mordérsela y arrancarla de cuajo. Lo haría si tuviera arrestos. Pero después tendría que matarlo; en caso contrario sería él quien lo hiciese al descubrir el guiñapo de la lengua en el suelo. Puesto que carece de la valentía necesaria, prefiere mantener la prudencia, de momento al menos.

El vaquero está a punto de sobrepasar la última frontera, la de los tobillos, cuando en un afán por evitarlo Verona lanza una patada al aire. Por desgracia alcanza a Abel en la boca. Seguidamente un hilillo de sangre asoma por entre los labios.

—Monta la serpiente —susurra el muchacho, enardecido por la lujuria, lanzando el pantalón de su compañera bien lejos de la cama.

Él ya se ha desnudado y presume, orgulloso, de la dureza de su polla. Verona cada

vez se encuentra más acorralada. ¿Qué puede hacer para evitar lo inevitable?

Ojalá sus dos piernas fuesen dos cuchillas y pudiese cortar en dos a su oponente, ¡zas!, de un solo tajo. Luego patearía con saña las dos mitades hasta que le doliesen los tobillos y los dedos de los pies. Una vez desfogada la rabia, arrojaría los restos al patio después de llamar la atención de los muertos. Sería divertido contemplar el banquete.

En su febril imaginación Verona le haría pagar muy caro su afrenta. Pero esto es la realidad, y solo consigue resistirse anteponiendo las rodillas. Con ellas trata de cerrarle el paso. Pero él forcejea y se aproxima al valle púbico, dispuesto a luchar hasta el final. Hoy exigirá la redención absoluta del orgasmo.

A fin de doblegar esa mínima resistencia que ella opone en el momento de mayor placer, el previo a la primera embestida, a ese momento en que la polla bese la vulva antes de barrenar la oscuridad vaginal, Abel le regala un puñetazo en la barriga. De inmediato ella acusa el golpe y maldice en arameo. Le arranca de un tirón la braga.

—Eso te pasa por puta —añade para mayor escarnio.

Ayudándose con los dedos pulgar e índice izquierdos, Abel separa los labios del coño y muestra el camino a seguir a la serpiente. Apoya el glande, humedecido previamente con su propia saliva, y luego de un fuerte golpe de cadera entierra todo el miembro dentro. La embestida es tan violenta, a pesar del concurso de la saliva lubricante, que un centelleo de dolor atraviesa las entrañas de Verona.

—Hijo de puta —ladra.

Trata de zafarse de su agresor. Arde interiormente de rabia y ahora maldice la ocasión perdida con anterioridad: debió arrancarle la lengua cuando él la hundió en su boca. Si lo volviese a hacer, ya no dudaría.

El muchacho empieza a moverse, adelante y atrás, columpiándose de placer sobre la cadera de la lectora. En sus acometidas el ariete profana con una obstinación de máquina perforadora, una y otra vez, la aridez de la vagina. La fricción. La suciedad que la envuelve en ese instante. La rabia.

Producto de la impotencia que experimenta Verona sueña con arder, igual que la fogata de la azotea; así de paso inmolará al violador. Pero nada de esto sucede. Como si le fuera la vida en cada golpe de cadera, Abel la penetra repetidamente. Por desgracia para ella, su coño reconoce el placer obtenido en anteriores encuentros y la forma exacta del pene de su pareja, de manera que amenaza con despertar si no hace nada al respecto.

En situaciones como esta es necesario negar la realidad, ¿qué otra cosa le queda? Fabula con la posibilidad de que no sean las manos de Abel las que mancillen su cuerpo, sino las de un extraño, las de un extraño sobre tierra desesperada. Es mejor que sean las de un desconocido que las de quien ha crecido junto a ella.

Al principio lo había querido como a un hermano, y después como a un amante. De manera que es más fácil de aceptar que la humille un extraño y no él. Sin embargo la realidad le contradice: sí, son las manos de Abel las que trasiegan por su cuerpo,

por mucho que invente semejante ardid.

Se detienen en la loma de los pechos. Moldean la carne turgente en círculos. Pero por mucho que lo intente, no despertarán la lujuria de la muchacha. En eso se obstina Verona, en no responder. Abel ha de comprender que está follando a una muerta en vida, un coño vivo y un cuerpo que hiede a muerte. La sangre se ha convertido en lodo y cada arteria, cada vena, se corrompe con la sangre enferma hasta convertirse en una cañería. Lástima que la resurrección definitiva de la vagina esté tan próxima.

El agresor juega con la víctima: detiene el balanceo a su antojo mientras la observa en busca del primer síntoma de placer. Extrae el ariete y lo embadurna de saliva. Luego, con el prepucio, reconoce la entrada de la mina; tampoco tiene demasiada prisa por acabar, es mejor prolongar al máximo la profanación.

—¿Te gusta? —pregunta Abel antes de apuñalar con su polla la herida del sexo.

Abel vuelve a detenerse. Extrae de dentro el hisopo con que ha bendecido a más de un hambriento durante las *noches de euforia*. Se agacha sobre la entrada de la capilla vaginal. Con la lengua embadurna de saliva los labios, el orificio que se va cerrando poco a poco. Ha de conseguir su propósito a toda costa: que Verona disfrute del coito, aunque únicamente sea para demostrarle que es él, él y no ella, quien manda allí. Al final conseguirá su objetivo: que se excite con la penetración, cueste lo que cueste.

Verona imagina un huracán que se abatiese sobre el edificio del instituto. Su descomunal fuerza hará explotar las ventanas y provocará la caída de muebles y pizarras. Hasta los diez bidones donde es almacenada el agua rodarán por el suelo. Ese desorden furioso es el que experimenta cada vez que el miembro de su compañero perfora su cuerpo, enterrado hasta la linde del mismo vello. Lo que en otros encuentros sexuales la ha excitado, ahora la enferma: el contacto de los testículos que rebotan contra el perineo.

*Nunca volveré a mirarte a los ojos*, recuerda Verona parte de la letra de *The End*, porque expresa a la perfección lo que siente mientras es violada. En sus primeros compases la canción afirma que se *ha perdido en unas ruinas romanas de dolor*. Ella ha olvidado la explicación de Padre acerca del significado del adjetivo *romanas*; tampoco cree que sea nada sustantivo. Sin embargo es verdad que la letra habla por ella: es una ruina desbaratada por el dolor provocado gracias a la aridez de su sexo.

—Te mataré —ladra la monja.

No pretendía decirlo; se le ha escapado. Debe extremar las precauciones si no quiere acabar decapitada y sumergida en el *agua bendita*.

Abel extrae la polla y tira del hábito hacia abajo, en dirección a los tobillos para cubrir momentáneamente las piernas. Por un instante la muchacha baraja la posibilidad de que todo haya acabado, de que finalmente se haya apiadado de ella. Tampoco se merece ese castigo.

Obviamente se equivoca. Se pecatará de ello en cuestión de segundos. Si todo hubiera finalizado, Abel le permitiría que juntase las rodillas, que cerrase las piernas.

—A ver si ahora piensas lo mismo —dice el muchacho.

Luego oculta la cabeza debajo del hábito, entre las piernas, consciente del poder de convicción de su lengua. Por lo menos a ella, hasta el día de hoy, siempre le ha gustado.

Lo de ahora es casi peor que la violación, o eso piensa Verona, temerosa de la resurrección repentina de su cuerpo y de que al final este responda a la excitación. No se lo perdonaría en la vida, no a Abel, sino a ella misma.

Una humedad caliente culebrea sobre su clítoris mientras ella se esfuerza por cerrar las piernas. Un segundo puñetazo, directo al costado, la convence de lo contrario: será conveniente dejarlas abiertas.

Soliviantada ante la posible traición de la vagina, llora por dentro. La rendición está próxima. Nunca se ha resistido a la habilidad de Abel con la lengua: él sabe cómo jugar con ese botón de carne. Ojalá que la enfermedad que aqueja al muchacho desde hace tres meses se manifieste en ese mismo instante. Que contraiga su cuerpo con uno de esos espasmos que le desbaratan de dolor. No sería la primera vez, no. En ocasiones los peores síntomas del tétanos se han manifestado mientras estaban almorzando, trabajando en la azotea o mientras ella le estaba leyendo el libro de *Marcovaldo*. Solo hay que ver cómo se retuerce de dolor. De esta manera se libraría de él y podría pisarle la cabeza.

Después de la apuesta lanzada por la lengua, Abel pliega el hábito de monja hasta la altura del ombligo y le arrebató el colgante con la cruz de madera. Utiliza el extremo inferior de la misma para jugar con ella. Incluso se atreve a hundirla en la capilla vaginal, hasta el mismo tope del travesaño horizontal.

La hermana Verona responde lanzando una patada, que él bloquea anteponiendo el codo.

—No seas tonta, o será peor —muerde las palabras.

Extrae la cruz y la hunde de nuevo, como una espada en su funda. Lástima del travesaño horizontal, maldice para sí mismo. En vista de que no obtendrá mayor placer con la cruz la lanza contra la pizarra que hace las veces de calendario. Devuelve el protagonismo a la lengua, que hunde en la vagina tan hondo como le es posible. Después se afana de nuevo sobre el clítoris, cada vez más duro.

Cuando sospecha que su perseverancia dará sus frutos, acerca la polla y embiste una vez más. Para su satisfacción la fricción se ha suavizado. Todo lo contrario que para ella, que lamenta que el coño desobedezca su orden de no resucitar.

Cuando su agresor jadea como un perro junto a su oreja, algo se le remueve por dentro. Ella recuerda otros encuentros menos traumáticos que este y esa pasión que ambos sienten cada vez que han desahogado la tensión acumulada tras jugar a la *llamada telefónica*.

Ya sea por el tiempo que Abel ha invertido en el clítoris, por el puñado de recuerdos o por la fuerza de la costumbre, lo cierto es que su sexo reconoce el de Abel, y también las embestidas, la cadencia, el ritmo... y ya no lo rechaza. Ha

claudicado al fin, ha llegado la hora de responder al maremoto desatado entre sus piernas, a ese martilleo continuo. La lujuria que bate contra su cadera posibilita el incendio de la sangre, la resurrección de la carne. Ella preferiría sentirse muerta, igual que los pobladores del patio, y quedarse completamente inmóvil. Al menos apenas parpadea, apenas respira.

Como era de temer la vagina responde a la provocación, lubricando el contacto. Producto de ello por primera vez la penetración resulta verdaderamente placentera para ambos. El roce húmedo. El fuego gozoso que nace dentro de ella. El ariete de carne que horada cada vez con mayor insistencia.

En cuestión de minutos Verona es ya incapaz de contener el primer suspiro de placer. Él se detiene entonces y la observa sin exhumar la polla. Por fin ha cedido. La sonrisa del vencedor.

—Guarra —la insulta. Pero el tono empleado no es agresivo, sino adulator.

Ahora sí que irán juntos a la parte trasera del autobús azul, piensa Abel. Ralentiza el movimiento, las embestidas de la cadera, mejor así. Si al principio no tenía prisa alguna, ahora que ha ganado la partida menos aún. Es el momento de esculpir el placer a golpe de cadera dentro del cuerpo de su compañera. Verona suspira por segunda vez y él la secunda. Los jadeos se enredan, igual que las piernas. Por fin la vagina acepta al intruso con la ductilidad de un guante.

—Ya sabía yo que te terminaría gustando —señala Abel.

—Cabrón —murmura ella, la voz deshilachada por la embriaguez de la sangre hecha fuego.

El agresor, ahora amante, aúlla como un lobo y adecua el balanceo de su cuerpo a la intensidad de los suspiros: tan pronto como crecen de intensidad acelera en ritmo. Por el contrario, cuando se templan suaviza las embestidas. Todo marcha bien después de la resistencia inicial. Es más, ella se atreve a jugar con él: aprieta el pene con las paredes de la vagina.

Por eso, precisamente por la disposición de Verona a disfrutar del encuentro, le sorprenderá el primer bofetón.

Un escozor agudo cruza su mejilla derecha. Es como si un latigazo la hubiese despertado de golpe. Abel sonrío desde la prepotencia del agresor. Le regala un par de golpes de cadera antes de insultarla. Saca la polla y la apuñala de nuevo con ella.

—Putá —a diferencia de antes, ahora sí hay un matiz claramente humillante en la voz.

Las manos de Abel hollan el montículo de los pechos y se demoran en la cumbre, moldeando cada pezón igual que si fuera de arcilla. Verona atrapa una de las manos, la derecha, y se obstina en conducirla hasta su boca.

Él recela y amaga con abofetearla de nuevo. La muchacha consigue que confíe en ella: Abel hunde el índice en la boca y Verona juguetea con él. La lengua reconoce

cada forma. Luego extrae el dedo y con la punta de la lengua hace más patente su intención. A ver si consigue engañarlo.

Sí, ha sentido deseos de morderlo con saña, de quebrar los huesos con la fuerza de los dientes y arrancar el índice de cuajo, por debajo del nudillo. Si se lo hubiese propuesto, lo habría conseguido. Sin embargo busca un premio mayor: ojalá Abel entienda el mensaje y, confiado, acerque la polla a los labios.

Pese a lo tentadora que es la oferta, el joven la desestima. Sabe de la habilidad de Verona con la lengua, con la boca; sabe que a ella le gusta repasar la forma del glande y de paso recrearse con el sabor de su propio fluido vaginal. Pero prefiere no desenterrarlo del sexo, satisfecho con el aumento de la temperatura y de la lubricación.

Verona aplaza definitivamente su venganza hasta una mejor ocasión, desbaratada por el deseo. Se aferra al cuerpo de su compañero con la urgencia de un náufrago en mitad del océano. Ahora lo que importa es disfrutar del momento. Ya pensará luego qué hacer. Espolea a Abel, que cada vez se mueve con mayor rapidez, adelante y atrás, adelante, atrás. De pronto todo arde: la sangre, las tripas, la cabeza, los pensamientos, el sexo; arde y la deflagración es tan intensa como la de una bomba atómica. Ella se inmola en el último suspiro, tan hondo como el de quien fallece después de un sufrimiento extremo. Le tiemblan las piernas a la monja fingida, se le licua el cerebro, le palpita la mina completamente húmeda. Mientras tanto, el placer se desagua piernas abajo, lentamente.

—Puta —susurra Abel a la oreja como rúbrica de su victoria.

Cuando el fulgor desaparece y Verona toma conciencia de lo que ha ocurrido, presa de la rabia, muerde a su compañero en el antebrazo.

—Puta —repite.

—Muérete.

—Eres una puta de mierda —insiste. Amaga con propinarle una nueva bofetada.

En un acto reflejo ella cierra los ojos. Es en ese instante cuando sucede lo imprevisto: de repente algo húmedo y caliente mancilla su mejilla derecha. ¿Qué es eso? Inmediatamente se siente tan sucia como al principio, cuando Abel no era su amante sino simplemente su violador. El placer deja paso al asco, y este a la compasión por sí misma. A lo mejor se merece todo lo que le ha pasado: la muerte de Padre, aquel embarazo que silenció, el desprecio intermitente que sufre por parte de Abel.

Abre los ojos de golpe. El muchacho sonrío. Verona se lleva la mano a la mejilla. No es semen. Conociendo a Abel no le habría resultado extraño. Es algo que la asquea aún más que el esperma. Es saliva. Abel escupe por segunda vez sobre ella para que no le quede ninguna duda de su desprecio.

—Te bautizo *Put*a —bromea.

Plenamente consciente de que ha de escarmentar a la monja, Abel estira el brazo y alcanza el ejemplar de *Marcovaldo* de la orilla de la cama. Necesita reforzar el

mensaje: su absoluto rechazo a todo lo que le recuerda a ella. De un certero manotazo arranca un par de hojas y se las ofrece a Verona. Qué mejor alimento para una sabihonda como ella que los relatos que tanto le gustan. Como opone resistencia, le tapa la nariz con la pinza de los dedos. Tan pronto como ella abre la boca, buzonea el par de hojas dentro.

Después entierra de nuevo la polla en el sexo. Ahora no hay compasión ni ternura, nada, solo la urgencia de regalarle la última afrenta, bendecir el pubis con el líquido seminal. Ya lo dijo Jim Morrison: *esto es el fin, el fin de las risas y las dulces mentiras, el fin de las noches en que intentamos morir*. Mientras niega las últimas embestidas de Abel, Verona recuerda el instante exacto en que la canción, a punto de finalizar, acompaña estas palabras.

Ya está, ya lo tiene, se le ha ocurrido en ese mismo momento: Verona tararea en voz alta la canción de *The Doors*, esos compases en concreto, para que Abel entienda lo que siente justo en el instante en que el hisopo de carne bendice el vello púbico. Pero él desatiende la música. Se vacía sobre el pubis, cuatro o cinco descargas bastarán para rebajar el deseo de Abel.

*This is the end*, piensa Verona.



LAS HERIDAS AÚN escuecen, de modo que es fácil tomar la decisión. Verona se ha decidido al fin: afrontará el riesgo de ser descubierta por Abel sin arredrarse.

Ya sea por el sobreesfuerzo realizado ayer durante la violación o por un rebrote de la enfermedad, lo cierto es que Abel yace convaleciente en la cama, un día más, aquejado de nuevo por los espasmos musculares característicos del tétanos.

Antes del rebrote Verona le ha ayudado con el desayuno, no sabe si por miedo o porque, en el fondo, aún le profesa cariño. Muy diferente sería su actitud si experimentase la misma rabia que le embargó ayer mientras era violada. En tal caso alcanzaría el mazo, aun a riesgo de recibir a cambio un disparo. Es consciente de que Abel guarda la *Magnum* bajo la almohada. Afrontaría semejante cara o cruz sin dudarle, con tal de acabar de una vez por todas. Así únicamente sobreviviría uno de ellos: o Abel o ella.

Pero han pasado más de doce horas desde entonces. Y la rabia que experimentó ayer no es que se haya disipado, es que ha cambiado de dirección y ahora es ella, Verona, el objetivo de la misma. Lamenta que al final, después de lo mal que lo pasó con los insultos, puñetazos y bofetadas, terminara aceptando el juego y disfrutase del sexo como acostumbra. A lo mejor va a tener razón Abel al bautizarla *Putá*.

Las palabras malsonantes llegaron a sus vidas tras la muerte de Padre. Este siempre veló por la inocencia de la pareja. Precisamente fueron la necesidad, el hambre y la obligatoriedad de alimentar la *bañera*, las que posibilitaron la infección moral de los adolescentes.

Verona abreviará en lo posible las tareas diarias en la azotea para disponer del mayor tiempo posible. Hoy tiene algo más importante que hacer que trasladar agua hasta los bidones del aula 33, recolectar hortalizas o abonar el huerto.

Una vez en el aula 40, lo primero es inflar las ruedas de la bicicleta. Verona se remanga la sudadera y se pone manos a la obra. Maneja el bombín con cierta torpeza.

—Tranquila, el tiempo corre a tu favor —murmura.

El lamentable estado que padece desde hace días su compañero de supervivencia le concede un margen a la esperanza. Tan solo la paciencia le otorgará la victoria final.

Después comprueba el estado de la cadena y el de los frenos. En apariencia todo está en orden. Ahora llega lo más difícil: aprender a montar en bicicleta. Con algo de constancia lo conseguirá en dos o tres días, calcula con optimismo.

El aula 40 se encuentra a tres clases de distancia de *la guarida*. En el estado en que se encuentra Abel será complicado que se percate de nada. Bastante tiene con sobrevivir a los espasmos musculares.

Verona se sienta sobre el sillín y posa la mano izquierda en el manillar. Es vital encontrar la postura idónea antes barajar cualquier otra consideración.

*Padre se sentiría orgulloso de lo que estás haciendo, piensa.*

En parte es él, Padre, el culpable: nunca quiso que ellos montasen en bicicleta. Siempre se negó a que Abel o Verona afrontasen el riesgo inherente a las incursiones en el extranjero. Tras el esquilmo de las provisiones que Padre buscaba en los alrededores, la bicicleta quedó arrumbada para siempre. Verona recuerda cómo, en repetidas ocasiones, le pidió que la enseñase a montar, más por juego que por necesidad. De haberlo consentido ahora llevaría mucho camino adelantado. Ahora tendrá que empezar desde cero.

Sujetándose con la mano derecha en la pared pedalea muy poco a poco, presa del miedo, no tanto por temor a una caída como por despertar al convaleciente. Aprieta los dientes y pedalea. Logra avanzar un par de metros en paralelo a la pared. Poco a poco. Todavía le queda mucho por aprender antes de soltarse y poner las dos manos sobre el manillar. *Despacio, tampoco existe ninguna necesidad de que aprendas hoy, Verona.* Si se obsesiona, a las primeras de cambio abandonará el propósito antes de doblegar a la máquina y al desánimo.

Al fin, después de más de un cuarto de hora, se decide: retirará la mano que la mantiene unida al tabique. Se impone probar el equilibrio.

De inmediato la rueda delantera tiembla, a un lado y a otro, inestable. Un metro más. Antes de caerse Verona devuelve los pies al suelo. Resopla algo fatigada. Es consciente de que le llevará bastante tiempo mantener el equilibrio.

*Mucho peor es soportar su compañía. Qué mejor razón para insistir.*

A pesar de que le gustaría olvidar el episodio más triste de su vida, el recuerdo le asalta a traición. Está descansando sobre la bicicleta cuando le ataca.

Rememora aquella mañana de hace cuatro años cuando tuvo que abandonar, indisputada, la azotea. Recuerda cómo se encogía sobre la barriga y la indolencia de Abel, pero sobre todo la catarata de sangre. Las piernas rojas y las entrañas rotas por dentro. Desde el principio le había ocultado su estado a Abel. Por miedo.

En los cuartos de baño, sobre la taza del retrete, sospechó que era algo verdaderamente grave, consciente de que el sangrado no obedecía a la menstruación. Hacía casi dos meses que se le había retirado, y era tan abundante y doloroso que forzosamente tenía que ser otra cosa. O quiso engañarse.

Contrariamente, este recuerdo no le quebranta la moral, sino que le anima a continuar con el aprendizaje si cabe con mayor celo que antes. En caso de resultar necesario dará cien vueltas a la habitación; lo que sea antes de rendirse. Practicará hasta la extenuación o hasta que Abel la necesite y la llame a voces. Eso sí, tan pronto como requiera su presencia, abandonará el aula 40 antes de que sospeche.

—Hazlo por ellos y por *Marcovaldo*.

Avanza unos metros, retira la mano y se tambalea. Devuelve los pies a tierra. Resuella. Está muy fatigada. Pese a ello desobedece el mensaje que le transmite el cuerpo. Nadie ni nada le dirá lo que tiene que hacer.

*Venga, una vez más.* Tan pronto como despega la mano del tabique se tambalea. En esta ocasión ha recorrido un trayecto más largo que antes.

—Que le follen —masculla antes de iniciar por enésima vez el pedaleo.

Ha acudido a *la guarida* tan pronto como ha oído su voz. Al entrar encuentra a Abel de pie, milagrosamente restablecido. Se halla frente a la reproducción del Sistema Solar, que permanece grapada a la alacena. A juzgar por su aspecto es evidente que ha superado otra de las crisis del tétanos.

Verona observa la culata de la *Magnum*, que asoma a través de uno de los bolsillos del pantalón. La pistola, que tres meses atrás, Abel arrebatara a *Rencor* permanece oculta en algún lugar, seguramente bajo el jersey. Nunca se separa de ellas.

—Cariño, me alegro, se nota que estás mucho mejor —miente.

—Nena, creo que nunca podré regalarte ese viaje a Marte o a Júpiter —se lamenta. Después niega con la cabeza—. Me haría mucha ilusión.

—Déjate de tonterías y regresa a la cama, por favor.

—No creo que se pueda llegar hasta allí, ni siquiera con la bicicleta de Padre.

El comentario es inocente, o debería serlo. No hay premeditación en él. Verona necesita creer que Abel no se ha enterado de nada. Que ni siquiera sospecha. Pero duda, es lógico. ¿Y si es una manera sutil de avisarle para que abandone el aprendizaje, para que se olvide de la bicicleta? Cualquier cosa que diga al respecto será contraproducente. Mejor quedarse calladita o desviar la atención hacia otro tema, aun a riesgo de que sospeche.

—¿Te apetece cenar algo?

El joven regresa a la cama, cojeando ostensiblemente. Se sienta en una esquina, cruza las piernas y deja la *Magnum* entre ellas. La pistola de *Rencor* permanece oculta.

—Últimamente no hay gran cosa que comer —se lamenta.

Verona se excusa con una sonrisa estrangulada: por desgracia, y para colmo de males, hoy no ha cazado ninguna rata. Miente con descaro. Es que ni siquiera lo ha intentado, empeñada en el aprendizaje de montar en bici.

—En la *bañera* no queda ninguna —añade. Se desbarata la cola de caballo y la vuelve a hacer.

—Nena, si nadie acude a la llamada lo pasaremos mal, muy mal. Un momento —alcanza la pistola. No hace falta que apunte a Verona—. Imagino que seguirás encendiendo la fogata y volando la cometa, ¿no?

—Por supuesto.

Después de tranquilizar a Abel, se dispone a hacer algo de cenar. Antes le prepara un vaso de agua. Anteponiendo su cuerpo entre este y el convaleciente, tiene ocasión de dejar un salivazo en el agua. Mueve el vaso en círculo con objeto de que se diluya

y el otro no recele. Es una manera como otra cualquiera de *bautizarlo*, similar a lo que ellos hacen con los muertos del patio o a lo que hizo él ayer después de correrse sobre su vello púbico. Si tuviese que elegir un nombre para Abel lo bautizaría como *Odio*.

—Nena, menos mal que agua no nos falta —reconoce después del primer trago.

Abel apura el vaso mientras Verona se felicita interiormente. Sonríe con moderación para que no sospeche.

—Te veo mucho mejor —miente de nuevo.

Una cosa es que se haya podido incorporar, incluso levantar, y otra muy diferente es que haya mejorado su estado de salud. Está muy delgado, más incluso que ella. Dos pantanos oscuros cercan los ojos, y estos se muestran cada vez más apagados. Sin embargo aún tiene el suficiente ánimo como para bromear. Acerca el cañón de la *Magnum* a su sien y comenta:

—No te creas. A veces pienso que sería más conveniente abreviar el sufrimiento. Ya estoy cansado, ya estoy...

No ha acabado de hablar cuando sufre un espasmo muscular en las piernas. Es un latigazo seco que desbarata las extremidades. Nunca hasta ahora había sufrido uno de tal intensidad. A pesar de la distancia que les separa, Verona ha escuchado incluso el chasquido de las articulaciones.

—Me cago... —maldice Abel al borde del llanto.

Verona observa el pantalón de su compañero y comprueba como, producto de la violenta contracción, la pierna izquierda adopta un dibujo antinatural, quebrado, bajo el vaquero. ¿Qué le ha ocurrido? A lo mejor no ha sido el crujido de las articulaciones lo que ha escuchado.

Pide consejo de Abel mediante una mirada. Pero este bastante tiene con soportar el dolor y no perder el gobierno de las dos pistolas.

—Túmbate, Abel —Verona aparta las mantas a un lado.

—Se... me... ha roto —confiesa a duras penas, las palabras borrosas.

—No te preocupes, yo estoy aquí para ayudarte.

—Más... te vale —sentencia. Para reforzar el recado levanta la *Magnum* y le apunta en el pecho.

En cuanto trata de desabrocharle el pantalón, Verona recibe la negativa del convaleciente, sabedor de que resultará inútil, de que el dolor no permitirá que lo desnude. Ha de pensar en otra solución.

—¿Y si corto los pantalones? He de observar la lesión...

Abel accede con un golpe de cabeza.

El manejo de las tijeras de podar es lo suficientemente cuidadoso como para que no se queje. En cuestión de un par de minutos la pierna queda al descubierto. Ambos observan la torsión antinatural de la misma, un palmo por debajo de la rodilla. Por fortuna no es una fractura abierta.

—No me... abandones —gruñe Abel al observar que ella se separa de la cama. Se

muerde los labios para soportar el dolor—. Quédate... joder.

Seguramente si el convaleciente contase con la fuerza necesaria, quitaría el seguro a la *Magnum* y acabaría con la insubordinación de su compañera, mucho antes de que esta tuviera tiempo de explicarse. Pero no puede hacer otra cosa que mirarla y suplicar su ayuda.

Verona regresa del aula 35 con dos tablillas que ha encontrado entre el montón de leña. Padre les enseñó cómo proceder llegado el caso. Lo fundamental es inmovilizar la pierna. Para ello le bastará con las dos tablillas, un trozo de tela como el que usa a modo de sujetador, y una soga.

Nada más apoyar las tablillas contra la pierna, Abel chillaba como si le fuese la vida en ello. El grito es de tal intensidad que los muertos, inactivos desde la última *noche de euforia*, abren los ojos. Se revuelven inquietos.

Verona no sabe si sería capaz de afrontar una situación como esa: entablillar la pierna de Abel si, al mismo tiempo, los enfermos resucitasen y se agolpasen frente a las murallas de muebles de la primera planta. Dejaría la cura para después, pero ¿a dónde acudiría? ¿Qué ala defendería, la norte o la oeste? Desgraciadamente no se puede dividir.

—Ade... lante, nena.

Verona tiene una idea para que no vuelva a chillar. Abandona *la guarida*. De regreso, trae en las manos la cruz de madera del *halloween* de monja.

—No te haré daño, confía en mí. —Le introduce transversalmente la cruz en la boca—. Muerde fuerte. Y no chilles.

La muchacha aguza el oído. Definitivamente los muertos han despertado. Escucha sus gruñidos, sus golpes contra la madera de los muebles. Venga, no hay tiempo que perder. Acerca las dos tablas a la pierna. Pasa la tela por debajo de ella y alrededor de las maderas, y luego tira con fuerza para reducir la fractura. El alarido de dolor explota contra los oídos de la enfermera.

Al día siguiente, muy de mañana, antes de empezar con el trabajo rutinario de la azotea, llevará a cabo el traslado. Está agotada y prefiere gastar las fuerzas en ello antes que en el fuego, la cometa o el huerto. Ha tratado de ponerle remedio a la alarmante falta de fuerzas desayunando en abundancia: cuatro pedazos de patata y una zanahoria completa. Pero tampoco es que haya obtenido un gran resultado.

Y es que anoche se empleó, durante más de una hora, corriendo de un lado a otro de la primera planta, de la barrera del ala oeste a la de la norte. Tiene las piernas y los brazos desbaratados por el cansancio. Afortunadamente pudo reducir el asalto de los enfermos. La desgracia es que para frenar a los más fieros gastó las últimas provisiones de gasolina. De modo que en el caso de sucederse una nueva invasión de la zona neutral, lo pasará muy mal sin su concurso.

Abel ha conciliado el sueño después una noche de perros. La fractura, los nuevos

espasmos y la alarmante subida de la fiebre no les han concedido la más mínima tregua.

Aprovechará la coyuntura: ahora o nunca. Verona sale del aula 40 empujando la bicicleta. Sin duda alguna el mejor sitio para esconderla es la azotea. Después de la fractura cobrada ayer, Abel difícilmente subirá hasta allí arriba.

Frente a la escalera de mano resopla resignada. Solo de pensar en la dificultad que entrañará la operación, se le quitan las ganas de intentarlo. Pero es necesario que continúe con el plan preestablecido.

Verona anuda el cabo de la soga a la rueda delantera. Doble nudo. Mientras asciende a lo largo de la escalera sujeta la soga con los dientes. Una vez arriba del todo, queda lo más complicado: levantar a peso la bicicleta, que en ese instante permanece en vertical, únicamente apoyada sobre la rueda trasera.

De pie, abre bien las piernas. Se escupe en las manos y se anima antes de comenzar. *Vamos, tú puedes.* Tira de la soga. El peso de la bicicleta aumenta cuanto más próximo está el final, o eso parece. Los músculos de los brazos soportan la mayor carga del esfuerzo y como es lógico se quejan. *Un poco más y todo habrá acabado.*

Para aplicar más fuerza a la operación, Verona da unos pasos hacia atrás. Medio metro más. Entonces asoma la rueda delantera por el cuadrado de la trampilla. Con la ayuda de los pies pisa la soga y se aproxima a la rueda. Tira de ella hacia arriba con las dos manos.

Todo marcha bien cuando algo entorpece la maniobra. El pedal derecho se ha trabado en el penúltimo peldaño de la escalera. Maldice en silencio. Lo que le faltaba. Mueve la bicicleta a un lado y a otro, con desesperación, hasta que logra su propósito.

Como es costumbre el silencio se ha adueñado de la mañana, el silencio más pesado del mundo. Es una quietud balsámica que desconoce el trino de los pájaros y hasta el ladrido lejano de los perros. Hace muchos años que murieron unos y otros, y que el alboroto del tráfico no es más que un fantasma del pasado.

Está ahí, descansando tumbada boca arriba, soñando despierta, en mitad de ese silencio de cristal, cuando de repente oye un ruido. A poco que aguace el oído, descubre que rueda a través la cúpula del cielo, a muchos kilómetros de altura. Como no hay ni una sola nube, inmediatamente descarta que el origen del mismo se deba a una tormenta. Es imposible con ese cielo tan limpio.

Con la mano por visera Verona escruta el cielo. Un momento. Allá arriba. Muy por encima de las nubes, encuentra una sombra minúscula. Afila la mirada. No es un pájaro. Vuela en línea recta y sin desviarse un ápice del rumbo. Le extraña que con la cola trace una doble estela blanca en mitad del cielo. ¿Qué demonios es eso? Si Padre aún viviese la sacaría de dudas.

Cuando el doble trazo se difumina en mitad del azul del cielo, se incorpora. En

ningún momento piensa en la posibilidad de que sea un avión, más por desconocimiento que por otra consideración. En realidad nunca ha visto volar ninguno. Los conoce gracias a las fotografías de los libros de texto y a la pesadilla que tuvo hace tres noches, esa en que se estrellaban contra el suelo.

Conduce la bicicleta hasta el ala norte. La esconde detrás de la caja donde se secan las heces. Con un plástico defenderá la bicicleta de las futuras tormentas. Visita *la guarida* en busca del pertinente *vaso de fuego*. De regreso a la azotea enciende la fogata ayudándose con los restos del manual de matemáticas que empleara ayer. El humo se eleva y, con él, la esperanza de encontrar a alguien. La misma esperanza que deposita en el vuelo de la cometa de color naranja. No hace falta que se lo recuerde Abel para saber de la importancia de esas señales.

La suerte está a punto de dar un giro a su vida. Pero ella no se dará cuenta en un primer momento. Arrodillada sobre la tierra del huerto y obstinada en la selección, será incapaz de ver el vuelo de la primera piedra, que no es otra cosa que la respuesta a la llamada del humo y la cometa.

Del tamaño de una nuez, la piedra describe una parábola desde la calle y golpea uno de los cubos. El impacto sí que es escuchado por Verona en medio de ese silencio de cristal.

Se incorpora y se dirige hacia el origen del ruido. Seguidamente descubre la piedra en el interior del cubo. Joder. Si descarta a los resucitados, ya que a estos nunca les ha visto arrojar piedras, ¿quién ha lanzado la que tiene en la mano?

SU DESEO ES resolver hoy el enigma planteado ayer: ¿quién lanzó la piedra contra la azotea? Ya hubo una noche en que del cielo llovió fuego; pero piedras, nunca. Si, como es lógico, descarta a los muertos que hibernan en el *país* y alrededores —nunca han demostrado habilidad alguna para valerse de instrumentos—, únicamente queda una posibilidad: que haya sido un extranjero. Pero ¿dónde se esconde?

La sorpresa le aguardará muy de mañana. Nada más subir a la azotea encuentra una segunda piedra. En esta ocasión ha caído en terreno de nadie, ni sobre los cubos o barreños, ni sobre el huerto. La observa con detenimiento.

*Un momento. ¿Qué es esto que hay escrito aquí?*

Se agacha y repta en dirección al parapeto de la azotea. Precaución ante todo. Podría ser una trampa. Lo que no cabe duda ya es que un extranjero trata de llamar su atención. Observa de nuevo la piedra. En una de las caras se lee, escrito con un carboncillo, S.O.S. Nadie más que un superviviente sería capaz de escribir ese mensaje.

Extremando las precauciones Verona escudriña los alrededores del instituto con la ayuda de las *gafas de lejos*: primero la avenida que corre por detrás del ala norte, pues no en vano fue el lugar por donde apareció el señor Debisí, y luego la calle que desemboca en la entrada principal del edificio. De momento no ha encontrado nada, salvo el silencio, los edificios muertos y las sombras cambiantes de los mismos.

Aunque se ciernen grises nubes por el este, se decide a encender la fogata. Siempre habrá tiempo de cubrirla con el plástico si se pone a llover precipitadamente. Por lo demás aplazará las labores diarias en tanto no resuelva el misterio.

—Déjate ver —murmura sin abandonar el reconocimiento de los alrededores con la ayuda de las *gafas de lejos*.

A su espalda crepita el fuego. Y a un palmo, al pie del muro que defiende la azotea, descansa la *Magnum*. Por fin, después de muchos días, ha podido arrebatarse a Abel las dos pistolas: la *Magnum* y la que guardaba *Rencor* en su cartuchera. En previsión de cualquier contratiempo, esta última la ha escondido dentro de la caja agujereada donde se secan las heces. Antes la ha envuelto en papeles. Puesto que Abel no podrá subir a la azotea en tanto no mejore de la fractura de la pierna, siempre contará con el arma de *Rencor* en caso de necesidad. Mujer precavida vale por dos.

A su espalda la columna de humo se eleva en dirección a las nubes, cada vez más pesadas y amenazantes. Si el extranjero no da señales de vida pronto, seguro que le lloverá. En cuanto se desate la tormenta tendrá que abandonar la vigilancia. Verona lleva un plástico echado sobre los hombros, a modo de chubasquero. Pero a pesar de ello no es cuestión de arriesgarse a un resfriado y a las posibles complicaciones posteriores.

Anuncia la proximidad de la tormenta un trueno que rueda a lo largo de la bóveda de nubes. De pronto se levanta un viento algo desagradable, que riza la columna de



humo haciéndola bailar de un lado a otro. Hace frío, tanto que se encoge bajo el plástico y la ropa. Un borrrón del vaho subraya cada respiración.

—Vamos —dice a media voz. No es grato estar allí arriba. En realidad le apetecería arrebujarse en la cama bajo las mantas mientras el frío arrecia en el exterior.

La desgracia quiere que el lanzamiento de la tercera piedra suceda poco después de la irrupción de la lluvia. Verona corre en dirección a la trampilla sin olvidarse de la *Magnum*, que esconde bajo la sudadera siguiendo los consejos de su progenitor: *si se evitan ambientes húmedos, la pólvora se mantendrá activa*. Contar con el auxilio de un arma de fuego resulta imprescindible ante cualquier invasión o visita.

Apaga la fogata pisándola y luego la cubre con un plástico. *Vamos, no hay tiempo que perder*. Es justo en el instante en que Verona cierra la trampilla sobre su cabeza, cuando aterriza la tercera piedra en la azotea. Lástima. Porque en esta ocasión el mensaje escrito a lápiz es todavía más inequívoco que el segundo. Demuestra una intencionalidad insoslayable. Pero queda ahí, a merced de la tormenta.

De los tendederos del aula 32 elige una toalla. Regresa al pie de la escalera de mano secándose el pelo. Sobre la chapa metálica de la trampilla crepita la lluvia. Durante los primeros minutos lo hace con fuerza, luego con mayor templanza. Menos mal que después de aquel trueno primerizo no se suceden otros. Lo que le faltaba es que volviesen a resucitar los muertos de la planta baja.

Mientras espera, Verona ensaya con la *Magnum*. Si ha de afrontar la aparición de un forastero será conveniente aparentar una seguridad de la que carece. La pistola siempre ha obrado en poder de Abel.

Imagina que si el extranjero, llegado el caso, se encuentra lo suficientemente cerca de ella bastará con abrir fuego a la primera señal de peligro, sin ni siquiera apuntar. Por si acaso practicará disparando imaginariamente a los desconchones del pasillo.

Al cabo de un rato la tormenta se encuentra lo suficientemente lejos como para regresar a la azotea. El repiqueteo sobre la trampilla es mucho más débil que diez minutos antes. Probará fortuna. Levanta la trampilla un poco, nada, apenas diez centímetros, lo justo para observar la azotea. Sin embargo hay demasiados puntos muertos. Si desea descartar la invasión extranjera, deberá subir del todo.

Lamenta su suerte. Escupe unos insultos. Levanta la trampilla. Nada más poner un pie en la azotea, advierte la presencia de una nueva piedra. La tercera.

Verona ya está cansada del jodido juego. Sin embargo recogerá la tercera piedra. En uno de sus cantos descubre escrito un nombre: *Marcia*.

En ese mismo instante una voz, a su espalda, la reprende:

—Suelta la pistola... y no te vuelvas, por favor —la voz pertenece a una mujer. A juzgar por el timbre, fresco y lozano, Verona juraría que es joven, de una edad parecida a la suya.

—Creo que antes deberías explicar qué coño haces en mi *país* —contesta Verona, que no piensa deshacerse de la *Magnum*. Antes muerta.

—Tiene gracia que llames *país* a estas ruinas, chica.

—¿Qué quieres de mí?

—Solo he acudido a tu llamada. El humo, ¿recuerdas? Así que, de alguna manera, eres tú quien debe explicarse.

Verona sopesa la posibilidad de girarse de improviso y abrir fuego. Después de todo lo que ha luchado no se va a rendir tan fácilmente. Al menos opondrá resistencia.

—Aquí arriba se estará a salvo de los resucitados, ¿no?

—No te creas —miente.

*Verona, haz algo para recuperar el mando de la situación.*

—Veo que lo tienes todo muy organizado —apunta la voz de la extranjera.

Verona imagina que aprovecha el instante para echar un vistazo a su alrededor.

—A veces los muertos rompen las barreras de la primera planta —explica— y hay que defender las zonas...

Verona no ha terminado de hablar cuando, de repente, echa cuerpo a tierra. Rueda unos metros en dirección al conjunto de cubos y barreños. Apunta a la dirección de donde proviene la voz y aprieta el gatillo. Algo falla. Lo aprieta por segunda vez. Nada. Por desgracia algo marcha mal dentro de la *Magnum*. Prueba dos veces más y nada, *clic-clic*. El arma está cargada, hay dos balas en la recámara, pero algo se ha jodido dentro. *Clic-clic*. ¿Se habrá echado a perder la pólvora?

Levanta la cabeza en busca de la extranjera. En ese mismo instante descubre una piedra que se acerca a toda velocidad. La esquivo de milagro. Agazapada tras los cubos, Verona busca alguna solución. Lo suyo sería abreviar el trance porque, tumbada boca abajo, se le ha mojado la ropa. Podría enfriarse y coger un resfriado si no se cambia de ropa y se seca a conciencia a la mayor brevedad posible. Pero ¿qué opciones tiene empuñando una pistola de mierda como esa?

Alza la cabeza por encima de la defensa del cubo. La forastera ha debido de imitarla y echarse cuerpo a tierra porque no consigue verla. Solo escucha su voz:

—¿Qué tal si nos concedemos una tregua?

Con tal de no preguntar el significado de la palabra *tregua*, Verona opta por el silencio. Empieza a tiritar de frío. Cada vez dispone de menos tiempo: o hace algo o enfermará. Está calada hasta los huesos.

—Chica, he venido en son de paz —dice la extranjera.

—OK, levántate entonces para que te vea.

—¿Me puedo fiar de ti?

—Si no lo haces, más te hubiera valido pasar de largo.

—Chica, tienes razón, pero entiéndeme...

—Cuanto más tardemos en cambiarnos de ropa peor será ambas. Yo empiezo a tener frío... Así que tú decides, extranjera.

Tras un breve silencio la recién llegada toma de nuevo la palabra y acepta las condiciones: ha dejado su arma en el suelo antes de ponerse de pie. Como es natural Verona aún no se fía y permanece agazapada mientras observa desde detrás de los cubos a la forastera.

—Más no puedo hacer —dice la otra, que levanta los brazos.

Verona se pone en pie y avanza en su dirección. La forastera es una mujer joven, si acaso diez años mayor que ella. A simple vista Verona calcula que es, además, más alta y más fuerte. Por supuesto lamenta en silencio la ausencia de Abel, más que nada porque sospecha que, sin su concurso, será incapaz de *evangelizar* a la forastera. Esta viste ropa deportiva de algodón, que cubre bajo un poncho multicolor. Presenta una constelación de pecas en las mejillas y un corte de pelo tan severo y desigual que le presta cierto aire varonil. Su cabellera es de color zanahoria, del mismo tono que el de su añorada Ligorita, la muñeca que dormía a su lado hasta la misma noche del Desastre. Tal coincidencia predispone a Verona a su favor.

—Me recuerdas a alguien —dice la dueña de la *Magnum*.

—¿Sí? No sé si alegrarme o lamentarlo. A los familiares y amigos caídos conviene dejarlos tranquilos.

—Ya te lo contaré luego —la anfitriona lustra todavía más la sonrisa.

A un metro de la extranjera, Verona advierte que sus ojos son verdes, del color del *agua bendita* de la *bañera*, y que está completamente empapada. Además, permanece descalza, con el único auxilio de los calcetines.

A los pies de la extranjera descubre un puñado de piedras de distintos tamaños. A su lado hay dos botas muy raras, tan extrañas que nunca antes ha visto nada semejante: cada una de las botas presenta cuatro ruedas en la suela, distribuidas en dos parejas.

—¿Qué es eso? —pregunta apuntando a las botas con la *Magnum*.

—Chica, dejemos eso para luego. Si tienes ropa seca ahí abajo, más nos valdría cambiarnos, ¿no crees?

—Yo soy Verona, Verona *Marcovaldo*. ¿Cómo te llamas?

—Lo decía la tercera piedra. Me llamo Marcia —su acento la delata. Procede del norte.

—Nunca había escuchado un nombre como el tuyo.

—¿Te gusta?

—Suenan bien. ¿Vienes de muy lejos, Marcia? ¿Has encontrado muchos supervivientes? ¿Cómo está la situación ahí fuera?

—Abrevia, chica. Cuando estemos a cubierto y nos hayamos secado te cuento.

—De acuerdo, como prefieras. Pero antes queda una cosa —murmura y adelanta la pistola.

—¿No crees que deberías guardarla?

—Que te follen. Yo soy la que manda aquí.

—De acuerdo, no te ofusques. Pero he visto cómo tratabas de abrir fuego inútilmente. Se ha debido mojar la pólvora. Así que te servirá de poco.

Podría porfiar y negar la evidencia, decir que en realidad ella no ha apretado el gatillo. Sin embargo no lo hace, para qué. Enhebra la pistola en la cintura del pantalón. Acto seguido extrae la hoja de la navaja de cachas rojas, aquella que perteneciera a Clod Debisí. Con algo tendrá que defenderse si se produce una agresión.

—Solo queda que te desnudes.

—¿Ahora?, ¿aquí? No me jodas, chica.

—Verona, llámame Verona, si no te importa —gruñe. Mostrarse amable mientras empuña una navaja sería un disparate.

—Pongámonos a cubierto, por favor. Entonces me desnudaré.

—Ahora. Necesito ver que no escondes ninguna arma.

Abre los brazos en cruz y da un golpe de hombros. A Verona le resulta difícil aceptar que esa mujer ha sobrevivido ahí afuera completamente desarmada. Así que no se fía: tiene que guardar alguna arma bajo la ropa.

—Mira dentro si quieres —Marcia invita a Verona a echar un vistazo a la mochila que extrae de debajo del poncho multicolor. La deja a sus pies extremando la precaución, los movimientos bien medidos. Colaborará cuanto le sea posible, por lo menos mientras le convenga. Ya verá qué actitud adopta más tarde.

—Eso después, Marcia. Ahora desnúdate, por favor. No pongas más difícil la cosa, joder.

—Debería quejarme yo. Tengo mucho frío, estoy empapada.

Como no le queda otra, accede. De un simple vistazo Verona comprueba que el cuerpo de Marcia, al igual que el de ella, acusa la ferocidad del hambre. Los huesos se marcan demasiado bajo la piel, apenas queda tejido muscular sobre ellos. Comprueba que tiene los pechos consumidos por la falta de alimentos. A pesar de habérselo afeitado, el nacimiento del vello púbico demuestra que es del mismo color zanahoria del cabello.

La anfitriona echa una ojeada rápida a la mochila sin quitar ojo a la extranjera, que tiritita de frío y se cubre el sexo y los pechos con las manos.

—Ahora te daré ropa seca, no te preocupes —apunta.

—Ahí dentro solo encontrarás recambios y herramientas para los patines.

—¿Esto qué es? —pregunta Verona sacando del interior un destornillador.

—Ya te lo he dicho. Es un destornillador.

—Podías habérmelo dicho antes. Se puede hacer mucho daño con él, si sabes usarlo, ¿no crees?

—Chica, no pensaba ata...

—Verona, si no te importa —le interrumpe para corregirle de nuevo.

Verona cierra la mochila y se la echa a la espalda. Es hora de bajar a la segunda planta. Arrecia el viento y el frío le escarba los huesos. Invita a la extranjera a recoger toda su ropa del suelo.

—También eso, Marcia —dice al señalar los patines.

El aspecto de Marcia por detrás es igual de lamentable que por delante. Vértebra a vértebra, se advierte el dibujo de la columna bajo la piel. El culo está consumido, igual que los pechos. Por un momento Verona lamenta que no vaya a ser de mucha utilidad la *evangelización* de Marcia. Descontando la cabeza y las tripas, la carne aprovechable se antoja mínima.

MARCIA Y VERONA se observan juntas frente al espejo, las dos desnudas, mientras se secan con la toalla. Parecen dos colegialas que rivalizasen por ver quién es más bonita. Y salvo por la diferencia notoria del color de piel de Marcia —más claro el de esta— y de constitución física —la extranjera es más fuerte que la anfitriona—, las dos presentan la misma delgadez.

—Verona, ¿y esos moratones?

—Nada, que estoy aprendiendo a montar en bicicleta y me he caído un par de veces.

—¿Te has caído de espalda? —pregunta Marcia, extrañada.

—Ah, ¿pero también tengo golpes en la espalda? Ni me había dado cuenta.

—Y otro aquí —señala el costado, a la altura del riñón derecho.

Verona sonríe como el párvulo que, cogido en falta, promete un cambio de actitud. Qué va a decir ella. Lo ideal es cambiar cuanto antes de tema. Es por eso por lo que se apresura a decir:

—Estás casi tan delgada como yo.

—Ningún hombre se fijaría en nosotras, ¿no crees? —bromea la forastera.

Verona tuerce el gesto, da un paso atrás y adelanta la navaja con objeto de demostrar que es ella quien manda allí. Seguidamente se cubre la cadera con la toalla y los pechos con la mano libre. Le asalta la vergüenza y la urgencia por abreviar la estancia en el cuarto de baño. Marcia se percata de ello y trata de agradarla.

—Venga, chica, he dicho ningún hombre —insiste en el tono jocoso. Ella no se apresura a ocultar su desnudez. Hince los puños a la altura de la cadera, emulando a Peter Pan—. Yo sí me fijaría.

*Menudo consuelo, piensa Verona.*

Por un momento le agradecería que estuviese presente Abel y que él se erigiese en juez: ¿cuál de las dos conserva un cuerpo más apetecible? Ciertamente la novedad podría decantar la balanza hacia la recién llegada, pero no hay excesiva diferencia entre ellas. Es posible que a Abel le apeteciese follarse a Marcia, más por cambiar que por otra consideración. Pero ella sabe lo que le gusta en la cama y cuenta con esa ventaja.

—Vamos a coger algo de ropa seca, Marcia. Está en el aula de al lado.

—Espero que no te hayas enfadado.

—¿Por qué habría de hacerlo? —El disgusto ahora es más evidente que segundos antes. No se molesta en ocultarlo. Que la jodan. Demasiado ha hecho con permitirle el acceso al interior del *país*.

Luego fuerza la sonrisa e insiste en ir a la clase contigua: allí aguardan el tendedero y la ropa seca.

—Gracias por haberme aceptado —manifiesta Marcia.

Lo que pretende decir la extranjera es que le ha hecho un gran favor al no

devolverla a la calle. Bien es verdad que los resucitados, de unos años a esta parte, no suponen una gran amenaza, salvo que un ruido traicionero los alerte y terminen por rodearte. Ella ha encontrado la forma de desplazarse en absoluto silencio sobre los patines. Así que tampoco le habría importado demasiado seguir camino a ninguna parte. ¿Qué más da un lugar que otro? Lo que diferencia a este de esos otros es el rectángulo de tierra labrada, el huerto. Desea preguntarle a Verona qué cultiva en él, pero se contiene: mala idea la de mostrarse demasiado desesperada por la comida. Más que nada porque le inquieta una duda, casi una señal de alarma: ¿qué puede ofrecer ella a cambio a la anfitriona, que parece tan confortablemente instalada en el instituto? ¿Por qué la ha permitido quedarse?

—Vamos o nos enfriaremos —protesta Verona.

Por mucho que se haya cubierto con la toalla Verona se siente incómoda ante la extranjera, como si de alguna manera temiese simpatizar en demasía con ella. A fin de evitarlo, recuerda la intención con que, día tras día, enciende la fogata y echa a volar la cometa: la supervivencia. Que el *agua bendita* reciba a un nuevo *muñeco*.

—Un momento, ¿utilizáis eso como *bañera*? —pregunta Marcia señalando el congelador horizontal.

A Verona no le inquieta lo más mínimo la pregunta. Contestarla tampoco es tan difícil. Diferente sería si la *bañera* contase con un inquilino decapitado y destripado. Pero entonces no le habría permitido el acceso a los cuartos de baño; la habría hecho pasar directamente a *la guarida*.

Sentada sobre el borde de congelador Verona hunde la mano derecha en el líquido verdinoso. A continuación explica a su invitada que la utiliza para prolongar la conservación de la carne.

—Es salmuera —indica.

—¿Para qué tipo de carne?

Mientras la forastera arruga el gesto, Verona sonríe con una pizca de malicia. Se sucede una décima de segundo en que vacila: si le cuenta toda la verdad y nada más que la verdad, sin otro atenuante que la explicación definitiva —que la supervivencia está por encima de cualquier reflexión—, habrá de actuar con rapidez. Consecuentemente Marcia, noqueada ante la respuesta, quedaría a su merced. De manera que dispondría del tiempo justo para abalanzarse sobre ella y hundirle la hoja de la navaja en el costado.

—¿Ratas? —pregunta Marcia después de reprimir una mueca de asco—. ¿Carne de ratas?

—Antes hay que cazarlas, por supuesto. Voluntarias nunca se prestan —bromea. Vuelve a hundir la mano en el *agua bendita*.

—Nunca había imaginado algo así.

—Lleva una solución de treinta gramos de sal por litro de agua. El único requisito

previo es decapitar y eviscerar a la rata. Sumergida en la salmuera, la carne se conserva durante muchos meses. Luego tan solo hay que asarla.

Frente a los tendederos del aula 32, Verona se apresura a elegir una braga, mete la punta de los pies y tira de ellas hacia arriba. Después de enfundarse el pantalón de un chándal masculino, anima a Marcia. Le previene contra la corriente de aire que favorece el secado de la colada y que corre desde la puerta hasta la ventana que permanece medio rota; podría jugarle una mala pasada y enfermar.

—Todavía recuerdo cuando iba con mi madre de compras —murmura Marcia con la voz algo borrosa por la nostalgia—. Esto es algo parecido. Es genial.

—Me alegro de que te guste —Verona se lía en torno a los pechos un trozo de tela, bien fuerte para que no se afloje a las primeras de cambio.

—Chica, ¿y toda esta ropa es tuya? —La forastera se pasea desnuda por entre los cordeles. En su imaginación ha regresado a aquellas tiendas que visitaba antes del Desastre en compañía de su madre.

Verona termina de vestirse en un suspiro y apremia a la invitada. Todavía hay mucho trabajo que hacer. No se imagina cuánto.

—¿Toda esta ropa es tuya? —insiste Marcia.

—Bueno, una pequeña parte —contesta malhumorada por la repetición de la pregunta—. La demás la encontré aquí y allá.

—No, chica, me refería a toda esta —murmura. Para que entienda a qué se refiere, alcanza un calzoncillo y se lo lleva a la cintura—. Me refería a esta.

Es la segunda vez que la curiosidad de la recién llegada sin pretenderlo le tiende una emboscada. Antes ha sucedido con la cuestión planteada acerca de la *bañera*; ahora con esta de la ropa masculina. No es tan tonta como para cometer un error semejante. De no haber preparado de antemano la respuesta, se habría apresurado a retirar la ropa de Abel mientras Marcia terminaba de secarse frente al espejo del cuarto de baño. Y no lo ha hecho.

Bastará con mentirle de nuevo. Qué importancia tiene. Verona ofrece una explicación tan peregrina como efectiva: también usa ropa masculina. En situaciones extremas, dice, se impone el aprovechamiento máximo de todos los recursos. Es más, esgrime a tal efecto, como prueba de lo dicho, el chándal que ha elegido. No hay que despreciar nada.

—¿Vivía algún hombre contigo? —Marcia ha elegido un pantalón acampanado.

—Preferiría no hablar de ello.

—Cuéntame... por favor. —La forastera retira del tendedero la que fuese rebeca del señor Debisí. Tampoco presta demasiada atención a esas manchas parduscas que la afean y que la obstinación de los lavados no ha conseguido erradicar. Lo importante es sentirse abrigada con ella.

—Volvamos a la azotea, Marcia. Aún hay mucho trabajo que hacer.



—Como quieras. Si no te apetece hablar, lo dejamos.

—No es que no me apetezca —murmura—, es que me resulta doloroso, ¿sabes?

—Te comprendo.

—Joder, de acuerdo, tú ganas. Pertenecían a mi padre y a mi hermanastro —murmura.

—Comprendo lo que quieres decir.

—Sigo lavándolas como si todavía estuviesen conmigo. Es una manera de negar la realidad. Gilipollas que es una, además de una jodida sentimental.

—Lo siento. No pretendía importunarte, de verdad —la extranjera dobla las mangas de la rebeca hacia arriba porque le quedan demasiado largas.

—Murieron hace ya más de cinco años, y tiene gracia, ¿sabes? Hay días en que los imagino vivos aún. A veces me despierto y creo que están conmigo, que vamos a compartir el desayuno.

—Lo dicho, lo siento —ahora es la recién llegada quien se debate ansiosa por llegar cuanto antes arriba. Ha metido la pata y lo sabe. Cuanto antes suban a la azotea, antes se olvidará Verona de su padre y de su hermanastro.

A pesar de la curiosidad de la patinadora, el silencio que se abre entre ambas es cómplice y no amenazador. En ocasiones las alianzas más sólidas se forjan sobre mentiras del calibre de un misil nuclear. A Marcia le interesa adoptar el papel de amiga comprensiva, aunque por ahora no sea ni su amiga ni esté dispuesta a comprenderla. Por su parte a Verona lo que le interesa es que la otra no haga más preguntas. De seguir por ese camino, encontrará una respuesta tan incontestable como la que representaría la Estatua de la Libertad semienterrada en una playa: la verdad.

Verona aprovecha la tregua del silencio para colgar la ropa húmeda que vestían con anterioridad y las dos toallas que han utilizado. Al terminar apunta que, con esa corriente de aire, estarán secas posiblemente para mañana por la mañana.

—No tengo prisa, mujer —confiesa la extranjera. Es casi una declaración de intenciones.

Desentendiéndose del comentario, Verona señala las botas con las ruedas y pregunta para qué sirven.

—¿Nunca has visto unos?, ¿no? Son patines. Sirven para desplazarse. Entrenando duro se alcanza una buena velocidad sobre ellos. ¿Lo mejor de todo? Que es un método de transporte silencioso, ideal para internarse en terreno infectado.

—¿Patines? ¿Me enseñarías a utilizarlos? Parece difícil —señala Verona. Ahora están tan cerca las dos muchachas que una puede percibir el recelo de la otra.

—En absoluto. Solo hay que tener equilibrio.

—¿Cómo en una bicicleta?

—Exacto. Si te apetece... te enseño, a cambio de algo de comida.

—La comida únicamente la conseguirás trabajando, únicamente así —puntualiza Verona antes de que la otra se haga una idea equivocada de la situación. Aunque es innecesario que adelante la antigua navaja de Debisí, lo hace por si acaso—. Aquí,

quien no trabaja... no come.

—Te entiendo, es lo lógico.

Guardará la navaja bajo el chándal en señal de buena voluntad. Por ahora se permitirá el lujo de confiar en la invitada.

Acodada sobre el muro de la azotea Marcia señala la inactividad de los resucitados, que yacen bajo los aleros.

—¿Cómo son capaces de *morir* durante tantos años? —Medita Verona en voz alta.

—Bah, chica, tampoco creo que haya sobrevivido ninguna autoridad médica capacitada para responder al enigma.

—A veces, si no media provocación alguna, un ruido que los despierte, son capaces de estarse así, quietos, durante meses.

—Recuerdo que durante los Años Críticos corrió la teoría de la Doble Muerte. Según ella, los hambrientos fallecerían por segunda vez en el plazo de unas semanas; bueno, eso siempre y cuando no consiguiesen alimento. Después se habló de meses, incluso de muchos meses. Otra deducción errónea. Al fin, cuando se ha comprobado que nos acompañarán durante años, nada más quedamos tú y yo... y a saber quién más.

Verona sacude la cabeza. La perspectiva no es nada halagüeña, nada. Ella lo sabe, la invitada también. En parte porque la supervivencia ha dejado de ser el horizonte al que dirigirse, ya que ambas son conscientes de que nadie sobrevivirá a los resucitados.

—Si les gritas o les arrojas algún cascote, resucitan —señala Verona—. Es gracioso comprobar cómo miran hacia arriba. Hace tiempo inventé un juego. A veces es muy aburrido estar aquí sola. Los *parados* se han convertido en parte de la familia.

—¿Parados?

—Sí, así los llamábamos.

—Tiene gracia. O ninguna, según. Antes del Desastre, los parados eran los ciudadanos que no encontraban trabajo. Quedarse parado era toda una tragedia hace quince años.

—Marcia, la supervivencia es un trabajo muy duro.

—Chica, eres muy joven para entender lo que digo. Se trabajaba a cambio de un salario, de un puñado de billetes con que pagar el alquiler del piso o la hipoteca. Por cierto, te he interrumpido antes. ¿En qué consiste el juego del que me hablabas?

—Lo llamo *bautismo*.

La extranjera se queda en silencio a la espera de que continúe. Prefiere que hable la anfitriona.

—Padre nos contó que, con anterioridad a los Años Críticos, se bautizaban a los bebés al poco de nacer. Por lo visto la cosa consistía en verter agua sobre la cabeza de

los recién nacidos y luego darles un nombre.

—No es del todo así —objeta la invitada—, aunque se le parece mucho.

—Bueno, lo cierto es que se me ocurrió que sería divertido *bautizar* a los muertos. Para no gastar agua decidí utilizar la saliva. Si quieres jugamos luego — propone Verona, que se aleja en dirección a la fogata.

—Me parece algo irreverente —sentencia Marcia, que la sigue de cerca.

—¿Irreverente?

Verona se arrodilla sobre el círculo de piedra. Retira el plástico y la leña que ha resultado mojada anteriormente.

—¿Cómo te lo explicaría? Irreverente es lo mismo que blasfemo.

A juzgar por el rostro de la anfitriona, esta no se ha enterado de nada. Verona desconoce el significado de esas palabras. De modo que prefiere cambiar de tema.

—La idea del fuego es magnífica, chica. La columna de humo se ve desde muy lejos, casi desde fuera de la ciudad. Y la cometa, lo mismo. Ese color naranja es imposible que pase desapercibido. Llevo varios días espiándote. Tampoco había que precipitarse.

—Todo fue idea de Padre.

Verona enseña a la forastera, que se ha empeñado en ayudarle: el papel ha de colocarlo debajo de los trocitos de madera, pero sin compactar demasiado el conjunto ya que el fuego necesita respirar para no ahogarse. Tras finalizar la operación cubren la fogata con el plástico. Con cuatro piedras asegurarán de que no salga volando a la menor racha de viento.

—Antes me dijiste que vivías con tu padre y tu hermanastro.

—Eso es —reconoce antes de ponerse en pie.

—¿Y encendías tú sola el fuego para llamar la atención de la gente de fuera?

Sobra con que la anfitriona sacuda la cabeza en sentido afirmativo.

—Entonces, chica...

—Verona, por favor.

—OK, Verona entonces... ¿quién era ese muchacho que te acompañaba hasta hace dos días?

¿CÓMO SALIR DE semejante emboscada? La única manera es seguir hacia adelante, aunque a cada paso se aleje más de la verdad. O eso piensa Verona.

—Ah, te refieres a Clod Debisí, el extranjero. Vino de muy lejos, eso dijo. Ha sido un excelente compañero —explica, inmune al remordimiento.

Ahora se encamina hacia el huerto. Invita a Marcia a que la acompañe. Lo importante es seguir trabajando como si nada. Así no le concederá ninguna importancia a la pregunta planteada ni a la argucia esgrimida.

—Aquí cultivo patatas y zanahorias. Poca cosa quizá, pero es lo que me mantiene viva. Luego te explicaré dónde guardo las recolectadas y cómo preparo el abono. Que todo tiene su método.

—¿Qué le sucedió a Debisí?

—Tuvo muy mala suerte. Por culpa de un mal tropiezo se hirió en la pierna derecha, justo aquí —señala el punto exacto, cuatro dedos por encima de la rodilla. Es el mismo lugar donde resultó herido Abel hace tres meses. Luego se acuclilla sobre la tierra y observa con atención cada brote—. El culpable fue un paraguas. Debisí había bajado al *vertedero* del aula 16, buscaba no sé qué cosa. Bueno, lo cierto es que apareció sangrando.

De la tierra arranca una patata y se la muestra a la invitada. Es magnífica, casi un lujo para dos hambrientas como ellas. Contemplan la hortaliza como quien ha descubierto un tesoro enterrado.

—Hablas de él en pasado. ¿Dónde está ahora?

Si Marcia continúa tan parlanchina como hasta ahora será necesario tomar una decisión. Verona está absolutamente convencida de que si le corta la lengua dejará de importunarla.

—¿Debisí? El muy cabrón se ha marchado sin ni siquiera despedirse —comenta después de sobreponerse a la rabia—. Llevaba varios días diciendo que tenía que encontrar medicinas y a alguien que le curase. Terminó obsesionado. Pues adiós, muy buenas. Que le vaya bien, donde quiera que se encuentre.

Las dos muchachas descienden a la segunda planta llevando consigo la mínima cosecha obtenida. Verona, con la ayuda de un *vaso de fuego*, le muestra a la otra el aula donde guarda las hortalizas.

—Está a oscuras para que no se echen a perder. Si les diese la luz se estropearían —puntualiza al salir del aula.

Durante las dos horas siguientes las dos trabajan codo a codo. Al fin se detienen en el interior del aula 38, la biblioteca.

—Padre apartó los libros más interesantes en aquel rincón. Hemos ido utilizando los demás, libros de texto en su mayoría, para encender diariamente la fogata o para

mantener activo el *vaso de fuego de la guarida*.

—A mí nunca me gustó estudiar —reconoce Marcia en un arrebato de sinceridad—. Bueno, tampoco leer. Supongo que ese era el problema.

—¿No te gusta leer?

Mientras hablan, acceden al interior de *la guarida*. Verona ha invitado a Marcia a sentarse en una esquina de la cama mientras ella prepara el almuerzo.

—No, de verdad, la lectura me parece tan aburrida... —apunta arrastrando las palabras—. Prefiero mil veces el cine. Y si es al aire libre, mejor que mejor —la voz ahora no se arrastra, sino que se eleva y colorea con el fulgor de los recuerdos—. El sonido de la música y la voz de los actores perdiéndose en la lejanía, libre de las cuatro paredes de la clásica sala de cine.

—Creo que Padre nunca me llevó al cine —Verona pincha una patata con un tenedor y la aproxima a la lumbre del vaso.

—Si lo hubiese hecho, te acordarías. Seguro. La primera vez que una va al cine... Joder, cómo huele esa patata —dice acercando la nariz a la vertical de la misma—. Nunca se olvida esa primera vez, salvo que seas muy pequeña.

Después del almuerzo, las dos muchachas ocupan la cama. Antes de quedarse dormida, y con el consentimiento de Marcia, Verona le ata las manos con una cuerda. Nunca está de más una precaución tan elemental.

—Entiéndeme.

—No te preocupes, chica.

—Cuando confíe en ti no hará falta.

Ahora miran al techo de *la guarida*. Durante un rato mantienen silencio, luego comienzan a hablar. Tienen muchas cosas que compartir.

—Gracias por la comida, Verona.

—Mientras te la ganes trabajando, no tendré problema en compartirla contigo.

—Cosas peores he hecho para ganarme la vida en estos últimos años.

A Verona le gustaría que la otra se explicase, que compartiera parte de su experiencia. Sin embargo, y para no meter la pata, prefiere callarse. Ya habrá tiempo antes de que se decida a *evangelizarla*. De no ser por la jodida supervivencia que las separa, Verona apuesta a que congeniaría con ella.

—¿Y eso de ahí?

La pregunta de Marcia hace que Verona vuelva en sí. Observa cómo la forastera señala la ilustración del Sistema Solar, la que permanece grapada sobre la madera de la alacena.

—Llámalo sueño.

—¿A qué te refieres? No te entiendo.

—Bah, es una tontería de las mías. Lo tengo ahí porque me gusta soñar despierta: ese será el mejor viaje de todos. Si alguna vez abandono este puñetero *país*, me

gustaría visitar Saturno o Júpiter.

Marcia se ríe. La carcajada enoja a Verona. De pronto se siente igual que esa niña que en mitad de la clase es objeto de la burla de sus compañeros por no saberse la lección. ¿De qué se ríe? Está hablando en serio, muy en serio... Sí, se ha apropiado del anhelo de Abel pero ¿qué tiene de gracioso?

—Chica, no te vayas a enfadar ahora.

—¿Quién está enfadada aquí? —pregunta haciendo más notorio aún su enojo.

—Oye, solo me ha hecho gracia. Nada más.

—Si me lo explicaras, a lo mejor nos reiríamos juntas. Supongo que sería más divertido.

—Me refiero a lo de ese viaje. Me ha hecho gracia. Nada más.

—No veo que tenga nada de gracioso.

—Esos planetas están demasiado lejos. Hasta allí no se llega ni en bicicleta. Tampoco en patines ni en coche.

¿Para qué hablarle de la falta de oxígeno, de la atmósfera y de los vuelos espaciales?, piensa la pelirroja. Está claro que no lo entendería.

—Joder —masculla Verona.

—Necesitarías un cohete para llegar tan lejos. Ni siquiera Laika lo consiguió.

—¿Cohete, Laika?

Es como hablar con un niño pequeño de trigonometría, o de integrales y derivadas. Así que será conveniente abreviar el tema. Ofrecerle más explicaciones a la anfitriona le obligaría a emplear otras palabras para las que serían necesarias nuevas explicaciones. Algo demasiado agotador en su estado de cansancio.

—Ese viaje de tus sueños, en resumidas cuentas —dice con algo de sorna—, es solo eso, una quimera, nada más.

Ahora es ella, Verona, quien se ríe por dentro. Piensa en Abel y en que siempre soñó con algo irrealizable. Maldito hijo de puta. Se ríe para sí misma, para dentro.

—Si hubieses ido al colegio sabrías de lo que hablo, pero supongo que eras muy pequeña cuando todo ocurrió.

—Tenía cinco años.

Al despertar de la cabezada de media tarde ya casi ha anochecido. Sobre el instituto ha caído esa noche prematura de principios de invierno, y eso que son poco más de las cinco de la tarde.

Verona abandona la cama, dispuesta a bajar hasta la primera planta.

—Necesito que me acompañes, Marcia —dice mientras le desata las manos.

Es mentira: en realidad no precisa de su compañía. Es una manera de evitar que se la extranjera se quede sola en *la guarida* y curioseee aquí y allá por su propia cuenta. No vaya a ser que descubra algo que ella quiera esconder.

Es lógico que Verona recele. Le extraña que todavía la otra no le haya preguntado

por la puerta cerrada del aula 36, la de la *iglesia*. Es más que sospechoso su silencio. Lo lógico habría sido mostrar interés por el aula cerrada y en cambio ella ha obviado en todo momento el tema. Así que no piensa facilitarle el trabajo. Joder, si quiere saber qué hay detrás de esa puerta que pregunte. Ya tiene pensada una respuesta con que satisfacer su curiosidad.

—Como quieras, chica, yo voy donde tú me digas.

En la primera planta extreman las precauciones con objeto de no alertar a los hambrientos. Para ello caminan descalzas con la única defensa de los calcetines. Avanzan muy lentamente y se comunican entre ellas por gestos o hablándose directamente al oído. El hedor que sube por el hueco de las escaleras que conducen al patio es un aviso: los muertos siguen ahí, dispuestos a despertar de la hibernación.

Se adentran en el ala oeste, iluminadas por la apocada lumbre del *vaso de fuego* que porta Verona. En la otra mano empuña el machete. La extranjera —que por expreso deseo de la anfitriona va desarmada— se pregunta a dónde diablos se dirige la muchacha. ¿Qué coño está haciendo?

Se alejan de la muralla que defiende el ala oeste para avanzar a través de esta. A todas las aulas les faltan las puertas, a todas menos a la del aula 16.

—Quédate aquí fuera —susurra al oído de su compañera.

—Ni hablar —protesta Marcia en un hilo de voz.

—Necesito que permanezcas atenta. Si *ellos* rompiesen la muralla estando aquí dentro, se acabó el juego. Solo tardaré unos minutos.

Los ojos de Marcia son sinceros: tiene miedo. La patinadora siempre ha elegido los espacios abiertos cuando ha necesitado enfrentarse a los muertos, consciente de que su habilidad y rapidez sobre los patines eran más que suficientes. Aquí, sin ellos, es lógico que recele. Sin embargo tampoco le apetece que Verona piense que se ha equivocado al permitirle el acceso al instituto. De manera que se traga el miedo antes de afirmar que está de acuerdo.

—Voy a contar hasta cien —susurra la portadora del vaso—. Espero salir antes, ¿de acuerdo?

—Hasta cien, perfecto.

Prueban a sincronizar el ritmo del conteo. Marcia ha de adaptarse a la velocidad de Verona, que ya tiene sistematizado el ejercicio. Les vale con un par de intentos para conseguir esa sincronía.

—Recuerda, hasta cien.

—OK. Chica, ¿qué hago aquí fuera mientras tanto?

—Rezar si sabes. Si despertasen los *parados*, me avisas.

Al menos Verona tiene la deferencia de no cerrar la puerta del aula. Con ello permite que la invitada la observe desde el mismo quicio. Verona se adentra en el *vertedero* después de anudarse un pañuelo sobre la nariz. Sí, lo sabe, es poca defensa para el hedor que infecta la estancia, pero qué otra cosa puede hacer.

Ha venido a comprobar el estado de los cadáveres de los últimos hambrientos

ejecutados en las *noches de euforia*, y de paso ver si logra alguna pieza menor. El trabajo es de lo más desagradable: de un machetazo certero abre los vientres de los tres cadáveres: *Alegría*, *Negro* y *Zurdo*. Las tripas explotan hacia afuera y se desparraman a través de las heridas. A patadas, y reprimiendo una arcada, las esparce. Están tan podridas que se deshacen bajo la fuerza de los punterazos. Hay alguna que otra que se obstina, rebelde, en seguir anclada al abdomen. Bastará con agacharse y tirar de ella mientras pisa el otro extremo.

... 46, 47, 48, 49, 50...

Lo malo es que la sangre pastosa humedece el calcetín y ello le desagrade profundamente. Cuando se dispone a limpiar el tercer cuerpo, sucede. Aun cuando la luz del *vaso de fuego* es mínima, Verona la distingue por el rabillo del ojo, correteando sobre la pirámide de basura. Es una rata enorme, casi del tamaño de un gato, que se afana sobre las tripas que ella ha lanzado lejos de los cadáveres.

Un desagradable sonido acompaña el trabajo de los dientes del roedor.

—Tienes más hambre que nosotras —murmura. Aguarda un instante sin moverse, a la espera de que el animal se confíe por completo, o cuando menos baje la guardia. Sabedora de que ha de emplearse con rapidez, perfecciona el movimiento de su brazo dentro de la cabeza: la flexión exacta de las rodillas, la torsión del tronco y el vuelo circular del brazo—. Hoy tenemos invitada en casa.

De regreso al vientre de *la guarida*, y una vez cerrada la puerta y atrancada con el pertinente mueble, ya pueden hablar. Lo primero que hará Marcia es arrojarle a la anfitriona la pregunta que le corroe desde hace un buen rato. Se ha sentado a la mesa y juguetea con el dado, haciéndolo rodar entre los dedos.

—¿De quiénes eran esos tres cadáveres?

Verona, que se ha quitado los calcetines embadurnados de sangre, se apresura a ponerse otros. Sonríe. Coge de nuevo a la rata muerta de la cola, la levanta hasta que queda a la altura de la cara, como quien muestra un excelente trofeo de caza, una pieza única digna de la mejor colección.

—Despelléjala, Marcia —ordena antes de lanzarle el animal.

La forastera se aparta y la rata rebota en la mesa y arrastra el dado en su caída al suelo. Después de que Verona devuelva el dado a su posición de privilegio sobre la mesa, Marcia acepta a regañadientes la navaja de cachas rojas que la anfitriona le tiende.

—Preferiría no hacerlo.

—Esa será la cena.

—De acuerdo, pero todavía no me has contestado, ¿de quiénes eran esos cadáveres?

Verona se sienta en una esquina de la cama. De debajo de ella extrae el ejemplar de *Marcovaldo*. Después de un día tan duro le apetece un poco de lectura. Maneja el



libro con cuidado para que no se desencuadernen más páginas. Bastante tiene con el agravio de las dos hojas que permanecen sueltas desde que Abel las arrancase mientras la violaba. Mil veces las ha planchado con la mano para quitarle las arrugas que cobraron al ser introducidas en su boca. Pero no hay nada que hacer.

—Eran tres *parados*. Ya te contaré. Antes, despelleja a la rata.

—De acuerdo, chica, yo la despellejo y tú me cuentas.

Para que quede claro su afán por colaborar, Marcia se apresura en abreviar la operación. Enhebra la navaja en la piel, buscando un lugar donde separarla de la carne. Luego practica el corte. A la patinadora le incomoda el pelo áspero, duro, de la rata. El asco que experimenta le pone el vello de punta. Pese a todo trabaja con la seguridad propia de quien tiene experiencia.

—No es la primera vez que lo haces —indica Verona, que ha levantado la mirada del libro.

—¿Me cuentas qué hacían esos tres cadáveres allí?

—Mi hermanastro inventó el juego de la *noche de euforia*. Gracias a él matábamos el aburrimiento de las infinitas noches de invierno. Tal vez fue el juego más cruel que creó —por un instante piensa que no, que más cruel es la *evangelización* de los *muñecos*. Pero será mejor quedarse calladita.

Marcia muestra la rata completamente despellejada. La deposita sobre la mesa y se acerca a la cama después de limpiarse las manos en un trapo.

—El juego es bien sencillo: consiste en despertar a los resucitados y elegir a uno de ellos. Hay que...

—Pero esos cadáveres —la interrumpe— tienen menos de cinco años.

Seguidamente echa un vistazo al título del libro que sostiene la lectora entre las manos.

—Si me dijiste que tu padre y tu hermanastro murieron hace...

—Lo he seguido practicando yo sola —fantasea—. Te preguntarás por la finalidad del juego, ¿no? En el aula 30 guardo un montón de huesos, ¿recuerdas? Ya te dije que sirven de abono.

—Lo recuerdo.

—Hay que molerlos bien hasta hacerlos polvo. Los huesos provienen de los cadáveres de los *parados*. De alguna manera, la *noche de euforia* hace divertida la elección del abono. No sé si me sigues.

A la extranjera le gustaría bromear con el tema, pero prefiere olvidarse de él o cambiar de tercio.

—El libro está jodido —señala.

En su fuero interno Verona preferiría olvidar lo que hizo Abel. Tampoco hay necesidad de que Marcia se lo recuerde. A veces sospecha que debería abreviar la pantomima y quitar a Marcia la cara de un mazazo. Sin embargo cuenta hasta diez, respira y se traga la rabia.

—Por lo menos el libro tiene casi tantos años como yo —explica—. Padre me lo

leía siendo pequeña, antes incluso del Desastre. El pobrecillo se está deshojando.

—Se llama como tu apellido —le recuerda—, *Marcovaldo*.

Despierta en mitad de la madrugada. De inmediato lamenta la interrupción del sueño, la oportunidad perdida: en él acompañaba a *Marcovaldo* en su búsqueda de leña. Estaban en el bosque de la autopista cuando de pronto ha regresado a las entrañas de *la guarida*. Joder. Verona maldice, muerde unos insultos. Para una vez que ha logrado que la lectura convoque un sueño paralelo a las aventuras vividas en el papel, algo la despierta.

De pronto, tras un segundo de confusión, Verona acierta a comprender de quién o de qué es la culpa: le ha despertado la ausencia de Marcia. Estira el brazo. La otra mitad de la cama está vacía. Al principio piensa en positivo, que la pobre se ha levantado a orinar y que regresará de inmediato de los lavabos. Luego cambia de opinión: una luz de alarma se enciende dentro de la cabeza. Se ha quedado dormida y se ha olvidado de atar las manos a la pelirroja. Por el propio bien de Marcia desearía equivocarse. Ojalá no esté en lo cierto y no haya ido a husmear a la *iglesia*.

Alcanza el mazo, que duerme a su derecha. También se provee de la navaja y el machete. Nunca estarán de más. Por supuesto dejará el *vaso de fuego* donde está, junto a la cama. Será mejor desenvolverse a oscuras.

—Maldita puta —masculla en voz baja. La rabia crece en espiral dentro de su estómago, igual que las llamas de un incendio incontrolable.

Verona mide cada paso con la intención de hacer el menor ruido posible. La puerta está entornada. Una vez en el umbral de *la guarida*, aguza el oído. A poco que se esfuerce, escuchará el forcejeo. Para quien sabe escuchar es perfectamente audible: alguien trastea el pomo de la puerta que bloquea el acceso a la *iglesia*, muy quedamente, pero lo bastante para que ella lo perciba.

Después de todo era lo lógico, como ha sospechado desde un principio: al final Marcia se ha dejado vencer por la curiosidad. Tal vez debió desconfiar de ella desde el minuto uno y acabar con su vida a las primeras de cambio.

Las manos de la lectora se cierran sobre el mango del *True Temper*, que se convierte en la prolongación de la rabia que experimenta. La muy puta. Ahora ya no hay vuelta atrás. Castigará la osadía de la recién llegada con ejemplar dureza.

Cuando Marcia se siente descubierta, la sombra de la anfitriona está demasiado cerca. Menos mal que la oscuridad oculta el mazo de derribar paredes.

EL TURBIÓN DE la sangre, el motor acelerado del corazón, la caldera de la cabeza. Verona preferiría no hacerlo, al menos de momento. Pero ya se ha acabado el juego con la patinadora. Además, el estómago gruñe ansioso, como una cañería vieja.

Está a punto de proyectar toda su furia, de descargar el peso del mazo contra la sombra de la extranjera, cuando esta, en el último momento, se retira un paso de la puerta de la *iglesia*. Marcia ni se lo imagina, pero nunca ha estado tan cerca de la muerte. Ha dejado de forzar el pomo en el instante exacto, ni un segundo antes ni después, igual que si obedeciese a una coreografía. Se sabe descubierta.

*Es culpable, no hay más vuelta de hoja*, piensa Verona. *Acaba con ella*. Para no repetir el sufrimiento extremo padecido por el señor Debisí, había pensado en algo diferente. La invitada se merecería un final mucho más rápido, menos traumático. Incluso había pensado en matarla sin que mediase la *evangelización*, que bastante desgracia ha tenido ya con acudir a la llamada del humo y la cometa, y macerar la carne solo después de que hubiese muerto.

Esta es la idea que ha barajado durante todo el día. Sin embargo la impertinencia demostrada con las preguntas y su malsana curiosidad merecen el castigo extremo, el martirio de la carne antes del estertor definitivo. Diferente es que sea capaz de alcanzar la perfección de Abel, depurada tras muchas *evangelizaciones*.

Las manos de Verona estrujan el mango, reconocen cada imperfección de la madera, cada grieta, mientras transcurre el segundo infinito de la espera. Los brazos se incendian anticipando el movimiento definitivo. Un momento: si desea *evangelizar* a Marcia debería golpearle en las piernas, no vaya a ser que la mate del primer mazazo. Así que nada de buscar la cabeza o el pecho.

Antes de que se decida a ejecutarla, Marcia sisea en demanda de silencio. Un segundo después repite el siseo. Verona la maldice en silencio, no ha hecho ningún ruido por el que haya de ser reprendida... salvo que el tambor del corazón sea audible en mitad de la oscuridad del pasillo. Mastica la rabia, igual que si fuera un tasajo de carne dura. Se concede una tregua antes de dar un paso en falso y que tenga que arrepentirse luego.

De momento depondrá toda actitud violenta. Se acerca a la sombra oscura de la extranjera. Ahora el *True Temper* cuelga, inerte, de la mano derecha a lo largo de la pierna. A ver qué coño quiere.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Marcia en un susurro. Sus palabras apenas son un requiebro del aire.

—¿Qué ha sido qué?

Ahora que se halla junto a la invitada, sería el momento idóneo para retorcerle uno de los brazos detrás de la espalda y conducirla sin más contemplaciones hasta la cama.

—Me refiero a eso.

Verona no escucha nada, o no quiere escucharlo. Porque la verdad es que, si aguza el oído, se advierte un ruido mínimo, insignificante, en el interior de la *iglesia*. El silencio de la madrugada es tan intenso que es imposible que pase desapercibido. Por ahora lo negará todo por sistema.

—Es tu imaginación —murmura Verona al oído de la patinadora—, regresemos a la cama, que hace frío.

—¿Qué hay detrás de la puerta?

La anfitriona tantea la penumbra, alcanza una de las mangas de la forastera y tira de ella hacia *la guarida*. Para ambas será mejor regresar a la calidez del aula más acogedora del instituto. A la pregunta formulada por Marcia podría responder con una mentira: *no hay nada*. Sin embargo es demasiado evidente que no es así. La curiosidad de Marcia por descubrir el origen de ese ruido casi inaudible es más que comprensible. Pero, ¿qué otra cosa puede hacer sino mentir? Todo sea por mantener el secreto.

—Solo trastos viejos —susurra—. La mantengo cerrada porque... una de las ventanas estalló en mitad de la última tormenta. Si la tuviese abierta haría demasiada corriente con el aula donde se seca la colada.

Por fortuna en el último momento ha sido capaz de encontrar una explicación más o menos coherente.

La extranjera duda. A lo mejor es verdad lo que le ha dicho la anfitriona y ella está empeñada en hallar fantasmas donde no hay otra cosa que el vacío más absoluto. Si lo piensa bien, ¿qué necesidad tiene la otra de mentirle?

—Volvamos a la cama, por favor —el tono empleado por Verona ahora es de lo más conciliador—. Hace frío.

—¿Solo trastos?

—Será mejor regresar a la cama. Por favor —añade retorciendo las erres.

La oscuridad añade un punto de amenaza a las palabras de Verona. Marcia está a punto de claudicar, de darse por vencida, cuando algo suena al otro lado: es un golpe en el suelo, o eso parece.

Por fortuna para la pelirroja, gracias a la oscuridad, el abismo al que se asoma la mirada de Verona es tan solo una suposición. O ni tan siquiera eso, porque no es capaz de imaginar lo cerca que se encuentra del final. La confianza en sus propias posibilidades y la experiencia adquirida en los últimos quince años juegan, en este caso, en su contra.

—Ya te he dicho que no es nada; quizás el viento que ha movido algún trasto viejo. No insistas y regresemos a la cama. Mañana habrá que trabajar duro.

Verona apoya la cabeza del mazo en el suelo y descansa el brazo. Cinco kilos de peso no es ninguna tontería en su estado. El mutismo que adopta la recién llegada es una negación en toda regla. Permanece firme en su deseo de que le facilite la

verdadera explicación de lo que ocurre tras la puerta.

En silencio Verona lamenta la casualidad de que, por culpa del color de pelo y de las pecas, la invitada se parezca tanto a su añorada Ligorita. Así no va a resultarle fácil acabar con ella cuando se decida a hacerlo.

—Ahí dentro hay alguien —susurra Marcia.

—Regresemos a *la guarida* y ya te cuento. No es conveniente quedarnos mucho tiempo aquí.

—¿No será el extranjero del que me hablaste?

—¿Debisí? Estás loca. Te equivocas, únicamente es el viento. Recuerda que hay una ventana rota.

La patinadora barrunta que es posible que la muchacha le haya mentido y que Debisí no se haya marchado aún. Está absolutamente convencida de que, al otro lado, se esconde algo más que una montaña de trastos viejos. De ser así, ¿por qué lo mantiene encerrado?

La anfitriona tira de ella hacia atrás: es un gesto amistoso, nada violento, como si pretendiese convencerla de la necesidad de hacerle caso. Pero Marcia, ayudándose de un movimiento brusco del brazo, se deshace del marcaje. El de ella sí que es un gesto poco conciliador. Necesita saber la verdad.

Verona vuelve a atrapar el brazo de Marcia y tira amigablemente de ella en dirección al aula de al lado.

—Chica, dime que es el señor Debisí.

—Ahora te cuento, una vez hayamos vuelto al refugio.

Verona se ha tumbado en la cama, las manos detrás de la nuca, la mirada lanzada contra el techo, las armas próximas a la cadera. Se ha mareado. La cabeza le da vueltas, pero no ha de mostrar debilidad. Estaría perdida.

Marcia, por su parte, permanece arrodillada sobre una esquina, los brazos cruzados sobre el pecho, en una actitud defensiva y ofensiva al mismo tiempo: aguarda una explicación que la convenza, o de lo contrario regresará frente a la puerta cerrada.

Gracias a la luz mínima del *vaso de fuego*, la sombra de la extranjera baila convulsamente sobre los muebles que rodean la cama.

—No es Debisí, ya te dije que se marchó —Verona miente con impunidad. No porque no sea Debisí quien permanezca oculto en el útero de la *iglesia*, sino porque el señor Debisí nunca se marchó. Es más, sus huesos, ya mondos, aguardan en el aula 30 el turno para ser molidos y espolvoreados sobre el huerto. Lo único que sobrevive del extranjero de ascendencia francesa es la flauta, que guarda en el interior de uno de los muebles, la navaja de las cachas rojas e iniciales CB, y la historia de la ninfa *Syrinx* y el dios Pan, que perdura en su memoria.

—Es uno de los *parados* —empieza Verona cuando el silencio se hace

insoporable.

—¿Un resucitado, uno de esos muertos?

Basta con que Verona cierre los ojos para que la otra entienda el gesto como una afirmación. La extranjera mastica un rosario de insultos mientras se incorpora y camina de aquí para allá, mostrando la misma intranquilidad que una fiera enjaulada.

—Chica, ¿qué hace aquí arriba entonces?

La pregunta es tan presumible que no sorprende a Verona.

—Es largo de contar —con una palmada sobre la manta, invita a la pelirroja a sentarse junto a ella—. Casi tanto como el sufrimiento padecido.

—Estás loca, jodidamente loca —masculla lanzando patadas al aire—. Cuando creo que he encontrado un refugio verdaderamente seguro y alguien en quien confiar, descubro que esto es una ratonera... y tú, una tarada mental.

—Ya te dije que volviésemos aquí, pero insististe en descubrir el secreto de la *iglesia*.

—¿A qué te refieres cuando dices *iglesia*? —Ahora sí que no entiende nada—. ¿Una *iglesia* aquí? Querrás decir capilla.

—Bueno, ya lo sabes todo. Ahora me gustaría dormir un rato más —farfulla, obviando las preguntas de la patinadora. Por fortuna parece que el mareo remite—. Cuando amanezca nos esperan las labores diarias.

—Ey, chica, no vayas tan rápido. Todavía no sé nada. Si como has asegurado el extranjero ya se marchó, ¿quién es ese resucitado?

—Alguien que se merece estar encerrado, eso y mucho más. Sé de lo que hablo.

—¿Quién? —pregunta Marcia, que se ha arrodillado junto a ella. La mira directamente a los ojos: tiene que vomitarlo todo. Ahora no dejará que se escabulla.

—¿Qué importancia tiene para ti? —Se sucede un compás de silencio—. Ninguna, Marcia. Es cosa mía. Tú eres aquí la invitada, nada más que eso. Recuérdalo.

—De acuerdo. Mañana mismo me marcharé. He entendido el mensaje: seguiré mi camino. No te preocupes.

Después de que Verona le ate las manos, Marcia se tumba en su mitad de la cama, de espaldas a Verona. Cuanto antes concilie el sueño, mejor. Se impone el aprovechamiento máximo de la madrugada. Mañana le esperan de nuevo la aventura y el miedo sobre los patines. Salvo que...

De pronto se le ocurre una idea descabellada. ¿Por qué tiene que marcharse ella? ¿Tendrá el valor necesario para luchar contra la anfitriona?

El sueño arrincona amistosamente a la extranjera cuando, de pronto, la voz de Verona sobrevuela la estancia, igual que una cometa naranja que solicitase su ayuda.

—Quien permanece encerrado es mi hermanastro Abel —susurra—. Bueno, o lo que queda de él.

La extranjera rueda sobre la espalda y se arrima a la anfitriona. Necesita estar lo más cerca posible cuando la otra se decida a contarle su vida o, de lo contrario, no oirá ese hilo de voz. En realidad a Marcia le gustaría volver al estado anterior a la crisis de la *iglesia*, a esa mínima amistad nacida entre ambas y olvidar este recelo de ahora. ¿Será capaz?

—A ver, toda la culpa fue de Padre —dice Verona—. Mi madre murió meses después de nacer yo, en un accidente de automóvil. Muy poco tiempo después conoció a Cecilia. Demasiado poco. Se fueron a vivir juntos antes de que se marchitasen las primeras flores de la tumba de mi madre. Al principio todo parecía perfecto. Además, yo era tan pequeña que tardé en percatarme del giro que había dado mi vida. Ahora ya lo sabes.

La penumbra acorralada por los muebles que cercan la cama, el silencio de la madrugada y el de los cuerpos, la sangre amansada después del encuentro beligerante frente a la puerta... todo confluye en ese segundo eterno.

—Hace unos tres meses, Abel tuvo un desgraciado accidente. Una varilla le atravesó la pierna.

—Chica, ¿no sería mejor ahorrarle sufrimiento? No creo que... —se interrumpe al observar el ceño fruncido de la joven. No sabe cómo diablos continuar. ¿Cómo se atreve ella a valorar los sentimientos de la anfitriona?

Verona sacude la cabeza. No está de acuerdo en absoluto. ¿Qué puede responderle si desconoce los pormenores más escabrosos? Abel la ha golpeado, vejado y violado impunemente durante los últimos años. No se lo merece; el muy cabrón sufrirá en la misma proporción que ella. Es lo justo. Nada ni nadie alterará los planes que tiene para Abel.

—Verona, no es cristiano... ni tan siquiera humano.

Nada de lo que diga le hará cambiar de opinión. Marcia no tiene ni puta idea de nada. Podría escupírselo a la cara, hablarle incluso de aquella mañana de hace cuatro años, del descubrimiento de la catarata de sangre y el tormento del útero, partido en dos por el dolor. Pero se defiende tras una risotada tan nerviosa como fugaz.

—Chica, no hay quien hable contigo.

—¿Qué sabrás tú, Marcia? Esta mañana te mentí en los baños. El culpable de estos moratones —se levanta la ropa para mostrarlos— es él, Abel, y no las caídas de la bicicleta. No sabes nada de mi vida, así que no puedes decidir lo que es humano y lo que no. En realidad no fue al señor Debisí a quien viste días atrás en la azotea trabajando conmigo: era Abel. Eso fue antes de su final. Ahora ya no conviene que ande suelto por ahí.

—Perdona, pensaba...

—Ese hijoputa no es de tu incumbencia —le interrumpe—, a ver si te enteras, ni lo que le suceda tampoco.

—Perdona, mujer, pensé que lo mantenías...

—¿Qué?, ¿qué has pensado?, ¿que no lo ejecutaba por pena? Espera que me ría. Esto ha sido un verdadero infierno con él. De modo que nadie estropeará mi venganza —concluye adelantando la navaja del difunto señor Debisí.

A pesar de la tibieza de la luz, Marcia percibe la tormenta que se ha desatado en los ojos de Verona. Insistir sería como ponerse delante de un tren que se acerca a toda velocidad. Más prudente será dejarlo pasar. Cualquier comentario podría empeorar el ánimo de la muchacha, que cada vez se muestra más inestable. A ver si con un poco de suerte, barrunta, se quedan dormidas pronto. Mañana ya tendrá tiempo de adoptar una decisión.

—Olvídate de él, extranjera. Está inmovilizado y amarrado a un pupitre. Además, tiene rotas las piernas. Es inofensivo.



—AL DÍA SIGUIENTE recuerdo que tenía un examen de historia, el primero del curso —refiere Marcia. Ahora mismo sus palabras son tan frías como un informe forense—. Aquello ocurrió poco antes de Halloween. Me acuerdo de que estaba memorizando una de las lecciones sentada en la mesa de la cocina. Imagínate a siete hermanos. Sí, siete, como los de la película.

Verona no sabe con exactitud a qué se refiere. Pero permanece atenta a la narración de Marcia. Han estado toda la mañana trabajando duro en la azotea. Acaban de almorzar y se han tumbado a descansar. No hay prisa alguna y por eso los recuerdos cobran protagonismo.

Al fin la invitada se ha decidido a hablar y Verona la observa a su antojo. Como Marcia proyecta la mirada hacia el techo, ella goza de carta blanca para mirarla. Ese enjambre de pecas que le anida en las mejillas, los tirabuzones de pelo, la perfección de las cejas o de la línea de la barbilla, los labios ligeramente voluptuosos. Hoy está más hermosa que ayer, o eso le parece.

—Fue entonces cuando sucedió: la radio enmudeció. Ello provocó la protesta de mis hermanos pequeños y de mi madre. Estaban escuchando no sé qué programa. Nuestro padre salió de casa, dispuesto a preguntar a los vecinos.

»Volvió diciendo que todos tenían el mismo problema. Ante el cariz que estaba tomando la situación, Mamá nos mandó a todos a la cama, sin excepción. A mí también.

»Me opuse en vano. Camino de la cama, hice responsable de su decisión mi más que probable suspenso en historia. Aún no nos habíamos dormido ni mi hermana Grace —con quien compartía cama— ni yo, cuando escuché que mi padre salía nuevamente de casa.

—Eso mismo sucedió en casa de Cecilia —comenta Verona sin apartar la mirada de los labios de su compañera—. Yo ya estaba tumbada y Padre me leía un cuento cuando se perdió la señal de la radio.

—Al dormirse mi hermana Grace, sin nadie con quien cuchichear, enseguida me venció el sueño. No sé cuánto tiempo transcurrió antes de que nos despertara la desesperación de Mamá. Por encima de su llanto se escuchaba el griterío de los vecinos y las sirenas de las ambulancias y los bomberos. Fue una noche muy larga.

Marcia prosigue con la narración de sus desgracias. Cuenta cómo, al rayar el alba, su progenitor informó a toda la familia de que iban a hacer un viaje muy largo.

—Mamá ni siquiera preparó el desayuno. No había tiempo que perder. Esa era la consigna que repetía mi padre. Le hablé de mi examen. Me respondió que, durante un tiempo, no habría más clases.

Definitivamente el asunto era mucho más grave de lo que habían imaginado en un principio, mucho más que la muerte de la radio o la precipitación de un largo viaje. La familia de Marcia abandonó la ciudad para verse atrapada en mitad de una

caravana de proporciones bíblicas. La patinadora recuerda cómo su progenitor les leía la Biblia, pasajes del Antiguo Testamento y del Éxodo de Egipto, mientras aguardaban el momento de seguir camino.

Alentada por la sinceridad del momento, por la franqueza de los recuerdos, Verona le desata las manos. Como respuesta, Marcia le ofrece el brazo para que se recueste sobre él, como hacía con su hermana Grace cuando esta no se podía dormir. La anfitriona acepta con gusto la invitación. Las penas compartidas son menos. Y aunque disfruta del instante, de la calidez del otro cuerpo y de su olor, la mano derecha de Verona —escondida bajo el trasero— no abandona la actitud defensiva: aún aferra con fuerza la navaja del señor Debisí.

—El ejército apareció campo a través. Los militares nos recomendaron que abandonásemos los automóviles. La tropa se marchó tal como vino y nos dejó a merced del miedo. Entre los conductores atrapados en la caravana corrió la idea de que habíamos entrado en guerra. Hubo incluso quien afirmó que habían estallado varias bombas atómicas no muy lejos de allí.

Después de la primera muerte y posterior resurrección, la sangre salpicó los cristales con tal fiereza que los limpiaparabrisas se vieron desbordados ante tanto trabajo. La muerte corría sobre el asfalto a la velocidad de la pólvora. Las nuevas víctimas se levantaban con los ojos enrojecidos, igual que si las bombas atómicas no hubiesen estallado en otro lugar más que dentro sus cerebros. El hambre —o la rabia ya que nadie supo responder a esta dicotomía— acorraló a quienes se escondían bajo los camiones o los que se subían a los techos de los automóviles.

—Antes de que huyésemos nuestro padre resultó herido por una bala perdida. Por desgracia no lo supimos hasta el día siguiente.

»Su instinto nos guio lejos de la carnicería. Para que no nos perdiésemos, observó la precaución de amarrarnos con una cuerda a cada uno de nosotros. Él y Mamá encabezaban la marcha; yo la cerraba al ser la mayor. Imagínate, mis seis hermanos amarrados por la cintura, joder.

Marcia interrumpe la narración. El silencio y las palabras no pronunciadas son tan elocuentes que ni tan siquiera hace falta que continúe. ¿Qué podría añadir a esa imagen de su madre y hermanos caminando tras los pasos del cabeza de familia? Se niega la deshonra de las lágrimas.

Los desconchones del techo y las grietas que cuarteán la pintura reflejan a la perfección el estado psicológico de la pelirroja.

Durante días Marcia deambuló totalmente desorientada. Y sola. De la masacre acaecida únicamente quedaba como testigo la lazada de la cuerda en torno a la cintura y el cabo de la misma, colgando a lo largo del pantalón, igualito que el cingulo de un

hábito de monje. Cada vez que Marcia miraba el cabo, que lo reconocía entre los dedos, recordaba la desesperación de los dientes y la urgencia de romper la cuerda. Nunca un depredador lo tuvo tan fácil: tras fallecer por culpa de aquella bala perdida, una vez resucitado, su padre solo tuvo que atacar a la esposa. Ella no pudo escapar.

Ninguno de estos recuerdos traspasa la frontera de los labios de la forastera. Quedarán archivados en el estómago. Tampoco hay necesidad de vender pena a nadie. Como consecuencia de esta decisión, entierra sus sentimientos bajo la paletada de una sonrisa. Prohibido mostrar debilidad ante otro superviviente.

Verona, que se percata de la hondura de la herida que la aflige, se apresta a cogerle una mano, la de ella entre las suyas. El gesto es tan espontáneo, tan cariñoso, que la invitada responde de inmediato: mira a los ojos a la anfitriona para agradecerle el detalle en silencio. La comunicación muda entre las dos. La sonrisa que dejan escapar a través de los ojos, en señal de reconocimiento ante las penurias sufridas por la otra.

La rúbrica la pone Verona, que le regala a Marcia un beso en la mejilla. En ese instante, casi como en una revelación, la pelirroja advierte que la anfitriona, a sus veinte años, tiene ahora la edad que contaría su hermana Grace de no haber mediado aquella fatalidad de la bala antojadiza y la trampa de la cuerda. A fuerza de ser sincera, Verona no se parece físicamente en nada a esa niña delicada y de ojos azules con que sueña cuando la indulgencia del subconsciente libera sus sentimientos. Ni en la peor de las situaciones, Grace se asemejaría a una cavernícola desgredada como Verona.

—A mí, de Padre lo único que me queda es la bicicleta que guardo en la azotea, la canción del *The End* y este libro deshojado —Verona muestra el ejemplar de *Marcovaldo*—, y de mi hermanastro, este collar.

Marcia observa con detalle las falanges, una a una, como si fuesen cuentas de un rosario. Las dos se hallan tan próximas que la respiración de una se confunde con la de la otra, y aunque la cercanía entre extraños suele resultar enojosa, ninguna de ellas la siente así.

—¿Te gusta? Me lo regaló Abel para mi último cumpleaños.

—Sería más bonito si fuese de perlas, chica.

—Nosotros salimos la casa sin saber que no volveríamos nunca —empieza diciendo Verona. Ahora le toca el turno a ella—. O eso nos contó después Padre en numerosas ocasiones. Por lo visto tenía que repostar gasolina. No se fiaba después del silencio de la radio y de la ceguera del televisor, y temía que se agotase el combustible. Todo podía ocurrir, decía.

»Abel y yo aprovechamos la oportunidad para apuntarnos y salir de casa. Esto nos separó definitivamente de Cecilia, la madre de Abel, y la tía Nicole, su hermana. Las dos brujas, muy putas ellas, se mostraban muy amables conmigo cuando Padre estaba en casa, y todo lo contrario cuando se marchaba a trabajar.

—Jodidas cabronas.

—Después de la muerte de mi madre, la vida se convirtió en un infierno, invisible para los demás, excepto para quienes participaban de él: la tía Nicole, Abel y su madre.

—¿Y tu padre qué decía?

—Protestó en varias ocasiones y nunca consiguió nada. Muchas veces lo oí discutir con Cecilia. Recuerdo que le pedí que le prohibiese entrar en mi cuarto. Al final lo consiguió. Pero aquello trajo nuevas peleas. Desde aquel día Padre se hizo cargo de la limpieza de la habitación, de hacer la cama y demás tareas.

»Sin su presencia, la casa se enfriaba y se hacía territorio enemigo. Temía dar un paso en falso fuera del cuarto, temía acercarme al cuarto de baño, temía la hora de la comida. Incluso evitaba el salón, y eso que Padre compró, tras ahorrar durante meses, un aparato de televisión. A mí me encantaba verla. Pero solamente la disfrutaba los domingos, cuando su compañía me protegía. Por eso el Desastre y lo que vino después, tampoco se me antojó tan grave.

—Tuvo que ser horrible —apunta Marcia, que apoya la cabeza en el pecho de Verona. Desde esa posición, aplicando la oreja, escucha el ritmo del corazón, acelerado por la tormenta de los recuerdos.

—Para mí fue una suerte, casi un milagro, todo lo contrario de lo que te ocurrió a ti. Por fin era libre. Cuando, después de repostar, quisimos regresar al barrio nos cortó el paso un grupo de exaltados, que atacaban a quienes se interponían en su camino. Menos mal que Padre pudo dar media vuelta con el Chrysler y huir a todo gas. Días después supimos que esos exaltados eran enfermos, muertos.

»Aunque Padre intentó rescatar a Cecilia en varias ocasiones le fue imposible. La policía había acordonado la zona infectada. Recuerdo que detuvo el coche justo al lado de una cabina telefónica.

En la cabeza, Verona revive la escena: la cabina rodeada por una muchedumbre que, desesperada, intentaba llamar a sus familiares. Hubo empujones y golpes que contestaban a otros golpes. Hasta centelleó el filo de una navaja. La sangre de quien resultó herido manchó la acera. Igual que en alta mar, cuando la sangre invoca la fiereza de los tiburones, aquello fue el inicio del fin. Quemando rueda, el *Chrysler* se alejó de la ciudad. En la primera zona de recreo que encontraron en la autopista, Padre buscó otra cabina telefónica. En aquella ocasión tuvo suerte: estaba libre. Sin embargo dentro del vientre del teléfono perdió un puñado de monedas y la esperanza de contactar con su mujer. No había línea, solo un silencio de cementerio en el auricular.

—De este modo solo quedamos Padre, Abel y yo. Por primera vez en mucho tiempo mi hermanastro se hallaba en inferioridad. Afortunadamente la línea telefónica nunca se restableció y el acceso a la ciudad quedó bloqueado, en un principio, por el ejército, y luego por los resucitados que asaltaban a los automóviles, aunque estuviesen en marcha.

La sonrisa que aflora a los labios y a los ojos de Verona no pasa desapercibida a

Marcia, que ha levantado la cabeza del pecho.

Durante unos segundos Verona duda acerca de la conveniencia o no de añadir lo que bulle en su mente. No es fácil acertar. ¿Y si Marcia no la comprende? No hay necesidad alguna de que la otra piense que es un monstruo, al menos de momento. Sería mejor silenciar esos recuerdos porque no la dejan en buen lugar, pero el impulso de los mismos la arrastra y al final se deja llevar.

—Marcia, ¿sabes una cosa?

—Chica, te escucho.

—Al principio lamenté que Abel hubiera venido con nosotros a la gasolinera; pudo quedarse con la tía Nicole y su madre, y el destino haberlo borrado de mi vida. A veces me lo imaginé acosado por una docena de resucitados. Después todo fue diferente. Me decidí a pasar a la acción.

»Durante el viaje, pensé, llegaría la ocasión perfecta para deshacerme de él. Bastaría con abrir en marcha la puerta del coche y empujarlo. Con suerte caería de mala manera y se rompería el cráneo. Lo intenté en varias ocasiones, pero el muy hijoputa se agarraba a mí. Daba igual que yo le mordiese en los brazos o en las muñecas. Nunca se soltó. Sabía lo que le esperaba.

»Padre me castigó varias veces. Le bastaba con no mirarme o no hablarme en el transcurso de un par de horas para que se me partiese el corazón.

LA SITUACIÓN HA surgido sola, sin que ninguna de las dos la busque o la propicie. Verbalizar cualquier idea anularía la sincronía del instante. Marcia y Verona, la invitada y la anfitriona. Y la complicidad surgida entre ambas. Ya ni siquiera es necesario el lenguaje porque las miradas hablan por sí solas. Y es que después de un par de días de trabajo, vivencias, recuerdos y almuerzos compartidos, la ocasión ha surgido sin que ninguna de las dos haga referencia a ello. La compenetración alcanzada por ambas hace el resto. Hablan las miradas y actúan los cuerpos.

Aunque le duelen las muelas, Verona ha decidido que ha llegado el momento. Así que alcanza la mano de Marcia. Sus dedos reconocen los de ella. *Déjate guiar*, le dice en silencio. Tira de ella, no hacia la cama, sino en dirección hacia la puerta de *la guarida*. La forastera, que ya no lo es tanto, se muestra dubitativa y recela. Qué es lo que quiere ahora la anfitriona. ¿A dónde la conduce?

*Confía en mí*, suscribe la sonrisa de Verona, esa mueca que le arruga la esquina de la boca. La mirada es una promesa y al mismo tiempo una adivinanza, casi un juego. Y ella, Marcia, acepta. Se deja guiar por la calidez de la mano de su compañera. Verona sabrá lo que hace. Mientras no le demuestre lo contrario, confía en ella, a pesar de que es ocho años más joven. Pero es una mujer curtida por la desgracia.

Un suave tirón en sentido contrario expresa la última duda de la patinadora. Necesita saber algo más. Pero la otra posa el índice sobre los labios en demanda de silencio. Nada de palabras, solo el lenguaje de los hechos.

Cada vez que observa a su nueva compañera, Verona corrobora el incierto parecido físico que guarda con Ligorita. Hasta el momento no le ha hablado de ello, aunque ya llegará la ocasión. Tal vez se lo oculta para evitar que la otra se haga una idea equivocada: ella no es una muchacha débil, más bien al contrario. Pero el color de su pelo y ese enjambre de pecas...

Al salir de *la guarida* tuercen hacia la derecha hasta detenerse frente a la puerta cerrada del aula contigua, la *iglesia*. Tras un par de días negando la existencia de la misma, como si en realidad el aula 36 no existiese, es normal que ahora a Marcia le extrañe semejante decisión. A ver si se explica.

Verona le regala un beso en la mejilla antes de hablar.

—Quiero que le conozcas.

Un escalofrío importuna a la forastera. No entiende ahora qué necesidad hay de hacer esta presentación. Tuerce el gesto y retrocede un par de pasos, espantada por la idea.

—No tengas miedo, Abel está atado.

Mientras introduce la llave en la cerradura, pide a la invitada que confíe en ella. Sabe lo que está haciendo. Ese arrebató no es producto de un capricho momentáneo; surge de la necesidad perentoria de que entienda parte de su historia, esa que aún no le ha contado.

—Prefiero no entrar, chica —se defiende. A continuación se suelta de la mano de Verona—. Es asunto tuyo.

—Necesito que conozcas a Abel. Solamente después entenderás lo que quiero contarte.

Hasta cierto punto Marcia comprende los sentimientos de Verona, aunque sean contradictorios para quien fuera su hermanastro. Ella nada tiene que reprocharle. Pero la cuestión no es esa, sino que después tantos años de supervivencia, de tantos encuentros inesperados y huidas precipitadas sobre los patines, le desagrada la idea de acercarse a un resucitado, por muy controlado que se encuentre. El odio que les profesa es casi tan corpulento como su miedo.

—Chica, de verdad que no me apetece, joder.

—Por favor. Además, recuerdo que la primera noche quisiste conocerle. Ahora te brindo esa oportunidad.

Las manos de Verona se esfuerzan por neutralizar el temblor desatado en las de la pelirroja. Las dos muchachas demandan comprensión: una, que su compañera entienda la necesidad que tiene de terminar de contar su historia; y la otra, que ya ha sido testigo de tantos horrores, desea evitarlos a toda costa. Pero la anfitriona es la anfitriona y al final conseguirá su propósito. Solamente falta el último giro de llave.

—Si no lo creyese imprescindible para que comprendieras parte de mi historia, no lo haría, de verdad.

Marcia bufa, cansada ya de la situación. Pese a todo, claudica. Podría deshacerse del marcaje de su compañera, escupir cuatro insultos y correr hacia *la guarida*. Podría y no lo hace. De nuevo conversan las miradas. Son ellas las que se ponen de acuerdo. Tal vez difieran en el mensaje y firmen un armisticio que no se corresponde con la verdadera naturaleza de los deseos de cada una. Pero lo han firmado y eso es lo que cuenta. Sobra cualquier palabra que se añada.

En lo primero que repara Marcia es en el estado de las ventanas, en la mano de pintura blanca que las ciega. Ello que confiere al aula una luz especial, especialmente difusa, acogedora. Sin embargo para descubrir que la *iglesia* dista de ser un lugar grato —ni tan siquiera un rincón donde rezar a Dios— le sobra con arrastrar la mirada por el suelo. Es algo tan evidente... Hay demasiadas manchas de sangre como para pensar en ello: algunas de ellas, negras de tan secas. Lo fácil, lo lógico, es pensar que toda esa sangre no es de una sola persona.

El centro de la estancia lo ocupa el pupitre. Amarrado a sus patas hay un cuerpo, el de Abel, la cabeza derrotada sobre el pecho. Está amordazado. No hay nada más que posar los ojos sobre él para que el miedo inicial se esfume, y en el ánimo se cuele un tibio sentimiento de conmiseración; ya no solamente porque su cuerpo y la ropa sean un coágulo de sangre, sino por la extraña postura y el dibujo de las piernas, desnudas gracias a unos cortes longitudinales en las perneras del pantalón.

*Por Dios, qué les ha ocurrido a las piernas*, piensa Marcia. Las observa durante unos segundos, nada, los suficientes como para comprobar que hay más articulaciones de las normales. Descontando las correspondientes a rodillas y tobillos, las piernas se tuercen en otros ángulos imposibles. Parecen las de un *muñeco* de trapo, desbaratadas por la fuerza de un niño caprichoso. Es imposible que Marcia alcance a imaginar el dolor extremo, casi inhumano, que habrá sufrido el muchacho antes de fallecer.

Esas fracturas. La hostia puta. Incluso hay alguna abierta. Los huesos astillados asoman por las heridas. A Marcia se le eriza el vello, nunca ha visto nada igual. Se persigna, luego gira la cabeza a un lado. Mejor así que flagelarse con la contemplación de semejante espectáculo. Ya ha tenido bastante.

En contra de su voluntad, Verona la acerca al pupitre. A juzgar por la seguridad con que se conduce, parece que sabe lo que se trae entre manos. Otra cosa es que Marcia reniegue de tal grado de barbarie y prefiera abandonar la estancia. ¿Cómo se han producido esas fracturas? Cuanto menos sepa, más fácil le resultará conciliar el sueño de noche. De modo que se resiste.

Por tercera vez hablan los ojos de Verona. Confía en mí, *nada te sucederá a mi lado*.

—Lo siento, no puedo —murmura Marcia, la cabeza vuelta hacia atrás.

—Quiero que lo veas, luego necesito contarte algo.

Alertado por las voces de las muchachas, el cuerpo se estremece. Era previsible que sucediera, y sucede. En cuanto han hablado el prisionero reacciona, pero no por menos esperado deja de sorprenderlas. Marcia se zafa del marcaje de la otra aprovechando que Verona ha adelantado el mazo por si hiciese falta su mediación.

Sin embargo Abel ya ha despertado y se debate furioso, lucha contra las cuerdas que contienen su cólera. Gruñe bajo la tiranía de la mordaza, se retuerce, trata de mover las piernas deshechas. Como es de suponer estas no responden, sino que se mueven caprichosamente por culpa de las fracturas. La cabeza se bambolea igual que una piñata cada vez que se emplea con fuerza por escapar, siempre en vano.

—Tranquila, Marcia, no puede hacerte nada.

Mientras no levante la cabeza y le mire directamente a los ojos, todo irá bien. O eso piensa Marcia. Desde que, por primera vez, fuera testigo de la incandescencia inherente a la mirada de los resucitados, desde que la muerte contagiase a todos sus hermanos valiéndose de aquella soga con que su progenitor había pretendido lo imposible —mantener unida a toda la familia—, la contemplación de los ojos enfermos es superior a su templanza. No puede evitar que el miedo le golpee con la fuerza de un disparo.

—Tranquila —insiste Verona mostrándole el mazo.

Abel, o lo que queda de él, se esfuerza en levantar una y otra la cabeza. Pero las mínimas fuerzas que le restan lo hacen casi imposible.

Verona coge el *True Temper* por la cabeza de acero y adelanta el mango. Como se



ha percatado del desesperado intento de Abel por levantar la mirada, tira hacia arriba de la barbilla con la ayuda de la madera. Como apenas se sostiene, la cabeza rueda por el mango y cae sobre el pecho.

—Abel, por favor, haz un esfuerzo —dice Verona, e insiste en ayudarle—, quiero que conozcas a Marcia.

El muchacho cabecea. Lo intenta en un par de ocasiones más, y nada: el cuello carece de la fuerza necesaria. Será al cuarto intento cuando lo consiga.

Marcia retrocede un paso. Cuántas veces ha sido testigo de esa resurrección repentina: el cuerpo abandona el letargo en que se halla sumido, siempre a causa de algún estímulo sonoro, un simple tropezón o un ruido a destiempo. Entonces las pavesas de la rabia reviven en el estómago, se inflama la sangre y con ella los músculos. De inmediato, sin que medie aviso previo, toda la fuerza se concentra en las manos y en la mandíbula. Los dientes crujen, apretados unos contra otros, hasta el punto de que se quiebran, desmigajados como piedras de cantera después de una explosión. La pelirroja se conoce de memoria los indicios.

Pero... en Abel hay algo que no cuadra. Y eso es lo que la descoloca precisamente, a ella y solo a ella. Por lo visto Verona conoce la diferencia que lo distingue del resto de resucitados.

Son los ojos, esos ojos.

Si es preciso Verona sostendrá la mirada inquisitiva de la forastera, pero ha de conocer la verdad, cueste lo que cueste, por lo menos antes del regreso a *la guarida*. Precisamente para eso la ha guiado hasta allí, para que conozca la verdad.

Luego, de vuelta a *la guarida*, será el momento de finalizar el recuento de sus desdichas. La extranjera conoce por boca de Verona los malos gestos, los desplantes y hasta los golpes... pero todavía queda mucho por contar.

Lo primero que llama la atención de la forastera es la gravedad de las fracturas de las piernas, algunas de ellas abierta. Le desagrade la imagen de la tibia derecha que asoma, como punta de lanza, entre la herida sanguinolenta, o parte del fémur que emerge en el muslo. Joder, nunca ha visto nada igual.

Después se fija en la costra de sangre que afea el rostro de Abel, las heridas abiertas de los pómulos o de la frente, la ceja partida, el bocado que le ha arrancado media oreja. También en los labios tumefactos y en la mordaza.

Al principio la mirada de Abel yace hundida en alguna profundidad insondable. A pesar de que los ojos permanecen abiertos, son incapaces de reconocer la realidad circundante. Lo extraño, lo realmente inexplicable es que, en cuestión de una décima de segundo, como un fósforo que se enciende, resucita la mirada de un fogonazo.

De inmediato enfocan la figura de la invitada y le suplican en silencio. Esa es la diferencia con respecto al resto de hambrientos con que ella se ha tropezado: de pronto hay más vida en él que en los miles de cuerpos que ha dejado atrás. Y eso le

descoloca. ¿Qué pensar ante semejante milagro?

—Abel, esta es nuestra amiga Marcia —explica al oído de su hermanastro.

Acto seguido desata la mordaza. Del interior de la boca extrae un calcetín del tamaño de una rata, que arroja al suelo. El sonido delata la composición del relleno de la mordaza: cristales del tamaño de granos de arroz. La pelirroja desconoce que fue el propio Abel quien tuvo la idea y quien la aplicó con anterioridad al señor Debisí.

Si por ella fuese, escaparía sobre los patines ahora mismo. Intuye que la revelación superará sus expectativas. Pero desafiar al mazo que empuña la muchacha sería un acto casi suicida.

—Despierta, joder —Verona le atiza dos bofetadas, una del derecho y otra del revés. Nada, no reacciona. Así que le regala un codazo a la altura de la oreja derecha.

Abel se contrae en una mueca de dolor. Pero no grita. Por la comisura de los labios fluye sangre y pedacitos de lengua y encías. Sobre la huella negruzca de sangre seca que asemeja a una corbata, cae ahora la nueva. Pero todavía resultará más desagradable cuando Abel no consiga reprimir a tiempo una arcada y se vomite encima. Como consecuencia de ello, el hedor mezclado de la sangre, los vómitos y la orina que es incapaz de retener en ese mismo instante, se hace insoportable.

—Abel, ¿quieres algo?

—Teo... ed —masculla. La voz es una pasta informe de jugo intestinal y sangre coagulada.

—¿Qué has dicho?

Tras un esfuerzo sobrehumano, Abel consigue hacerse entender.

—Tengo sed.

Joder. El espanto, el horror y el miedo están a punto de desencajar la mirada de la forastera. No puede ser. No, es imposible. Si el resucitado puede hablar es porque entonces no está... Imposible. Ese muchacho está... Nunca había imaginado que la *iglesia* escondería un horror semejante.

Tras varias idas y venidas, Verona regresa al aula con un vaso. Al pasar a su lado, Marcia repara en el contenido del mismo. ¿A qué juega?, ¿qué es lo que pretende con el engaño?

—Aquí está tu hermana para cuidarte —ironiza Verona, la sonrisa de oreja a oreja, mientras se arrodilla entre las piernas del muchacho.

—A... gua.

Acerca el vaso. Abel cierra los ojos y adelanta la cabeza y los labios. Algo detiene a Verona. Ahora la sonrisa es más comedida que antes, pero más ladina. No hay más que verla para sentir cómo su cerebro carbura a mil por hora, maquinando alguna nueva maldad. Se levanta de nuevo y abandona la *iglesia*.

Sin atreverse a dar un paso, ni hacia adelante ni hacia atrás, Marcia asiste a la nueva salida de Verona. Cuando regresa, la anfitriona trae en una mano el vaso y en la otra, el dado que preside la mesa de *la guarida*.

—Abel, ¿pares o nones?

El *muñeco* agacha la cabeza y reprime el llanto. Está cansado y al borde de la locura, de la desesperación. Lo último que le apetece es jugar.

—¿Pares o nones? Si ganas te daré agua. ¿Qué te parece? —Abel niega con la cabeza—. ¿Pares o nones?

—Pa... res —masculla el prisionero sin que consiga reprimir una nueva bocanada de sangre.

Por fortuna para él, el dado ha dicho pares.

—Has ganado —Verona acerca por segunda vez el vaso.

Abel debería darse cuenta, pero tiene los ojos cerrados cuando adelanta la cabeza y el olfato abotargado por el ferruginoso olor de la sangre y el ácido del vómito. Apoya los labios en el borde del vaso y deja que el líquido penetre en la boca.

De inmediato repara en el ardid de Verona. Coño, eso no es agua, es salmuera. Antes de que sea demasiado tarde y se la trague, potenciando aún más la sed, escupe la cantidad ingerida. Baña por completo a la *evangelizadora*.

Verona aparta el vaso. Pausadamente, casi a cámara lenta, se pone de pie, se seca el rostro con la maga. Escupe unos insultos. Devuelve la mordaza a su lugar dentro de la boca de su hermanastro. Por último le propina un rodillazo en mitad del pecho, que retumba igual que un tambor.

—Desagradecido, maldito hijo de puta.

Agarra la oreja que tiene a mano y la retuerce. Tira de ella hacia arriba. Está decidida a llegar al mismo límite, justo antes de quedarse con ella en la mano. *Un poco más, Verona, que el cabrón alargue el cuello para evitar en lo posible el dolor.*

Aplica una mayor fuerza hacia arriba hasta dejar que todo el peso del cuerpo del *muñeco* penda de la resistencia mínima del trozo de carne que une el lóbulo de la oreja con el rostro. Cuando siente que comienza a desgarrarse, lo suelta.

Antes de dejarle en paz y marcharse con la extranjera, Verona amasa saliva durante un par de segundos. Cuando tiene la densidad deseada, deja caer un escupitajo sobre la cabeza del *muñeco*.

—Yo te bautizo *Odio*.

Está vivo, joder. Abel no es un hambriento, ¡está vivo! Esa idea palpita dentro de la cabeza de Marcia durante horas. Es un quiste que, hecho de cristales, le acosa y le persigue allá donde vaya. Cada vez que recuerda el instante de la revelación, siente una punzada por dentro.

Después de gastar toda la tarde en el aprendizaje de la bicicleta, con la caída prematura de la noche invernal Verona ordena el regreso a *la guarida*. Nada más llegar, se ha tumbado en la cama, asediada por el nacimiento de la maldita jaqueca, que crece bajo las sienes. Como no tiene ganas de comer, Marcia se prepara algo de cenar: una patata asada, partida en cuatro trozos y un pedazo de rata.

Con una compresa húmeda en la frente y los ojos cerrados, Verona afronta la

parte más comprometida de su declaración, esa que se ha reservado para después de la presentación de Abel.

—Entiendo tus dudas, Marcia. Pero antes escucha lo que me queda por contarte. Recuerdo que los primeros meses de nuestra vida en el *país* fueron muy duros. Hubo que luchar contra los muertos para mantener la neutralidad de la primera planta, levantar las murallas defensivas, arreglar este segundo piso y organizar todo el trabajo necesario para la supervivencia.

Verona cuenta cómo, separado del influjo de la madre y de la tía Nicole, Abel cambió de actitud para con ella. La necesidad, el miedo compartido y las noches consumidas al abrigo de un *vaso de fuego* y de la lectura de *Marcovaldo* unió a los hermanastros casi tanto como las duchas de agua fría, la estrechez de la cama o la caza de roedores, el juego del *bautismo*, el trabajo en el huerto o el traslado del agua desde la azotea hasta el aula 20. Poco importaba que los separase ese año y medio de edad —ella había cumplido cinco años y a él, tres y medio— y el pasado que los había convertido en adversarios. Allí aprendieron a respetarse. Más tarde llegaría el cariño.

Las tormentas, los juegos y los años se sucedieron. Los espejos, cada vez más viejos, les devolvían la imagen de unos adolescentes que comenzaban a experimentar la vergüenza del desnudo. El crecimiento de los pechos de Verona, y del vello púbico en ambos, marcó otra etapa en la relación entre los hermanastros.

—Todavía recuerdo esas ocasiones —prosigue Verona con los ojos cerrados y la compresa sobre la frente— en que Abel entraba por descuido en los cuartos de baño y se tropezaba con mi cuerpo desnudo. Entonces yo fingía enfado y me tapaba con la toalla, aunque tampoco me daba mucha prisa. Le regalaba la contemplación de mi cuerpo durante un par de segundos. Aquello me excitaba.

»Otras veces lo espiaba en los cuartos de baño. Estoy convencida de que sabía que yo le observaba, y que por eso mismo se masturbaba con descaro frente al espejo, arriba y abajo, hasta que se corría. Recuerdo que sentía deseos de comprobar la dureza de su polla y la viscosidad del semen. Pero era el momento de cerrar la puerta y huir de allí.

La voluptuosidad de los pechos de Verona y su primera menstruación alertaron a Padre, quien desde ese mismo día interpuso su propia presencia entre Abel y su hija cuando llegaba la hora de compartir cama a última hora de la noche. Ya no podía consentir que, como hasta ahora, durmiesen abrazados.

El deseo latía en cada esquina del instituto, se camuflaba en cada acción. A veces el muchacho y la joven se retaban con la mirada. Nunca se rompió aquella tregua mientras Padre vivió. Si acaso habían compartido algún beso furtivo a oscuras, en mitad del aula donde se conservaban las hortalizas recolectadas, o la contemplación del cuerpo desnudo del otro mientras el que era objeto de admiración aprovechaba la ducha para masturbarse.

Luego aconteció la desgracia de Padre. Por supuesto Verona miente a la invitada.

Le habla de un mal resfriado y de una posterior pulmonía. ¿Para qué va a alertar a la pelirroja antes de tiempo?

—Lo cierto es que su ausencia hizo posible el encuentro que habíamos retardado entre juegos más o menos inocentes. Al principio fue algo genial, ¿sabes? Nos buscábamos en cualquier esquina del *país*. Nos mordíamos los labios, nos arañábamos la espalda. Aquellas agresiones amistosas casi siempre tuvieron lugar en el cuarto de baño. Era lo lógico, después de todo lo que habíamos vivido entre esas cuatro paredes.

»Toda aquella pasión contenida durante los últimos años creció sin que fuésemos capaces de pararla. Nos buscábamos continuamente. Fueron meses en que la supervivencia quedó en un segundo plano. El deseo lo ocupaba todo.

»Jugábamos a masturbarnos e incluso a recrear aquellos encuentros en que uno espiaba al otro. Después follábamos sin descanso.

—Nunca he sentido nada parecido por nadie —interviene Marcia.

Es cierto: cuando enmudecieron las radios y quedaron ciegos los televisores, ella aún no había besado a ningún chico. Solamente tenía trece años.

—Recuerdo a Michael, un chico de octavo curso, un año mayor que yo. Estaba coladita por él. Luego, muchas veces, he soñado con Michael. Pero la noche del Desastre borró lo que quedaba de mi vida. Luego, pasados los meses y los años, no me ha sido fácil confiar en otros supervivientes. Lo sabrás por experiencia.

—Por aquel entonces Abel inventó el juego de la *llamada telefónica* —continúa Verona con el exorcismo del pasado, ajena a la declaración de su compañera—. En un principio no tuve nada que objetar, jugábamos antes y después terminábamos follando.

»Todo empezó con la primera falta. Aquel mes no me bajó la regla. De primeras no me asusté demasiado. Pensé que se debía a lo mismo de otras veces, que era culpa de la malnutrición. Comer patatas, zanahorias y carne de rata todos los días...

—¿Te quedaste embarazada?

—Desde ese mismo instante rehuí el contacto físico con él —sigue su parlamento sin contestar la pregunta; no hace falta—. Abel comenzó a enfadarse. Castigaba mi supuesta falta de apetencia sexual propinándome puñetazos y patadas cuando le venía en gana.

»Poco a poco me creció la barriga. Fue el principio del fin, otra noche del Desastre sin que mediasen más temores que los míos: por una parte, no sabía cómo afrontar el embarazo —muy poquito me había contado Padre acerca de ello—, y de otra, me daba miedo cruzarme con Abel por si descubría la verdadera razón de mi comportamiento. Yo seguía queriéndole y deseaba su cuerpo, pero me daba miedo que descubriese el embarazo cuando me quedase desnuda ante él. Temía su reacción.

»De pronto habíamos vuelto a ser dos desconocidos unidos por el azar. Al comienzo, antes de la Enfermedad, nos unía la desgracia de unos padres que nunca pensaron en sus hijos. Ahora, nos unía este condenado *país* y la lucha por la jodida

supervivencia.

LE ASALTA EL recuerdo de la catarata de sangre, pero también el de las piernas púrpuras y las entrañas rotas por dentro. Acostumbrada a la punzada del hambre y al escozor de los guantazos que le propinaba Abel ante la menor contrariedad, a las *evangelizaciones* de los extranjeros y la utilización sexual que su pareja dio a algunos de los *muñecos*, Verona debía de estar inmunizada contra todo: el corazón esculpido en piedra y el estómago fundido en acero.

Sin embargo aquella bolsa gelatinosa en mitad de la solería del cuarto de baño aún la martiriza. Ese sonido como el de una bolsa de agua que cae al suelo. Supo de inmediato que había abortado. La culpa la tuvo seguramente el esfuerzo diario realizado en la azotea y la malnutrición. E incluso algún puñetazo furtivo que le hubiese propinado Abel.

Sin embargo lo más doloroso es que la memoria reviva de continuo cómo ella escondió aquellos restos —recogidos a tal efecto en una caja de cartón— en el interior del armario empotrado del aula 20, la que queda justo enfrente del *vertedero*. Antes de que la putrefacción alertase a Abel de la presencia de los restos, aprovechó una noche en que él dormía plácidamente para coger la caja y arrojarla por encima de la muralla defensiva que protege el ala norte de la primera planta. Los hambrientos, pensó no sin acierto, harían desaparecer la prueba de su fertilidad.

Por descontado nunca le comunicó a Abel que se había quedado embarazada. Seguramente la habría culpabilizado de todo. Si habían estado follando durante el último año, desde poco después de la muerte de Padre, ajenos por completo a las consecuencias, más por desconocimiento que por temeridad, lo lógico es que al final ocurriese aquello. De ella no era toda la culpa. Si no había sucedido con anterioridad fue por culpa de la desnutrición. Causalidad o no, el embarazo coincidió con la abundancia de carne macerada con la que les proveyó la familia Andersen: John, María y Norma Andersen.

Así que es comprensible que a Verona le haya costado sincerarse del todo ante la forastera. Al final lo ha conseguido esta misma mañana, antes de afrontar la jornada de trabajo en la azotea. Además le ha contado a Marcia la muerte de Padre, que sí, que fue un accidente aquello que le ocurrió. Otra cosa es que su hijastro no tuviese piedad con él.

Y también le ha hablado del último agravio: la violación que sufrió días atrás. Ha hecho hincapié en que esa ha sido la espoleta que ha hecho saltar por los aires toda su rabia.

—Desde entonces solo he tenido que esperar la aparición de las convulsiones que le atacan cada cierto tiempo. Los chillidos de dolor anunciaron que había llegado la ocasión. Luego únicamente he tenido que arrastrarlo hasta la *iglesia* para proceder a su *evangelización*. Lo necesitaba, Marcia. El mejor remedio contra la cólera acumulada han sido los puñetazos, patadas y mordiscos que le he propinado. Jodido

muñeco.

Después de esa primera sesión *evangelizadora*, y gracias a la reciente empatía experimentada con la pelirroja de ojos verdes, Verona se encuentra mucho más tranquila, tanto que esa misma tarde se le ocurre practicar uno de sus juegos favoritos.

Se ha dejado llevar por el impulso y le ha propuesto a Marcia que lo intente.

—Tampoco tienes nada que perder —puntualiza.

La forastera duda, parece que se negará, que no lo tiene nada claro. Nada, teatro, porque esas vacilaciones no son más que pura fachada. Lo cierto es que Marcia siente tan vivo su cuerpo por dentro que le apetece experimentar, claro que sí.

—De acuerdo, vamos a probar —dice al fin.

La anfitriona explica brevemente a su compañera el funcionamiento del juego y se marcha camino de la azotea después de regalarle un beso que ha rozado la esquina de la boca.

—Marcia, ¿me escuchas? —pregunta una vez ha llegado arriba, volcando la voz sobre el tubo de plástico.

Verona se ha sentado junto al mismo y se cubre con una manta. Hay que ser precavida porque, aunque aún no ha anochecido, la temperatura es sensiblemente más baja que al mediodía. A lo sumo dispondrá de media hora de luz antes de que la oscuridad se cierna sobre el instituto.

—Perfectamente —responde Marcia.

—Pues empezamos cuando quieras. Imagina tú el escenario, las circunstancias del encuentro. Yo te seguiré.

—Ahora no se me ocurre nada, chica.

—Para que te hagas una idea... Abel y yo hemos utilizado en muchas ocasiones la letra del *The End* de Jim Morrison. Es una manera como otra cualquiera de adornar el juego.

—A mí me gusta el actor Clint Eastwood, pero este hombre solo ha rodado películas del Oeste. Y no sé qué tiene eso de excitante.

Por descontado el comentario resulta completamente abstracto para Verona, casi tanto como si le hubiese hablado en chino. Desconoce quién es ese Clint Eastwood y mucho más qué es eso de las películas del Oeste. Es algo que se escapa por entero a su corto entendimiento. Así que, en beneficio del juego, ojalá su compañera decida no utilizarlo.

—Imagina algo que te hubiese apetecido que sucediera con ese muchacho que te gustaba tanto —apunta Verona, que desea que todo comience ya. Se desabrocha el pantalón vaquero y busca el desfiladero caliente de sus piernas.

—¿Con Michael, el de octavo curso?

Mientras le sea posible será indulgente con Marcia... a pesar de que su cuerpo ha despertado definitivamente. Hasta cierto punto es comprensible que la pelirroja dude por inexperiencia. Y ella, Verona, ha de ser tolerante.



—Lo que quieras, tú llevas el juego. Lo digo porque me será más fácil seguirte...

—De acuerdo, chica. Ya lo tengo. Estamos tú y yo en casa, solas; no hay nadie porque coincide que mi familia ha salido a dar un paseo por el centro de la ciudad. Hemos quedado para preparar juntas un trabajo de clase, algo de matemáticas. A mí se me dan tan mal que te has ofrecido a ayudarme. En el fondo, las dos sabemos que todo es una excusa. Pero a ver quién se atreve a dar el primer paso.

—Te miro de vez en cuando. Arrimo la silla para no estar tan lejos.

—Como estamos en mi casa supongo que he de ser yo quien facilite lo que va a ocurrir. De modo que agradezco el gesto cogiéndote la mano. Durante unos minutos fingimos que estudiamos, cada vez más poderosos los latidos del corazón.

Ahora sí que ha comenzado el juego y Verona se congratula por ello. Es entonces cuando sus dedos se internan más allá del elástico de la braga, igual que zapadores que temiesen una emboscada enemiga. Lo primero es reconocer el terreno. El rastreo del vello púbico desorienta al índice durante un momento, pero es únicamente una estratagema para retardar el segundo definitivo, ese instante en que reconoce el botón de carne del clítoris. El primer suspiro arrancado del interior de su pecho rueda a través del tubo de plástico.

En *la guarida*, Marcia se ha deshecho del pantalón y se busca con idéntica pasión bajo las mantas, las pirámides de las piernas bien abiertas.

—Pero el deseo, ¿sabes?, es más fuerte —continúa la forastera—, tanto que todo lo que inventemos para negarlo solo retrasará el instante. Así que aparto las gafas que uso para estudiar, igual que el libro de texto, me giro hacia un lado y atraigo tu cuerpo hacia el mío. El primer beso es tímido, casi una invitación. Ninguna de las dos se atreve a más, de momento.

—Aprovecho el acercamiento para soltarte el pelo y jugar con él. Mis dedos se han convertido en un peine.

—Chica, el segundo beso es más atrevido que el anterior. Sin embargo nos asusta abrir los labios, más que nada porque tememos, cada una por nuestra cuenta, que luego no seamos capaces de separarnos. Y claro, Verona, mis padres volverán del paseo y tendrás que marcharte de casa.

—Olvídate de eso. Con la mano derecha atrapo tu nuca y tiro de ella hacia mí. A continuación, cuando los labios se han juntado, disparo la lengua. Penetro en tu boca. La calidez, la suavidad con que responde tu lengua...

Verona hunde dos dedos en la vagina con la indecisión propia que observaría al introducir la mano en un nido de víboras. De inmediato se estremece. Luego los extrae lentamente. Repasa cada forma: la hendidura húmeda del sexo y el promontorio del clítoris. De pronto un relámpago centellea en su cabeza, no encuentra la salida, rebota una y otra vez dentro.

Por su parte, Marcia se afana con el movimiento repetitivo, con la perforación

placentera de los dedos índice y corazón. Al principio la fricción era algo molesta, todo lo contrario que ahora, ya que el fluido vaginal permite una mayor rapidez en los movimientos. La misma tormenta que castiga a Verona se ha desatado en el cerebro de Marcia. La misma.

De manera que es lógico que los suspiros vayan y vengan a lo largo del tubo que comunica *la guarida* con la azotea, tropezando unos con otros. Ambas muchachas son conscientes de que ha llegado el momento de acabar el juego y pasar directamente al cuerpo a cuerpo. Pese a ello prolongan durante unos minutos la *llamada telefónica*, desatada ya la imaginación.

—Sin que ninguna de las dos diga nada —apunta la extranjera—, tampoco hace falta, nos deshacemos de los sujetadores, sin que por ello tengamos que quitarnos las camisas. Es más tentador que sean las manos, y no los ojos, quienes repasen la turgencia de los pechos y la dureza de los pezones, enhiestos de puro placer. Por turnos, cada una toca y es tocada. Hay que ser igual de aplicadas ahora que en los estudios. Todo tiene un método.

—Soy la primera que pide más.

—Puede ser, Verona, pero te pongo el índice en los labios. Calla un momento. Si estamos en mi casa estoy en mi derecho de elegir los tiempos. Las dos queremos más. Me levanto de la silla. Meto la mano por debajo de la falda y me deshago de la braga, primero una pierna, luego la otra.

—La recojo y sonrío. Aspiro el perfume de tu cuerpo directamente de la prenda. Aún está caliente. La intensidad del olor de tu coño explota en mi nariz.

—Espera, no seas ansiosa, chica. Me siento de nuevo, esta vez en el filo de la silla. Abro las piernas y te ofrezco el triángulo de vello.

—¿Es pelirrojo?

—Sí, de un tono algo más oscuro que el del cabello, pero es pelirrojo. Ahora solo resta que te arrodilles. Te enseñó cómo hacerlo. Te muestras dubitativa cuando, en verdad, deberías desenvolverte de manera más resuelta. Ha llegado el instante de demostrar cuánto me deseas.

—No pienso... rechazar el ofrecimiento —la voz de Verona se hace borrosa en el interior del tubo de plástico. Es incapaz de controlarla por culpa del deseo desencadenado.

—Repasas la geografía de los muslos con la candidez de tus labios, en dirección a la rodilla y luego en la dirección contraria. Cada vez llegas más cerca. Mi sexo palpita, anticipando de alguna manera el placer.

Después del trallazo del placer proporcionado por los dedos, Verona apunta que ha llegado el momento de abandonar la azotea, de hacer realidad lo que hasta ahora ha sido tan solo un juego. Marcia apura el estallido del orgasmo antes de responder: ella es de la misma opinión. Cuanto antes, mejor.

—Vente cuando quieras —la voz de la forastera asciende hasta la azotea.

Verona se incorpora con la manta sobre los hombros cuando los últimos rescoldos

de la tarde mueren en el oeste de la ciudad muerta.

Sobran las palabras de momento, igual que la ropa interior de ambas, que desde el comienzo ha quedado olvidada en la orilla de la manta. Es más urgente el lenguaje de las miradas, más contundente el idioma de las manos. Los cuerpos han fondeado sobre la funda arrugada de la cama. Enseguida, antes de que medie otra consideración, se desata la fuerza controlada de la pasión. Es así como los mordiscos no llegan a desgarrar la piel, sino que se detienen justo en el límite. Es así como las manos se enredan en las cabelleras para subrayar el arrebató, sin que se excedan en ningún momento. Es así como cuando cruzan las miradas saltan chispas, sin que por ello ninguna resulte herida.

*La guarida* está iluminada por hasta cuatro *vasos de fuego*. No hay que escatimar en gastos, y más en un momento como este. No hay que perder detalle de cada cuerpo.

Cuando Verona se dispone a atacar la inicial reticencia de Marcia, esta se defiende, seguramente con la intención de prolongar al máximo el encuentro. Pero cuando se rehace y Marcia pasa al contraataque, es la anfitriona quien se resiste, intimidada posiblemente por la reacción de su compañera. Se sucede ahora el instante en que, al encontrarse en mitad de la cama, los dos cuerpos ruedan uno sobre el otro. Se funden en un único abrazo para a continuación separarse y cobrar distancia. ¿Es verdad lo que está ocurriendo? ¿O todo es un sueño?

Serán las piernas quienes ofrecerán la respuesta antes de que la encuentre el cerebro. Sí, es real ese encuentro en el vientre de *la guarida* entre Verona y Marcia. Se enredan, luchan. Las rodillas de una y otra defienden la confluencia de las caderas, el nido caliente del sexo, que es el verdadero objetivo de esa contienda casi amistosa, casi violenta.

Verona empuja a Marcia, se sube a horcajadas sobre su abdomen. Su coño queda a la altura del ombligo de la forastera, expuesto a la curiosidad de las manos de esta. Sin embargo las manos se encuentran neutralizadas por las suyas, unas sobre otras. La mirada de Marcia se detiene en hondura entrevista debajo del triángulo de vello oscuro, notaria del deseo. Marcia estudia cada centímetro de piel, los labios, el clítoris, que asoma entre el rastrojo ensortijado del vello. Mientras tanto, soliviantada por la pausa, la sangre arde igual que si tuviese las arterias llenas de gasolina. Lo que daría ella porque Verona se acuclillase sobre su cara, ofreciéndole la vagina para que calme su sed. Ningún sediento se saciaría con tantas ganas como ella.

—Nunca he estado con ninguna mujer —reconoce mientras ansía el coño de su compañera.

Podría contestar, pero Verona elige el silencio; no es necesario que lo confirme, se entiende sin que abra la boca: ella tampoco ha estado con ninguna mujer. No ha conocido más amante que Abel, aunque le hubiese gustado follarse a alguno de los

forasteros que su compañero ha *evangelizado*.

Después de las primeras llamaradas, de la lucha y el ímpetu iniciales, serán los labios los que tomen el control. Ahora es el instante de hacer realidad esos besos que antes se han regalado en la ficción de la *llamada telefónica*. Se beben la una a la otra con la intensidad del sediento.

Las lenguas exploran la boca y el aliento de la compañera. Cada vez más excitadas se muerden los labios. El incierto sabor de la sangre. La demora en cada nuevo beso. Todo es perfecto. La curiosidad de las lenguas no parece tener fin. A cada segundo que pasa se hace más complicado separar las bocas aunque solo sea para respirar.

Después de concederse unos segundos de descanso, Verona retrocede hasta arrodillarse en mitad de las piernas abiertas de la forastera. Marcia le ha dado permiso con una mirada complaciente antes de cerrar los ojos. *Haz conmigo lo que quieras*, le ha dicho en silencio. La entrega es total.

—¿Te gusta? —pregunta Verona mientras explora el desfiladero de los muslos beso a beso, centímetro de centímetro, desde la arrodilla a la convergencia de las piernas.

Las dos se estremecen con el placer entrevisto, antes de que suceda. La estancia se llena de suspiros. La lumbre de los vasos también se estremece, igual que los cuerpos, y con ella las sombras de ambas: la de quien ofrece en sacrificio el templo de su cuerpo y la de la creyente que se ha arrodillado frente al altar del coño. No hay religión más seductora que el deseo compartido.

Primero será la mano, ya le llegará luego el turno a la lengua. Después de los besos que reconocen el contorno de los muslos, Verona adelanta la mano. El índice explora ese desfiladero de carne que media entre las orillas de la vulva y el inicio de las piernas. Luego se atreve a traspasar la frontera y recorrer terreno más peligroso: reconoce cada labio en toda su extensión, de arriba abajo, de las inmediaciones del clítoris hasta el perineo, como si los estuviera dibujando con la yema del dedo.

Con un poco de saliva facilitará el masaje; de este modo no resultará incómoda su insistencia sobre el clítoris. Apenas lo roza, lo rodea a veces, todo al compás que marca la respiración de Marcia. Es lo mejor, como si ambas fuesen músicos: el encuentro tiene su ritmo y lo lógico es que vayan al unísono.

—Sigue —farfulla Marcia, desbaratada la voz por la magnitud del deseo. Siente que es una bomba a punto de estallar y que únicamente falta que Verona encuentre la forma de activarla.

La creyente, arrodillada, ofrenda su habilidad con el índice, arriba y abajo, trazando círculos alrededor del montículo de carne. Para potenciar al máximo su dominio sobre el placer de su compañera, acerca la cabeza para besar el altar.

El mismo juego de antes es practicado ahora con la lengua: primero Verona

repasa los labios, se detiene un segundo en el perineo, recreándose en su suavidad. Y después se afana sobre el timbre del deseo, sobre la llave que le abrirá todas las puertas. La humedad caliente de la lengua acaricia el clítoris, lo rodea, vuelve sobre él. Seguidamente parece que la *iglesia* de Marcia estuviera a punto de venirse abajo. Por momentos, exorcizada por la fe de Verona, la pelirroja eleva la cadera con objeto de hacer más violenta la exploración de la lengua. Sin embargo la anfitriona desconoce si lo hace por este motivo o simplemente porque es incapaz de controlar su cuerpo.

—Bésame —exige Marcia.

De esta manera, tras esta exigencia, el sabor de su propio coño viaja prendido en la boca de Verona. La saliva, el flujo. Todo es dulce y peligroso al mismo tiempo, como ese fuego que las hace hermanas en la creencia de la carne.

Se demoran en ese beso mientras sienten, en el otro extremo de los cuerpos, el palpito de los sexos, que llaman con la insistencia de una urgencia en mitad de la noche. Por esto, por mucho que prolonguen el culebreo de las lenguas, ambas son conscientes de que al final llegará el instante de compartir ese palpito.

—Date la vuelta —ordena Marcia tan pronto como le es imposible desoír el clamor desatado de su vagina.

—¿Cómo?

—Date la vuelta, chica —repite—. Ponte sobre mí, boca abajo: tu cadera sobre mi cara, y tu cabeza sobre mi cadera. Hagámoslo al mismo tiempo.

Verona obedece. Cuando ha adoptado la postura sugerida, tiene su cara a un palmo del coño de Marcia, y esta podría besar el suyo con solo levantar un palmo la cabeza, obtiene la confirmación de la forastera. Sí, así es como le ha dicho. Las dos se miran a través de la bóveda establecida por los cuerpos. Se entienden ahora sin necesidad de añadir nada más.

La sincronía del deseo. Marcia levanta apenas la cabeza para alcanzar la vulva de la compañera, y Verona hace lo mismo, hundir la cabeza entre las piernas de la pelirroja. De pronto se convierte en un juego: a pesar de la distancia que media entre ambas, una lengua imita a la otra. Si una se detiene sobre el botón del clítoris, la otra también; si una recorre los labios exteriores y luego los interiores, la otra también. Hasta coinciden en el momento de hundir la lengua en la oscuridad de pozo del coño. El sabor del flujo vaginal enloquece a las amantes. El deseo acelerado de una, urge a la otra hasta convertir el momento en una carrera desesperada.

Lo que en un principio ha sido un impulso, alcanzar, rozar el interior de la compañera, se convierte en una necesidad. La timidez del primer intento da paso a la intensidad de la penetración: las lenguas entran y salen de la capilla vaginal con una fe ciega, una y otra vez, con la obstinación de quien reza el rosario en expiación de alguna culpa, casi sin espacio para el silencio.

En una sincronía asombrosa las dos lenguas buscan el clítoris de la otra creyente, se regalan dos vueltas al mismo, y de nuevo se hunden en la cavidad caliente. El

fuego abrasa por dentro a los cuerpos. Cuanto mayor es el goce doloroso, más se afanan las dos creyentes en rezar delante del altar de la amiga. De repente deja de existir el instituto, la supervivencia, la soledad de un mundo muerto, la amenaza incierta de los resucitados. El universo gira en torno a esas dos vaginas a punto de explotar, a punto de bendecir a la orante con la libación de su orgasmo.

Las ideas se funden, licuadas por la velocidad y la temperatura alcanzadas por la sangre. Solo existe la urgencia, la necesidad y la insistencia de la lengua, igual de instintiva como los espasmos del rabo de lagartija al ser separado del resto del cuerpo. No hay margen para pensar en nada más.

Casi milagrosamente el placer de ambas explota casi al unísono, como dos bombas atómicas que alcanzasen el blanco al mismo tiempo. La combustión del deseo. La llamarada final del orgasmo que se riza igual que una explosión. De alguna manera es así: ha explotado en lo más hondo del sexo. Una luz blanca ciega a las dos creyentes, baña los dos altares. No hay bendición más pura que la del placer compartido.

El sexo aún palpita cuando una y otra abren los ojos. Todavía tienen tiempo de ver los espasmos de la vulva de la compañera. Verona se quita de encima y se tumba al lado de Marcia después de apagar tres de los cuatro *vasos de fuego*. De inmediato defienden su desnudez cubriéndose con la manta.

Rubrican el final con un nuevo beso. Hay que compartir el sabor del fluido vaginal con la otra. Al cabo de unos segundos se separan; permanecen apenas separadas por un palmo y sin embargo se encuentran muy lejos, paladeando cada una el sabor de la compañera y disfrutando del placer derramado.

LA NOCHE ACABA plácidamente. Dentro de *la guarida* avanza la oscuridad a medida que la lumbre del *vaso de fuego* mengua hasta hacerse casi invisible. Solo es, en esos momentos, cuando Verona la alimenta con un pequeño trozo de madera.

Durante un buen rato ninguna de las dos habla, pero no porque alberguen un sentimiento de culpa por lo que ha sucedido con anterioridad —que no existe en modo alguno—, sino porque se sienten cómodas dentro del silencio. Observan el techo, cada una en su mundo; meditan acerca de la pasión experimentada con la intensidad de un combate a muerte. Nada será igual entre ellas después de esta noche. De eso están convencidas. También de que no será la última vez que sus cuerpos se busquen.

Para dos mujeres que han sobrevivido quince años al Desastre, el concepto de un amor que trasciende las lindes de la heterosexualidad es algo tan abstracto que ni siquiera es planteado por ninguna. Ellas se han dejado arrastrar sin reparar en ninguna otra consideración.

Antes de que la laxitud de los cuerpos sea una tentación demasiado poderosa y convoque el sueño, Verona alcanza el ejemplar de *Marcovaldo*. A pesar de que renueva su animadversión hacia la literatura, Marcia accede a que la anfitriona le lea un poco.

—El pobre se está deshojando —se lamenta Verona.

—Si hay pegamento podríamos arreglarlo.

—Te lo agradezco, pero si lo trato con cuidado...

En esta ocasión el relato elegido es *Donde es más azul el río*. Al principio el relato habla de los distintos peligros provenientes de la alimentación adulterada por mil y un productos, cuando menos sospechosos. *Marcovaldo* suspira por ir a pescar a un río, lejos de la ciudad, donde el agua sea agua y los peces, peces. Pero no será tan fácil escapar de la larga sombra del hombre y de la industrialización.

Al concluir la lectura, a preguntas de Verona, Marcia explica qué son exactamente los peces. Al recordar la palabra *río*, la anfitriona le asalta con una nueva duda:

—¿Y un *cañaver*?

Al día siguiente, en cuanto la luz de la mañana ilumina *la guarida*, se buscan de nuevo bajo la manta. En esta ocasión basta con que una abrace a la otra por la espalda para que todo vuelva a empezar. En esta ocasión Verona es quien abraza a Marcia. Después de repasar sus formas —el cuello, la espalda, la cintura—, hunde la mano derecha entre las piernas de la patinadora. Primero juega con el vello; luego, la humedad. El índice reconoce el clítoris, lo rodea, juguetea con él. El dedo se adentra entre los labios y los recorre de arriba a abajo, sin prisas, deleitándose en la suavidad de la carne. Luego culebrea dentro de la vagina. Terminar probando el sabor del flujo

es la rúbrica al trabajo bien hecho.

—Me gusta como sabes por dentro —murmura Verona al oído de Marcia.

Después de la deflagración del orgasmo, Marcia será quien abrace a la anfitriona y repita punto por punto la operación de la que ha sido objeto. Risas cómplices, palabras más o menos atrevidas, besos que se estrellan contra el cuello y mordiscos fingidos. El índice de la pelirroja trabaja con envidiable seguridad, sin conceder un solo segundo de descanso. Si hace falta, es reconducido por la voz descuadernada de Verona. *Arriba o abajo, más rápido o más despacio*. La cuestión es amasar la explosión de placer hasta que alcance la intensidad del estallido de un volcán.

Más que la urgencia del deseo, que es lo que tuvo lugar ayer, esta mañana experimentan la complicidad de la amistad. Resulta casi un juego ese par de orgasmos que se han regalado nada más despertar.

Luego será Marcia la que tome la palabra. Hace partícipe a Verona de la idea que ha tenido. De primeras, se niega, no lo cree oportuno. *¿A qué viene eso ahora?* Ni hablar. Sin embargo Marcia insiste. Ella se niega por segunda vez. Pero al final claudica ante la insistencia de la patinadora.

—Por favor, chica. Quiero saber qué se siente.

Una bola de fuego consume el estómago de Verona. ¿Qué puede hacer, negarse? Aunque le desagrada la idea, accede después de mostrar su disgusto. Pretende así evitar el más mínimo conflicto con su compañera. Para una vez que se siente a gusto, joder... no lo va a tirar todo a la basura. Además, Marcia le ha prometido que solo será *una vez*. Una y nada más.

Desayunan desnudas bajo la manta. Abrevian el trance porque Marcia se muestra impaciente. Quiere experimentarlo cuanto antes. Por mucho que Verona trate de dilatar el momento, es arrastrada por la determinación de la pelirroja. Media hora después de despertar, acceden al interior de la *iglesia* sin ni siquiera vestirse. Para ocultar su desnudez comparten, abrazadas, una de las mantas a modo de poncho.

Todo es un erial sin más detalle de importancia que esas raíces con que tropieza. Y cada vez que cae, un dolor electrizante le paraliza las piernas, de modo que avanzar hacia el objetivo se convierte en una auténtica tortura. De pronto el sueño se distorsiona y él es consciente de ello. Una fuerza exterior le llama. Por pensar, piensa que es la misma tierra, el mismo páramo quien solicita su atención. Después que es el viento, las rachas de aire gélido que van y vienen, como si jugasen con él. En cuestión de segundos se da cuenta de la realidad: es una voz.

—¿Abel?

A pesar de que la ha oído relativamente cerca y del tormento que suponen los continuos tropiezos con las raíces, Abel prefiere el refugio del sueño y se olvida del exterior. Está convencido de que lo que le aguarda fuera es mucho peor que lo de dentro.



—Chica, ¿no se habrá muerto?

—Espero que no, Marcia.

De repente algo le golpea. Esta vez no ha sido él quien ha tropezado, sino que una fuerza externa lo ha derribado. El dolor es tan intenso que centellea dentro de la cabeza, rebotando de un lado a otro. Escupiría un insulto... si pudiese. La maldita mordaza se lo impide, la jodida mordaza. La cavidad bucal es una herida, una llaga, por culpa de los cristales que asoman a través de la tela del calcetín.

Abel se esfuerza y levanta la cabeza tan pronto como reconoce las voces de su hermanastra y de la forastera. Preferiría estar solo, él y nadie más; si acaso que se quede junto a él la maldita enfermedad que padece. Sin embargo las dos putas han regresado a importunarle como la última vez.

—¿Ves como no está muerto? —Verona se queja del escepticismo de su compañera.

Cuando por fin se desembaraza del sueño muy a su pesar, Abel abre los ojos. Tras el desenfoque inicial, consigue centrar la mirada en ellas: las dos comparten una manta a modo de poncho. Marcia abraza por la espalda a Verona. De inmediato repara en que han llegado hasta la *iglesia*, descalzas y sin pantalones.

—Será divertido —apunta Marcia.

Abel observa cómo esta ofrece la mejilla derecha a Verona para recibir su beso. Después abandona la protección de la manta y se muestra desnuda, completamente desnuda ante él. En otra ocasión, ese cuerpo resultaría toda una tentación para un tipo como él, pero el dolor de las piernas quebradas es mucho más intenso que el deseo. No obstante advierte que, a pesar de la delgadez extrema, de los pechos esmirriados y de los huesos que se marcan bajo la piel, la muchacha conserva parte de su encanto. Tal vez, piensa, ese encanto deviene del color de su pelo, el de su cabellera y el del vello púbico, de un intenso color rojo.

De no mediar el dolor, Abel imaginaría ese coño abierto, imaginaría su sabor, el calor que alberga. Pero es imposible que lo consiga: todo es dolor y un páramo lleno de raíces con el que tropieza continuamente.

La muchacha se arrodilla junto a él, abiertas las piernas para que no deje de mirarle. Con la ayuda de unas tijeras corta la parte superior del pantalón, y de un tirón lo arroja bien lejos. Producto de ello las piernas se convierten en fuego y el dolor está a punto de hacerle perder el conocimiento. A Abel le abandonan las fuerzas y no consigue sostener el peso de la cabeza. Lloraría, pero tiene los ojos secos de tanto hacerlo. Además, si demuestra semejante debilidad ante ellas es más que probable que, lejos de convocar la compasión, enardezca a las dos muchachas.

Marcia procede de igual manera con el calzoncillo. De inmediato el pene y los testículos quedan expuestos a la curiosidad de la pelirroja.

—Ya verás como sí será divertido, Verona.

Abel siente la calidez de la mano de la pelirroja sobre sus testículos. La curiosidad de los dedos y la certeza de esa mirada que intercambia con él hacen inútil la respuesta silenciosa que le brinda: *Por favor, olvídate de mí.*

Mientras Verona se debate unos pasos más atrás algo molesta, y va y viene igual que una fiera enjaulada, Marcia se escupe en las manos. Unta de saliva la polla en toda su extensión. En realidad no está haciendo otra cosa que administrarle un lavado de urgencia. Mejor así. Mueve el pene arriba y abajo, repasa con el índice los bordes del prepucio.

En otras circunstancias el miembro del muchacho ya habría respondido. Una tía con las hechuras de la extranjera solo se merece un buen polvo, que él la abra por la mitad, que culee sobre ella y que por último escupa sobre su rostro. A pesar de la provocación, el pene permanece flácido.

—Ya está bien, vámonos —masculla Verona desde el umbral de la puerta. Es una estratagema para que Marcia la acompañe fuera.

La forastera se agacha sobre la cintura del prisionero y se introduce la polla en la boca. Arriba y abajo. Estira abajo el pellejo con la pinza de los dedos y redobla sus esfuerzos sobre el glande. Durante un segundo se acuerda de aquel compañero de clase que tanto le gustaba. A lo mejor si invoca el recuerdo de aquel Michael, resulta menos patético ese intento de follarse al *muñeco*. Necesita que el miembro resucite y sentirle dentro del coño. Pero por mucho que se esfuerza, el intento es baldío: solo es un gusano muerto.

Abel lamenta en silencio que el dolor le deje sin capacidad de reacción. Lo que daría por eyacular en la jodida cara de chupapolla de la pelirroja. Es consciente de que aunque ella lo intente durante media hora más, no lo conseguirá.

—Vámonos —insiste Verona.

Abel es testigo de la osadía de la muchacha, de su empecinamiento: Marcia se incorpora, se acerca a ella y silencia las quejas de la hermanastra con un beso en la boca. Desde su posición de desventaja, este gesto a Abel le supone casi un triunfo: la extranjera porta el sabor de su polla en la boca y lo comparte con Verona, que se resiste en un primer momento... quizá, tal vez por eso, porque ha reconocido el sabor.

El *muñeco* observa su miembro, brillante de saliva. Aunque no sea perceptible al ojo humano, Abel siente que la sangre comienza a fluir por su interior. Algo es algo. Si pudiese hablar, si no tuviese la mordaza, advertiría de tal circunstancia a la forastera, más que nada para que aproveche y redoble sus esfuerzos. Sin embargo cuando más cerca está de conseguir la erección, un espasmo le sacude el cuerpo.

Y a pesar de que en esta ocasión no ha sido tan fuerte como en otras anteriores, el cuerpo se resiente y palpitan de dolor todas las fracturas y las heridas. Sin que pueda

evitarlo, Abel aprieta las mandíbulas y la mordaza se convierte una vez más en una auténtica tortura. Se desgarraría la garganta si pudiese gritar.

Cuando vuelve en sí, Abel advierte que Marcia insiste en revivir su miembro: ahora se ha acuclillado sobre su cintura y repasa con la punta del glande su vulva. Se agacha, chupa la polla un segundo y vuelve a acuclillarse sobre ella. Aunque está flácido, porfía en introducirlo dentro del coño. Por mucho que se esfuerce, que trate de hundirlo, el pene no responde.

—Valiente mierda de tío —ladra antes de retirarse de su cintura.

Abel lamenta la traición del miembro. Qué otra cosa puede hacer. Solo experimenta la resurrección de la sangre cuando es testigo del placer compartido por las dos muchachas. Y es que, incendiadas por el deseo, Verona y Marcia han extendido la manta en el suelo y le regalan al prisionero la contemplación de sus cuerpos enredados, la cabeza de Verona hundida en la ingle de Marcia, y la de esta bajo el coño de aquella. Los jadeos infectan la *iglesia*. Mejor este tipo de *evangelización* que la conseguida a golpes, piensa Abel mientras ellas chillan de placer.

Una hora más tarde, Verona regresa ya vestida a la *iglesia*. Le acompaña su compañera unos pasos más atrás. Abre el puño. Muestra a Abel el dado de las *noches de la euforia*. Le invita a apostar de nuevo: ¿pares o nones?, como ya hiciera cuando ayer se atrevió a pedir un poco de agua. Seguramente debido al engaño sufrido entonces, el muchacho no se fía y sacude la cabeza en sentido negativo. Prefiere que evitar a toda costa que se mofe por segunda vez de su desesperación.

—Venga, *Odio*, colabora. No me lo pongas más difícil.

Ni siquiera hacen entrar en razón a Abel los dos codazos que la lectora le administra. La cabeza oscila, inerte.

—Joder, elige, ¿pares o nones?

Verona le levanta la cabeza cogiéndole de la barbilla. Tras concederle un pequeño descanso y prometerle que no le golpeará más, lo único que obtiene a cambio es una nueva negativa por parte del reo. Podría darle diez codazos más y otros tantos rodillazos hasta borrar esa mueca de horror con que la observa desde el silencio de la mordaza. Pero entonces se acabaría demasiado pronto el juego, y tampoco es plan de abreviar el placer.

De manera que se gira hacia su amiga y la invita a apostar. Marcia pretende negarse, pero no se lo permitirá. Al final, tras varias negativas, la pelirroja se decanta por nones. Para bien o para mal, el dado le da la razón.

—Ya que no ha querido Abel, serás tú quien elijas.

La patinadora sabe que no debe preguntar qué es lo que debe elegir, que diga lo que diga todo irá a peor. Pero no le queda más remedio que intervenir.

—Elige, ¿varilla o flauta? —Verona muestra los dos objetos. La primera es una de

las varillas que Abel arrancase del paraguas y la segunda, el instrumento que perteneciera a Debisí.

*Esto no tiene buena pinta*, rumia la pelirroja. Además, los ojos de Verona certifican su diagnóstico. Seguro que se le ha ocurrido alguna nueva maldad.

—Flauta —dice a pesar de ello, más por miedo que porque esté convencida de la utilidad del juego.

—OK, la música amansa las fieras, decía Padre.

Ojalá haya acertado. Ojalá haya elegido lo menos traumático para el muchacho. Pero la sonrisa de Verona le hace dudar. ¿Qué habrá querido decir con lo de la música y las fieras? La anfitriona libera al prisionero del pupitre y le ata las manos por delante.

Introduce una variante nueva en la *evangelización*: oculta la cabeza de Abel bajo el saco de arpillera que este usaba en las *noches de euforia*. A partir de ahora solo se le verán los ojos. Mucho mejor así.

A Marcia le gustaría marcharse de allí y no ver cómo Verona vuelve boca abajo al *muñeco*. Con la puntera del pie le separa las piernas, descuadradas por las múltiples fracturas. Abel se retuerce de dolor, gruñe bajo el saco de arpillera. *Menos mal*, piensa Marcia, *que la mordaza anula sus gritos*.

Solamente hace falta que la *evangelizadora* se arrodille entre las piernas y que separe, con la ayuda de una mano, los cachetes del culo para que Marcia intuya que se ha equivocado al elegir. Verona aún no ha acercado la embocadura de la flauta al ano cuando se decide a cambiar su elección. Además está esa costra de sangre que rodea el orificio. Si se acercase un poco más podría distinguir unos pequeños desgarros, producto de a saber qué vejación.

—Un momento, chica —se apresura a decir—. Mejor la varilla.

Tan pronto como ha cambiado de parecer, Marcia barrunta que se ha vuelto a equivocar, y que el dado y la apuesta de pa res o nones no era más que una pantomima con que soliviantar los nervios del prisionero. Le gustaría convencer a su amiga de que lo deje tranquilo.

El rostro de Verona esboza una mueca de desidia, como quien tiene que cumplir con una tarea engorrosa. Después de volver boca arriba al *muñeco*, le ata las manos al pupitre. Todo vuelve a estar como al principio de la apuesta.

De nuevo empieza el juego. Desafiada por la mirada que descubre a través de los ojales practicados en la arpillera, Verona le regala un codazo a su hermanastro. No permitirá semejante insolencia. Así, con la arpillera será más fácil *evangelizarle*.

Verona se agacha sobre las piernas fracturadas y esgrime la varilla metálica igual que si fuese un lápiz o un escalpelo. Su objetivo son las postillas. Con una habilidad innata busca el borde más seco para introducir la varilla y hacer palanca. Durante la primera parte del proceso, se conforma con levantar las postillas y observarlas en la palma de la mano con celo de entomólogo. Incluso se atreve a probar alguna, a mascarla igual que si fuese un tasajo de rata.

—¿Qué haces? —pregunta Marcia, cada vez más molesta con el extraño comportamiento de su amiga.

—Descubrir el sabor de *Odio*.

—Deja eso ya, por favor.

—Antes le has comido la polla y me he tenido que callar. De modo que, si no te gusta lo que ves, espérame en *la guarida*.

Debajo de alguna de las postillas Verona descubre la pasta verduzca del pus. Algunas de las heridas más antiguas se han infectado para regocijo de la *evangelizadora*. Ayudándose de la punta de la varilla, recoge parte del pus y se lo acerca, primero a la nariz, y luego a la lengua. Lo paladea. Lleva el pus de una parte a otra de la boca. Rebusca su sabor entre los dientes si hace falta. Nunca ha probado nada igual, aunque no sabría explicar a qué demonios sabe. Eso sí, tampoco es que sea mucho más repulsivo que el semen de Abel o el fluido vaginal de la pelirroja.

Marcia se ha retirado hasta el umbral de la *iglesia*, en un desesperado intento por convencer a la otra de que se olvide del *muñeco*. Pero Verona ha encontrado otra diversión: probar a hundir la varilla hasta el mismo fondo de la herida. A poco que haga presión sobre la base sanguinolenta de la misma es capaz de hundir el metal en la carne varios centímetros.

La perforación es metódica. En el rostro de Verona no asoma la más mínima expresión, absorta como está en la eficiencia de su martirio.

Abel se debate contra las cuerdas que le anclan al pupitre y contra la naturaleza muerta de sus piernas. Bajo la caperuza de arpillera se dejan sentir sus quejas inarticuladas.

Cuando Verona siente el filo cortante de la mirada del prisionero sobre sí, le escupe a los ojos. Joder, ya está bien. ¡A ver si se los va a tener que pinchar con la varilla! Amenaza con hacerlo antes de regresar a la inspección de las heridas. Cuando se cansa de ello, dirige la punta a las fracturas abiertas. A pesar de las convulsiones que sufre el *muñeco*, orada con la varilla los huesos astillados y la carne sajada. Nada detendrá ahora su curiosidad. Con un poco de suerte será capaz de llegar al tuétano de los huesos.

Necesita variar el juego cada cierto tiempo para evitar la desidia. Ahora empuña la cruz de madera que completa, junto con la toca y el manto, el *halloween* de monja que tantas veces ha vestido. Verona se la muestra a Marcia con la diligencia de un número de magia, *nada por aquí, nada por allí*. Aunque más que a un mago, Verona se parece a uno de esos predicadores de púlpito y palabra incendiaria, capaz de vender las bondades de semejante símbolo cristiano a un extraterrestre.

*Ya verás, Marcia, lo que se me ha ocurrido.*

Con ceremoniosa lentitud, ata un palmo de cuerda a cada extremo del palo vertical de la cruz. Doble nudo para que no se desate a las primeras de cambio.

Retira la arpillera que ocultaba el rostro del reo. A semejanza de un bocado de caballo, ella introduce transversalmente la cruz en la boca de Abel, poniendo especial cuidado en que este no le muerda en un descuido. Sospecha que si el hijoputa hace presa en una de sus manos, no la soltará en la vida.

Antes de que consiga escupir la cruz, la muchacha ata los dos cabos a la nuca. Imprime al primer nudo toda la fuerza de la que es capaz para que el bocado cruciforme encuentre su verdadero lugar a la altura de las últimas muelas. Otro nudo más hará inviable la posibilidad de que se suelte cuando dé comienzo la nueva diversión.

Seguidamente comprueba la correcta postura de la cruz dentro de la boca. Hace el gesto de OK a su amiga, que se apresura a negar con la cabeza. Por mucho que se esfuerce, nada hará cambiar de opinión a Verona.

Los ojos del *muñeco* se dislocan cuando advierte que su hermanastra ha alcanzado el mazo de derribar paredes y que se aproxima empuñándolo. Aunque nunca lo conseguirá, dado que la cruz bloquea la lengua, Abel se esfuerza por hablar. A duras penas consigue emitir unos gruñidos incomprensibles para los que, por otra parte, no hace falta traducción. Ya imaginado lo que le espera.

—No temas, que no voy a hacerte daño —ironiza. Abel niega con la cabeza y llora—. ¿No quieres que utilice el mazo? —Abel asiente. Resulta patético su intento por detener lo inevitable.

—Vámonos, ya está bien por hoy —interviene Marcia—. O mátales de una puta vez.

¿Qué sabrás tú lo que está o no está bien? Tú no le conoces. Pregúntale a Debisí, a Renata o a la familia Andersen. Verona elige el silencio y la sonrisa en lugar de las palabras afiladas y el desprecio. La patinadora es una ignorante.

—¿Entonces prefieres que deje el mazo? —pregunta al *muñeco*. Este asiente de nuevo—. De acuerdo.

En contra de lo que cabría esperar, o de lo que han imaginado tanto Abel como Marcia, la *evangelizadora* acepta y aparta el *True Temper* a un lado. Eso no quiere decir que haya acabado con Abel. Tampoco se lo va a poner tan fácil.

Alcanza del bolsillo del pantalón la *Magnum*. Acerca el cañón de la pistola a la sien del hermanastro.

—Seguro que preferirías una muerte rápida, ¿no?

Abel mueve la cabeza en sentido afirmativo. El acero besa la piel justo en el nacimiento del cabello. Verona sonrío mientras acerca el índice al gatillo.

—Odio, tú dirás. Tus deseos son órdenes.

—Mátalo —ruega Marcia, que no sabe si cruzar los brazos o morderse las uñas.

—1, 2... y... tres. ¡Bang, bang! —La anfitriona simula el sonido de un disparo. La carcajada de la muchacha coincide con las lágrimas del prisionero, que lamenta la ocasión perdida de que abreviase de una puñetera vez su sufrimiento.

Hastada del juego Verona se decide a pasar a la acción. Además, empieza a estar

cansada de las intervenciones de Marcia. Está convencida, absolutamente convencida, de que cuando vea lo que es capaz de hacer con la *Magnum* no protestará más.

De manera que coge la pistola al revés, por el cañón. Sonríe. Se aparta un metro de la víctima, pero no porque piense dejarla en paz, sino porque necesita espacio para poder proyectar el brazo. Como el bateador que ensaya en el aire el golpe que le propinará a la bola, Verona practica su *home run* particular. Calcula el movimiento exacto tantas veces como sea conveniente.

Cuando cree que lo tiene mecanizado, sin mediar palabra, propina un culatazo al *muñeco*, que le estalla en el maxilar superior. Abel siente como si, de repente, se hubiese estrellado contra su boca un tren a cien kilómetros por hora.

El crujido es terrible. Si tuviera que apostar, Marcia juraría que le ha partido la encía en dos al prisionero. Y no se equivoca demasiado. Con ese primer culatazo, Verona ha dejado claras sus intenciones: apurar al máximo la *evangelización* del hermanastro.

El golpe ha quebrado por la mitad los incisivos centrales. Astillados por culpa del impacto son más peligrosos ahora incluso que antes, así que se obstina en hacerlos desaparecer por completo. Con metódica paciencia, golpe a golpe de culata, los descascarilla, los rompe, hasta dejarlos al mismo ras de la encía. Una, dos, tres veces, todas las que hagan falta. De este modo resultarán inofensivos y no podrá morder con ellos.

El trabajo no ha hecho más que empezar y ella lo sabe. Va a sudar la gota gorda antes de desdentar por completo a Abel. Tras desatarse el pelo y volverlo a recoger en una cola a la altura de la coronilla, procede de igual manera con el resto de dientes superiores. Uno a uno, sin alterar el ritmo de los culatazos, acaba astillándolos todos. Tras la primera tanda de golpes la dentadura se parece a esa línea de cristales rotos que se erige en la parte alta de un muro cuando se pretende defender lo que hay detrás de él.

Seguidamente la culata borrarán cualquier vestigio, esquirra a esquirra, hasta que no quede más que la sanguinolenta frontera de la encía.

La sangre brota con la intensidad de una catarata. Parte de ella se desbarranca a lo largo del cuello, y la otra fluye hacia atrás para colarse por el sumidero de la garganta.

—Déjalo ya, por Dios —es la voz de Marcia, que se atreve incluso a sujetarle el brazo antes de que consiga un nuevo *home run* en la boca del prisionero.

De un tirón, Verona se deshace del marcaje de la invitada y se dispone a continuar. Ella tiene muy claro lo que pretende conseguir.

Ahora le toca el turno a los dientes de abajo. Con la experiencia adquirida, en esta ocasión los golpes son lo suficientemente precisos como para invertir la mitad de tiempo que con los de arriba. No ha de quedar ninguna astilla que sobresalga de la encía. La sangre y las esquirlas de dientes saltan por los aires. Machan el rostro de

Verona, e incluso alcanzan a Marcia.

—No te preocupes, *Odio*, que ya acabo —dice Verona antes de administrar los últimos culatazos. Uno, dos, tres... El brazo le arde con el sobreesfuerzo, pero el objetivo ha merecido la pena.

Ahora la boca es un pozo sanguinolento en el que, con facilidad, cabría un puño en su interior. Si tuviese unos alicates arrancaría de cuajo las muelas, pero ha de dejarlo estar. De momento se conforma con lo conseguido.

Verona deshace los nudos tras la nuca, retira el bocado en forma de cruz y deja que Abel descanse durante unos segundos. Luego se desnuda de cintura para abajo: fuera los zapatos, fuera el pantalón y la braga. Solicita la intervención de Marcia para se arrodille delante de ella. La invita a que hunda su lengua en el coño.

En un principio la patinadora se niega. Tampoco está de humor, sobre todo después de lo que ha visto. En apenas un par de minutos cederá, no vaya a ser que se enfade con ella. A saber de lo que es capaz de hacer. Así que Marcia se arrodilla y busca el clítoris con la lengua. De inmediato Verona se excita.

Cuando está a medio camino del orgasmo, la *evangelizadora* aparta a su amiga y le ofrece el sexo a Abel. Vencido por el dolor, este es incapaz de sostener la cabeza. Tendrá que sujetársela ella si quiere que le coma el coño.

Ahora no hay peligro alguno de que le muerda. Después de la intervención de la culata de la *Magnum*, el *muñeco* carece de dientes con los que atacar su sexo.

Abel estira la lengua y roza la hendidura húmeda. Pero es poca cosa ante la exigencia de la hermanastra. El sexo acaba embadurnado de sangre, igual que si le hubiera bajo la regla en ese mismo instante.

Aburrida, sintiendo como el deseo encoge, Verona le arrea un par de codazos en la nariz y en el pómulo izquierdo. Antes de que sea demasiado tarde, Marcia se ofrece a acabar lo que ha empezado con anterioridad.

Pero Verona hace caso omiso y sale precipitadamente de la *iglesia*. Regresa de inmediato. Hecha un ovillo, trae en una mano la ilustración del Sistema Solar, que había permanecido grapada hasta ese momento sobre el mueble que hace las veces de alacena. Verona se la hace tragar al prisionero. Le abre la boca y lo introduce dentro.

—Esto es lo más lejos que vas a llegar —rumia.

Luego, devuelve la mordaza a su sitio. Mientras observa cómo el *muñeco* hace un esfuerzo ímprobo por no ahogarse con la mordaza, la sangre que brota de las encías y la ilustración ovillada, Verona abre las piernas para que la patinadora termine lo que ha empezado. A pesar de que la sangre de Abel embadurna la vulva, Marcia se presta gustosa. Cuando Verona se corre sobre la boca de la extranjera, la levanta y le planta un beso.

Antes de que la lumbre del *vaso de fuego* y las dos muchachas abandonen la *iglesia*, Abel observa cómo Verona deja junto a la puerta una caja de zapatos, precisamente la misma que han utilizado en la azotea a modo de retrete. Dentro se mueve algo.



—Te dejo en buena compañía, *Odio* —murmura la lectora como despedida.

Luego desata la cuerda que rodeaba la caja y cierra la puerta. Tras el crujido de la llave en el útero de la cerradura, Abel vuelve a percibir movimiento en el interior de la caja. ¿Qué habrá dentro? No quiere ni pensarlo.

Ahora no hay eriales minados de raíces que alteren el sueño. Nada de eso, tan solo la oscuridad infinita que antecede al final. El descanso se prolonga sin que Abel sea capaz de cuantificarlo.

Y en realidad no ha dormido tanto. Despierta al cabo de una hora, alarmado por algo que va y viene de un lado a otro. Inmediatamente, antes incluso de que sea capaz de identificar qué coño se mueve a su alrededor, repara en la violencia de la tormenta que se abate sobre el edificio. Menudo aguacero.

Desnudo de cintura para abajo, empieza a estar aterido de frío. Si al menos pudiese mover las piernas, las haría entrar en calor. Está desesperado: muerto de sed, hambriento y deshecho por el dolor de las múltiples heridas. Aunque se encuentra en las peores condiciones posibles, tendrá que enfrentarse a lo que merodea dentro de la *iglesia*.

De pronto descubre una sombra que se mueve entre la oscuridad. Tiene que ser eso lo que le ha rozado hace unos segundos. Culebrea en mitad de la penumbra de la *iglesia*. Hay un instante en que juega a engañarse: lo fácil es pensar en una ilusión óptica, no es nada más que una mancha que atraviesa la pupila por dentro. Mucho mejor eso que aceptar la realidad... Porque a saber qué cojones escondía la caja de zapatos que Verona le ha dejado antes de salir.

No se alarmará mientras la sombra se mantenga lejos de él. Pero antes de lo que piensa, *eso* se atreve a acercarse a las piernas y a olisquearle los pies. A poco que aguce el oído y escuche atentamente, descubrirá de qué cojones se trata. En demasiadas ocasiones se ha enfrentado a ellas en mitad de la oscuridad como para no reconocer ese correteo apresurado sobre el suelo.

Se ríe por dentro: es una suerte de ironía, de guiño del destino... que después de haberse comido tantas ratas vaya a servir de cena a una de ellas. La rabia anega su estómago. Le gustaría gritar, y patear la cabeza de su hermanastra y la de su amiguita, y sumergir el cuerpo de ambas en *agua bendita*. Así gozaría de tiempo más que suficiente para comérselas a las dos.

Pero es solo eso, un puñado de deseos. Por desgracia cada vez es más consciente de que ese será el fin, de que se le agota el margen. Da igual que consiga ahuyentar a la rata o incluso sobrevivir al frío; sabe que nunca se recuperará de la enfermedad que padece desde hace tres meses. Los primeros síntomas se han agravado con el tiempo: el babeo, la sudoración excesiva producto de la fiebre, la irritabilidad, la micción y defecación incontrolables o la dificultad al tragar. Es más, desde hace días, a la fiebre hay que añadir una tos pertinaz, obstinada, que se estrella una y otra vez contra la

mordaza, a consecuencia de lo cual los cristales que rellenan el calcetín se hunden una y otra vez en el paladar y en la lengua.

En ese instante un espasmo sacude sus piernas y anula cualquier pensamiento. Aunque es de menor intensidad que otros que ha sufrido con anterioridad, las fracturas multiplican el dolor exponencialmente hasta el infinito. Pierde la visión y la cualidad de razonar. Estallan las neuronas con la violencia de una bomba de cincuenta megatones. Durante unos minutos la noche del Desastre renace bajo el cráneo.

El corazón se detiene una décima de segundo antes revolucionarse y lanzarse a una carrera desenfrenada. La implosión de la sangre amenaza con vencer la resistencia de arterias y venas, y anegar el erial del cuerpo. Sin que pueda evitarlo, Abel aprieta la mordaza y se destroza por enésima vez la boca. De seguir así la próxima vez que Verona le libere de ella, escupirá la lengua en trocitos tan pequeños que será imposible recogerlos uno a uno.

Con una pizca de ironía Abel recuerda cómo a veces cocinó la lengua de los extranjeros *evangelizados*. Recuerda especialmente lo jugosa que halló la de Renata, la de ella, que tanto celo puso en aquellas felaciones que le regaló, como si gracias a su habilidad pudiese conseguir el indulto. Pero la suya, sospecha, resultará inaprovechable de tan troceada.

En cuanto la explosión de dolor remite y consigue el pleno control sobre sus piernas, detiene el movimiento de las mismas y aguza el oído. La rata continúa emboscada en la oscuridad. Tiene que solventar ese problema. La muy cabrona sigue ahí, al acecho. Hasta se ha atrevido a olisquearle las piernas. Mientras sea capaz de demostrarle que está vivo no habrá problema, el roedor no se atreverá a llegar más lejos.

En el exterior, sobre el instituto, arrecia la tormenta. A lo lejos, ruedan los primeros truenos.

Aunque Abel lo intenta una y otra vez, es incapaz de mover las piernas. Semejante rigidez podría envalentonar a la *sombra*, que no cesa de girar a su alrededor. Así ocurrirá al cabo de unos minutos.

Vencido el miedo, el animal se encarama a las piernas y olisquea la sangre y el pus que asoma entre las heridas. Abel se anima a sí mismo, tiene que seguir luchando. *Muévete, haz algo*. Pero las piernas son dos animales muertos. No conseguirá cambiarlas de postura por mucho que lo intente.

Tirita de frío y de miedo. La rata se asoma al cráter que es la fractura abierta por donde asoma la tibia, igual que la proa de un navío que hubiese encallado contra la costa. El roce de los bigotes del roedor le produce escalofríos. *Haz un último esfuerzo, joder*. Abel focaliza toda su atención en los muslos, consciente de que si automatiza el movimiento dentro de la cabeza, lo conseguirá, por mucho que le cueste. Lo intenta en vano una y otra vez.

La pasividad demostrada por el humano anima a la rata, de eso no hay duda, tanto

que esta se atreve a lanzar el primer mordisco a la herida. Se lleva entre los dientes un pedazo de carne y retrocede unos pasos en dirección hacia las rodillas. Lo devora con rapidez. Regresa y vuelve a morder, procurando que esta vez el premio sea más grande.

Abel persiste en el empeño de arrastrar a toda costa las dos piernas y así ahuyentar a la acosadora. *Un poco más. Ya falta poco para que lo consigas.* Mientras tanto el animal sigue a lo suyo. Ahora su osadía no tiene límites y se atreve a acercarse y mordisquear incluso la tibia astillada. Por fortuna para él, será el latigazo de dolor que experimenta cuando los dientes del roedor alcanzan el sistema nervioso que recorre el hueso, el que catapulte las piernas, como impelidas por un resorte.

De nuevo estalla una guerra dentro del cerebro del prisionero. Pierde la vista y hasta la respiración. Su cuerpo es un volcán a punto de reventar. Ojalá se atore el corazón y deje de sufrir de una vez por todas.

Cuando consigue volver en sí, la rata ha abandonado su posición sobre las piernas y merodea a su alrededor. Desde ese mismo momento Abel comprende que todo se ha convertido en una lucha a muerte, que después de haberle mordido la tibia no parará ante nada. La rata o él. No habrá prisioneros.

Así que se prepara para lo peor. No le queda más remedio. Y es que de no hacer nada al respecto, el animal acabará atreviéndose a probar suerte con los testículos y el pene.

Una vez que se ha decidido a ejecutar el plan, no hay marcha atrás, solo la determinación más absoluta de aguardar con paciencia el momento. Su momento. Si falla estará perdido y a merced de su enemiga.

La rata da vueltas alrededor del cuerpo, tantas veces como haga falta para cerciorarse de que el humano no volverá a darle un susto. Abel necesita que se confíe de nuevo. Hasta se esfuerza por controlar la respiración en un intento por engañar al animal y hacerle creer que ha muerto.

Al cabo de unos minutos parece que el ardid ha dado resultado. Aprovechando que la sombra se ha detenido durante un segundo, Abel realiza un esfuerzo supremo: vuelca todo el peso de su cuerpo hacia la izquierda. La inercia, unida al peso del pupitre, hace el resto.

El golpe retumba en toda la *iglesia* con la fuerza de un trueno o un cañonazo.

Como había calculado, ha caído sobre el animal. No lo ve, pero lo siente. Ha aprisionado las patas traseras del roedor con su hombro izquierdo. La victoria es suya. Maldita hija de puta. Ella va a pagar toda la rabia que ha acumulado durante los últimos días.

Aunque malherido y atrapado, el animal lucha, se debate, lanza varias dentelladas en dirección al cuello del humano. Antes de que sea demasiado tarde y le degüelle a bocados, Abel le lanza un primer cabezazo. La frente impacta de lleno contra el hocico de la rata. Algo ha crujido dentro de ella. De inmediato aquella acusa el golpe, tanto que queda a su merced. Lástima que no sea Verona. Pero en algo tendrá que

descargar la rabia que le abrasa el estómago.

*Ahora es tuya, Abel.* Levanta la cabeza hasta el mismo límite impuesto por el cuello, hasta que en las cervicales se enciende una señal de alarma, y continuación proyecta la frente a toda velocidad, como si con ella pudiese romper una pared, igual que si la cabeza fuese de acero, pesase cinco kilos y tuviese el logo de *True Temper*. La cabeza es una montaña que se abate contra una hormiga, igual que una horda de resucitados que cae sobre un superviviente.

De propina le regala dos más. El roedor no puede escapar y acaba machacado por la furia de su ejecutor, que continuará cabeceando contra el objetivo aun cuando este se ha convertido en un guiñapo sanguinolento, tripas, huesos desmigajados y carne picada. No cejará en su empeño hasta que no se abra la frente contra el suelo.

Cuando impacta contra la solería, Abel detiene la agresión. Para finalizar necesita demostrarse quién es una vez más, como si él no lo supiese. Acerca el rostro a la pulpa sanguinolenta y lo embadurna en sangre, hasta que siente cómo el tufo de la misma se le adhiere a los ojos, a la nariz.

HA SIDO PRODUCTO de la mala suerte o tal vez de una extraña conjunción de factores: la fiereza de los truenos y el golpe del pupitre y del *muñeco* contra el suelo. Pero el muerto que yacía inerte junto a la barrera del ala oeste ha despertado. De inmediato se ha incorporado sobre sus tambaleantes piernas y ha comenzado a golpear la barrera. Como consecuencia de su desesperación, han resucitado quienes hibernaban en las escaleras, y sus gritos han alertado, a su vez, a los que ocupaban los pasillos de la planta baja.

Sea como fuere, lo cierto es que, en cuestión de unos minutos, los intestinos del edificio se remueven soliviantados por la resurrección de los enfermos. Ha despertado la cólera de los muertos después de muchos días de inactividad. Los aullidos, los gritos de quienes resucitan en primer lugar, contagian a los que están más lejos de las escaleras, en el fondo del patio, y a los que despertar e incorporarse les cuesta la misma muerte.

La intensidad del griterío amenaza con reventar la estrechez de los corredores de la planta baja del instituto y con vencer la resistencia ofrecida por las barreras de muebles que defienden la neutralidad del primer piso.

La noche ha despertado. En mitad del fragor de la tormenta los gritos se escuchan en todo el edificio, incluso en varios centenares de metros a la redonda. Tras quince años nadie vive en la ciudad, nadie, y únicamente serán testigos del griterío las ruinas de alrededor, las avenidas vacías, las farolas y los semáforos ciegos, las señales de tráfico huérfanas. Ningún ser vivo, excepto las ratas que corretean por las esquinas y a lo largo de los bordillos de las aceras, huyendo de su propia sombra, oirá la rabia renacida.

Los cuerpos se revuelven unos contra otros, ascienden las escaleras a trompicones, se agolpan. Si hace falta, pisarán a quien cae. Nada tiene importancia ante la llamada de la carne. Les apremia el hambre, pero también la necesidad de transmitir la infección. Ellos obedecen al instinto, sin más. El cerebro, entorpecido por la sangre espesa, responde y anima al cuerpo descoyuntado.

De no mediar la resurrección de los enfermos, Verona y Marcia apostarían la noche a la carta segura del sexo. La consigna sería inequívoca: el cuerpo de la compañera ha de ser disfrutado como si fuese la última vez. Pero la inoportuna tormenta y el golpe que se ha dejado sentir en el interior de la *iglesia* las abocan indefectiblemente al doble o nada de la *noche de euforia*. Y eso sin que antes medie el juego arbitrario del dado, como sucedía cuando Abel participaba.

Hoy no hay tiempo para el dado, ni tampoco para apostar a pares o nones. No hay tiempo de elegir los papeles: quién se esconde con el mazo y quién selecciona al enfermo a *sacrificar*. No hay tiempo para enfundarse la ropa de combate. Si acaso alcanzar las armas y correr escaleras abajo.

—Coge las tijeras de podar y el machete —insta Verona a la pelirroja—. Me

quedaré con el mazo. Coge un *vaso de fuego*, que yo encenderé otro.

Esta noche el asunto es serio. Para nada se parece a un juego, por muy perverso que sea. La *noche de euforia* era un divertimento. Hoy solo es tragedia.

—Vámonos.

Antes de bajar a la zona neutral, Verona penetra en la *iglesia*. Solicita las tijeras a su compañera. Se acerca a Abel, que yace tumbado de lado, sobre el cadáver de la rata.

—Tranquilo, *Odio*, no te voy a hacer daño —le asegura antes de cortar la soga que le mantiene atado al pupitre. Se ayuda de la lumbre del *vaso de fuego*.

Ella es consciente de que las múltiples fracturas de las piernas resultan una losa demasiado pesada como para que la liberación de Abel suponga un peligro real para ellas. De él no hay que preocuparse. Acto seguido le libera de la mordaza. Se desentiende de la sangre que embadurna el rostro de Abel y de la suerte que ha corrido el roedor.

—Cuídate, *Odio*, esto es el fin —le confiesa. El tono de voz es premonitorio.

El muchacho se esfuerza por hablar, sobreponiéndose al tormento de la boca. Entonces ocurre algo que Abel no espera: Verona le regala un último beso y deposita la *Magnum* en el suelo, a una distancia de un par de metros. Abel recela de inmediato. ¿Qué es lo que pretende su hermanastra? Cuando consigue sobreponerse al dolor de la boca y podría preguntarle el motivo de que le entregue la *Magnum*, las dos muchachas y la lumbre se han marchado. Le dejan a oscuras. Las pupilas brillan en la penumbra.

Verona y Marcia se apresuran, bajan las escaleras. Después de citarse en la azotea en caso de que la situación se haga insostenible, la anfitriona grita al oído de la invitada, dado que de otra manera la voz no se impondría al aullido de los enfermos:

—¡Yo defenderé el ala norte!

Verona ha elegido la zona más comprometida, la más peligrosa. Ambas son conscientes de que si cayesen los dos muros defensivos al mismo tiempo, Verona quedaría atrapada entre los muertos del ala norte y los de la oeste. Durante un segundo Marcia baraja la posibilidad de negarse: a lo mejor las dos deberían defender la misma posición, el ala oeste, y así no alejarse demasiado de la escalera de mano que conduce a la azotea. Pero Verona sella unilateralmente el acuerdo con un beso en los labios. No hay tiempo que perder.

Mientras tanto, en la *iglesia* Abel consigue darse la vuelta y quedar boca arriba. Aguarda unos minutos a que el dolor de las piernas decrezca. Tararea los primeros compases del *The End*. La canción suena casi como un epitafio. La letra, la tragedia encerrada en esas notas, el recuerdo de la voz de Jim Morrison, todo lo asemeja a un réquiem que entonase para sí mismo.

Se decide a luchar hasta el final. En mitad de la oscuridad cree distinguir el bulto,

aún más negro, de la *Magnum*. Aunque continúa recelando de las verdaderas intenciones de su hermanastra al dejar la pistola a su alcance, no le quedan más cartas que esa. Ha de llegar hasta ella, sí o sí. Luchará contra las fracturas de las piernas, se arrastrará como un gusano.

Los resucitados se muestran enardecidos ante las primeras muestras de debilidad de las murallas de muebles. Y es que, después de varios minutos de pugna, se antojan menos inexpugnables que antes. Incluso hay quien se ha encaramado a lo alto de la barrera del ala norte.

—¡Son demasiados!

Es la voz de Marcia que atraviesa el pasillo y se estrella contra la posición de Verona. Ya lo sabe, no hace falta que se lo diga. Pero si baja la guardia, y se resigna de antemano, todo estará perdido. Hay que seguir luchando.

Así que la lectora se sube a la muralla de muebles, se acerca al muerto que se ha encaramado y lo pasaporta al infinito de un par de mazazos en la nuca. La Doble Muerte del hijoputa no deja margen a la duda. El crujido del cráneo le excita de tal manera que nota, duros, los pezones bajo la ropa. Por añadidura le regala un tercer golpe, que es el que termina por desperdigar en un par de metros a la redonda la masa encefálica del desgraciado.

—Jodido cabrón —hunde la mano por entre los mechones de pelo, coge un puñado de esa masa gelatinosa y rosada, escupe sobre ella y luego la arroja contra sus compañeros de infortunio.

Ahora bastará con empujarlo al otro lado y que su suerte sirva de ejemplo al resto. Pero ella debería de saber que los muertos solo actúan y no piensan, que se mueven a impulsos. Esta noche son demasiados y se muestran especialmente enardecidos.

Por su parte Marcia se emplea con igual dureza sobre los más valientes. En cuanto asoma un brazo que tantea la cúspide de la muralla en busca de un saliente al que aferrarse, un brillo de acero cae sobre él. El primer machetazo se estrella en hueso, encalla contra él. Si no perseverase en el intento, si no repitiese el machetazo, no lograría cercenar el brazo.

Desde la noche del Desastre ella siempre ha preferido evitar el enfrentamiento con los hambrientos, moverse con rapidez sobre los patines y huir a toda prisa. Es más, ella escaparía del edificio a toda prisa si Verona la acompañase. No defendería la posición: abandonaría el instituto, consciente de que encontrará otro fortín donde resistir.

El dilema de Abel es bien diferente. Por mucho que quiera, él nunca escapará del país: está atrapado por culpa de las dos anclas en que se han convertido sus piernas. Únicamente cuenta con la opción de la *Magnum*. Eso siempre y cuando Verona no se

la haya jugado y esté descargada. Le queda esa opción o rezar para que su hermanastra y la forastera consigan repeler la invasión.

Trata de arrastrarse sobre la espalda. Dada la gravedad de las fracturas abiertas es imposible que lo haga boca abajo. Así que clava los codos en el suelo y se ayuda con el movimiento zigzagueante del trasero. Apenas ha avanzado diez centímetros cuando se detiene.

Ni en un millón de años alcanzará la pistola. Resopla igual que un elefante moribundo, todo desesperación y agonía. Nunca antes dos metros le parecieron tan largos. Nada, por mucho que estire el brazo todavía le queda más de un metro para rozar la culata.

*Venga, otra vez, se anima, no te des por vencido.* Arquea la espalda y clava la coronilla y los dos codos en la solería. Otros diez centímetros y otra pausa. El corazón se acelera y un dolor agudo le barrena el pecho.

Llora sin lágrimas. Ahora entiende en parte a Debisí. Al menos experimenta su misma desesperación, esa que embargaba al flautista durante la *evangelización*. Ahora él es el *muñeco* en manos del destino: primero a merced de Verona y la forastera, y luego, de las circunstancias.

—Un poco más —se anima.

Repite la acción: arquea la espalda, clava los codos y la coronilla, y por último mueve el trasero a un lado y a otro. A ese ritmo tardará un día entero en alcanzar la *Magnum*.

De fondo a su esfuerzo, de fondo a los jadeos, las imprecaciones y el llanto, bulle el griterío de los muertos. A juzgar por su intensidad, Abel es capaz de saber aproximadamente el número de cuerpos que se agolpan contra las barreras. Y esta noche han resucitado demasiados hambrientos. No le cabe ninguna duda.

Si supiese rezar, lo haría; solicitaría ayuda al Dios al que rezaba el padre de Verona, aunque es indigno de ser compadecido... y él lo sabe. Ha llegado su hora: morirá a manos de los muertos si rompen las defensas o de Verona, si esta consigue contener la marea de cuerpos y se decide a finalizar su *evangelización*. Es más, si le dieran a elegir, no sabría con qué final quedarse.

—Hija de puta —masculla al pensar en la hermanastra. Ojalá tuviese la oportunidad de matarla de un cabezazo, como ha hecho con la rata. Por si no tuviera bastante castigo, le introduciría la mordaza en el coño, se sentaría sobre el pubis y luego culearía sobre él.

La rabia le insta a sobreponerse a la adversidad y seguir hacia delante. Está decidido a cambiar de táctica, ya está bien de arrastrarse igual que un gusano.

Haciendo un sobreesfuerzo consigue sentarse sobre el suelo. Prueba a avanzar así,



sobre el trasero, pero el dolor es insoportable: en cuanto se mueve, un escalofrío estalla en las piernas, asciende por el sistema nervioso y campaneaa con violencia dentro de su cabeza. Tanta energía gastada para tan escaso premio. Se sucede un instante en que barrunta que, de haber muerto por inanición o de una patada, se habría ahorrado todo aquello. A lo mejor no es tan grave la paz definitiva.

Los gritos de Marcia le devuelven a la realidad de ese metro y medio infinito que le falta para alcanzar la *Magnum*. Hay que joderse, no sabe si alegrarse del mal ajeno o todo lo contrario. Esos chillidos solo pueden indicar una cosa: que la chupapollas se encuentra en apuros.

Abel tiene razón. Hasta ahora Marcia se ha enfrentado uno a uno a los muertos que se han encaramado a la muralla defensiva. Sin embargo, la rabia los enloquece por momentos. Uno a uno es más sencillo, pero reducir a tres a la vez es bastante más complicado. Hay que blandir el machete a derecha e izquierda, y desoír el fuego de sus propios brazos, que cada vez se encuentran más cansados. Resuella al borde del agotamiento.

Abel insiste en avanzar sentado. Es una idea absurda, pero se le antoja menos indigno que hacerlo a rastras. Los *muñecos*, los otros, Debisí, Renata y los demás, son quienes se han arrastrado durante la *evangelización*. Pero no él. Abel es diferente, eso que quede claro, diferente a los jodidos hambrientos *sacrificados* durante las *noches de la euforia*, y también a los *muñecos* que han fallecido en la *iglesia*. Alberga el mismo miedo que ellos, pero su condición es distinta: él morirá luchando hasta el final.

Uno de los muebles cede ante el empuje de los asaltantes. Marcia, por fortuna, se ha apartado a tiempo antes de que le caiga encima. Sin duda alguna, el hueco abierto en la empalizada defensiva supone un acicate para los muertos. A través de él asoma una docena de brazos. El acero del machete muerde una y otra vez. Los dedos caen cercenados al primer tajo, igual que si fuesen salchichas o gusanos de envidiable tamaño.

Sin embargo nada arredra a los resucitados. Se han percatado de la presencia de la muchacha y están dispuestos a conseguir el premio de su carne a toda costa. En cuanto uno de los enfermos desiste, su hueco es ocupado de inmediato por un nuevo asaltante.

Abel ha escuchado el golpe del mueble contra el suelo. Lamenta el contratiempo, consciente de que tan pronto como las barreras cedan, todo estará perdido.

Alarga los dos brazos y arrastra el cuerpo. Ahora se encuentra un poquito más cerca, así que será cuestión de intentarlo de nuevo: adelanta las manos, estira los dedos. Las articulaciones llegan al límite en un intento por arañar unos centímetros. Es más, si hiciese falta, si con ello consiguiera su propósito, sacrificaría las uñas; qué más da si rompe una a causa del esfuerzo. Sin embargo la solería no muestra las más

mínima grieta a la que aferrarse.

Es irónica la coincidencia que se da en mitad de la noche, bajo la tormenta y los truenos: los muertos alargan los brazos en dirección a Verona y Marcia, y él en dirección a la *Magnum*. La misma desazón en todos.

VERONA ADVIERTE ESE minúsculo punto de dolor. Lo que le faltaba, joder. Como siempre, durante la primera hora es casi tan insignificante como el picotazo de un alfiler. Maldice su suerte. Otra vez la presencia de la maldita jaqueca. Pero apenas tiene tiempo de quejarse entre el último cráneo aplastado y el siguiente.

Los resucitados se muestran incansables, no se dan por vencidos a pesar de la dureza con que se emplea. Si no ceden pronto, la única escapatoria será huir hacia la azotea. La muralla no aguantará mucho.

En ese mismo momento, a cuarenta metros de distancia, Marcia piensa lo mismo, que será imposible mantener la posición. Lo más inteligente será huir. Blande el machete con las dos manos para imprimir mayor fuerza a los tajos. El punto más vulnerable es el cuello de los resucitados, así que lo busca en cuanto le es posible.

—¡Verona, son demasiados! —grita. Ojalá la anfitriona comprenda la gravedad de la situación y se decida por la huida.

Marcia lo tiene muy fácil: le bastaría con hallar el momento idóneo en que saltar desde lo alto de los muebles, subir a la carrera hasta la segunda planta y encaramarse a la escalera de mano. En menos de un minuto estaría arriba, a salvo en la azotea. Casi tan sencillo como engañar a un niño. Durante una décima de segundo piensa en ello, en que podría intentarlo ella sola si Verona se obstina en resistir. Posiblemente su egoísmo, piensa con un asomo de vergüenza, no sea tan distinto del de Abel.

—¡A la segunda planta! ¡Huyamos por la azotea!

Verona la ha oído. Le da rabia abandonar el *país*, porque es consciente de que una vez estén en la azotea todo estará perdido. La segunda planta se infectará de resucitados y no habrá nada que hacer. Será el fin. El adiós definitivo a *la guarida*, al aula a oscuras donde se conservan las hortalizas, a los diez bidones de agua, a los disfraces y a los cientos de recuerdos que se mantiene vivos entre los pasillos del edificio.

El aliento de los resucitados, la realidad del ataque y los brazos que se alzan contra Verona interrumpen la espiral de los pensamientos. Descarga toda su impotencia contra esa mano que busca un saliente donde aferrarse. El *True Temper* disuade a uno de los muertos más tenaces. Con él golpea una, y otra, y otra vez, la mano hasta que los dedos estallan y se hacen cuajarones de sangre.

Un nuevo resucitado persevera en el intento: este se muestra más hábil que los que le han precedido, tanto que en cuestión de segundos ha volcado medio cuerpo sobre la muralla de muebles.

La cabeza queda a merced de Verona que le maldice y luego le escupe. El mazo castigará su insolencia. Se ceba con la nueva víctima. Cuando se detiene, de la cabeza no queda más que un puzzle irrecuperable. Unos penachos de cuero cabelludo quedan pegados al mazo que Verona retira limpiando el acero contra la arista de un mueble.

—¡Verona, no puedo contenerlos!

La voz de Marcia habla de desesperación y de miedo. Como la barrera defendida por Verona parece que resistirá todavía unos minutos se dará prisa para recorrer toda el ala norte, ayudar a su compañera, rehacer la posición del muro defensivo del ala oeste y regresar a tiempo de castigar a los muertos que se hayan encaramado al del ala norte.

Ya se ha decidido. Así que abandona la defensa del ala norte y corre a auxiliar a Marcia. Ha perdido el resuello cuando, de un salto, se sube a los muebles y descarga un par de golpes sobre los enfermos de manera indiscriminada. Le duelen los brazos, los codos, los hombros, pero no se puede quejar. No tiene tiempo ni para lamentar la jaqueca que crece por momentos.

De reojo Marcia observa a la anfitriona. Se sorprende de la fuerza que es capaz de desarrollar a pesar de su extrema delgadez.

—¡Vayamos a la azotea! —propone sin dejar de manejar el machete.

Verona se niega sacudiendo la cabeza. De eso nada. Ella luchará hasta que sea materialmente inviable mantener la defensa del *país*. Entre golpe y golpe, mira a los ojos a la patinadora. Le está ofreciendo la posibilidad de que escape ella sola, si lo cree oportuno. *Haz lo que quieras*.

Abel alcanza la *Magnum*. Por fin. Lo primero es comprobar si está cargada. Ríe de pura alegría. La revelación es casi un milagro: en su interior aún duermen las dos balas. Experimenta una felicidad similar a la del astronauta que aterriza en la Luna o la del cazador frente a la presa que se le ha resistido durante horas. Hasta es posible que el dolor sea menos intenso.

Que haya alcanzado la pistola tampoco da un giro copernicano a su situación. No es tan iluso: sabe que carece de escapatoria. La diferencia es que ahora, al menos, cuenta con la posibilidad de elegir el final, su muerte. Teniendo en su poder la pistola se le ofrece también la oportunidad de matar a Verona. No lo dudará si asoma de nuevo la cabeza por la *iglesia*: le volará la tapa de los sesos. Una vez gastada esa primera bala, solo le restaría una con que evitar su muerte a manos de los enfermos. *No es mucho, Abel, pero menos es nada*.

También podría ejecutar a la hermanastra y a la comepollas de la extranjera. De darse la ocasión, a Verona le hundiría el cañón en el coño para, después de jugar durante un rato con su deseo, apretar el gatillo. Por su parte a Marcia se la encajaría en la boca, por zorra. A ver si es capaz de reírse igual que cuando se mofó de la flacidez de su polla. Gastadas las dos balas, únicamente le quedaría esperar la irrupción de los muertos con una sonrisa de satisfacción en los ojos y una mueca de escepticismo en los labios.

Antes de que tenga tiempo a elucubrar nada más, el tétanos le ataca con un nuevo

espasmo.

En ese mismo instante, ajenas por completo a la suerte de Abel, las dos muchachas luchan codo con codo. La labor conjunta del mazo y del machete contiene, por momentos, la furia de los asaltantes. Poco a poco se restablece la situación, hasta el punto de que resulta engañosa y parece controlada. Los resucitados se revuelven tras los muebles sin atreverse a intentar el asalto definitivo.

Justamente lo contrario sucede en la barrera del ala norte, ya que abandonada a su suerte no resiste el embate de los cuerpos corrompidos. El estrépito de varios muebles que caen al suelo alarma a la pareja de amigas.

Cuando Verona se acerca hasta allí la situación aún es controlable. Han caído dos cajoneras, pero tan solo uno de los enfermos ha conseguido cruzar al otro lado. El hambriento trata de rehacerse de la caída con la misma angustia de un escarabajo que hubiese quedado boca arriba. La muchacha no le concede margen. Descarga su ira contra el esternón. El mazazo retumba igual que una bomba y el crujido del hueso, igual que el estallido de los cristales de un automóvil en un accidente. El escarabajo aguarda el pisotón definitivo del humano. Después de machacarle las manos y las rodillas con una diligencia similar a la que Abel desplegaba en las *noches de euforia*, en un acto más simbólico que otra cosa Verona se baja los pantalones y la braga, se acuclilla en la vertical del rostro y orina sobre él. El placer es infinito, como si con ese gesto se estuviese meando sobre los Años Críticos, sobre el Desastre y, de camino, sobre la supervivencia. El resucitado se ahoga, se debate a un lado y a otro para evitar el chorro caliente. Aun cuando las tiene hechas puré de carne, trata de alcanzar a Verona con las manos.

—Te bautizo *Fin* —masculla sin dejar de hacer fuerza sobre la vejiga.

Aún sería mayor el placer si pudiese defecar sobre el jodido cabrón, pero por mucho que apriete la barriga no consigue más que obsequiarle con un par de ventosidades.

Cumplido el agravio de la meada sobre el rostro, se sube la braga y se abrocha los pantalones. Empuña el *True Temper* y le compra al enfermo un billete al infinito. El mazazo cae sobre el rostro. El ojo derecho estalla literalmente y se derrama sobre el suelo. Parte de la pupila y de la esclerótica acaban manchando los zapatos de Verona. El segundo golpe lo dirige contra el pecho, donde abre un boquete. Ahora se esfuerza por desencajar la cabeza de acero, atrapada entre los huesos astillados. Juraría que no se soltará nunca. Pisa el pecho de la víctima para ayudarse a liberar la herramienta y tirar de ella con fuerza.

Mientras tanto dos resucitados más han saltado a esta parte de la muralla defensiva. Para colmo de desgracias, la muralla se tambalea por el empuje de los que vienen detrás. Si Verona no desencaja a tiempo la maza, tendrá que enfrentarse a ellos con la única ayuda de la navaja de Debisí. Sería como enfrentarse a un león con un

tenedor. Tendría que llegar demasiado cerca de los enfermos para hundirla en el ojo o en la base del cráneo.

—Joder, suéltate ya.

Cuando por fin logra su objetivo, sospecha que ha llegado al fin el momento de huir. Antes acaba con la no vida de los dos infiltrados. Se emplea con ejemplar dureza.

Sí, sigue siendo Abel. Aún está vivo. Es el peso de la pistola que, en esta ocasión, oficia de brújula y le conduce de regreso a la realidad. Ha emergido del pozo del sueño y respira con ansia, como si le fuese la vida en ello, los pulmones hinchados como velas de un navío.

Enseguida se percata de que se ha producido un cambio más que significativo con respecto a antes de dormirse: el dolor, el quebranto de las fracturas se ha acomodado bajo la carne, tanto que ahora resulta más llevadero.

Avanza sentado, poco a poco, pero a mayor velocidad que antes. Cuando supera el umbral de la *iglesia*, se aproxima a la pared del pasillo, apoya la espalda en ella. Los metros que separan el aula 36 de la 37 ponen a prueba su resistencia física. Poco importa que se halle desnutrido y sin fuerzas, que tenga fracturadas las dos piernas, o destrozada la boca; lo que cuenta es llegar a toda costa a *la guarida* antes que Verona y su nueva amiga.

¿Y si en lugar de esperarlas, escapa y las deja encerradas en el instituto? A un par de metros, en mitad de la oscuridad, intuye la forma de la escalera de mano. ¿Por qué no? Habrá que intentarlo.

A fin de evitar que la *Magnum* se convierta en un verdadero obstáculo, se mete la culata en la boca y la muerde con las encías desdentadas. Desnudo de cintura para abajo, sin bolsillos donde guardarla, es lo único que se le ocurre: metérsela en la boca. Así por lo menos dispondrá las dos manos.

Aferra con fuerza uno de los peldaños y tira del cuerpo hacia arriba. Con un poco de suerte y dosis extra de esfuerzo, lo conseguirá... siempre y cuando no se demore demasiado. El griterío de la primera planta es poco alentador.

Afortunadamente las piernas parecen anestesiadas. Le es imposible valerse de ellas, sí, cierto, pero al menos no lastran la ascensión.

Los brazos aguantan todo el peso del cuerpo. La velocidad de la sangre se ha multiplicado exponencialmente y es de temer un infarto. Le vuelve a doler el pecho. Pero ahora no se detendrá ante nada.

A dos peldaños de la cima, la dificultad al respirar se acentúa. Se halla al borde del colapso. Un poco más, un último esfuerzo. Colgado como se encuentra de las manos, a poco que sufra un segundo de desfallecimiento, caerá al suelo. Entonces sí que será el final.

Desde su posición escucha las voces de las muchachas sobreponiéndose al

escándalo de los gruñidos. Si tuviera que hacerlo, apostaría que ahora los muertos se hallan más cerca que antes. Si no se apresura y Verona le descubre encaramado a la escalera, tirará de él hacia abajo. Una vez en el suelo quedará a merced de los asaltantes mientras observa cómo las dos muchachas escapan por la azotea.

Tras el último esfuerzo llega arriba. Empuja la trampilla con la cabeza y consigue volcar medio cuerpo sobre el piso de la azotea. La tormenta arrecia afuera. Escupe la pistola y un vómito de sangre. Sin pérdida de tiempo repta sobre el abdomen.

—¡A la azotea! —Escucha gritar a Verona.

Ahora sí que están cerca. Ha de apresurarse: aferra la trampilla y la vuelca sobre la abertura. A continuación se sienta sobre la trampilla. Segundos después percibe cómo unos puños la golpean desde abajo.

—¡Déjanos salir! —Reconoce la voz de Verona.

Arrecian los golpes, aumenta desesperación. Abel sonríe cuando intuye que los enfermos han caído sobre ellas. A pesar del aguacero, de que está empapado, experimenta una erección digna de admirar de puro placer.

Se coge la polla. Está lo suficientemente dura como para intentarlo. Mientras se masturba piensa, al mismo tiempo, en el coño pelirrojo de la extranjera, en la canción de Jim Morrison y en que ese es el fin de los elaborados planes de su hermanastra y la forastera. La música del *The End* celebra de alguna manera la inminencia de la eyaculación y su triunfo. Que se jodan.

Sobre la trampilla queda la salpicadura del semen, y bajo ella, la desesperación enmudece devorada por la intensidad de la rabia. Lástima que él no pueda verlo. Pero imagina los bocados de los muertos, la fiereza de sus manos despedazando la carne. Los pechos y los pezones mordidos con saña. Los muslos desgarrados.

Abel se tumba de espaldas, bajo la lluvia. Abre los brazos en cruz. Está en paz consigo mismo después de haberle dado su merecido a Verona y a Marcia. Observa el cielo estrellado. *Un momento. ¿Qué ocurre?* Hay algo que no cuadra. Allá arriba encuentra, como si estuviese grapado entre las estrellas, la ilustración del Sistema Solar. Es tan extraña la imagen que de inmediato recela.

Antes de que sea consciente de ello sufre la desconexión. Abel abandona el placer experimentado dentro del sueño y cae de bruces en la realidad, que se cierra sobre él igual que una trampilla que le dejase sin escapatoria. Maldice en silencio su desgracia. No es posible que su huida haya sido producto de un sueño. Lo único que queda como testigo del mismo es la erección, que desaparece de inmediato, tan pronto como descubre que se encuentra en mitad de la *iglesia*, abandonado a su suerte.

Menos mal que todavía cuenta con el auxilio de la *Magnum* y de las dos balas. Llegado el caso, aún dispone de la posibilidad de dirigir el cañón contra su propia sien.

El asalto a la segunda planta se encuentra en su punto álgido. O eso cree. Desde su posición oye los gritos de las dos muchachas. A poco que aguce el oído percibirá que la desesperación ha crecido dentro de ellas. Apostaría que cada vez están más cerca del segundo piso.

Abel supera el umbral de la puerta. Abandona la *iglesia*. Avanza a lo largo de la pared. Se ayuda de la espalda. El dolor que nace de las piernas fracturadas ralentiza el avance, pero no lo interrumpen. No está dispuesto a darse por vencido. No, por nada del mundo.

Cuando accede a *la guarida* se dobla por la cintura, el cuerpo hacia adelante, en un intento por encontrar la postura ideal para respirar mejor. Se asfixia. Los pulmones son dos fuelles rotos. Desconoce que este es otro de los síntomas del tétanos.

Antes de que alcance la cama, escucha una voz a su espalda:

—¿Qué haces tú aquí?

Gracias a la lumbre del *vaso de fuego* que permanece encendido en el vientre de *la guarida*, puede ver a Verona, que ha entrado precipitadamente en el aula. Ha de hacer un gran esfuerzo para sobreponerse a la asfixia y responder, pero al final lo consigue.

—Te... esta... ba esperando —responde lacónicamente. Seguidamente invita a la *Magnum* a participar en la conversación.

Del pasillo llegan las voces de la forastera y los aullidos de los enfermos. Es evidente que la situación es crítica. Él ya lo sabe. No hace falta que se lo diga Verona.

En contra de lo esperado, la muchacha le ignora. Pero no solo a él, también a la pistola. Ha accedido a *la guarida* en busca del ejemplar de *Marcovaldo* y de los patines de Marcia. Y se afana en ello.

—Nena, tú no vas a ninguna parte.

La amenaza de Abel, la apuesta establecida por dirimir sus diferencias mediante el arma de fuego, no surte el efecto deseado. La inminencia del disparo debería inmovilizar a la muchacha. Debería. Pero no lo hace. Verona sigue a lo suyo.

Tendrá que hacer algo. Sin dejar de apuntar a la cabeza de la que fuera su compañera y amante, Abel aprieta el gatillo.

*¿Qué sucede? Maldita sea.*

La *Magnum* permanece muda. Abel insiste y repite la operación, una, dos, tres veces.

Ya sea por culpa del paso del tiempo o de la humedad, lo cierto es que la pólvora no estalla. Joder, ahora lo entiende todo. Por eso la había dejado Verona a su alcance en el interior de la *iglesia*: para reírse de él. La muy puta. Producto del enfado, arroja la pistola contra su hermanastra, que la esquivo dando un paso atrás.

—Tú sí que no vas a ninguna parte. Adiós, *Odio*. Este es el fin de las dulces mentiras —se despide, invocando parte de la letra de su canción favorita.



Queda varado, igual que una ballena en las aguas bajas de una playa traicionera. ¿Quién le sacará de allí? Nadie, solo le resta resignarse, sobre todo después de escuchar el chirrido de la trampilla al ser abierta y el golpe metálico al cerrarse. Imagina que Verona y la extranjera han ganado la azotea y que, tirando la escalera de mano al suelo, han bloqueado el acceso a la misma.

Ahora solo quedan en la segunda planta él y los enfermos. Estos, en un primer momento, se obstinan por alcanzar la trampilla. Sin el concurso de la escalera es imposible llegar hasta ahí arriba, está demasiado alto. Únicamente les quedará, como premio de consolación, el cuerpo vencido de Abel.

El muchacho es sorprendido por un nuevo espasmo. Cae hacia atrás, catapultado con la violencia. La cabeza golpea salvajemente el suelo. Hay un instante en que la conciencia parpadea. Sería lo mejor, pero tampoco sucede. Ahí está él a merced de la rabia.

Derrotado, Abel se refugia en el mejor de los recuerdos que conserva: en aquellos momentos en que estaban los tres, solo ellos. Nada más importaba, ni siquiera la maldita supervivencia o la incógnita del día siguiente. Solamente ellos: Verona, Padre y él. Ese es el mejor recuerdo.

Bien es cierto que Padre no era su padre, sino quien había sustituido a su verdadero progenitor cuando este había dejado de querer a Mamá. Pero aprendió a respetarle.

En aquellos primeros años posteriores a la noche del Desastre fueron felices, juntos siempre los tres, sobre todo cuando caía la noche y, tras la cena, Padre se disponía a regalarles la lectura de un nuevo cuento. Le recuerda sentado en una esquina de la cama. Para ver las letras se arrimaba a la lumbre del *vaso de fuego*. Entonces Verona y él se arrebujaban bajo la manta y se abrazaban con la inocencia de unos niños.

Desbaratado, en mitad de *la guarida*, Abel se solaza en el recuerdo. Una sonrisa aflora a la esquina de la boca, sobreponiéndose al dolor y a la inminencia del ataque de los muertos. Rememora cómo, con el paso del tiempo, el juego cándido de abrazarse bajo la manta dejó paso a otros más atrevidos. Tan lejos llegaron esos juegos que hubo una noche en que Padre les llamó la atención: *no debéis abrazaros de esa manera*, les dijo. Y aunque obedecieron, las manos quedaron entrelazadas por debajo de la manta.

Verona y él aprendieron a quererse, pero de una manera diferente a como pretendía Padre. La inminente adolescencia demandaba más que esos roces furtivos. Recuerda cómo cuando Padre trabajaba en la azotea o en el aula donde se secan las hortalizas, el juego se hacía adulto. Siempre que compartían alguna actividad, a Abel se le encendía la sangre, sobre todo si el padre de ella estaba lejos. Aprendió a mirarla a los ojos, a bucear dentro de aquellas pupilas. A veces se vanagloriaba de la erección

bajo el vaquero.

La complicidad entre ambos explotaba de noche. Poco importaba que fuese mientras Padre leía *Marcovaldo* o mientras los tres cantaban *The End*, porque esto pasó a un segundo plano: lo realmente importante era acariciar a Verona.

Con las caricias nació el deseo, y con él, la urgencia por explorar el cuerpo de la hermanastra. Sentía un vértigo repentino en el estómago cada vez que la tenía cerca. Recuerda que solo vivía para aquellos roces furtivos bajo la manta y para el futuro, para la prórroga del deseo.

Sin embargo ahora está ahí, rendido, la vista disparada contra el techo de *la guarida*. Lo que más le duele en ese preciso instante no son las fracturas cobradas, ni siquiera la respiración agotadora; no, lo que más le duele es la indiferencia final demostrada por Verona. Porque él habría cargado con el cuerpo de ella hasta la azotea de estar ella en su situación. O eso quiere creer.

Mientras los enfermos alcanzan el umbral de aula y descubren su cuerpo, la imaginación de Abel viaja a toda velocidad por el Sistema Solar. A pesar de haberle abandonado en el último momento como a un perro, Verona le acompaña. Caminan por entre las estrellas, a través del espacio estelar, las manos unidas. Ya sea en Marte o en Saturno, nada se interpondrá entre ellos. Así podrán abrazarse bajo la manta mientras Verona toma el relevo de su progenitor y juega a *la vida de los otros*.

Se funden la añoranza por el cuerpo de su compañera y la necesidad que experimenta de huir justo cuando se le acaba el tiempo. El lastre de su cuerpo moribundo es menos pesado si piensa en ella, en lo que significó para él durante muchos años. Si dispusiera de suficiente margen, aprendería a reírse de la misma muerte. Pero carece de él.

La horda de muertos se aproxima, paso a paso. Únicamente le queda tiempo para sentir los bocados que socavan su abdomen, para sentir cómo el estómago y el hígado estallan entre los dientes, o cómo algunos de los resucitados se valen de la tibia o del fémur que asoman por entre las fracturas abiertas para hacer palanca y abrir la pierna de arriba a abajo. En los últimos segundos de vida sufre el trallazo del dolor provocado por el estallido de los testículos y la extirpación del pene. Los nudillos crujen bajo los mordiscos sin que pueda hacer nada para evitarlo. La sangre se le escapa a la misma velocidad que la vida.

Sin embargo aún dispone de margen para experimentar el buceo de las manos podridas bajo el esternón, el beso que una enferma le roba y con el que le arranca la lengua y los labios, y el cosquilleo del *The End* en el cerebro antes de que las uñas astilladas rasguen los ojos.

Piensa en su madre y en Verona. Tampoco ha resultado tan aburrido el juego de la vida. Convencido de ello, de haber vivido dieciocho años al límite, sonreiría si tuviese labios, cantaría si tuviese boca y se masturbaría si tuviese manos y polla.

Ahora sí que es un auténtico *muñeco* en manos de sus verdugos. Que se jodan todos. Todos. Ni ellos ni nadie le quitará el placer de disfrutar del latido final.

SE CIERRA LA trampilla. Bajo ella quedan atenuados los gruñidos y los alaridos de los muertos. El aguacero y los truenos hacen el resto, de modo que por mucho que Verona se esfuerce, no conseguirá escuchar los gritos de Abel. Su necesidad por degustar la venganza le llevará a cometer una imprudencia. Levanta un palmo la trampilla, lo justo para saborear la muerte de Abel a manos de los resucitados. Es lo mínimo que le debe el cabrón de su hermanastro: el desquite de sus gritos, la certeza de su muerte.

Sin embargo no oye nada, salvo el griterío redoblado de los muertos que tiene debajo y que alzan los brazos hacia el cuadrado del techo.

—Hay que darse prisa —apunta Marcia mientras se aleja de Verona.

—Espera, que cojo la bicicleta —dice cerrando la trampilla.

Además de la bicicleta, Verona recoge la pistola de *Rencor* del interior del secadero de heces. Cuando regresa al lado de la forastera, esta ya ha descolgado la soga que habrá de facilitarles el descenso a la calle. Y es que probar suerte con un salto de casi diez metros de altura sería una temeridad. Un esguince o la rotura del tobillo serían fatales. Se impone la prudencia.

De pronto, Verona detiene a su amiga. Duda.

—¿Y si esperamos a que los enfermos vuelvan a dormirse?

—Imposible, chica. A veces tardan varios días en hacerlo. Tú lo sabes. La cuestión es si disponemos de ese margen o no. Bajo esta lluvia creo que no. Hay que moverse.

Marcia tiene razón y Verona es consciente de ello. Lo es sin duda y, pese a ello, se resiste. Han sido demasiados años viviendo entre esos muros como para abandonar el instituto ahora. Deberían pensárselo dos veces antes de adoptar una decisión errónea.

—Podemos escapar y escondernos en los alrededores —propone Marcia que ha leído el pensamiento de Verona, como si fuese un libro abierto. Igual que si sus ideas estuviesen impresas en el rostro—. Después será cuestión de retomar el edificio.

Verona cabecea negativamente. Se resiste a aceptarlo. Si por ella fuese, resistiría. ¿Qué trabajo cuesta intentarlo?

—Haz lo que quieras, pero yo me marchó —esa es la última palabra de Marcia. No tiene nada más que decir. Ha terminado de anudarse los cordones de los patines y se dispone a descolgarse por la cuerda—. Vente conmigo.

El dilema termina por angustiar a Verona: ¿el país o Marcia, los recuerdos o el cuerpo de su compañera? Mantiene las dos manos sobre el manillar de la bicicleta. Se halla en una encrucijada. A pesar de que durante los últimos cinco años ha aprendido a hacerse fuerte, en este momento se le hace un nudo en el pecho. La patinadora debería entenderla, ha gastado demasiada vida allí dentro.

—¿Te quedarías si te lo pidiese, Marcia?

El silencio consiguiente de la pelirroja y la acción de volcar el cuerpo sobre el

parapeto que rodea la azotea para aferrarse a la soga, responden por ella.

—Por favor.

Marcia se apresura a descolgarse hasta la calle. Ella lo tiene claro. Que Verona haga lo que crea conveniente.

Cuando alborea el nuevo día, un par de sombras se apresuran por el centro de la autopista, justo entre las líneas discontinuas centrales. Los patines de Marcia zigzaguean sobre una de ellas, a un lado y a otro. Las ruedas de la bicicleta de Verona mantienen el equilibrio sobre otra, igual que en un número de funámbulo. Han dejado atrás las últimas ruinas de la ciudad hace ya bastantes kilómetros y los cadáveres de los coches abandonados.

Para Marcia no es más que eso, la enésima huida; la ciudad no es más que un cementerio del que pasar de largo. Justo todo lo contrario de lo que significa para Verona. Para ella el camino es un martirio, tanto que no deja de llorar mientras pedalea. Durante muchos kilómetros ha lamentado la indignidad de la fuga.

Ahora, siete horas después de la huida, se ha resignado. Pedalea adecuando su velocidad a la de la patinadora. A la espalda lleva colgado, mediante un trozo de cuerda, el mazo *evangelizador*.

Antes de abandonar la ciudad han accedido a una tienda de ropa deportiva y se han deshecho de las ropas húmedas. Era vital, si no querían enfriarse y enfermar. Hace varias horas que dejó de llover.

Hay que seguir hacia adelante, es la única consigna válida. Si no fuese porque ambas llevan cosidas la desgracia en el acerico de los ojos o por el silencio que las une con la propiedad de los vasos comunicantes, cualquiera podría pensar que son una pareja de amigas que abandonan la ciudad en busca de un día de asueto en el campo. Como es natural nadie las observa, porque todo está muerto en lo que alcanza la vista. Nadie podrá decir, *¿a dónde van esas dos?* Están solas. Ellas, sus sombras y los fantasmas que arrastran.

A su alrededor únicamente sobreviven las ratas, que observan a la pareja moviendo sus hocicos, y la vegetación descontrolada. Renacida esta con fuerza tras la caída definitiva del Hombre, en el decurso de los últimos quince años se ha volcado sobre el asfalto, tomando posesión de él. Así que, cuarteado aquí y allá, no es extraño que asome en la carretera el mechón de unas hierbas o el desaire de una flor.

—Creo que va siendo hora de descansar, chica —señala Marcia, que sin dejar de patinar se ha colocado en paralelo a su amiga—. La ciudad ha quedado lo suficientemente lejos y no se ven enfermos a la vista —sostiene con la frialdad de un parte meteorológico.

—Habla más bajito, por favor.

Verona es consciente del peligro, lo percibe en el estómago. Porque, aunque no se distinga a ningún muerto en varios kilómetros a la redonda, nunca hay que fiarse. Puede que haya alguno más cerca de lo que piensan. En mitad de campo, aletargado y camuflado sin pretenderlo entre los hierbajos, el enfermo pasaría desapercibido y resucitaría en cuanto escuchase sus voces. Es una posibilidad a tener en cuenta.

Es por esto por lo que, cuando acepta el descanso propuesto por la pelirroja, Verona se sienta junto a esta sin apartar de la mano el mazo de derribar paredes.

—No parece que tengamos que preocuparnos por ellos —susurra Marcia, que se deshace de los patines tras desabrocharlos. Necesita concederle un respiro a los pies.

Se han sentado en el asfalto, en mitad de él, sobre una de las líneas discontinuas, ni muy cerca del flanco derecho ni del izquierdo. Ni que decir tiene que ahí en medio son dos blancos bien visibles desde lejos... pero si cabe resultaría más peligroso acercarse al andén o, incluso más, adentrarse en la vegetación. De haber elegido esta última opción camuflarían sus cuerpos entre los hierbajos, de acuerdo, pero no detectarían la presencia de un enfermo hasta que estuviese encima de ellas.

—Tenemos que encontrar agua, y pronto —se lamenta Marcia. Sentada con las piernas extendidas, echa el cuerpo hacia atrás, sosteniéndolo con los contrafuertes de los brazos.

Verona prefiere jugar al escondite con el miedo a morir de sed, como si al no nombrarlo no existiese. Por fortuna el día ha amanecido nublado y con un poco de suerte lloverá antes de que la sed las haga vulnerables. Esa es la esperanza que les queda. Pero ella tiene ya bastante trabajo con controlar el mareo y las ganas de vomitar que padece desde hace casi una hora como para preocuparse de otras consideraciones.

—Chica, ¿sabes una cosa? —Marcia se apresura a continuar antes de que Verona hable—. Me gustaría saber si Clint Eastwood habrá sobrevivido a los Años Críticos. Y también qué harían unos tipos como el Rubio o el Manco en una situación como esta.

Verona sacude los hombros. Carece de la información pertinente como para responder con propiedad.

Sin dejar de pensar en la barba descuidada y en el poncho característicos del Eastwood cinematográfico, Marcia se tumba sobre el asfalto, boca arriba, los brazos en cruz. En el cabello le hace cosquillas un hierbajo, dueño y señor de la grieta que hay, en mitad de la carretera, a un palmo de su cabeza. Por primera vez en mucho tiempo se siente en paz. Nada le hace sospechar lo que sucederá a continuación. De imaginarlo, se habría defendido de la mirada inquisitiva de su compañera.

Verona, que se queja en silencio del dolor renacido bajo las muelas y de los malditos mareos, ha arrancado un pedazo de hierba y juguetea con ella: tan pronto es un bigote postizo como el lápiz de un carpintero.

—Menos mal que se me ha pasado la jaqueca —comenta después de dibujar la barbilla de Marcia con la punta de la hierba.

Marcia no responde al comentario ni al cosquilleo. Se alegra por la recuperación de Verona, pero se lo hace saber con una mirada, en silencio. Mejor así. Luego la patinadora aprovecha para rezar al injusto Dios de los hombres. Necesita que las nubes abrevien la espera. Cuanto más tiempo transcurra sin llover, más obsesiva se volverá la idea del agua. Sus ojos analizan cada nube.

—¿Marcia?

—Y pensar que nunca más volveré a ir al cine...

—Marcia —la interrumpe.

—Dime.

—¿Tienes la regla? —la pregunta de Verona explota en mitad del silencio.

Es lógico que la pregunta sorprenda a Marcia. ¿A qué se refiere Verona? Si sus cálculos no fallan, aún le restan dos semanas. De modo que es poco probable que sea la menstruación.

Verona señala la mancha negruzca y brillante del vaquero, localizada en la cara interna del muslo derecho, a un par de centímetros de la ingle. Lo primero que se le ha ocurrido es que sea eso, que se deba a la regla. Tampoco sería tan extraño.

—Parece fresca —subraya Verona. Pese a que no lo pretendía, sus palabras han sonado premonitorias.

—Imposible —se defiende la pelirroja.

Verona se cruza de brazos. Es su manera de hacerle saber que no descansará en tanto que no resuelva el enigma. Da igual que se obstine en negar la evidencia. Solamente tiene dos opciones: o colabora, o tendrá que averiguarlo a la fuerza. Ella elige.

—No pongas esa cara, chica —murmura Marcia, disimulando su preocupación. Y es que de pronto, después de la acusación formulada, ha experimentado un ahogo en el pecho y una escalada de la fiebre más que sospechosos.

*Ante todo prudencia, Verona. Llevas demasiados años sobreviviendo como para cometer una negligencia ahora.*

Verona se separa un metro de ella y lo hace con descaro. Con algo de suerte, su amiga entenderá el mensaje sin que sea pertinente el concurso de las palabras.

—¿De qué me acusas? —pregunta.

La respuesta es inmediata: la mano de Verona se cierra en torno al mango del mazo. Por si no fuese respuesta suficientemente explícita, también están los ojos, los de una fiera a punto de saltar sobre su presa. Esa acusación formulada en silencio. A Marcia se le agota el tiempo a la misma velocidad que se le agota la paciencia a Verona: eso es obvio. El recelo de esta la arrincona, igual que los síntomas que ha empezado a experimentar dentro del cuerpo y que se empeña en disimular. Pero ¿cómo esconder lo que es evidente?

Los pantalones quedarán a la altura de las rodillas para mostrar el redondel de un

bocado, que ha traspasado la tela vaquera sin romperla. La herida es lo suficientemente profunda como para preocuparse, como para pensar en que ha sido infectada. Marcia está sentenciada a muerte.

Ella lo sabe. Verona también.

La herida sangra y supura al mismo tiempo. Alrededor de la misma, la carne se ha oscurecido, adoptando un color similar al de la gangrena. Está condenada sin remisión, por mucho que ella lo niegue. En cuestión de horas, o de días, la Enfermedad, transmitida por el bocado del muerto, vencerá la resistencia natural del cuerpo.

—Me habré herido con algo al descolgarme de la soga —miente a sabiendas del verdadero origen del desgarrón y de que la otra lo sabe.

Los niños cogidos en falta hacen lo mismo, esgrimir una mentira con descaro. Diferente es que les dé resultado. Obviamente a ella no le sirve de mucho. Más bien al contrario: se convierte en otra prueba inculpatoria.

Las nubes negras se ciernen con mayor rapidez sobre el acerico de las pupilas de Verona que sobre el cielo. La templanza de la ciclista está siendo sometida a prueba. *Tranquila, Verona*. No se dejará arrastrar por la vehemencia de una solución rápida, por lo menos de momento.

Tampoco se aleja demasiado de Marcia. Con el metro que ha puesto de por medio con anterioridad tiene bastante, sabedora de que siempre le queda la opción de abandonarla. Así que elige el desafío de permanecer relativamente cerca de ella. Marcia lo entiende como un gesto de amor, porque lo fácil sería huir y seguir camino.

—Necesito que sepas que te quiero —dice Marcia. Es su forma de corresponder al gesto de la otra.

A Verona se le atragantan las palabras por culpa de la emoción. Le responde con la mirada, amanecida momentáneamente a pesar de los nubarrones negros inherentes al recelo.

—Chica, ¿me harás un favor?

—Dime, Marcia —a Verona le gustaría acercarse y dedicarle una última caricia. Lo haría con gusto. Incluso le regalaría a la pelirroja el beso definitivo. Pero se contiene, no quiere derrumbarse. Además, un gesto de ese calibre pondría más nerviosa a la moribunda.

—Chica, quédate con los patines.

—Tonta, no sé patinar —se excusa Verona.

—Aprenderás, eres una chica lista.

Aunque preferiría dejárselos a su dueña, alcanza los patines. Qué puede responder. Cualquier cosa que diga estropeará la magia del instante. Solo habla en voz baja el viento, que pasa de puntillas sobre el asfalto. El día se ilumina durante unos segundos gracias a un claro abierto entre las nubes.



Separadas por un metro, las muchachas descansan junto a su miedo, una aferrada a las tijeras de podar, la otra al *True Temper*. Verona, además, cuenta con el auxilio de la pistola de *Rencor*, con las balas que esconde, aunque desconoce si la pólvora se habrá echado a perder como le sucediera a la de la *Magnum*.

El cansancio es patente en ambas. Aunque pesa igual que la lápida de una tumba, es más fuerte el recelo: el miedo de Verona a dormirse y que Marcia mientras tanto muera y resucite para acabar con su vida, y el de la patinadora a que la ciclista pueda ensañarse con ella como hizo con su hermanastro. Aunque allí la única sentenciada a muerte es Marcia.

Verona abre el libro que tantas veces compartiera con Padre y con Abel. Es inútil que se explique ante la pelirroja de ojos verdes: no es más que otro gesto de amor con que enmascarar el miedo a la infección. Nada volverá a ser como antes, por mucho que lo intente. Serán los últimos minutos que vivirán juntas. Y las dos son conscientes de ello.

—*La ciudad entera para él* —lee el título del relato. Es quinto verano de los cinco ciclos de estaciones de que se compone *Marcovaldo*.

Hoy todo es diferente en el juego de *la vida de los otros*: no existe el concurso de la oscuridad que solía arropar las palabras, ni el cobijo de *la guarida*, ni la cercanía entre la lectora y la oyente. Esta vez el escenario es una autopista asaltada por la vegetación. Con toda probabilidad no sea el más idóneo, pero el final de Marcia bien vale el esfuerzo. Verona es consciente de la importancia de la despedida. Igual que ha hecho la pelirroja al legarle los patines.

De modo que vuelca toda la pasión y el amor que ha sentido y siente por la patinadora en el recipiente de cada oración. Ni siquiera cuando lo leía Padre, él conseguía el amor que imprime en esta ocasión Verona a su lectura. La voz se despliega y se pliega, vuela igual que una cometa que ha escapado de la cuerda que la sujeta a tierra. En este relato, la ciudad de *Marcovaldo* queda desierta con motivo de las vacaciones de agosto. Los matices con que Verona señala cada inflexión son su regalo de partida. A diferencia de esas noches en que su progenitor lo leía, de repente poco le importa que, justamente en ese cuento, *Marcovaldo* sea un espejo donde se refleja la futura soledad de Verona. Lo sustantivo es la despedida.

Porque cada palabra, cada frase, cada pausa es un adiós, un *hasta siempre*. A mediados del cuento, la lectora se detiene:

—Me gustaría que te quedaras con el libro.

—Chica, déjalo. Es tuyo —la voz de la moribunda es un fuego que se apaga sobre sus cenizas.

—Me lo sé de memoria.

—Prefiero el... collar, aunque no... sea de... perlas.

Verona se deshace del collar que fabricó con las falanges que Abel le regalara

para su vigésimo cumpleaños. Se lo lanza, con tal puntería que cae sobre la barriga de la moribunda. Marcia lo recoge y lo besa igual que si fuese un rosario. Le gustaría ponérselo pero no tiene ya fuerzas para levantar la cabeza.

—¿Me... ayu... das?

La ciclista duda, recela antes de decidirse. Se incorpora, salva el metro que la separa de ella y pasa el collar por la cabeza mientras murmura que le queda muy bien. Regresa a su posición, junto al *True Temper*.

—Gra... cias —murmura con dificultad. Aunque en realidad ella había esperado un premio mayor: el beso de despedida. De todas formas la entiende. Posiblemente ella se comportaría de manera similar con una amiga infectada.

En ese momento Marcia se acuerda de la cruz de madera que Verona empleó para desdentar a su hermanastro. Tenerla en sus manos sería todo un consuelo, ahora que el peso y el sueño se derrumban sobre ella, consciente de que no volverá a abrir los ojos.

Para Marcia la aventura de *Marcovaldo* en la ciudad desierta se convierte en un refugio, en un tálamo, algo así como un hoyo excavado en la tierra de dos metros de largo por uno de ancho. Ella lo reconoce enseguida, del mismo modo que cuando uno regresa al barrio o a la ciudad natal después de muchos inviernos y pasa revista al paisaje de sus añoranzas. Ese cuento es la tumba que excava Verona para ella. Así que lo normal es que se acomode entre la tierra húmeda de las palabras, que busque la postura ideal con que sentirse más cómoda sobre el asfalto.

El primer pensamiento de Marcia es para la hermana pequeña, para Grace y para esas noches en que ambas compartían cama. Recuerda el olor de su pelo recién lavado y el cascabeleo de su risa cuando jugaban a hacerse cosquillas. Aparta la visión de la Grace que es devorada por su propia familia al no poderse soltar de la cuerda y se recrea en esas ocasiones en que se ocultaban la manta y hablaban, a pesar de la diferencia de edad, de los chicos que les gustaban.

Por fortuna o por desgracia Marcia se está quedando dormida.

El sueño es un cine al aire libre donde proyectar algunas de sus obsesiones, una buena ocasión para ver una buena película de Clint Eastwood con una sonrisa en los labios, pero también es un buche de agua en mitad del desierto o un tesoro escondido en una tumba sin nombre en mitad de un cementerio.

La voz de Verona es tan sutil como el viento, de pronto tan oscura como una noche de tormenta o soleada como una mañana de primavera. Valga toda esa variedad de matices para despedir a la amiga como merece. Desde su posición, estira la mirada de hito en hito, aprovechando para ello una coma o un punto. Los párpados de la patinadora luchan en vano. Nada podrá hacer por mantenerlos a raya.

El sueño de Marcia no es solamente el recuerdo de Grace o el universo de las películas del Oeste protagonizadas por Clint Eastwood, también es una calle infinita, toda acera, infinitamente larga, sin ni un solo bache o bordillo. La ligera pendiente hacia abajo favorece el deslizamiento. Marcia deja que sus piernas trabajen por ella y

se concentra en la caricia del aire, en el susurro del viento en sus orejas, en esa sensación de libertad absoluta.

Antes de que en el relato aparezcan los periodistas que violarán la tranquilidad de la urbe y del solitario *Marcovaldo*, Verona detiene la lectura. La oyente se ha dormido.

Ahora no debe desfallecer y ser fuerte. Además, será lo mejor para Marcia. Para que la ausencia de su voz no despierte a la durmiente, Verona tararea el principio del *The End* mientras se incorpora. Sopla un beso sobre la palma de la mano en dirección a la pelirroja. Durante un momento Verona duda en si debe emplear la pistola de *Rencor* o el mazo. Ante la eventualidad de que la pólvora se haya echado a perder o de despertar a algún infectado de los alrededores, se decide a emplear la herramienta que solía manejar Abel durante las *noches de euforia*.

El sueño debe de ser tan placentero que Marcia esboza una sonrisa. Con el mar de pecas en las mejillas, el pelo naranja y esa sonrisa beatífica se asemeja a la muñeca de su infancia. Verona nunca le haría daño a Ligorita, salvo que fuese para ahorrarle un sufrimiento mayor.

Los nudillos se ponen blancos al ejercer presión sobre el mango de madera.

A lo lejos, por fortuna, la nueva ciudad no da señales de vida: no hay cometas ni columnas de humo que subrayen la existencia de supervivientes. Es un cementerio de edificios huérfanos. O eso quiere creer. Ruinas y más ruinas. Sabe que encontrará hambrientos, pero de ellos no ha de temer mientras no pierda la bicicleta. De quien debe cuidarse es de los supervivientes como Abel o ella misma. A pesar del recuerdo de Marcia, del dolor de muelas y del mareo, sonrío de manera bobalicona. Con suerte encontrará un nuevo *país*, una nueva guarida. Ahora solo hace falta que llueva antes de que la sed le venza.

Sube el pie derecho al pedal y empuja con fuerza. Mientras avanza sobre la bicicleta tatarea para sí misma la canción de Jim Morrison: *The End*. Joder, sin Marcia todo se ha acabado. O eso es lo que piensa en los momentos de mayor desesperación, cuando el mundo se le viene encima al pensar que ha de seguir viaje sin su compañera. Llora en silencio. Ni siquiera se limpia las lágrimas con la manga. ¿Qué será de su vida sin Marcia?

Veinte kilómetros más atrás de donde se encuentra, en mitad de la autopista, han quedado los patines, mudos testigos del final de la pelirroja de ojos verdes y mejillas pecosas. Sobre las líneas discontinuas del centro hay un estallido de sangre, como el de una sandía que hubiese caído desde cierta altura. Un reguero de sangre rectilíneo busca el arcén derecho. El rastro se pierde entre los matorrales. Si quince años después del Desastre aún sobreviviesen los pájaros, serían los únicos que verían el cuerpo tirado entre los hierbajos. A ras de tierra es imposible.

De haber tenido más fuerzas, habría enterrado el cuerpo para salvaguardarlo de

las ratas. Oculto entre el follaje pasará desapercibido a ojos de los muertos, pero no de ellas. Como tiene de cuidarse y ahorrar fuerzas en la medida de lo posible, se ha contentado con apartarlo de la autopista. Hubiese sido una temeridad afrontar la excavación de una tumba. Y más en su estado.

El cadáver aún conserva el collar de falanges. Ese ha sido su último regalo. Una sudadera oculta pudorosamente lo que queda del cráneo. Por fortuna para Marcia, debajo de la tela la resurrección es imposible.

Antes de que Verona tenga tiempo de lamentarse durante más tiempo de la sed, la lluvia aparece en el escenario de su desgracia. Detiene la marcha. Levanta el rostro. No hay nada tan agradable como esa sensación. Abre la boca y bebe directamente del cielo.

—Menos mal.

Ha de cuidarse en su estado. Hace días que se marea con cierta facilidad y que sufre arcadas. Como ya ocurriera cuatro años antes, había decidido ocultarle el hecho a Abel, por segunda vez. Durante varios días ha buscado el momento idóneo de decírselo a Marcia, pero no lo ha encontrado. Y ahora se lamenta por ello.

Una lágrima se desbarranca mejilla abajo y un pozo se abre en el estómago.

Ahora ha decidir no solo por ella, sino también por la Marcia o el Abel futuros.

Ahora no puede equivocarse.

Ahora menos que nunca.

## Agradecimientos

Llegado el final del camino, amigo lector —hayas encontrado o no el manantial que esconde esta obra—, me gustaría aprovechar la ocasión para expresar mi gratitud públicamente a diversos amigos y familiares sin los cuales esta novela no habría sido posible:

A Nora Castro Molina, por estar ahí dispuesta a darme un beso en los morros, un achuchón o un guantazo, y por prestarme el nombre de Ligorita, (¿a que sí? Pico-pico-pa).

A Vanessa Benítez Jaime, escritora de cuentos, compañera y mejor madre (¿qué haría sin ti, sin tu apoyo?),

A mis padres Antonio y María del Carmen, sin cuyo sacrificio nada de esto habría sido posible (todavía os debo una novela que no sea de terror y que os pueda dedicar),

A mis hermanos,

A Antonio Calzado, por lo que ya he expuesto en la dedicatoria de la novela,

A Adela Reloba, por cuidar del autor de «*Umbría*» y de la pequeña Lucía,

A Jorge Iván Argiz, quien desde antes de barruntar la idea para esta novela confió en mí y me dio carta blanca a la hora de escribir, y es que da gusto trabajar con un editor como él,

A la editorial Dolmen, que se ha atrevido a publicar la obra sin anteponer ningún tipo de censura, cuando lo fácil hubiese sido haber puesto freno a mis desvaríos,

A Curro Ayllón, por esa maravillosa canción que ha compuesto para la novela, letra y música para Abel, y por ser todo un artista,

A Patricia García Rojo, porque demuestra en sus novelas una imaginación sorprendente,

A Javi Durán, para que no arroje la toalla, pues estoy convencido de que al final publicará algunas de sus novelas más gamberras... y porque hace buenas migas con Nora,

A David Alcaraz, que se ha empeñado en afrontar el reto de ser editor, por esas charlas a cuenta de la literatura inglesa del S. XIX,

A Voro Luzzy, para que no se desanime e insista en el camino de las letras, en recuerdo de las charlas que compartimos respecto de nuestros gustos musicales, y de esa copa que nos debemos,

A Rafael Cortes, por hacerme sentir tan cómodo en la entrevista de Diario Sur,

Al grupo literario Sevilla Escribe, porque alberga a grandes escritores y mejores amigos; qué decir de don Ángel Vela (verdadero Totoro literario y genio de las frases imposibles), José Manuel Nogales (artista de la ilustración), Manuel Mije, A. C. Ojeda, Félix Morales, Francisco Jesús Franco, Ángeles Mora, Francisco Javier Sosa Garduño, Ernesto Fernández, Miguel Cisneros y tantos otros,

Al grupo literario Málaga Escribe, y por extensión a sus hijos los Irregulares de Álamos Street, y a todos y cada uno de sus miembros: Isabel Garrido, Sara Ventas, Guadalupe Eichelbaum, Lourdes Fernández Montoya, Iván Martínez Hulín, Nacho Iribarnegaray, José Manuel Fernández, Raelana Dsagan (Carmen del Pino), Sergio Gallardo, Marta González, José Manuel Fernández Aguilera, Juan José Hidalgo Díaz, etc.,

A Ángeles Pavía, porque siempre ha permanecido dispuesta a solventar cualquier duda; a Fernando Martínez Gimeno, porque me facilitó una *cosilla* cuando me hacía falta; a Athman. M. Charles, porque siempre está atento a lo que hago; a Mari Carmen Horcas, que tan buena opinión tiene de «*La Guerra de la Doble Muerte*»; a Alfonso Zamora, para que no se rinda, y a todos estos amigos más: Aitor Fernández Guereta, David Poquet Villarroya, Daniel Expósito, Oscar Torres, Javier Pellicer, Rodrigo Pérez, Jordi Gómez García, José M. Cárdenas, Macu Marrero (escritora que dará que hablar), Adelaida Saucedo, Paqui García, Mónica Mateo Manzano, Jesús Esnaola, Toni Maelstróm, Sergio Baldoví Cáceres, José Luis López Torres, José Manuel Vicente Martín, Virginia Pérez de la Puente (gran promesa de la literatura), María Martínez, Juan Antonio Román, Gema Martínez y Xavi Fuentes. Seguro que me olvido de alguno. Perdonad mi mala memoria.

Para finalizar quiero agradecer a todos los hijos de puta y malnacidos de variado pelaje que han servido de modelos ocasionales para las distintas torturas y vejaciones que aparecen en la obra. Sin vosotros, cabrones, la novela sería más inocente.

Y cómo no, gracias a ti, amigo lector. Hasta la próxima.

## **Canción de Abel**

*Ahora que coexisten la vida y la muerte en este lugar  
Calmas mis tristezas contándome cuentos que sé de memoria.  
Historias que Padre contaba en los tiempos en que eramos críos  
Y me refugiaba junto a tu costado combatiendo el frío*

*Tengo la intención de apagar la lumbre y fundirnos con la oscuridad.  
Arrancarte el libro, subirme a tu espalda, dejarte gritar.  
Convertirme en bestia, mirarte a los ojos, quitarme el bozal y devorarte  
Antes que este miedo que habita las calles te muerda la carne*

*Ven a la guarida que hay que ser valientes y sobrevivir  
Ya no queda tiempo de seguir narrando para no dormir  
Pronto llega el día, esperanza y luces bajo las puertas  
Y desistiremos de llamar amor a esta decadencia*

*Tengo la intención de apagar la lumbre y fundirnos con la oscuridad.  
Arrancarte el libro, subirme a tu espalda, dejarte gritar.  
Convertirme en bestia, mirarte a los ojos, quitarme el bozal y devorarte  
Antes que este miedo que habita las calles te muerda la carne*

Francisco José Ayllón Martín  
(Ayllón)



ALEJANDRO CASTROGUER. Nació en Málaga (1971), muy lejos de la Luna, a donde le condujo, de inmediato, su anhelo por llegar a ser astronauta. Niño feliz y adolescente inquieto que estudió pintura y música, desde muy pequeño incubó el virus de la literatura, hasta el punto de que consumió parte de su juventud escribiendo siete novelas, inéditas y posteriormente destruidas debido a su autoexigencia. Nació al mundo editorial con el alumbramiento de *La Guerra de la Doble Muerte* (Almuzara, 2010). Ha perpetrado aberraciones en forma de relatos y ha coordinado la antología *Vintage'62: Marilyn y otros monstruos*. Ahora se ha empeñado las vísceras en *El Manantial*, redactado desde la rabia.